Memorias

Memorias de un peón-gañán

Benito Salazar Orellana (1892-1984)

Gabriel Salazar V. (editor)

Benito Salazar Orellana (1892-1984)

Nació y vivió, hasta los 17 años, en fundos de la provincia de Colchagua, donde trabajó como peón-gañán. Era hijo de inquilinos. Emigró a Santiago con su familia en 1909, donde trabajó durante seis años como sirviente doméstico. Habiendo aprendido a manejar automóviles, se convirtió en *chauffeur* particular. Más tarde instaló un taller mecánico en el que trabajó hasta su muerte. Se casó con Laura Vergara, con la que tuvo nueve hijos. Habiendo enviudado en 1957, comenzó a escribir las memorias que aquí se publican. Hay que hacer notar que Benito jamás fue a la escuela: fue autodidacta en todo lo que hizo, supo y emprendió.

Gabriel Salazar (Santiago, 1936).

Estudió Historia, Filosofía y Sociología en la Universidad de Chile. Entre 1977 y 1984 realizó un doctorado en Historia Social y Económica en la Universidad de Hull, en el Reino Unido. Desde 1985 se ha desempeñado como investigador y profesor en distintas instituciones académicas y universidades chilenas. En la actualidad es director de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS. Igualmente se desempeña como profesor en el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Es autor, co-autor y editor de numerosas publicaciones. Entre sus libros se destacan: *Labradores, Peones y Proletarios* (1985), *Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas* (1990), *Los Intelectuales, los Pobres y el Poder* (1995), *Autonomía, Espacio y Gestión* (1998) y *Ser niño "huacho" en la historia de Chile* (2007). El año 2006 recibió el Premio Nacional de Historia.

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

Salazar Orellana, Benito
Memorias de un peón-gañán: (1892-1984) [texto impreso] / Benito Salazar Orellana; Gabriel Salazar V. (editor).
– 1ª ed. – Santiago: LOM Ediciones, 2008.
278 p.; 14x21 cm.– (Colección Memorias)

I.S.B.N.: 978-956-00-0002-6

1. Biografías I. Título. II. Serie. III. Salazar V., Gabriel (editor).

Dewey: 923 .– cdd 21
Cutter: S161m

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM Ediciones
Primera edición, octubre 2008
Primera reimpresión, noviembre 2008
I.S.B.N.: 978-956-00-0002-6

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago
Fono: 6885273 Fax: 6966388

Impreso en los Talleres de LOM
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal
Fono: 716 9684 – 716 9695 / Fax: 716 8304
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom.cl

Impreso en Santiago de Chile.

Benito Salazar Orellana

Memorias de un peón-gañán
(1892-1984)

Gabriel Salazar V.
(editor)

LOM
EDICIONES

La última carta

Gabrielito:

Contesto tu carta haciendo un esfuerzo sobre todos mis achaques. Es lo único que puedo hacer todavía, porque lo hago sentado, cualquier cosa puedo hacer sentado. Si me paro, la cabeza no me acompaña. Días atrás fui con Estercita a ver un doctor aquí, en la 5 Norte, y me tuvo que llevar y traer del brazo. Sí, puedo andar solo, pero ando como borracho y por no hacer el ridículo ante las gentes, no salgo a la calle. Yo creo que el movimiento del auto no me haría bien. Este mal creo que no se me quitará, por mi edad. Para qué le voy a contar mis innumerables males, que me agobian cada día. Ya no me queda nada más que paciencia y resignación, hasta que Dios disponga de mí. Estoy dispuesto a llevar mi cruz por amor a Dios hasta las últimas consecuencias. Estoy sumamente agradecido de Dios porque yo comprendo que me ha concedido todo lo que he querido tener en este mundo, y gozar de todo lo que el hombre puede honestamente aprovechar. Por otra parte, estoy muy agradecido por haberme dado tan buenos hijos. En realidad, me siento satisfecho y casi orgulloso.

No puedo negar que yo tambien fui el mejor hijo que tuviera Dios: me hizo ser bueno, y por eso hoy mis hijos me rodean. Aquí yo veo que cumplí. Mi lema primitivo era tener 12 hijos y formar una familia bien honorable, pero veo que en esto no he quedado defraudado, sólo que

mi compañera me falló[1]. Pero a pesar de mi bajo origen, de haber sido un huaso criado en el campo, un peón, un gañán sin letras, hombre rústico, solo 4 letras que me enseñó mi buena madre en un silabario, seguí yo solo los estudios de lectura en libros sagrados; solo aprendí a escribir, sin profesor; nunca puse los pies en las puertas de una escuela, y sin embargo me convertí en escribano y hasta poeta. En trabajos nada se me quedaba que yo no hiciera. Tenía por lema decirles a los choferes cuando se presentaba un trabajo que nunca había hecho: "¿quién hizo esto, no lo hizo un hombre? Y yo, ¿qué soy? ¡Adelante!", y todo lo hacía como venía de fábrica; me hice famoso en hacer bonitas capotas, bonitas pinturas, bonitas tapicerías –así me dijo un chofer una vez– y muchas veces recibí premios por mis trabajos porque los clientes quedaban muy contentos.

Nunca le pregunté a nadie sobre escritura a mano, mi única guía fue una carta que llegó de mi hermano Carmelo que estaba en Santiago. La primera palabra que compuse fue la palabra "Señorita" –que venía dirigida a mi hermana– confrontando las letras del libro y las de la carta, haciéndolas como las de la carta. En esa forma seguí hasta convertirme en escribano, como usted lo ve. Después aprendí las tablas de sumar y restar, que mucho me han servido. Todo este entendimiento mío se lo debo a Dios. Él es el único maestro que me ha enseñado todo lo que he aprendido, que no lo he aprendido de nadie ni me lo ha enseñado nadie. Solo aprendí relojería, solo aprendí mecánica de autos –en este ramo enseñé a 6 jóvenes–, solo aprendí tapicería, carrocería, pintura, etc., todo se lo debo a Dios. Además me dio una compañera tan buena y santa que me hizo feliz la vida mientras vivió.

No te escribo más, Gabrielito, porque si te contara toda mi vida sería de nunca acabar. En el libro de mi vida que tengo escrito hasta la edad de 60 años está explicada mi existencia en este mundo. Si Dios me ha alargado la vida, yo lo entiendo, claro, yo amé a Dios, desde chico me gustó la religión y también amé mucho a mis padres, más que a todos mis hermanos. Y esto lo dice la Biblia: "ama a Dios y a tus padres y se te alargarán tus días". Mis dos hermanos abandonaron a mis padres cuando yo tenía 16 años, desde entonces fui yo el dueño de casa; desde entonces cuidé yo a mis padres hasta el día en que murió en mi casa mi querido viejito lindo. Mi padre fue el ser que yo más quise en mi vida.

---

1 De hecho, tuvieron 9 hijos, dos de ellos muertos a poco de nacer (N. del E.).

Bueno, no quiero cansarte, Gabrielito; será hasta la próxima ocasión. Recibe un abrazo de tu padre viejo, que mucho ruega por ti y tu familia.

A mi hijo gringo le escribí
hoy, viernes 13, Santo[2].

[2] Carta escrita en Santiago el viernes 13 de abril de 1979, recibida en la ciudad de Hull, Inglaterra, una semana después. Fue la última carta que Benito Salazar escribió. Tenía 87 años (N. del E.).

Parte I
Vida de Benito Salazar Orellana
(1892-1984)

Escrita por él mismo entre 1958 y 1976

I

Nacimiento – primer peligro de muerte – nacimiento de la Luisa – segundo peligro de muerte – la vaca – el pato – el pan

Nací el 17 de agosto del año 1892, en el lugar llamado Rincón de las Pataguas, del fundo llamado San José de Pataguas, de don Francisco Eguiguren, quien era el dueño en aquel tiempo. Distante como una hora de camino de a caballo del pueblo de San Vicente de Tagua Tagua, del departamento de Caupolicán. En aquel tiempo mis padres eran pobres. Él se llamaba Pedro Salazar y ella Griselda Orellana. Mi padre era inquilino del fundo. De mi infancia sólo tengo recuerdos desde los 7 años más o menos, por lo tanto no recuerdo mi primer peligro de muerte, que lo tuve cuando tenía como 5 ó 6 años . El caso fue así: mi padre había puesto un palo grueso y largo como un poste atravesado de puente sobre un estero que pasaba como a 50 metros de nuestra casa. Al otro lado quedaba el cerro. Un día mis hermanos mayores quisieron ir a buscar leña al cerro y para eso había que pasar el puente de palo. Yo también fui con ellos y pasamos todos muy bien, pero cuando veníamos de vuelta todos pasaron adelante y yo me quedé al último, y cuando voy pasando y ya iba por la mitad del palo, cuando resbalo y caigo en medio de la corriente, la que me llevó medio sumergido para una parte más honda. Mi muerte era segura, porque los chiquillos no se habrían atrevido a meterse a la corriente con la rapidez que requería el caso.

Pero mi padre me estaba mirando desde el patio de la casa y apenas vio que caigo al agua, se lanzó a lo que le dan sus piernas y no se detiene al llegar a la orilla sino que se lanza con la misma velocidad que traía hasta el medio de la corriente, con ropa y todo, y con el agua cerca de la cintura, se estira y me alcanza a tomar de un pie, salvándome así la vida. ¡Si mi padre no me hubiera visto, yo habría muerto entonces! Pero no era ése mi destino, porque Dios me tenía destinado para padre de familia.

En otra ocasión mis hermanos me libraron de un toro bravo tendiéndome en el suelo y tapándome con un cuero seco de vaca, y ellos, como eran más grandes, se subieron a los árboles y así nos libramos del animal, que era como fiera de bravo y tenía las astas bien aguzadas, que nos habría ensartado con ellas.

Medio recuerdo también cuando nació la Luisa Escobar Salazar.

En aquel tiempo andaba yo con mis juguetes por el patio de la casa en una mañana y veía a mi madre y una señora que había venido de otra casa, que entraban y salían de la pieza de la Matilde y cerraban la puerta. Pero luego siento un chillido como maullido de gato que salía de la pieza. Yo no podía saber qué era eso que sentía, y como a los dos días después me dijeron que la señora que había venido de la otra casa había traído esa guagüita, y yo creí que así era.

Otro día en la mañana, serían como las diez, tendría yo como siete años, tuve mi segundo peligro de muerte. Estaba yo esa mañana parado en el patio de la casa dándole mazorcas de curagua a una vaca muy casera que tenía mi padre. Era una vaquita chica que tenía por nombre la "Peineta" y tenía las astas bien aguzadas, mi padre no se las había cortado porque era muy mansa y estaba yo dándole las mazorcas de curagua, poniéndoselas con mi mano en el hocico, cuando se acerca un perro por detrás de mí; la vaca les tenía odio a los perros, y cuando lo ve, le hace la guiñada amenazándole con las astas, y como yo estaba tan cerca de ella, con la guiñada me pescó la camisa con un asta frente a mi guata y me la raspó rozándomela con la punta del asta. Una media pulgada más y habría clavado el asta en la guata y probablemente me mata. Pero el ángel de mi guarda estaba a mi lado para librarme de la muerte, porque Dios me tenía destinado para padre de familia.

Otro día estaba yo solo detrás de la casa debajo de unos parrones sin hallar qué hacer, cuando de repente aparecen por un lado una fila de patos que eran de mi madre, y yo, al mismo tiempo, estaba mirando una picana, o sea un palo largo que estaba afirmado a la pared y que tenía una aguja amarrada en la punta, de esas agujas gruesas que se usan para coser sacos y que se la había puesto mi cuñado David para cazar ranas en el estero, y a mí se me ocurrió, así como mi cuñado la usaba para ensartar ranas en el fondo del agua, yo quise hacer lo mismo con un pato, ensartándolo con la aguja, y como nadie me veía en esos momentos, tomé la picana y le hice la puntería a un pato y ¡bum! lo ensarté. Después tuve que tirar fuerte de la picana para dejar libre de la aguja al pobre pato, que quedó todo incómodo perdiendo toda su tranquilidad, que es su característica.

Al rato se levantó mi madre, que estaba durmiendo la siesta, y cuando vio al pato dijo: 'Este pato está enfermo, hay que matarlo antes de que se muera solo, y así lo aprovecharemos'. Y así fue, lo mató y guisó y todos comimos del pobre pato. Yo llegaba a chupar los huesitos, pero bien calladito. Este secreto de mi maldad no se lo conté nunca a nadie.

Otro día como a las 4 de la tarde andaba yo con un hambre que ya me elevaba. Mi madre había cocido una hornada de pan esa mañana y tenía un canasto lleno en la pieza para la venta y a cada momento llegaba gente a comprar y yo andaba con unos deseos enormes de comer uno. Entonces le aguaité el ojo a mi madre y entré a la pieza, saqué un pan del canasto, me lo metí por dentro de la chaqueta y lo apreté con el brazo y salí muy disimulado. Yo que doy el primer tranco al lado de afuera de la puerta cuando me topo con mi madre, que inmediatamente se dio cuenta que yo escondía algo debajo del brazo y me dijo bruscamente 'qué llevái ahí', y me toma de un brazo. Yo no hallé qué decirle porque me trajinó sobre la marcha y me encontró el pan. Quiso darme una zurra, pero mientras buscaba el chicote yo desaparecí a toda velocidad en dirección al cerro. Ella no pudo pillarme, gritaba que volviera y cómo iba a volver si ella estaba con el chicote en la mano.

Pasé el resto de la tarde escondido entre los árboles, esperando que llegara mi padre, y ya me moría de hambre, y cuando calculé la hora en que mi padre llegaba, me acerqué un poco más a la casa, pero siempre escondido; apenas sentí que llegó, me acerqué más para oír lo que mi madre le iba a decir. Ya estaba casi oscuro, y siento a mi madre que me estaba acusando, y luego siento la voz de mi padre que me llama '¡Benitooo!'. '¡Taititaa!' le contesté altiro yo, que estaba ahí cerquita, y me fui rápidamente donde mi padre; a él no le tenía miedo porque sabía que mi padre nunca me pegaba, pero sí que esa vez me reprendió severamente, no tan solo por haberme querido robar un pan, sino porque había estado toda la tarde sin comer.

II

Pesca de bagres – mocos en la olla – la culebra – música de boca

Una noche me convidó mi padre para que fuéramos a pescar bagres en el estero. Y fuimos los dos. Llevamos dos anzuelos con sus respectivos gusanos y nos instalamos al lado de unas grandes matas de sauces llorones, que son los que más abundan por la orilla del estero, y que

son también las que crían grandes champas en el agua con sus raíces, que sirven de criadero para los bagres; por eso nosotros buscábamos esos sitios donde creíamos con más seguridad que podía haber. Echamos los anzuelos al agua y nos quedamos quietitos esperando que picaran los bagres. Estuvimos harto rato y nada que picaban. Ya nos estábamos aburriendo, eran como las 10 de la noche, entonces me dijo mi padre, '¡vámonos, ya no hay nada!', y le dije yo 'quedémonos otro ratito'. Y no alcanzaron a pasar dos minutos cuando un bagre picó mi anzuelo. Esto siento yo y levanto la caña con rapidez, pero me faltan las fuerzas porque el bagre que había pescado era grande, y como corcoveaba tanto debajo del agua, yo no lo podía levantar. Entonces acudió mi padre, me ayudó y lo sacamos a tierra. ¡Qué gusto y algazara tuvimos los dos con el bagre! Y lo llevamos a la casa en triunfo, donde hubo gran alegría de todos y mi padre les contaba cómo lo había sacado yo. Al día siguiente mi madre lo cocinó y entre todos lo causeamos. El bagre era una bonita pieza: tenía como 40 centímetros de largo, era de los más grandes que se criaban por esos lados.

Un día en la mañana, cuando recién nos habíamos levantado, estábamos todos los que éramos de la casa sentados alrededor del fuego (que se hacía en el suelo, en el centro de la cocina) calentándonos porque hacía frío; yo me había puesto a calentar en el fuego unos poquitos porotos que habían sobrado del día anterior en una olla. En esto llega mi madre y ordena que la María, que era más grande que yo, los calentara y los comiéramos entre los dos. A mí me cayó muy mal esa orden, y me puse a lloriquear, medio taimado y vuelto para otro lado. Y cuando uno llora, los mocos le invaden la nariz, y como en esos tiempos nosotros los chiquillos no conocíamos los pañuelos de narices, he aquí que teníamos que sonarnos con los dedos, y como los mocos se me quedaron pegados en los dedos, le dí un sacudón a la mano y, cosa casual, fueron a caer justamente dentro de la olla con porotos que estaba revolviendo la María. ¡Ay! sí se formó un alboroto entre mis hermanos mayores que estaban presentes, acusándome que lo había hecho adrede. Mi padre, que también estaba presente, me quiso castigar para que se callaran los demás, y para esto tomó un garabato de madera que estaba colgado de la quincha detrás de donde él estaba sentado, y con él me engarfió del cuello y me llevó hacia él, pero al verme tan afligido, me tomó entre sus brazos y apretó contra su pecho y no me pegó, sino que me hizo cariño, y me aconsejó que no lo hiciera nunca más. Mi padre nunca me castigaba y siempre y en todas partes me demostraba el cariño que me

tenía, más que a los demás. Así yo también le correspondía y no quería separarme ni un instante de su lado, quería ser su compañero en todas partes y en todos los trabajos. A pesar de que era bien poco y nada lo que le ayudaba.

Un día íbamos con mi padre subiendo un cerro en busca de un buey que se le iba siempre para el cerro cada vez que se veía libre; íbamos subiendo por un caminito muy angosto entre los matorrales y mi padre siempre me echaba a mí andar adelante. La preocupación de nosotros era ir mirando por lomas, laderas y quebradas de los cerros por si divisábamos al buey en alguna parte, así es que poco mirábamos el camino que íbamos pisando, cuando de repente siento algo que se me enreda en los pies y miro asustado, y cuando veo que es una culebra que pisaba y se me enrollaba en los pies, y del susto me corté y no podía arrancar, solo saltaba para arriba, pero como siempre caía sobre la serpiente, que tampoco podía arrancar porque yo la pisaba. Entonces mi padre, cuando ve el apuro en que yo estaba, se apresura y me toma de la cintura y me levanta en alto; entonces no más pudo arrancar la culebra. Y yo que les tenía un miedo atroz a esos bichos.Yo sólo andaba con chalas, así es que sentía el roce de la culebra en mis pies. Desde ese día quedé enfermo de espanto. Este mal del espanto me siguió repuntando todos los años en el mismo tiempo durante siete años más o menos. Cuando llegaba esa fecha me comenzaba a decaer, se me quitaba el ánimo, el apetito y me llevaba durmiendo, me enflaquecía. Algunas señoras me habían curado el espanto, pero al año siguiente me volvía el mismo mal otra vez. Mi madre creía que yo ya no me iba a mejorar y que me iba a poner tísico. Pero no me mejoraba porque me faltaba la curación del verdadero médico. Todas las otras señoras me habían curado con manojos de yerbas, por eso no me hacía nada, hasta que me encontré una buena señora, todavía joven, que creía más en Dios que en las meicas yerbateras. Esta buena señora, que Dios la tenga en sus Santos Reinos, si es que ya cumplió su destino aquí en la tierra. Esta buena señora tomó en sus manos un crucifijo y con toda fe me hizo la curación y, santo remedio, desapareció para siempre el mal del espanto. Esa fue una dosis bastante poderosa para que yo robusteciera mi fe en Dios (a estas alturas yo tendría 16 años).

Volviendo a los años de mi niñez

Una tarde andábamos con otros chiquillos rodeando los terneros para encerrarlos durante la noche, porque así hay que hacerlo para que los

terneros no les tomen la leche a las vacas y así pueda sacarles el máximo la ordeñadora en la mañana. Andábamos nosotros todos dispersos por el potrero, cuando de repente tropiezo con un objeto en el suelo entre el pasto, al lado de una mata de palqui, y miro para ver con qué había tropezado, pero cuán grande fue mi alegría al ver el objeto que estaba a mi disposición, y que era nada menos que una música de boca. Me agaché con disimulo, la tomé y la escondí rapidamente en la cartera de mi chaqueta antes que me la fueran a ver los chiquillos, porque me la podían quitar, y se me hicieron años los minutos para llegar a la casa y estar solo para hacerla sonar; sentía una felicidad tan grande, ya que me sentía dueño de una prenda que tanto había deseado tener. Pero no estaba buena por el tiempo que habría estado ahí botada. El rocío de las noches la habían amohosado un poco, no sonaba casi nada. Yo la desarmé, le raspé el moho con un cuchillo hasta que la hice sonar y comencé a aprender a tocar las piezas de música que tocaba mi hermana Edelmira en el arpa. Desde entonces me inicié en la música (tendría en ese tiempo aproximadamente unos 10 años).

III

Correr ternero – el silabario – las pilas – primera comunión

Una tarde quise ir yo solo de a caballo a rodear los terneros para encerrarlos, y para esto le pedí a mi padre una yegua muy bien enseñada que él tenía para correr animales. Pero los terneros, al verme de a caballo, se asustaron y comenzaron a arrancar, y yo los seguía a toda velocidad. En eso se me arranca uno por la orilla de la cerca, y yo lo sigo para atajarlo y ya le voy ganando a toda velocidad cuando el ternero se achaplina de repente y vuelve para atrás con toda rapidez, y la yegua que montaba se vuelve, pegaíta al ternero, porque así la tenía enseñada mi padre, y yo como no le adiviné el pensamiento a la yegua que iba a volver tan rápido, no me pude sujetar encima de ella y me vi obligado a salir disparado de la silla en dirección a la cerca de ramas. Quedé enterrado de bruces en la cerca y que me costó salir todo rasguñado. Si mi cabeza hubiese dado contra una estaca gruesa de la cerca que estaba a cada un metro de distancia entre una y otra, tal vez no habría contado el cuento. Además andaba enteramente solo. La yegua, al verme caer, se paró altiro y me quedo esperando. Era muy inteligente ese animal. Éste fue mi tercer peligro

de muerte, y el ángel de mi guarda tuvo que intervenir para salvarme la vida, porque mi Dios me tenía destinado para padre de familia.

En ese tiempo mis padres me hicieron hacer mi primera comunión, tendría yo diez años. Habían llegado misiones al fundo. Entonces mi madre me mandó a la misión que se daba en las casas de los patrones, y ahí una señorita hija del patrón hacía catecismo a los chiquillos y los preparaba para la primera comunión. La señorita tendría unos 20 años.

Todas las tardes nos reunía debajo de unos grandes árboles, ahí nos sentábamos en unas bancas de tabla para que la señorita nos enseñara la doctrina cristiana. Un día llegó el patrón a hacernos una visita y comenzó a hablarnos uno por uno. Llegó donde yo estaba, y me dijo: "Tú vas a ser cura, porque tienes la cabeza muy grande".

El primer día antes que principiaran las clases de catecismo nos reunieron a todos los chiquillos y chiquillas en el local de la Escuela del Fundo para que la profesora nos tomara las pruebas de admisión y nos incribiera como aspirantes a la primera comunión. Ahí nos hacía preguntas de lo que sabíamos de religión en general. A mí me preguntó si sabía el 'Yo Pecador', yo le dije que sí, entonces me dijo: "A ver, récelo". ¡Ay!, si esa fue la vergüenza más grande que he pasado en mi vida, pues me pareció que el mundo se me venía encima. Llegué a transpirar. Además todos los chiquillos y chiquillas se dieron vuelta para donde yo estaba para mirarme de frente. ¡Cómo iba yo a rezar el "Yo Pecador", yo, que jamás había pisado las puertas de una escuela! Además, era tímido y vergonzoso, esto debido a la soledad en que me estaba criando. Por eso que ahí donde me encontraba, en medio de una asamblea mixta y tan numerosa, se me cortó la leche –como decíamos nosotros en esos tiempos por allá– y no me quedó más remedio que cerrar los ojos y rezar. Por suerte no me turbé, salió bien, y fui aprobado para hacer la primera comunión, que la hice ese mismo año.

En ese tiempo también mi madre me enseñó a conocer las primeras letras del silabario, que las aprendí en muy poco tiempo, y apenas pude leer algo, dejé el silabario a un lado y seguí leyendo los libros católicos que tenía mi madre, y que me gustaron tanto que los seguí leyendo toda la vida, porque en ellos encontré las más grandes verdades que el hombre debe saber, y no he querido leer en toda mi vida ningún otro libro que no sea católico, porque entiendo que el hombre debe vivir de la verdad y la justicia aquí en la tierra y diferenciarse como tal de los demás seres

creados, por ser el hombre la imagen del Creador y por lo tanto destinado a gozar eternamente con su Dios en el cielo.

Una tarde de esos tiempos, en el verano en que yo acompañaba a mi padre en sus trabajos me pasó un caso. Un día en la tarde mi padre me dejó solo en el trabajo de las pilas, mientras él fue a las casas del patrón a hablar con él, y como se le hizo tarde, se fue por otro camino para la casa, y yo me quedé esperándolo en la pila, y no me quise mover hasta que él llegara. 'Pila' se le llamaba a un montón de madera de espino que mi padre cortaba y amontonaba y tapaba con paja de trigo revuelta con huano de animal, y le prendía fuego y así se quemaba y se cocía hasta que se convertía en carbón. Estas pilas las hacía mi padre en los montes donde hubiera más madera que cortar, y por consiguiente lejos de las casas donde nosotros vivíamos. El trabajo de las pilas duraba como dos meses, hasta que las carretas terminaban de llevarse todo el carbón para la estación de los ferrocarriles, que lo trasportaban para Santiago:

Así es que a mí me pilló la noche estando solo en la pila esperando a mi padre, que no llegaba. Yo estaba sumamente asustado, porque ya estaba casi enteramente obscuro y tan lejos de la casa, que no me atrevía a irme solo a pie. Además, sentía gritar un zorro, que venía bajando de un cerro vecino en dirección al punto donde yo estaba. Y yo que les tenía un miedo atroz a los zorros. Yo ya estaba pensando en subirme a un árbol y quedar más arriba para así librarme de la fiera que venía en mi dirección, cuando de repente siento a lo lejos el galope de un caballo y a cada momento lo iba sintiendo más notable, pero no distinguía nada por la oscuridad que ya todo lo cubría. Entonces fijé mi vista en dirección al ruido que hacían las patas del caballo y alcancé a distinguir entre las tinieblas a un jinete que avanzaba a toda prisa hacia donde yo estaba. Yo me quedé en suspenso, ¿quién sería? Y cuando alcanzo a distinguir al acercarse más quién era, se me espantó el susto como por encanto y me vino una alegría tan grande que me dieron ganas de gritar y hasta valiente me puse después. ¿Quién era ese jinete salvador? Nada menos que mi querida hermana María, niña también como de 13 a 14 años, que no le importó el peligro a que ella también se exponía por rescatarme a mí, porque ella pensó que yo estaría medio muerto de miedo y venía en un caballo grande que tenía mi padre y que tenía por nombre el "Retinto". Era un caballo negro y muy alto, había que atracarlo a una barranca para poder montarlo. Nosotros nos encontrábamos tan seguros sobre él, que decíamos si el zorro nos quisiera morder no nos alcanzaría, y partimos al

galope en dirección de la casa. Yo, con mi hermana María nos queríamos mucho en esos años de niñez.

IV

Las carretitas – palabra fea – pajarero – otro fundo – vacunación

Después de terminadas las faenas del carbón, yo quedaba desocupado, entonces me dedicaba a hacer juguetes. Hacía carretitas igual que las carretas grandes: con ruedas de rayos, quinchaos, limones y pértigo; en todo igual a las grandes.Mis herramientas se componían de un machete, una barrena para hacer portillos, una azuela para labrar palos y una cuchilla de mano. Con todas estas herramientas tan inapropiadas no podía trabajar en maderas duras o más resistentes, tenía que hacerlo en maderas de álamo, de maqui y hasta de palqui; todas estas maderas son muy blandas para trabajarlas, pero son muy poco resistentes. Yo las elaboraba la mayor parte con cuchillo de mano, solo las mazas para las ruedas las hacía de madera de litre, que es muy dura y que es también la que usan para las carretas grandes. Pero como el trocito de madera que yo usaba para hacer las mazas era tan chico, pues solo medía como 10 centímetros por 5 de grueso, para hacerle los portillos para los rayos y el eje tenía que amarrarlo fuertemente con cordeles, que trababa en los arcones del parrón, así podía con dificultad abrirle los portillos con el barreno. Como se ve, más incómodo no podía ser mi taller, pero a mí, gracias a Dios, nunca me faltaban las astucias para hacer lo que yo quería. Los palos y tablas los cortaba con el machete –un amigo de mi padre me puso el "maestro del machetazo"– y como no tenía de dónde sacar tablas para los quinchaos, las hacía yo mismo con el machete: labraba los palos redondos hasta que los dejaba convertidos en tablas. En esta obra demoraba muchos días, y cuando terminaba, salía orgulloso con mi carreta, producto de mi ingenio. Después de pasearme con ella por toda la casa para que me la vieran, partía en dirección al cerro a buscar leña, porque mi gusto era traerla llenita de leña para que vieran en la casa que era útil lo que yo hacía. Pero sucedía algunas veces que cuando más contento venía con mi carreta cargadita de leña, como el camino era tan áspero, de repente daba un cimbrón fuerte al pasar por una quebrada y ¡zas!, se le quebraba una rueda. Y ahí quedaba la carreta echada en el suelo, con toda la leña encima. ¡Qué pena! ahí tenía que cargar la leña al hombro, y la carreta también. Y después, a hacer la rueda

de nuevo. Todos estos trabajos y actividades mías en los años de niñez los hacía enteramente solo, no me gustaba acompañarme con ningún otro chiquillo, porque siempre andaban diciendo palabras tontas que a mí no me gustaban, u ofreciendo pelear a puñetes con uno. Por eso me gustaba estar siempre solo y jugar solo.

Un día otro chiquillo me hizo una broma pesada, que a mí, en mi indignación, me hizo proferir una palabra fea, que hoy día está de moda entre los hombres mundanos, pero yo me resentí tanto después por haber dicho esa palabra, que me parecía que tenía una espina clavada en mi conciencia, que no me dejaba tranquilo. Hasta que pude confesarme, después le tomé odio al chiquillo, que no quise verlo más.

En ese tiempo comencé a trabajar en el fundo de pajarero, corriendo los pájaros en los sembrados de trigo del patrón, en medio de grandes potreros. Esto era en los meses de agosto y septiembre, hasta que ya crecían un poco los trigos. A veces nos llovía y nos mojábamos como sopa, y en las mañanas tiritábamos de frío. En esta faena ocupaban muchos chiquillos y nos pagaban 15 centavos al día. En esos tiempos las monedas se dividían desde un centavo para arriba, o sea: de un cobre hasta dos y medios se les daba el nombre de 'ficha'; esto, en monedas de cobre. Las monedas de plata se dividían desde un cinco para arriba. A mí me gustaba cambiar una moneda de plata de veinte centavos por veinte cobres de un centavo: hacía un puñado de monedas en las dos manos. Así es que por los seis días trabajados de pajarero recibíamos el día sábado 90 centavos. La comida que nos daban se componía de un pan grande que nos daban en la mañana como a las 9 y que se le daba el nombre de 'galleta'; al mediodía nos daban una cachá de porotos con caldo, que traía como 5 gotas de grasa. Con este alimento trabajábamos de sol a sol, esto es desde que sale el sol hasta que se entra, para ganar 15 cobres. Claro que en la casa mi madre me esperaba con un buen plato abundante, contundente y nutritivo. Desde que salíamos en la mañana hasta que llegábamos en la tarde empleábamos como 15 horas, porque en la mañana nos íbamos antes de que aclarara bien el día y en la tarde llegábamos ya obscuro. Esto era en el año 1904.

A mediados de 1905 nos cambiamos al Fundo "La Velazquina", cerca del pueblo de San Vicente. En ese fundo también estuve trabajando de pajarero, pero ahí me pagaban 30 centavos, el doble, pero ya tenía también 13 años. Un día llegó allí un vacunador, que andaba por todas las casas vacunando chiquillos. Yo lo vi entrar cuando llegó. Yo andaba jugando por ahí, y lo vi que hablaba con mi madre y no me llamó

mayormente la atención. Luego me llama una de mis hermanas y me dice: "Ven, para que te vacune el caballero". Esto oigo yo y desaparezco como mosca. Corrí para detrás de la casa, donde había un peral muy alto, y me subí como gato hasta el cogollo y me quedé quietito, en silencio. Luego que terminó de vacunar a los chiquillos, me llamaban y me buscaban por todas partes, y yo asustado como un zorro allá arriba los miraba para abajo cómo me buscaban por todas partes, y que no me fueran a ver o descubrir. Al rato, cuando ya pasó el peligro, me bajé y aparecí por ahí otra vez. Mi madre me retó, bueno, esto yo lo esperaba, pero me libré de que el hombre me tajeara el brazo. Mi madre me dijo 'no vís que te puede dar la peste y te morís'.

La vacuna que se andaba poniendo era contra la viruela, que peligraba en ese tiempo por allá. En un fundo más adentro se había muerto un hombre de viruela, y una noche pasaron con el cadáver en una carreta. Primero avisaron que en la noche llevarían el cadáver por el camino que pasaba por la puerta de nuestra casa. Mi madre cubrió las puertas y ventanas de la casa con yerbas hediondas y fuertes para aislar el contagio que pasaba por el camino, pero gracias a Dios no hubo ningún caso más.

V

Adicción por la pesca – terremoto de 1906 – temblor en el camino – con mi hermano Ramón – solo en las chacras

En ese tiempo yo era muy aficionado a la pesca, y para esto usaba grandes canastos que sumergía hasta el fondo de las aguas en ríos y canales, y muchas veces sacaba truchas o pejerreyes. Siempre andaba mirando las profundidades de las aguas por si veía algun pececillo. Un día creí ver en la profundidad de un estanque algo que me pareció que era un pez, y para ver mejor me incliné hacia la profundidad, y para eso me tomé de una estaca del pretil que estaba detrás de mí, y cuando estaba lo más inclinado posible tomado de la estaca cuando se quiebra ésta y yo me fui de cabeza hasta el fondo del agua, que tenía como un metro y medio de hondura. Yo no sabía nadar y era muy cobarde para el agua. Además estaba enteramente solo, no me vio nadie. Yo tenía poco más de 13 años y podía haberme ahogado. Pero no recuerdo qué esfuerzos hice para salir del fondo del agua y salir a la orilla; sólo recuerdo cuando estaba parado sobre el borde de la barranca tiritando de mojado y aflicción. Yo me

preguntaba después, ¿cómo salí, quién me sacó o me ayudó a salir del agua? Me doy yo mismo la respuesta: no puede haber sido otro que el ángel de mi guarda, porque yo no debía morir todavía, porque mi Dios me tenía destinado para padre de familia.

Así lo he comprendido yo. Ése fue mi cuarto peligro de muerte. Y ese mismo año fue el terremoto de 1906. El gran terremoto de ese año, que pasó a la historia. La casa de nosotros estuvo a punto de caer sobre todos nosotros y probablemente todos habríamos muerto, pero gracias a Dios no fue así, solo cayó toda la teja de la casa. Y cayó porque la casa era nueva, recién se había terminado, y como estábamos en invierno, no se había secado todavía el barro en que había sido asentada la teja, por eso se resbaló y corrió toda con el remezón y ese chorro de tejas alrededor de toda la casa nos formó una verdadera cortina mortífera que ninguno de nosotros se atrevió a cruzar durante el remezón. Todos estábamos a pie pelado y en paños menores, las murallas tan gruesas de adobes se batían junto con nosotros y nos amenazaban de venírsenos encima a cada momento y triturarnos a todos juntos. Gracias a Dios no tuvimos más que lamentar que el tremendo susto. Las camas de las chiquillas se llenaron de adobes que cayeron de un tabique que se despedazó. Apenas terminaron de caer las tejas, salté yo por encima de la barda de tejas quebradas, que me rompí un dedo de un pie al pasar sobre ellas, y yo no me di cuenta con el susto. Corrí por el medio del barro a pie pelado y medio desnudo sin darme cuenta de que también estaba lloviendo. Iba en busca de mi hermano Carmelo, que dormía en un ranchito aparte, y lo encuentro que tambien andaba disparado por debajo de unos sauces y por el medio del barro a pie pelado tambien y rezando en voz alta. Y voy yo y me apego a él a rezar también lo que él rezaba, y los dos rezábamos en coro, y cuando ya pasó el remezón fuerte, nos reunimos en un rancho aparte que no ofrecía peligro y ahí nos acurrucamos en colchones y abrigados con ropa de cama a rezar el rosario toda la noche, porque toda la noche tembló, eso sí que despacio. El día siguiente siguió temblando a intervalos; nosotros conocíamos en las pocitas de agua cuando comenzaban a tiritar. Todos quedamos como espantados por el tremendo cataclismo que nos zarandeó el 16 de agosto de 1906.

Como diez días después, iba yo solo por un camino como a las 7 de la mañana a trabajar las tierras para sembrar chacras que quedaban como a 3 kilómetros de distancia de nuestra casa, e iba a pie por una parte muy sola, cuando comienza un temblor tan fuerte que los árboles

se batían con tal fuerza que los cogollos se doblaban para los dos lados, como si alguien los hubiese tomado por la raíz y batido en el aire. Yo, parado en medio del camino, tampoco podía tenerme derecho, si parece que hubiese estado bailando tango. El susto fue mayúsculo el que pasé solo esa vez.

En la primavera de ese mismo año de 1906, me puse a trabajar con mi hermano Ramón, que puso una obra para cortar adobes, y para esto hacíamos grandes pozos de barro con paja. Yo unía tres bueyes con cordeles y montaba a caballo en uno y me metía al pozo de barro para pisarlo y revolverlo hasta que quedaba en estado conveniente para cortar los adobes. Un día el buey que montaba parece que se cansó y se dejó caer en medio del pozo y no quiso pararse, por mucho que yo lo animara. Yo, como estaba solo, me dio tanto susto que me pareció que el buey se moría, y me dejé caer al barro con la intención de llegar fuera del pozo, pero el barro estaba tan hondo y pegajoso que no podía avanzar, me llegaba más arriba de la rodilla y quedaba pegado. Me vi en bastante apuro, me parecía que el barro me iba a tragar para debajo. Después de tanto batallar con pies y manos pude llegar a la orilla sano y salvo. Y a pesar del frío que hacía, llegué transpirando a la orilla. Ya una vez fuera comencé a gritar a los bueyes y a darles de peñascazos, hasta que se paró el buey del barro y salieron afuera. Después no quise trabajar más con mi hermano. No me gustó esa clase de trabajo.

Poco tiempo después mi hermano Ramón se enojó con mi madre porque mi madre lo retó por ciertos abusos incorrectos que tuvo con ella, y se enojó de tal manera que no quiso nada más con la familia, y se vino escondido, sin decirle nada a nadie, a Santiago. Casi al mismo tiempo se enfermó mi hermano Carmelo de una fuerte pulmonía que casi se muere; los doctores le prohibieron el trabajo forzado de sol a sol, o sea: todo trabajo de campo. Y fue así como yo quedé solo a los 15 años, con todo el peso del trabajo para la casa, o sea: sembrar las tierras de chacras y reunir cosechas para la mantención de la familia durante todo el año. Así le hice frente a pesar de mis débiles hombros y escasa alimentación. Sin embargo, trabajando me hice fuerte. Me agrandé, y no había trabajo que no venciera, gracias a Dios, que me sostenía y me daba fuerzas. Mi alimentación en el trabajo de las chacras se componía de un poco de harina tostada revuelta con miel de pera que hacía mi madre, un pedazo de queso, y 2 ó 3 panes amasados. Con esta alimentación pasaba el día de sol a sol, como era costumbre, en medio del potrero, sin ningun árbol, así es que el sol casi me tostaba la ropa. Yo me secaba bajo el sol ardiente,

o sea, el Rey de la Creación, y cuando quería apagar la sed, me iba a la orilla del potrero donde pasaba un canal, sacaba un cacho de buey que llevaba dentro de un saquito con el cocaví, y lo metía al canal, sacaba una cachá de agua, le echaba dos puñados de harina con miel, lo revolvía con un palo y, ¡al cuerpo!, ¡qué refrescaíto se sentía el roto!

El trabajo y cuidado de las chacras duraba como 8 meses, desde que se principiaba a trabajar las tierras hasta que se guardaban las cosechas en la casa. Después de este tiempo yo quedaba desocupado, entonces me iba a trabajar al fundo.

VI

Trabajos de fundo – jardinero – fogonero – arreglos en casa – ayuda a mi madre – mi padre

En ese tiempo tendría poco más de 16 años y ya hacía todo trabajo de hombres grandes, y era así que cuando iba a trabajar al fundo me pagaban lo mismo que a los hombres grandes, o sea 40 centavos al día, igual que a todos los demás trabajadores. El día sábado recibíamos $2,40 por la semana trabajada. El día sábado salíamos más tarde porque teníamos que esperar que nos pagaran. Apenas recibíamos la platita nos íbamos de cabeza a la casa de una señora que todos los sábados hacía unas sopaipillas muy buenas a 10 centavos cada una, pero tan grandes y gruesas, que tenían el mismo tamaño del fondo de un plato. Con dos quedaba uno arreglado. Los trabajos en el Fundo eran muy variados: ya a cortar zarzas en los potreros, o a limpiar acequias y canales, metidos con el agua hasta la rodilla, aun en pleno invierno, con todo el frío. Otras veces nos mandaban en cuadrillas con carretas llevando todo el material a las bocatomas de los ríos, para hacer tranques o pretiles, para que el agua saliera con más abundancia por los canales que iban a regar el fundo. Allí nos metíamos al agua llevando unos armazones de palos cruzados para todos lados, a los que se les daba el nombre de "pie de cabra". Los colocábamos en toda la corriente, y como el río era hondo, teníamos que meternos enteramente desnudos. Había partes en que el agua nos llegaba al pecho. A mí me dio un desvanecimiento en medio del agua, así que tuve que pedirle socorro a un compañero, el que me sacó de la mano hasta afuera.

Otras veces el mayordomo me mandaba a sacar dos yugos para que enyugara dos yuntas de bueyes y los enganchara a una carreta para

que fuera con otros carreteros a cargar sacos de trigo en la era, donde la máquina estaba trillando trigo, y llevarlos a la Estación. Pero yo no podía levantar los sacos, que pesaban 80 kilos, así es que me tenían que cargar la carreta los demás carreteros; chillaban muchísimo, pero era orden del mayordomo, él sabía que yo no podía levantar los sacos: yo apenas tenía 17 años.

Otras veces el mayordomo me mandaba también con carreta, pero con solo una yunta de bueyes, a cargar gavillas en los potreros donde se había cortado trigo, para llevarlo a la máquina que estaba trillando en la era. Ese trabajo para mí era muy pesado, porque tenía que hacer el trabajo de un hombre hecho y derecho: tenía que levantar las gavillas en alto, que pesaban como 60 kilos, y en situación difícil: parado sobre las mismas gavillas, que eran tan movedizas, además del movimiento de la carreta y hacer todo eso con mucha rapidez, porque los gavilleros me tiraban muy seguido las gavillas desde el suelo adentro de la carreta, y yo tenía que acomodarlas con mucha rapidez porque me tapaban a gavillazos.

Los gavilleros eran unos hombres macizos, muy forzudos, que ensartaban las gavillas con unas horquetas de palo y las levantaban en alto y las tiraban adentro de la carreta. Después en la máquina tenía que hacer casi doble esfuerzo, porque tenía que tirarlas sobre la mesa de la máquina, que era más alta que la carreta, desde donde las tomaba el cilindrero y las introducía en la cámara del cilindro, que las hacía añicos, saliendo el trigo limpio por un lado y la paja por otro lado de la máquina. En esta operación me llegaban a crujir los huesitos de las costillas. Después no quise trabajar más en ese trabajo, porque me podía enfermar, era demasiado pesado para mí, que era tan joven.

La semana siguiente le dije al mayordomo que no me echara más a las carretas y que quería cortar trigo mejor. Cortando trigo ganaba más y el trabajo era más liviano. En las carretas ganaba 40 centavos, y cortando trigo me salía el día a 50 centavos, y trabajaba a mi voluntad, sin que nadie me mandara. Entonces fui y tomé un cuarto de cuadra de trigo para cortar. Al lado mío tomaron otro cuarto dos hombres hechos y derechos. Yo, para ellos, era un chiquillo. Pero me puse a cortar trigo como una furia, a cabeza gacha, sin mirar para ningún lado. A los dos días de trabajo llevaba bien aventajados a los dos hombres que trabajaban juntos. Cuando por la tarde se dan cuenta de que yo los voy ganando, echaron una madrugada de a caballo al día siguiente, o sea, al tercer día, de modo que cuando yo llegué en la mañana como a las 7, ya ellos me

habían emparejado. Y me puse a hacerles la collera como una furia, pero como ellos eran dos me ganaron como por una hora, si no lo advierten a tiempo, yo me los habría pitado a los dos juntos.

Por el cuarto de cuadra cortado pagaban $ 1,50, y yo me demoraba tres días. Me salía el día a 50 centavos, y así el mayordomo me consideraba mucho, porque a mí me gustaba ser bien cumplidor en todo lo que él me ordenara.

A veces me mandaba al mando de otros hombres mayores que yo a hacer trabajos en puntos retirados, donde él no nos podía ver. Solo se confiaba en mí, porque él sabía que yo tenía que hacer los trabajos tal como él me los ordenara. Un día me llamó aparte de los demás y me dijo: "Usted, que tiene tan buena voluntad y que cumple bien con sus deberes, lo voy a elevar de puesto, ¿qué le parece?". "Muy bien, pues", le dije yo. Entonces me dijo: "Desde el lunes usted va a trabajar aquí en las casas del patrón, de jardinero, además usted va a comer aquí adentro, de la misma comida que come el patrón, y va a ganar 50 centavos diarios". O sea: 10 centavos más de lo que ganaban los demás trabajadores. Ahí pasé una vida zorzalina, como decíamos nosotros por allá. Trabajaba poco, comía bien, además tenía la arboleda frutal a mi disposición. Trabajé de jardinero como dos meses, más bien, flojié dos meses, porque me llevaba durmiendo debajo de los árboles.

Otro día me llamó otra vez el mayordomo y me dijo: "¿Quiere ganar más?". "Ojalá", le dije yo. Entonces me dijo: "Desde el lunes se va a trabajar de fogonero con el maestro Reyes, en la máquina aserradora que está partiendo tablas ahí en la obra", y me agregó: "Ahí en ese trabajo va a ganar un peso diario". Eso sí que el trabajo era harto pesado y continuo, porque había que mantener el motor en los 85 grados de calor todo el tiempo. Ahí me acostumbré al trabajo forzado y continuo, pero lástima que el trabajo de fogonero solo duró dos semanas: se acabó la madera que había que partir.

Pero coincidió esto con las cosechas de las chacras, y me fui inmediatamente a arrancar porotos, a quebrar maíz y sacar las papas y todos los demás productos de chacarería. Después de terminado el trabajo de las chacras, me dedicaba a hacer algunos trabajos en la casa, como ser, hice un portón a la calle, de madera, de dos hojas, por donde podía entrar la carreta al patio de la casa.

También hice una carretita de mano, que me sirvió muy bien para acarrear los sacos de porotos desde la era, donde los trillábamos con yeguas y que estaba a 20 metros de la casa. Los sacos de porotos pesaban

como 100 kilos; yo tenía que batallar con ellos para subirlos y bajarlos de la carretita. Tambien hice y arreglé una pieza para dormitorio para mí, con puerta y ventana. Hice un velador de cajón de azúcar, compré una lamparita de pared con espejo muy bonita, de modo que cuando estaba prendida se veían dos luces. También le ayudaba a mi madre en sus negocios, como ser: le cocía el pan en el horno que ella hacía para la venta; la acompañaba cuando iba a comprar huevos a los fundos vecinos; íbamos de a caballo, con un canasto cada uno; llevábamos velas de jabón, azúcar, yerba mate que vendíamos a las campesinas y ellas nos pagaban con huevos. Avaluada la docena de huevos en 60 centavos, mi madre juntaba en la casa 400 ó 500 huevos, que los venía a vender aquí a Santiago, donde se hacía su pequeña ganancia. Siempre venía con alguna de las chiquillas; una sola vez me trajo a mí. También mi madre comerciaba chichas. En el tiempo cuando se producían éstas, íbamos los dos en la carreta, a veces en pleno invierno. Nos costaba pasar los pantanos de barro, casi quedábamos pegados, para ir a buscar un barril de chicha, que hacía como cinco chuicos, y en la venta se ganaba casi el doble. Así ella ayudaba a mi padre en los gastos de la familia. Mi padre ganaba una miseria como vaquero del fundo, que no le alcanzaba ni para sus propios gastos. Su sueldo era de $ 7 mensuales, y lo ocupaba hasta de noche a veces el patrón. Cada vez que el patrón quería ir a revolverla al casino del pueblo con sus amigos, obligaba a mi padre a que lo acompañara. En el casino le daba sus copas de licor para que no se aburriera de esperarlo, y cuando se venía como a las 11 de la noche, se venían los dos bien alegres, como decían ellos, o sea: con bastantes copas en el cuerpo. Cada vez que mi padre no llegaba temprano, yo me acostaba medio vestido, y me estaba alerta, porque apenas entraba al patio de la casa, me llamaba altiro: "¡Benitooo!". Yo apenas sentía su voz, saltaba de la cama y salía a recibirlo, lo ayudaba a bajarse del caballo, lo llevaba a la cama, le sacaba las espuelas, las botas, los zapatos, lo ayudaba a desvestirse y lo dejaba bien abrigado. Después me iba a sacarle la montura al caballo y ponerlo en el comedero o pesebrera. Después me iba a acostar yo, feliz y contento por haber atendido a mi padre como debía, y cumplido un deber para con él. Mi padre fue el ser que yo más quise en mi vida.

Cuando no tenía qué hacer, me dedicaba también a hacer un poco de deporte: compraba pelotas de goma en las paqueterías del pueblo y me ponía a jugar yo solo en los potreros. Otras veces me dedicaba a hacer y elevar volantines. Un año que vendí algunas cosechas que me tocaron,

me cacharpié lo más que pude: me compré un terno oscurito, un par de zapatos, un sombrero alón y un reloj con cadena. ¡Chitas, que me veía encachado! Me sentía envidioso de mí mismo. El terno me costó $12, los zapatos $7, el sombrero $4,50 y el reloj con cadena $9. He ahí un roto bien cacharpeado. Las chiquillas me miraban de arriba abajo, y yo, con mi seriedad, no me daba por entendido. Los chiquillos amigos me molestaban con su admiración, porque me decían que yo me veía tan bien, y que todo lo que yo compraba y me ponía era tan bonito y que todo me asentaba. Si los amigos por todo me molestaban. Por eso prefería estar solo.

VII

Fiestas Patrias – el mingaco – mal baño en el río – confesión – caballo muerto – mala cosecha

Una tarde, en septiembre del año 1909, se celebraron las Fiestas Patrias en una cancha que había entre el río y el pueblo de San Vicente de Tagua Tagua, y creo que es la misma que existe todavía. Yo esa tarde quise ir a ver las fiestas, me cambié indumentaria poniéndome mis mejores arreos o mi parada dominguera y me arreglé bien mi fachada, y partí solo de a pie como a las 3 de la tarde. Desde lejos, mucho antes de llegar a la cancha, ya el mensajero invisible, el viento, comenzó a hacer llevar a mis oídos las voces de las cantoras que animan las cuecas a los huasos, que se descuartizaban bailando. Llegué a la cancha y vi que la cosa estaba que ardía por todas partes. Recorrí todas las fondas viendo bailar por aquí y por allá; también había carreras a la chilena de caballos; había topeaduras –éstas no me gustaron porque los hombres se enojaban y se daban de huascazos con los chicotes–; también había otros juegos pedestres. Yo andaba mirando no más, no compraba ninguna cosa ni para comer ni para tomar. Cuando ya estaba aburrido de andar viendo todo, saqué mi reloj y vi la hora: iban a ser las 6, el sol ya estaba bajito, entonces me dije: me voy para alcanzar a pasar el puente sobre el río antes que se oscurezca, y salí de la cancha, y seguí por la calle principal del pueblo, que es la que lleva en dirección al puente. E iba tan cansado, toda la tarde de pie desde que salí de la casa, andando para arriba y para abajo, que me senté en un escaño que había en la vereda a descansar un ratito; además andaba con unos zapatos nuevos que me apretaban un poco. Y estaba gozando del asiento, cuando veo que más atrás de mí vienen dos hombres borrachos

abrazados. Yo no los tomé en cuenta, me quedé tranquilo nomás, pero al pasar a mi lado uno de ellos me tomó el sombrero de sorpresa y se lo puso él, y se puso guapo y no me lo quería entregar. Mi sombrero era nuevo, lo había comprado esos días no más. Yo quería quitárselo a la fuerza, pero no podía porque él era un hombronazo y yo me veía chico al lado de él. Entonces el otro hombre, al verme tan afligido, intervino en mi favor; entonces me lo entregó todo abollado, hecho una calamidad. Mi sombrero era de esos tiesos y alones, ¡Sentía tanto mi sombrerito yo! Ya estaba pensando en ir al Cuartel de Policía que estaba ahí cerca; les habría llegado, porque a los dos los habrían dejado presos.

Una tarde en el verano me convidaron unos chiquillos vecinos a un mingaco de deshoja de choclos que tenía preparado otra familia pariente de ellos en otro fundo vecino, y como estos chiquillos iban a ir con sus papás y mamás y demás familiares, porque eran dos familias las que iban a ir. Yo le dije a mi madre si podía ir. Ella me dijo: "¡Anda pues, pero se vienen temprano!". "Bueno", le dije yo, luego ensillé mi caballo y partí con ellos. Allá la cosa estaba requetebuena, había cerca de cincuenta personas y había que deshojar como tres o cuatro carretas de choclos. Entre todos rodeamos la ruma de choclos, que parecía un cerro, que no nos veíamos de un lado al otro, y muy luego comenzaron a circular las bandejas con ponche y bollitos de huevos y chicha de la mejor, cazuela de ave, cordero asado y otras cosas más. Además, una pareja de cantoras nos alegró la reunión hasta que terminó, con tonadas y canciones y cuecas que se intercalaban a cada momento; nos obligaban por turnos a pararnos del asiento en que estábamos deshojando para bailar tres pies, que era el reglamento que se adoptó para todos, sin excepción. Y así trascurrieron las horas, llenas de alegría, trabajando, comiendo, tomando buen trago y bailando. Esto es lo que se llama un "mingaco"; en los campos siempre es muy concurrido y alegre. Terminamos la deshoja como a la una de la mañana; ahí también terminó toda la fiesta. Nosotros, como andábamos de a caballo, demoramos poco mas de media hora en llegar a la casa, que llegamos como a las dos. Única vez que yo salí solo de noche de mi casa.

Otro día en la tarde me convidaron otros jóvenes amigos y vecinos a bañarnos en el río, que quedaba un poco lejos. Ellos eran tres, yo no quería ir, pero tanto me convidaron y me exigieron que por fin accedí y fui con ellos. Más bien que nunca hubiese ido, pues los tales jovencitos eran unos traviesos de primera. Por todo el camino se fueron pantomimiando. Llegamos al río, se desvistieron ligerito y se metieron

al agua y comenzaron a tirarse agua con las manos. Yo también me desvestí y comencé a meterme al agua; en esto me ven ellos y se vuelven a mí y comienzan a tirarme agua sin cesar. Y yo, que iba con mi cuerpo seco todavía y que el agua estaba muy helada, esta lluvia inesperada y sin tregua me produjo una impresión tan grande, que no podía sacar la respiración, hasta que, en medio de mi desesperación, pude arrancar para afuera, porque ellos no cesaron nunca de tirarme agua, hasta que pude ponerme fuera de su alcance. Después quise hacer otra intentona, pero ellos volvieron a la carga nuevamente. Entonces desistí definitivamente, porque no me sentía bien con la ducha inesperada que me daban ellos; me vestí y me fui para la casa medio enfermo, sin hacer caso a los ruegos de ellos, que me decían que no me fuera. Yo me fui no más, porque me sentía mal, con los síntomas de una fuerte pulmonía que me dio en seguida y que me tuvo a las puertas de la muerte. Esto por condescender a los halagos de los amigos.

Por eso que yo desde chico no pude tener amigos íntimos porque todos me habrían de hacer una mala jugada, motivo por el cual los dejaba y prefería estar solo. Además, muchas veces trataban de hacerme caer en alguna falta grave, y yo inmediatamente les tomaba odio y no quería verlos más.

Una tarde, después que salí del trabajo, llegué a casa, comí algo por ahí, en seguida me lavé bien, me arreglé, o sea, me puse mis mejores pilchas o mi parada dominguera, y en seguida partí solo para el pueblo a confesarme, porque habían llegado misiones en la Parroquia del pueblo y quise aprovecharlas limpiando mi alma. Antes, iba en compañía de mi padre a las misiones a confesarnos, pero ahora, que ya me consideraba grandecito y ya no necesitaba de compañía, partí solo, porque uno, cuando ya tiene 17 años, se siente hombre y por consiguiente, valiente. Yo creí que iba a llegar a la Parroquia, confesarme y volverme de inmediato, pero no fue así, porque había tanta gente: había dos filas bien largas para cada confesor, y no me quedó más remedio que ponerme en la fila y esperar varias horas hasta que me tocó el turno. En esos tiempos a una hilera de hombres se les llamaba "filas", esta palabra se les aplicaba a los indios cuando se dice en "fila de indios"; hoy día a estas filas se les llama "colas".

Pues esa noche no pude confesarme antes de las diez de la noche. Y pensar que después de esa hora tenía que irme solo y de a pie para el fundo donde vivíamos, pero lo que más temía yo era el paso del puente sobre el río, que desembocaba al otro lado entre bosques y matorrales

y en una obscuridad absoluta, y después de pasar esa parte peligrosa tenía que andar un largo camino entre alamedas muy tupidas hasta llegar a la casa. Así es que sentía bastante miedo, porque muchas veces se había oído decir que a la salida del puente salía gente mala a asaltar a las personas que se aventuraban a pasar solas en las noches ya un poco tarde. Algunas veces se veían piedras ensangrentadas por el suelo con las que les pegaban a los que asaltaban. Así es que yo, cuando salí de la Iglesia, llevaba un miedo atroz, dispuesto casi a caer en manos de los asaltantes, pero me daba valor yo mismo y me decía: "Si me matan, voy confesadito, listo para morir". Pero no fue así: Dios me proporcionó un compañero para que no atravesara solo esos lugares de tanto peligro; pues apenas había andado algunos pasos después de salir de la Iglesia, cuando me encontré con un joven de más edad que yo, y sin conocernos, nos hablamos. Él también venía saliendo de confesarse y era de otro Fundo vecino al que yo vivía. Él también estaba en la misma perplejidad que yo, o sea el miedo por el paso del puente. Las circunstancias en que nos encontrábamos nos obligaban a hacernos amigos y así nos dimos valor el uno al otro e hicimos el trayecto juntos. Cuando llegamos al puente, me dijo él: "Aquí suelen salir salteadores en las noches; nosotros tenemos que defendernos, aunque sea a piedra", y acto seguido tomamos sendas piedras, llenamos las carteras y tomamos una en cada mano, listos para defendernos en caso de ataque. Pasamos toda la parte más peligrosa con toda precaución, casi sin respirar, pero todo estaba tranquilo, no sentimos moverse ni una hoja. Entonces pudimos respirar libremente, y a unas seis cuadras más adelante tuvimos que separarnos, porque ahí se repartían los caminos para los fundos donde vivíamos cada uno. Desde ahí el camino hasta mi casa era menos peligroso. Me quedaban cuatro cuadras y había en ese trecho siete casas de inquilinos. Yo podía haber ido de a caballo esa tarde a confesarme, pues tenía todo el equipo para formar un jinete más que regular: tenía el caballo que me había regalado mi padre y era nuevo, solo lo había montado cuatro veces; tenía mi bonita montura, bonitas espuelas y un bonito chamanto, un sombrero alón de los que se usaban en esos tiempos, pero yo no quise ir de a caballo, porque tuve miedo de dejarlo solo afuera mientras yo me confesaba, porque me lo podían robar. A mi hermano Ramón le habían robado su caballo antes. Pero yo también tuve mala suerte con mi caballo, también lo perdí por accidente, y tanto que quería mi caballito, regalado por mi padre.

Un día le dije a mi padre si me podía traer mi caballo del potrero porque necesitaba salir en él. "Bueno, se lo traeré", me dijo. Como él

andaba todos los días por los potreros revisando los animales del patrón, porque ésa era su ocupación, pero más tarde, cuando volvió, no traía el caballo y venía medio triste y apenado. Yo, con un poco de sorpresa, le pregunté por el caballo, y me contestó con acento de dolor , diciéndome: "¡No sabe lo que le pasó a su caballo!". "¿Qué le pasó?", le pregunté yo, con cierta inquietud. Entonces me dijo: "¡A su caballo se le quebró una pata!". " Y, ¿cómo?", inquirí yo, angustiado. "Lo traía tirando con un cordel – me dijo – y al pasar por un puente roto metió una pata trasera en el agujero y se la quebró". "¡Qué desgracia!", le dije yo, conformándome con mi mala suerte. "Y esto no tiene remedio", me dijo, "no hay más que matarlo y sacarle el cuero para venderlo". Y así lo hizo, lo mató y le sacó el cuero, que yo llevé a la curtiembre del pueblo, y me dieron $7 por él. La carne sirvió para los perros y se acabó el caballo, quedando un roto de a pie y con todos los aperos de un jinete.

Después de esto me siguió la mala suerte, pues las chacras que había sembrado ese año estaban tan buenas y bonitas como ningún año anterior. Yo estaba contentísimo, porque veía que me iban a dar para ponerme un buen parche, como decíamos en esos tiempos por allá. Yo ya me aprontaba para vender varias fanegas de porotos y de maíz para mí, después de dejar en primer lugar todas las que se consumían en la casa durante todo el año. Las que sobraban eran las que me tocaban a mí como recompensa por el trabajo de ocho meses, que era lo que duraba el trabajo de las chacras desde las siembras hasta las cosechas, y me decía yo mismo: "Me voy a comprar un buen terno, un par de zapatos, un sombrero y una buena música de boca". Pero todo mi castillo de ilusiones se me vino abajo, pues las lluvias me arruinaron toda la cosecha, perdiéndose íntegra, motivo por el cual me desmoralicé y no quise sembrar más. Los porotos, que estaban tan cargados y que ya los había traído en la carreta hasta la era de la casa para trillarlos, cuando se pone a llover torrencialmente. Dejé la carreta cargada en la era y esperé hasta el día siguiente, a ver si dejaba de llover para descargarla. El día siguiente amaneció un día bonito de sol; en vista de esto la descargué y extendí los porotos por el cerco de la casa, para que se secaran, todavía en capis y en la mata, para poder trillarlos después. Pero en la noche siguiente se puso a llover nuevamente sin escampar durante toda la semana, lo suficiente para que todos los porotos se hincharan y se nacieran, perdiéndose íntegramente todos. El maíz que se trajo de las chacras, todavía en hoja, tampoco se pudo secar a causa del mal tiempo que siguió, azumagándose, y por tal motivo no se pudo vender nada.

Las papas quedaron perdidas en el barro, sólo pudimos sacar del barro, bajo la lluvia, cinco sacos, siendo que habíamos sembrado siete. No pudimos sacar más, porque llovía demasiado fuerte, y ya estábamos como sopa de mojados. Los que andábamos en la saca de papas éramos yo, la Edelmira, la Petronila, la María y un amigo de buena voluntad, y como andábamos en carreta, nos fuimos cantando todo el camino bajo la lluvia para la casa, que estaba como a diez cuadras. Todos llegamos a la casa apresurados cambiándonos ropas secas, y tomando algo caliente que nos preparaba mi madre para contrarrestar el resfriado que era casi seguro, pero gracias a Dios no nos pasó nada. Después, cuando vi todas mis ilusiones perdidas y mi castillo derrumbado, me sentí apenado: ¡ocho meses de trabajo perdidos!

VIII

Traslado a Santiago – mis hermanos en Santiago – trabajé de mozo

Entonces me decidí hacer lo que tenía pensado: decirles a mis padres que nos viniéramos a Santiago, porque yo no deseaba sembrar más, porque veía que mi porvenir no estaba en las siembras. Sentí desconfianza de volver a sembrar otra vez. Además mis dos hermanos mayores ya se habían venido a Santiago y a mí me habían dejado solo con todo el trabajo de la casa. A mí me llenaba de indignación esto. Que le hayan sacado la vuelta al trabajo para vivir como los futres en zapatitos y bien terniados, y yo empantanado en el fango, a veces bajo la lluvia y otras bajo el sol ardiente y mal alimentado. Me decidí por fin de decirles a mis padres lo que tenía pensado. Ellos reflexionaron un poco y por fin encontraron buena la idea. Nos pusimos a vender todo lo que teníamos, lo que no podíamos vender lo regalábamos. Vendimos la carreta, los bueyes, los caballos, monturas, aperos y los chanchos. Los perros y gatos los regalábamos. Yo vendí todo mi equipo de huaso, mi montura, espuelas, chamanto, las ojotas se las regalé a un cabro amigo, a otro le vendí el acordeón que tenía. Nos reservamos únicamente las camas y baúles para guardar ropas, y que fue lo que trajimos para Santiago. Después de embarcar todo el equipaje, nos embarcamos también nosotros con destino a la Estación Central de Santiago. El viaje fue lleno de alegría y de optimismo, porque no sabíamos dónde íbamos a caer ni en qué íbamos a trabajar. Por fin llegamos a la Estación santiaguina. Nos bajamos todos asustados.

No conocíamos a nadie. Pero muy pronto nos encontramos con mi hermano Carmelo, con su cara sonriente. Él nos ubicó primero. Qué tremenda alegría tuvimos con él. Después de los saludos de reglamento y de cruzar varias palabras con él, nos invitó a subir a un coche tirado con caballos (que eran también los únicos que había en el servicio público) y nos llevó a ocupar una enorme pieza que nos tenía arrendada de antemano en la calle San Diego 730, pasaíto Diez de Julio. Era tan grande la pieza, que las camas quedaban como sembradas a gran distancia unas de otras. Parecía un campamento "gitano". Solo pagaba por esa enorme sala $25 mensuales. Aquí pasamos los primeros días tirando líneas en qué íbamos a trabajar, aunque mucho apuro no teníamos todavía porque habíamos traído un montón de platita con la venta que habíamos verificado de los enseres allá en la otra tierra. Pero de todos modos había que ir pensando en enrolarse en cualquier parte. Yo, la Edelmira y la Matilde fuimos los primeros en empezar a trabajar. Nos metimos en una casa particular: la Matilde, de la cocina; la Edelmira, de las piezas; y yo me convertí en un mozo del comedor, a servirle en la mesa a los patrones.

El patrón era solterón, vivía con su madre, que era viuda. En la mañana le llevaba el desayuno a la cama al patrón y después que se levantaba le hacía la pieza y algunos pequeños mandados a la calle, y me pagaba $ 25 al mes. Yo dormía en un cuartito en el entretecho, porque la casa era toda en altos, con segundo piso, pero mi pieza estaba más arriba todavía. Ahí estuve sólo dos meses. Después me fui a otra ocupación que me tenía lista un amigo de mi hermano Carmelo, también del comedor en la casa de una señorita muy rica, pero también solterona y vieja. Tenía ya un automóvil y dos coches de caballos. Mi trabajo era servir a la mesa y salir de librea, ya con el chofer en el auto o con el cochero en el coche. Yo tenía dos uniformes: uno igual al del chofer, y el otro igual al del cochero. Y yo lo único que hacía era abrir y cerrar la puerta del coche cuando se bajaba por ahí la señorita. Y me pagaba $30 al mes. En esa casa yo pasaba una vida zorzalina, la comida era abundante y muy buena; además, como yo era el que tenía que preparar el desayuno en la mañana, era el primero en levantarme, hacía fuego en la cocina porque era cocina a leña; ponía la tetera con agua, la olla con leche, e iba a dar una vueltecita por el gallinero y siempre encontraba por el suelo dos ó tres huevos, les echaba una lavadita, y a la tetera, en seguida me los cocinaba solito en la cocina. En la única casa donde yo engordé fue ahí. La patrona estaba contenta conmigo y yo con ella. Pero como dicen que lo bueno no dura, he ahí que, como a los seis meses que estaba con ella

me despidió bruscamente, de repente, por cuentos de una empleada que tenía. Yo estoy seguro de que la empleada hizo esto conmigo porque yo nunca quise llevarla en los tacos, como se dice. Yo todavía no tenía 20 años y ella era una mujer de unos 23. Además era colorina de cara, pecosa y gordinflona. Era hermana del cochero, quien me había dicho que tuviera cuidado con su hermana, porque si yo le hacía algo, con él me las arreglaría. Y él era macizón. Pero yo ya le había tomado fastidio a la mujer, por lo cargante que se había puesto conmigo. Siempre andaba poniéndoseme por delante, hablándome. A mí me hostigaba demasiado ya. Un día, después que terminé de levantar la mesa después de almuerzo y dejar todo arreglado en el comedor, como después de estos quehaceres quedaba desocupado, me dio la idea de abrir una puerta de una galería de vidrio que había en un extremo del comedor y que nunca había abierto, y como estaba solo, fui y la abrí. Adentro habían muebles usados guardados ahí, en primer lugar, habia un sofá que parece que invitaba a sentarse o tenderse en él, y como estaba tan fresquita la pieza, porque era en el verano, entré, cerré la puerta y me tendí en el sofá, a descansar un rato. Apenas me había tendido, cuando abre la puerta la colorina cargante, entra y cierra. Yo inmediatamente me indigné con élla: "¡A qué se viene a meter aquí", le dije yo, indignado "váyase para afuera!". Pero no quiso y se sentó al borde del sofá donde yo estaba tendido. Entonces me paré con rabia y salí, dejándola encerrada, sola. Me imagino la rosca que se habría formado si nos hubiese visto alguien de la casa.

Por eso creo yo que me puso mal con la patrona, porque no pudo conseguir que yo la quisiera. Entonces ha pensado que poniéndome mal con la patrona me tenía que despedir y entonces traería a otro mozo, el cual le podía hacer la collera a ella, porque las mujeres son muy astutas. Yo no había cometido ningún delito por donde la patrona me podía haber despedido, así es que fue únicamente maquinación de ella. La patrona, que también era una cascarrabias –es que ya había pasado los 60 años, por lo tanto, se le había pasado también su cuarto de hora, por eso tenía tan mal genio– se indignó tanto cuando oyó a la sirvienta el cuento que le llevó, que inmediatamente ordenó a la misma sirvienta que me llamara. Cuando llegó la sirvienta donde yo estaba la noté media corrida. "Dice la patrona que vaya" me dijo; "bien", le dije yo, y partí a donde la patrona con un poco de recelo. Para qué me querrá, pensaba yo, cuando nunca me llama a esta hora. Llegué donde ella y le dije: "¿Qué desea?, señorita". No me contestó nada, pero la vi que estaba contando plata que tenía en las manos. Luego me dijo: "Aquí tiene su sueldo. Váyase,

yo no tengo a nadie a la fuerza en mi casa, usted ha dicho que quiere irse, pues váyase", y se entró a su pieza, sin saber por qué me despedía tan bruscamente. Ella nunca oía explicaciones de nadie, sus órdenes eran infalibles, no había apelación posible.

Después, una vez tranquilo, yo pude caer en la cuenta: lo que había pasado era que ese mismo día, mientras almorzábamos en la cocina todos los que éramos empleados de la casa, conversábamos en confianza de las ocupaciones, y fue así que yo también salí con mi opinión, diciendo que a mí también me gustaría encontrarme otra ocupación, donde ganara más. Esto fue lo que dije en confianza en medio de todos y que, en total, éramos cuatro. Y esta colorina antipática, apenas salió de la cocina, le llevó el cuento a la patrona de lo que yo había dicho. Yo que tenía rabia con esa mujer. Yo le tenía puesto "la cabeza de infierno". Así fue que esa tarde no tuve más remedio que tomar mis cachivaches y partir para mi casa. Allá llegué diciéndoles: "Se acabaron las colizas, me despidió la patrona por cuentos de una empleada". En esa casa yo compraba el pan todos los días en la panadería y me daban un vale que yo juntaba, y cuando enteraba $30, los canjeaba y me daban una coliza que yo llevaba a mi madre. Por eso les dije que se habían acabado las colizas.

IX

Me llevaron a Viña – de ascensorista – de copero

Después me ocupé, también del comedor, en una casa de la calle Las Claras 790 (hoy Mac Iver). Ahí me pagaban $50 mensuales y me daban una pieza en el tercer piso, porque la casa era de tres pisos y con balcón a la calle. Esa patrona me compró un colchón de lana, porque hasta entonces yo no tenía cama mía, y me la descontó en los sueldos siguientes. En esa casa estuve un año. Esas patronas me llevaron a conocer Viña del Mar y Valparaíso. Allí también una mujer se enamoró de mí, y era la empleada de la cocina. Tendría como 40 años y yo tenía poco más de 20, pero ésta no era cargante, solo se manifestaba en servirme con mucha delicadeza, de lo mejor que cocinaba y con su cara siempre sonriente. Pero como yo tampoco le hacía caso, esta mujer sufría mucho, porque la pobre se puso flaca como lagartija, pues veía que yo, para ella, era imposible.

De ahí me costó salirme porque las patronas me habían tomado cariño y me consideraban como de la familia, me consideraban mucho. Yo, además de servirles a la mesa, tenía que hacerles el desayuno en un

anafe y llevárselo a la cama en una bandeja: la tetera con agua hervida, el lechero con leche, té sin remojar, azúcar y pan de zenteno, que les gustaba porque eran inglesas. Yo llegaba con la bandeja y se las ponía en el velador de ella, porque a ella le gustaba servirle el desayuno al caballero, que estaba durmiendo en la otra cama, al lado de la de ella. Yo le dejaba la bandeja nomás y salía y le cerraba la puerta, después yo me iba a tomar desayuno a la cocina del que hacía la cocinera. También había otra empleada, joven, casi de la edad mía, pero era muy seria, tan seria como yo. Solo nos hablábamos por motivo de trabajo no más, y cuando conversábamos algo, lo hacíamos con sencillez, como lo hacen dos niños entre sí. Así es que esas patronas, digo patronas porque eran dos, la madre y la hija. La madre era viuda y la hija era casada con un inglés. El papá de la hija también había sido inglés. La mamá era chilena, o sea la señora viuda. Cuando fueron a Viña del Mar en el verano me llevaron a mí de compañía para que les sirviera de respeto en los paseos que hacíamos. El caballero, o sea, el esposo de la hija, era tan ocupado que no las podía acompañar en la semana, sino sólo el día domingo. Así es que yo regaloneaba con ellas, saliendo en coche para todas partes casi todos los días, pero como estábamos en los mejores hoteles de Viña y Valparaíso, yo no hacía ninguna cosa, así es que me llevaban únicamente para que las acompañara. Los mozos de los hoteles les hacían todo lo que necesitaban y yo también gozaba del mismo servicio, porque estaba en calidad de un pasajero cualquiera. Tenía una pieza grande amoblada con dos camas y baño al lado. Apenas me levantaba, iba al comedor a tomar desayuno, y cuando volvía, ya el mozo me tenía la pieza arregladita, la cama hecha y todo bien limpio y ordenado. Así es que yo vivía una vida de príncipe con ellos en el veraneo.

Después, como a los dos meses, cuando les dije que me iba a salir, no querían por nada que me saliera, me decían que estaban tan acostumbrados conmigo. Yo les decía que quería trabajar en otra cosa, y cuando vieron que ya no me podían convencer o sujetar, me encargaban que no me perdiera y que fuera siempre a verlas. Pero me porté ingrato: no fui nunca más a verlas. De ahí me fui a trabajar de ascensorista en la Galería Buche, o sea, en el interior del edificio de la casa Gath y Chaves. Esa galería era un pasaje que tenía salida por Huérfanos y por Estado. La casa Gath y Chaves ocupaba el resto del edificio para la esquina. En la galería había dos ascensores que recorrían cinco pisos con el subterráneo. Nosotros los empleados éramos cuatro, dos para cada asensor, para que así pudiéramos turnarnos cada dos ó tres horas, y nos pagaban $90

mensuales. Ahí tuve yo mi quinto peligro de muerte, fue una mañana como a las 10, recién le había entregado el turno a mi compañero. Yo me había bajado al subterráneo a descansar un poco y al mismo tiempo a ocultarme por algunos momentos del mayordomo, que no nos podía ver un momento desocupados que inmediatamente nos mandaba a barrer por ahí. Pero mientras estaba en el subterráneo, me puse a mirar como trabajaba el motor o dínamo del acensor. Al lado mío había una aceitera sobre un cajón, y cómo la aceitera era de esas largas y que tenía el pico más largo todavía, yo pensé que era especial para aceitar el rodamiento del dínamo; así funcionando como estaba. Y acto seguido, tomo la aceitera y le achunto en el rodamiento del dínamo, le estoy echando aceite, cuando, sin fijarme bien, topo como por la mitad del pico de la aceitera con un borne, que estaba cerquita de un cable de alta tensión que llegaba a los carbones del dínamo, y se produjo el cortocircuito más formidable que yo he visto, produciéndose una llamarada tan luminosa que iluminó todo el edificio. Las gentes salieron asustadas preguntando qué había pasado. Yo me quedé helado; con el golpe de corriente se le cortó por la mitad el pico a la aceitera, así es que yo me quedé con la aceitera en la mano y el pico cortado. Después me preguntaba yo mismo: ¿cómo no me dio la corriente?, siendo que estaba pisando en pavimento duro de cemento, y la aceitera era de latón. Podía haberme carbonizado de un viaje. Pero como no era mi destino el morir carbonizado o electrocutado, mi compañero invisible, el ángel de mi guarda, me volvió a salvar la vida, como ya tantas veces lo había hecho conmigo, porque mi Dios me tenía destinado para padre de familia. Después le tomé miedo al ascensor, esperé que terminara el mes y me salí de ese trabajo.

Estaba un día en la mañana sentado en un banco de la Plaza de Armas viendo los avisos de ocupaciones en un diario, a ver si salía alguno que me viniera, cuando de repente se detiene un caballero junto a mí, y me pregunta: "¿Quiere trabajar, joven?". "¡Sí, señor!", le dije yo. "Entonces", me dijo, "venga conmigo, yo le voy a dar una ocupación bien buena". El caballero era nada menos que el administrador del Club de la Unión, del hotel más grande que había entonces en Santiago. Yo me sentía elevado porque iba a ser empleado de una gran institución, claro que a mí, como novicio, no me iba a dar un puesto mejor, porque ahí existía ya la escala de empleados, así es que a mí me dio el puesto de copero, que es donde principiaba la escala. Desde ahí yo podía, si tenía capacidad, escalar puestos hasta llegar a ser mozo de primera, y éstos ganaban mucho dinero. Yo estaba contentísimo, la comida era de lo

mejor y de tanta abundancia que todos los días botaban la que sobraba. El sueldo que me pagaban era de $90, con comida. Pero como toda luz no carece de sombra, así también todo lo bueno tampoco carece de lo malo: la ocupación, el trabajo y la comida eran excelentes, pero lo malo estaba en los turnos que había que hacer. El primer turno era de 8 de la mañana a 9 de la noche, y éste estaba muy bien, pero el segundo turno principiaba a las 12 del día y terminaba a la 1 o a las 2 de la mañana, y esto noche por medio, porque éramos 2 los coperos y tenía que haber uno sin falta hasta esa hora.

La primera vez que me tocó el turno largo no pude llegar a la casa en toda la noche, porque nosotros vivíamos en un cité o pasaje muy largo y la casa de nosotros era una de las últimas, al fondo, así es que los golpes que uno daba en la puerta de calle para que le abrieran no se oían de nuestra casa. El mayordomo cerraba la puerta a las 10 de la noche y después no se la abría a nadie más; así es que yo llegué como a las 2 de la mañana a golpear la puerta, pero todo fue inútil, y tuve que resignarme a amanecerme en la calle, y para no entumirme de frío, opté por ponerme a andar toda la noche calle arriba y calle abajo. Me encontré por la Alameda con otro joven que también andaba en las mismas condiciones que yo y nos pusimos a tomar café en un café ambulante (un hombre se amanecía todas las noches vendiendo café caliente en un carrito de mano, a los trasnochadores, por la Alameda). Después de ahí yo me fui a dar una vuelta por la Vega, que abría sus puertas a las 4 de la mañana, haciendo tiempo y esperando que viniera el día para irme a mi casa. En esos tiempos, por suerte, no se había inventado todavía la sociedad de cogoteros, uno podía andar a cualquier hora de la noche por las calles de Santiago sin que nadie le interrumpiera el paso. Después, las demás noches me esperaban atentos en la casa a la hora que llegaba y me abrían la puerta. Completé el mes y me salí. Sentí haber dejado la pega, pero el turno largo me comía el pecho.

X

Casa Alemana – con el doctor – escuela de choferes – entré auto a la cochera

Después me ocupé en una Casa Alemana de artículos importados, juguetería y de flores artificiales, que estaba en la calle Ahumada en la segunda cuadra. El dueño se llamaba Jorge Paefuel, alemán. Este caballero

era muy guapo, como son los alemanes, dan órdenes como si estuvieran mandando un regimiento. Yo le tenía miedo. El sueldo que me pagaba era igual al que había tenido en las dos ocupaciones anteriores, o sea, $90 mensuales, sin nada más.

Ahí me pasó un día un percance por descuidado, un día me mandó el patrón a dejar una linda jardinera importada a la oficina de un caballero por la calle San Antonio. Llego yo con la jardinera muy bien a la oficina del caballero, pero tocó mi mala suerte que al pasársela en sus manos, se me resbaló de mis manos y cayó haciéndose añicos en el piso de la oficina. Yo me quedé helado sin hallar qué decir; entonces me dijo el caballero, con calma, sin enojarse: "Tiene que decirle a su patrón lo que le ha pasado". Yo me devolví poco menos que tiritando, dispuesto a decirle la verdad, y no me quedó más remedio, estaba dispuesto a pagar con mi sueldo mi descuido. Pero quién sabe qué cara le puse yo al decirle, que parece que se compadeció de mí porque no me dijo nada enojado, murmuró algo no más, que no le entendí, cuando yo esperaba la pataleta que le iría a dar, pero no fue así. Enseguida ordenó a una vendedora que empaquetara otra jardinera de las mismas y me la diera para que la fuera a dejar tambien, ésta si que llegó sana y salva a las manos del caballero. Desde ese día comencé a ver la posibilidad de salirme de esa ocupación. Habían pasado ya cuatro días del mes siguiente y no me pagaba mi sueldo, yo esperaba que me pagara no más para no volver más y como la causa me apuraba, resolví usar de un embuste, que lo puse en práctica apenas volví de almorzar. Me armé de valor y me presenté por fin ante él y le dije francamente que si me podía dar permiso por la tarde, porque tenía que hacer una diligencia y que al mismo tiempo necesitaba un poco de plata, "ah, como no", me dijo, y echó mano a la caja de fondos, sacó un atado de billetes, contó los $ 90 y me los pasó. Yo, muy agradecido, me despedí de él, y partí feliz para no volver nunca más.

De ahí me fui rápidamente a tomar posesión de una ocupación que me tenía lista un amigo de mi hermano en la casa de un Doctor, para el cuidado de un automóvil, y que fue justamente la casa donde nos conocimos con Laura. Como a los cuatro días después que yo ya estaba con el Doctor, pasamos un día en el auto por la calle Ahumada y nos paramos al frente al negocio del alemán. Yo estaba asustado, que no me fuera a ver el alemán, me escondía detrás del auto. En esa ocupación con el Doctor lo pasaba muy bien, tanto el Doctor como la señora eran muy buenos y también muy católicos. Mi trabajo eran el aseo y el arreglo del auto, y salir con él a visitar los enfermos y cuidarle el auto en la calle. Un

día estábamos parados en la calle Santo Domingo, donde él había pasado a ver un enfermo, cuando de repente llegó un inspector municipal y me preguntó por mi carnet de chofer. Yo le dije que no tenía porque yo no era el que manejaba sino el patrón, él era el dueño y el chofer. "¿Dónde está el patrón?", me dijo. "Aquí adentro en esta casa, viendo a un enfermo, porque es Doctor", le dije yo. "¡Es usted el que debe tener carnet y por esto lo voy a mandar a la comisaría". "Espere al patrón que venga", le dije yo. "No, no puedo esperar", me dijo y se puso a escribir la orden de detención y la pasó a un guardián para que nos llevara detenidos a la comisaría y él se fue. Luego salió el Doctor inmediatamente se le hizo presente el guardián, presentándole la orden de detención, por no tener carnet yo. El Doctor se indignó y le explicó al guardián que el chofer era él, y no el joven y que él lo tenía únicamente para que le cuidara el auto. Pero el guardián le decía que la orden que había recibido del inspector tenía que cumplirla, y se le subía a la pisadera del auto para llevarlo a la comisaría, pero el Doctor lo hacía bajarse y le decía que él no permitía que nadie se subiera a su auto sin su permiso, y obligaba al guardián a irse a pie hasta la comisaría. Y tuvo que irse de a pie, solo. Nosotros, como íbamos en auto, llegamos primero. Y se bajó el Doctor desaforado y entró en el cuerpo de guardia de la comisaría, y se formó un alegato con el oficial de guardia. Pero no se la pudo sacar; de todos modos lo hicieron pagar $50 de multa. Yo no supe si fue por desacato a la autoridad por no llevar al guardián en el auto o por no tener carnet yo, lo cierto fue que salió muy enojado de la comisaría. A mí, lo único que me dijo fue que había tenido que pagar $50. Yo le dije que le había explicado al inspector, pero que éste no quiso entender, porque siempre hizo la orden de detención.

Después que pasó esto seguimos muy bien, me daba casa y comida y me pagaba $70 mensuales, además aprendí a manejar poco a poco en su auto y también aprendí mucho de la mecánica del auto, y yo, que todo mi anhelo era ser chofer, quería salir de la simple ocupación de mozo que hasta entonces había tenido. Quería tener una profesión, y lo que más me gustaba era ser chofer. Los choferes, en esos años, eran muy considerados; un chofer, en esos tiempos, era un señor, y como ya me encontraba en el camino que conducía a ser chofer, comencé a juntar pesitos, porque estaba con la esperanza de entrar a la escuela de choferes una vez que mis patrones se fueran a veranear. Me habían dicho que me iban a dejar solo por dos meces al cuidado de la casa. Yo quería

aprovechar ese tiempo para entrar a la escuela de choferes, que cobraba $200 por dejarlo a uno con carnet en mano.

Pues bien, ese primer año de 1914 que yo estaba con ellos me dejaron al cuidado de la casa y con todas las piezas abiertas, teniéndome una confianza única. Yo, que por tradición me ha gustado la honradez, correspondí fielmente a su confianza. El día anterior al viaje me llamó la patrona y me dijo: "Usted, Benito, se va a quedar al cuidado de la casa y se va a quedar ganando todo su sueldo". "Muy bien, misiá Emita", le dije yo. "Le vamos a pagar este mes y el otro que sigue, el otro se lo pagaremos cuando volvamos". "Muy bien", le dije yo. Así fue que me quedé ganando todo el sueldo, con la única obligación de cuidar la casa de día y de noche, y como me pagaron dos meses juntos, y yo que había estado juntando algunos pesitos desde antes, pude reunir $ 330, un platal para esos tiempos. Apenas se fueron mis patrones me presenté a la escuela de choferes que había en la calle Erasmo Escala esquina de Brasil, donde cobraban $200. Al tiempo de inscribirme les dije que yo sabía un poco manejar y también un poco de mecánica. Entonces me dijo el caballero: "Lo vamos a probar". El primer día que salimos a recibir clases –digo "salimos", porque éramos siete los alumnos– el maestro me tomó las pruebas; yo hice todo lo que él me indicó, y aun les daba clases a los demás que no sabían nada. Después, de vuelta en el garaje, consultó el maestro con el caballero, o sea el dueño del garaje, respecto a mí y luego me dijo: "A usted se le va a cobrar $100 no más". "Muy bien, señor", le dije yo, y me sentí feliz. Pero más feliz estaba a los 25 días, cuando recibí mi carnet de chofer. Me sentía otro hombre, ya no era un cualquiera, me sentía profesional, ya tenía una base para formarme como hombre independiente. Después, cuando mi patrón llegó, le presenté con orgullo mi carnet, diciéndole: "Ya soy chofer, señor". El patrón lo tomó, lo miró y luego me dijo: "Pero todavía le falta la práctica". Yo me sentí un poco desilusionado con esa palabra, pero no pasaron muchos días en que pude darle una prueba de mi pericia. Una tarde veníamos llegando de un largo recorrido, y como él no más manejaba, parece que llegó un poco cansado, paró el auto en la esquina de la casa –porque la casa era esquina–, se bajaron los dos, porque también andaba la señora, y yo creí que dejaba el auto ahí porque irían a salir otra vez, porque siempre lo entraba apenas llegaba en la cochera. En seguida me dijo: "A ver, Benito, entre el auto a la cochera". "Bien, señor", le dije yo. La cochera quedaba como 30 metros más atrás de donde estaba el auto; me senté al volante y puse marcha atrás, lo aceleré despacio y lo llevé

con calma hasta enfrentarlo a la puerta de la cochera, porque había que entrarlo retrocediendo; ya una vez bien derecho a la puerta lo fui entrando despacito, con toda suavidad; él se quedó mirándome desde la esquina, a ver cómo iba yo a entrar el auto. Se quedó admirado. Él era muy brusco, se tiraba con mucha rapidez a achuntarle a la puerta de un solo tirón, pero la más de las veces le escapaba y se estrellaba con la puerta y la muralla, abollando los tapabarros. Otras veces echaba la puerta abajo. Desde ese día no entró más el auto él; me mandaba a mí todas las veces.

Tiempo después, cuando yo ya me había retirado, tuvo que tomar a otro joven que no sabía nada todavía, y tuvo que seguir entrando él el auto otra vez. Me contaba el joven después que le había pasado un percance grave: una mañana que salió muy rápido de la cochera, atropelló a un niño en la vereda, el niño, al ver el auto que se le venía encima, quiso arrancar con rapidez, pero quiso su mala suerte que resbalara y cayó, y el auto le pilló una pierna con una rueda y se la quebró. El niño se resbaló porque la vereda estaba con barro, donde recién se había lavado el auto. Entonces tuvo que él mismo llevar al niño en su auto a la Asistencia Pública. Además tuvo que indemnizar a la madre del niño, dándole una suma de dinero. Esto le pasó por ser tan brusco para gobernar el auto.

Un día me dijo el patrón: "¡Saque el auto, para que lleve a la señora que tiene que hacer una diligencia!". "Bien, señor"; le dije yo. "Pero maneje con mucho cuidado!", me dijo. Cómo no había de manejar bien cuando había aprendido a manejar en su mismo auto, naturalmente que a escondidas de él, y esto lo hacía cada vez que iban a comer en la noche a la casa de los padres de la señora, que vivían en la calle Merced 468, casi frente a la calle Mosqueto. Ahí me dejaban como tres horas esperándolos en el auto en la calle. Entonces aprovechaba de hacer andar el auto y estudiar cómo hacer los cambios de velocidad: lo hacía andar un poco para delante y un poco para atrás, hasta que una noche me resolví a dar una vuelta a la manzana; después di dos vueltas, después tres, después cuatro. Hasta que una noche hice subir al mozo de la casa y fuimos a dar una vuelta por Vicuña Mackenna, después me acostumbré y le perdí enteramente el miedo al auto. Me gustaba moverlo despacito, así como lo hacían los choferes particulares.

Un día me dijo el patrón, "anda mal el auto, hombre, quiero que lo desarmemos, porque necesita una revisión general". "¡Desarmémoslo!", le dije yo. A mí me convenía mucho, porque tenía la oportunidad de aprender la mecánica del automóvil, porque para mí era un misterio

todavía ver que el motor andaba solo, no sabía todavía qué era lo que lo hacía andar. Después me dijo el patrón: "Mañana nos ponemos a desarmarlo". "Bien, señor", le dije yo, y en efecto, al día siguiente nos pusimos sendos overoles, uno cada uno, que los tenía guardados desde que le llegaron de Francia. Eran importados. El automóvil era francés, que él se trajo cuando estuvo en Francia completando sus estudios de doctor, él hacía pedidos de repuestos para su auto a Francia; le llegaban directamente, así es que con la confianza de que tenía todo repuesto para su auto en la casa, nos pusimos a despedazarlo, sacando piezas que lanzábamos a diestra y siniestra; no dejamos perno parado, pero lo curioso era que ninguno de los dos sabíamos cómo desarmarlo; él, que se las daba de técnico, pero estaba tan perdido como yo. Entonces, para tener un poco de luz sobre la materia, fue y trajo un catálogo del auto, que explicaba todo según él. Como estaba escrito en francés, yo quedaba colgado, no entendía ni palote; él, que sabía el francés, lo leía, y me decía esta pieza se saca por aquí, esta otra se saca por acá, y me dejaba a mí sacando las piezas y él se iba a consultar el libro. Y así, hasta que lo desarmamos íntegro, pieza por pieza, perno por perno. Cuando terminamos, él se fue para su escritorio y yo me quedé lavando las piezas con parafina. Cuando terminé, fui a avisarle que ya estaba todo listo. "Bien", me dijo él, "mañana principiaremos a armar". "Bien, señor", le dije yo.

Pero no fue así, porque el libro no decía cómo debía armarse el motor, así es que los dos quedamos chicos para armar, no pudimos dar con como coincidían los engranajes de distribución. Cuando ya nos sentimos los dos incapaces, me dijo: "Vaya al garage de don César Copetta, en la calle Ejército 785, y le dice a don César de mi parte, si puede mandar un mecánico a ver mi auto, que lo tengo desarmado". Partí yo pedaleando en mi bicicleta, por suerte don César estaba en el garaje, lo saludé y le di el recado que le mandaba mi patrón. Yo le conte a don César lo que nos había pasado. Se rieron ellos de nuestra aventura, más bien de mi patrón, porque fue él el iniciador y el que se las dio de técnico. El mecánico que mandó don César le estuvo explicando a mi patrón cómo trabajaban los engranajes de distribución, y que un motor de automóvil sólo lo puede armar un técnico en la materia, o uno muy práctico. Entonces le dijo mi patrón: "Llévenselo para que lo armen ustedes allá".

XI

Llevar auto deshecho – patrones en vacaciones – traje auto listo – arreglo auto – sexto peligro de muerte

El día siguiente mandó don César dos mecánicos en una camioneta a llevarse el auto desarmado. Echaron todas las piezas del motor en la camioneta y el auto lo llevaron a remolque. El patrón aprovechó –ya que quedaba sin auto– de irse a veranear: tres días después partieron a Constitución y a mí me dejaron al cuidado de la casa y con el encargo de ir a ver una o dos veces por semana cómo seguía el trabajo del auto y de informarle a él por carta. Esto nos pasó el segundo año que yo estaba con él, así es que ya yo tenía mi carnet de chofer, y como al mes después terminaron el arreglo del auto, entonces le mandé decir en una carta que el auto estaba terminado, y que ya se podía retirar. En la semana entrante recibí la contestación de él en la que me dice que le diga a don César que me entregue el auto no más, y que en llegando él, iría inmediatamente a pagarle la cuenta, y si se lo entrega, me dijo, lo lleva y lo guarda en la cochera; además, me dijo que él me avisará oportunamente el día en que se vendrán. Al día siguiente, como a las 10 de la mañana, partí yo a decirle a don César lo que me mandaba decir mi patrón, si me podía entregar el auto. Don César me dijo: "¡Cómo nó, lléveselo no más!". "¡Muy bien y muchas gracias!", le dije yo, y me puse a hacer andar el motor. Con una sola vuelta de manivela partió: el motor estaba como nuevo. Me senté al volante, puse primera velocidad y partí por la calle Ejército en dirección a Alameda . Atravesé esta avenida y seguí por Almirante Barroso, que queda al frente de Ejército, hasta que llegué a la cochera que estaba en esta misma calle pasado de la calle Compañía; ahí lo guardé y no lo toqué más; yo podía haberme dado un paseíto en el auto aunque hubiese sido de noche, pero no quise, porque nunca me ha gustado abusar de lo que no es mío. Si antes salía a dar vueltas por las manzanas, era por aprender, pero ahora que ya sabía y tenía mi carnet, no necesitaba andar en el auto, porque sé también que en lo ajeno, cuando se usa sin permiso de su dueño, reina la desgracia; además podían verme sus parientes o amigos, porque el auto era muy conocido por ser de una forma rara, y él lo podía saber después. El 25 de marzo de 1915 me llegó otra carta de mi patrón, en la que me dice el día y la hora en que llegarán a la Estación Alameda, y que le lleve el auto a la Estación. Como la carta me llegó tres días antes que ellos llegaran,

tuve tiempo de hacerle un aseo general a toda la casa y también al auto, que se lo presenté como nuevo; él se sintió muy contento con el arreglo del motor y la presentación que yo le hice del auto.

En la Estación, mientras se acomodaban en el auto, me mandó la señora que fuera a encontrar a Laura, que venía en carro de tercera clase y que salía por otra puerta de la Estación a la calle. Fui yo fijándome en la gente que venía saliendo, cuando pasa Laura a mi lado y me habla. Yo no la había conocido, venía tan negrita con los aires de mar y el humo del tren en tan largo viaje. Después yo seguí haciéndole al auto todos los trabajos que hubiese necesidad de hacerle. Tiempo después quisieron ir a almorzar al hotel de los baños de Apoquindo, pero resultó que el auto no quiso ir; parece que conoció que lo íbamos hacer trabajar mucho en la subida hasta los baños, porque se taimó al pasar el Canal San Carlos, en Tobalaba. No hubo caso de hacerlo avanzar. Una vez que pasó el canal, nos dieron la una de la tarde porfiando con él, pero todo fue inútil, a esa hora la que más reclamaba era la patrona, que le decía al patrón: "¿Hasta cuándo vamos a estar aquí? ¡Si ya estoy lánguida de hambre!". El patrón le decía bromeando: "Pero, mi hijita, si el auto está taimado", y cuando ya vimos la imposibilidad de convencer al auto, optamos por desistir del viaje a los baños. Entonces tratamos de darlo vuelta para atrás a pulso, pero como el camino era tan angosto y lleno de tierra, no fuimos capaces de darlo vuelta entre los dos solos; la señora no nos podía ayudar porque estaba sin ánimo de bajarse del auto. Entonces tuvimos que buscar a un hombre que nos ayudase, pero apenas lo dimos vuelta, el pícaro se puso a andar como auto nuevo, llegaba a volar de vuelta, pero como ya era muy tarde y la señora ya no aguantaba más, nos pasamos a almorzar a la Quinta Roma, que está en la Avenida Ossa, más acá del canal. En la tarde, cuando llegamos a la casa, me dijo el patrón: "No tiene fuerzas el auto, hombre". "Así es, señor", le dije yo. "Habría que hacerle una ajustada de válvulas y un cambio de anillos", me dijo. "Bueno sería, señor", le dije yo. Entonces me dijo: "¿Se atreve a hacérselos usted?". "Cómo no, señor", le dije yo. "Ya está, pues", me dijo, "hágaselo en seguida", se levantó de su asiento y se dirigió a un estante que tenía en un rincón de la pieza de su escritorio y sacó una caja de cartón que contenía un juego de anillos para motor de cuatro cilindros. Me la pasó diciéndome: "¡Aquí están los anillos!", y me agregó: "Cuando saque las válvulas, me las trae para acá, para yo limpiarlas aquí". "Bien, señor", le dije yo.

El día siguiente, apenas tomé desayuno, me fui a la cochera, me puse el overol y a desarmar el auto se ha dicho. Al cabo de tres horas de

trabajo llegué con las válvulas en la mano donde él estaba en su escritorio, diciéndole: "¡Aquí están las válvulas, señor!". "Bien", me dijo, "déjelas aquí encima del escritorio no más!". Se las dejé ahí y partí otra vez a acabar de desarmar el motor para cambiarle los anillos, pero cuando llegó el momento de cambiarlos, me encontré con que los anillos estaban sin cortar, entonces tuve que ir a preguntarle a él cómo se cortaban los anillos y en qué punto, si en el delgado o en el más grueso. Él me dijo: "yo tampoco sé". Consultó el libro, que tampoco decía nada. Entonces me dijo: "Vaya donde don César y le pregunta dónde se cortan los anillos". Partí yo pedaleando en mi bicicleta con un anillo a cuestas para mostrarle a don César; este caballero me dijo que se cortaban en la parte más delgada; le dí los agradecimientos y partí de vuelta donde mi patrón, llegué y le dije donde me había dicho don César que se cortaban. "Bien", me dijo, "córtelos". Partí para la cochera y me puse en facha de cortarlos, apreté uno en el tornillo, tomé la sierra de cortar fierro y comencé a aserrucharle. A las dos aserruchadas, ¡zas!, se partió el anillo en tres pedazos. Puse otro y corrió la misma suerte, un tercero; a un cuarto le habría corrido la misma suerte e iba a seguir pero me detuve a reflexionar. Me dije: "Si sigo así, los voy a quebrar todos", si ya habían pasado cuatro para la tumba, ya era demasiado. Entonces tomé otra táctica, la cual me dio excelentes resultados, sin quebrar ninguno más. Después tuve que suplir los quebrados por anillos viejos; claro que al patrón no le dije nada, bien que podía haberle dicho tomando la frase que él tanto usaba y que era: "Echando a perder se aprende". Pero yo arreglé los anillos de una manera que no se notara, poniendo un anillo usado en cada pistón porque el motor éra de cuatro cilindros, cuando ya coloqué todos los anillos en los pistones, coloqué éstos en el motor y ajusté las bielas por debajo y dejé todo listo; partí a donde el patrón a buscar las válvulas que las estaba limpiando él en su escritorio. Las dejó tan limpias que parecían que estaban niqueladas, las llevé y me puse a ajustarlas. Al cabo de tres días de trabajo terminé de armar el motor y lo hice andar, lo probé, lo regulé y después le fui a avisar al patrón, diciéndole: "¡Ya está terminado el auto, señor! ¡Ya se puede probar!". "Ya", me dijo, "inmediatamente lo vamos a probar", y partimos los dos para la cochera, llegó, abrió la puerta del auto y se sentó al volante para manejar; yo le di una vuelta a la manivela y partió el motor; él se llegaba a reír solito por las calles; lo encontró muy bueno, quedando muy contento con el trabajo que yo le hice. Ése fue el primer auto que yo arreglé en mi vida, y esto fue el año 1915.

Otro día en la tarde después de almuerzo me llamó el patrón; yo estaba en mi pieza y al oír su llamado, inmediatamente me le hice presente, diciéndole al mismo tiempo: "¿Qué desea, señor?". "Lo llamaba", me dijo, "para decirle que no vamos a salir esta tarde en el auto y quiero que aproveche de revisarle los frenos porque andan fallando". "Bien, señor", le dije yo. Enseguida él salió y yo me preparé para irme a la cochera. Llegué, cerré la puerta y le puse un picaporte por dentro dejándola bien asegurada, en seguida prendí la luz, porque con la puerta cerrada y a las 6 de la tarde adentro no veía ni palote; enseguida saqué la gata del cajón del auto y me puse a levantar las ruedas traseras y le puse un cajón desocupado a cada una y enseguida me puse a sacarlas. Y una vez sacadas las dos ruedas me siento en el suelo con las piernas estiradas debajo del auto y me pongo a manubriar los frenos o los patines; en eso estoy cuando siento crujir los cajones y veo con espanto que el auto se va al suelo haciendo añicos los dos cajones. Fue tan pesado el golpe que llegó a hacer un hoyo con la bola del diferencial en el asfalto duro. Yo me quedé helado, sin ánimo de pararme del suelo. Fue tan grande el estruendo que yo quedé desconcertado, sin hallar qué hacer, porque inmediatamente se me vino al pensamiento que el auto se cayó para el lado contrario al que yo estaba, porque si se hubiese caído para mi lado, en que yo estaba sentado en el suelo, me habría triturado, me habría enterrado la punta del diferencial en el vientre; yo ni habría gritado, me habrían encontrado cadáver quién sabe a los cuántos días, porque yo tenía la puerta con cerrojo por dentro. Siempre que me acuerdo de este hecho me da como escalofríos.

Este fue mi sexto peligro de muerte. Nuevamente puedo decir que mi compañero invisible me salvó la vida e hizo caer el auto para el otro lado. Yo no debía morir todavía, porque mi Dios me tenía destinado para padre de familia, destino que se cumplió ese mismo año de 1915, dando principio a mi vida matrimonial.

XII

Me persiguió mujer – llegó día de vacaciones solo en la casa – era Laura

Con el doctor estuve dos años y cuatro meses. Ahí también, en el primer año, o sea desde junio de 1913 al 1 de febrero de 1914, me persiguió una mujer y que era también la empleada de la casa. Era una mujer joven, de

unos 23 años, pero fea, negra, medio tontona y cochina, yo le tenía ley y cierto asco, y tan cargante que era la pobre, siempre se me andaba poniendo por delante, molestándome cuando yo estaba haciendo algo por ahí. Tenía una manera de reírse desmesuradamente. Yo le daba unos empujones con rabia. Lo mejor de todo que tenía esa mujer era la dentadura: bien blanca y bien parejita. Una noche después de comida salieron los patrones a pie, a andar por ahí. Al salir me dijo la señora que prendiera la estufa como a las nueve y media y se la pusiera en su dormitorio. "Bien, misiá Emita", le dije yo. Cuando terminé de comer me fui para mi pieza a esperar que llegara la hora para prender la estufa. Las empleadas quedaron en la cocina. Luego fui yo a prender la estufa; yo creí que ellas a esa hora ya estarían en su pieza, porque tenían su pieza en el segundo patio. Mi pieza estaba cerca de la puerta de calle. Yo ya había llevado la estufa a la pieza de la señora y le estaba regulando la llama, encuclillas en la alfombra, porque la pieza de la señora era toda alfombrada, y en eso estoy cuando llega la cargante con su risa hostigosa a joderme la paciencia, tirándome del paletó para hacerme caer sentado, empujándome de la cabeza para hacerme caer de bruces, y tanto me molestó, que me hizo perder la paciencia y me paro bruscamente y le doy un empujón con tanta rabia y con todas mis fuerzas, que la tiré de espalditas a la alfombra; llegó a parar las patas, y no se enojó sino que se reía, y no se paraba sino que quería que yo la parara. Yo no le hice caso, terminé de regular la estufa y me fui para mi pieza y a ella la dejé botada en la alfombra, que se parara sola.

Otro día venía yo llegando de la calle, porque me había mandado la patrona, llego y toco el timbre y sale ella a abrirme la puerta de la mampara. Junto a la mampara habían dos puertas, una a cada lado, la del jardín y la de la sala de espera, esta última estaba siempre abierta para que entraran los clientes del doctor a la hora de la consulta. Y llega ella y me abre la puerta de la mampara y entro yo muy serio; al pasar al lado de ella me hace un cariño con su mano por la cara, esto bastó para que yo le contestara su cariño con un derechazo al medio del pecho que la hice desaparecer en la sala de espera. Con el golpe que le di la hice retroceder y al retroceder tropieza con los talones en el umbral de la puerta y se va de espaldas con todo el peso de su humanidad a estrellarse contra las tablas del piso de la sala, dándose un feroz costalazo, tan estrepitoso que debe haberse sentido desde muy lejos. Yo, una vez consumado el hecho, partí veloz para mi pieza antes que me viera alguien de la casa, y no quise ni mirarla cómo cayó, ni cómo quedó botada en el suelo o en

las tablas, lo cierto es que cayó de espaldas. Así castigaba yo a las mujeres cargantes y perversas, pero a mí, lo que me sacaba más pica, era que no se enojaba nunca, por muy mal que la tratara yo; siempre se reía, a mí me tenía puesto el "facha mala". En buenas cuentas, era una tontona hostigosa que no se podía pasar ni con aceite de castor.

Hasta que por fin llegó el tiempo de las vacaciones y mis patrones se fueron a veranear a Constitución y a la cargante la despidieron para siempre y no la vi nunca más. Entonces yo me quedé solito en la casa, descansando de toda molestia y de todo trabajo; en buenas cuentas quedaba gozando como dueño de toda la casa: recorría todas las piezas, me bañaba en el baño del patrón, me iba al salón a ponerle piezas de música al autopiano de la señora; tocaba hasta que me aburría. Después salía a pasear en bicicleta al Parque Cousiño o a la Quinta Normal, o a hacerle una visita a la Virgen de Lourdes, e iba a almorzar y a comer a la casa de mis padres. El desayuno lo tomaba en la casa de un amigo que vivía en la misma calle donde yo estaba; este amigo fue el que me sirvió de padrino en mi casamiento. En las noches me iba a dormir solito en la casa de mis patrones; llegaba como a las diez de la noche; como en mi bicicleta tenía una buena lámpara a carburo, así es que cuando entraba a la casa, con la luz de la bicicleta alumbraba hasta el fondo de la casa, y la dejaba prendida hasta que se apagaba sola, y al mismo tiempo me servía de compaña, porque me daba bastante julepe entrar de noche solo a una casa tan grande y obscura y tener que dormir ahí solo. Pero luego me acostumbré; además la casa estaba encargada a la policía. A veces los guardianes a los que les tocaba ese turno o esa calle, traían apuntadas en sus libretas las casas que tenían que vigilar. A mí, como no me conocían, me llamaban la atención, que por qué entraba a esa casa, yo les decía que era empleado de la casa y que los patrones me habían dejado al cuidado de ella. En esos meses me compré un acordeón para entretenerme en mis horas de soledad.

Al cabo de dos meses regresaron otra vez mis patrones, y desde esa fecha, o desde el período que siguió al fin del segundo año que yo estaba con el doctor, me tocó a mí perseguir a la chascona que entró a trabajar en la casa en lugar de la cargante. Esta era el reverso de la medalla, era todo lo contrario de la otra. Ésta era Laura.

A ésta sí que yo la perseguí sin descanso, porque parece que mi conciencia me avisaba que ésta era la que Dios tenía destinada para que fuera mi compañera en este mundo, y la amé con todo mi corazón. Por eso que cargoseé, porfié, clamé a los santos, hasta que con la ayuda de

Dios logré vencer su resistencia moral y tener la dicha de oírle pronunciar ese "sí" que yo tanto tiempo anhelaba y que ella tanto tiempo me negara. Es que yo fui constante y perseverante, nunca dejé de creer que me tenía que dar el sí, porque yo como que leía en sus ojos que aunque sus labios me decían que no, su corazón decía que sí, he ahí por qué yo tomaba tantos bríos, y cada día me afirmaba más en mi petición. Yo comprendía la batalla que libraba ella en su interior, y que no podía decidirse ella sola y poder pronunciarse de una vez por todas sobre mi petición; tanto le hablaba yo que a veces se callaba, como que se enojaba, no me contestaba, se quedaba en silencio, pensativa, con la vista fija en algún punto. Esa seriedad y esa pose que adoptaba a veces era lo que más me encantaba a mí. Yo pensaba: si en realidad no me quiere y no quiere nada conmigo, entonces debía de levantarse e irse para su pieza, pero como no se movía de donde estaba sentada, como que se quedaba esperando que yo le hablara más, yo en todo esto casi veía ya su destino, que tenía que ser mi esposa, he ahí mi empeño y mi esperanza.

Laura era muy delicada de conciencia: un día le estaba hablando sobre lo mismo, y a cada palabra o cosa que propusiera, ella me decía que no, y en vista de una negativa tan cerrada me dio fastidio a mí y le dije con impaciencia: "¡Vaya a bañarse, entonces!" y me fui yo para la cochera. Después supe que en esos instantes la había llamado la patrona; ella se había encerrado en su pieza a llorar por lo que yo le dije, y como tuvo que ir al llamado de la patrona, la patrona le conoció de inmediato que había estado llorando, y le preguntó: "¿Qué le pasa, Laura; usted ha estado llorando?". Y tuvo que decirle por qué lloraba: por esa palabra que yo le dije, que se fuera a bañar. La señora le dijo: "Pero, Laura, si esa palabra no es ninguna ofensa, se la habrá dicho en broma, Benito".

Después se conformó. A los pocos días más llegó otra vez el tiempo de vacaciones, que ya estábamos en el mes de enero de 1915, y los patrones se iban por dos meses a Constitución, desde el 1 de febrero al 30 de marzo. Laura ya parece que tenía resuelto lo que me iba a contestar a mí, porque el día en que se fue con los patrones a veranear, yo le dije al partir que me escribiera y élla me contestó de muy buena gana que sí, que me iba a escribir. A mí se me llenó el corazón de esperanza, porque, pensaba yo, si se hubiese afirmado para siempre en su negativa me habria dicho de mala gana "¡por qué le he de escribir!", o algo parecido; pero no, su contestación fue amable y cariñosa; es que en la carta me podía decir todo su sentir y al mismo tiempo decirme que sí, que me

aceptaba. Después de este coloquio por cartas, tomamos ya la línea recta al matrimonio.

Los patrones supieron de nuestro compromiso en Constitución, así es que cuando llegaron –llegaron próximos a la fiesta de Pascua de Resurrección– la patrona nos mandó a los dos a confesarnos el día anterior a la fiesta, para que comulgáramos el día de Pascua, y para esto nos mandó a la Iglesia de los Padres Capuchinos, siendo que nos correspondía la iglesia de Santa Ana. En esos tiempos era obligación de los feligreses comulgar en su propia Parroquia el día de Pascua de Resurrección. La señora le había pedido permiso al párroco de Santa Ana para que nosotros comulgáramos en los Capuchinos, y esto estuvo muy bien para nosotros con Laura porque así Dios nos ayudó desde un principio; desde ese día nos acostumbramos a ir siempre a los Padres Capuchinos cada vez que queríamos comulgar. Yo estuve yendo como diez años a cumplir con este deber sagrado, hasta que me hice socio del Círculo Social del Santísimo Sacramento.

XIII

Me retiré del doctor – otro auto – clases en Ford – paseo a Quinta Normal – mujer tandera

El 15 de mayo de 1915 me retiré de la ocupación con el doctor y me fui a trabajar un auto de un amigo del doctor, que el mismo doctor me recomendó. Ese auto lo trabajé al arriendo en los meses de invierno, pero era tan malo que tuve que decirle un día al caballero que el auto necesitaba un cambio de anillos y una ajustada de válvulas, entonces me dijo él: "¡Busque un mecánico que se lo haga!". Yo le dije: "¡Yo se lo puedo hacer, señor!". "¿Es mecánico usted?", me dijo. "¡Yo le hacía todos los trabajos de mecánica al auto del doctor!", le dije yo. "Ah, ¡hágaselo entonces!", me dijo. "¡Bien, señor!", le dije yo, y me puse esa misma tarde a desarmar el motor. Yo no conocía ese motor, pero lo desarmé y lo armé muy bien, pero no mejoró casi nada o muy poco; es que esa marca de auto era mala de fabricación. Después tuve otras pannes en el motor y que se juntaban con las pannes que a diario tenía en los neumáticos. Ya no podía trabajar tranquilo. Hasta que un día le dije al caballero que no trabajaba más y que le dejaba el auto. Entonces me dijo: "Arreglemos las cuentas". "Bueno", le dije yo, y me hizo pasar a su oficina y me pagó un saldo que había a mi favor, porque el contrato era que yo le entregaba todo lo que ganaba en el día, y él me pagaba un sueldo mensual.

Me despedí de él y partí para la Plaza de Armas, en donde trabajábamos, a conversar con los compañeros choferes, por si alguno tuviese algún dato para trabajar.

En la plaza me encontré con un chofer de apellido Venegas, que trabajaba un auto de un caballero que tenía garage propio, además como diez autos de arriendo. El chofer éste trabajaba el mejor auto del garage porque era también el más acreditado de todos los choferes; yo, sin ser amigo de él, me acerqué a conversar con él sobre los autos y el arriendo; luego le pregunté si su patrón tendría algún auto sin chofer, y que yo se lo podía trabajar; entonces me dijo él: "Yo, que estoy al cabo del movimiento de los autos en el garaje, puedo decirle que por el momento solo habría un reemplazo de un chofer que va a ir para el sur por 15 días y que le pueden servir a usted como prueba, portándose bien, cosa de que el patrón se dé cuenta de su buen comportamiento, y le dé un auto de firme después". Y así mismo fue, hacía como un mes que había un auto en el taller en compostura y en la semana entrante iba a quedar ya casi terminado, y esto iba a coincidir con la llegada del chofer del auto que yo iba a trabajar con la terminación del que estaba en compostura, y cuando se acercaba el día en que iba a llegar el chofer, mi amigo habló con el patrón para decirle si me podía dar a mí el auto que estaba en compostura; el caballero le dijo: "Ya, yo se lo tenía destinado para ese joven porque me parece muy bueno y cuidadoso con el auto". Y así fue que no perdí ningún día de trabajar. Antes de principiar a trabajar en esa marca de auto, que eran los Ford de tres pedales, yo solo había manejado de dos pedales y de palanca de cambio, así es que le dije a mi amigo que yo no sabía manejar esa marca de auto; entonces me dijo él: "Yo le enseño, venga esta tarde y vamos a la Quinta Normal, allá le voy a dar clases". "Muy bien", le dije yo. Yo estaba dispuesto a pagarle lo que me cobrara. Estuvimos yendo a la Quinta tres días seguidos y me hacía una hora de clase cada día. Al tercer día ya quedé listo para trabajar: manejaba bien por todas partes, y el último día, cuando veníamos saliendo de la Quinta me dijo él: "¡Pasemos a tomar una copa de chicha por aquí!". "Ya", le dije yo. Como yo venía manejando el auto, me dijo: "Párese en este restaurant, aquí tienen una chicha muy buena". Paré yo el auto en la puerta del restaurant, se bajó él primero, entró, y apenas se asomó en la puerta, le salió una mujer al encuentro diciéndole: "¡Qui'ubo, Juanito, cómo te va", luego sale una más joven que también se alegra mucho al ver a mi amigo Juanito. Yo no sabía que se llamaba Juanito, y luego nos sirven sendos vasos de chicha. Después de un rato de coloquio

de las mujeres con mi amigo Juanito, las convidó él a dar un paseo en el auto; las dos mujeres aceptaron encantadas la invitación. Al parecer las dos mujeres eran empleadas que servían a las mesas del restaurant, o serían familiares de los dueños, eso no lo supe yo; luego se sacaron los delantales, se arreglaron un poco y salen para el auto. Una de ellas, media gordota, de unos 30 años, subió al asiento trasero con mi amigo Juanito, la otra, que era más joven, de unos 18 a 20 años, se sentó a mi lado adelante porque yo manejaba el auto. Entonces me dice mi amigo: "Vamos a dar un paseo por la Quinta Normal". Al tiempo de partir se sube a la pisadera un jovencito de unos 16 años, al parecer era hermano de la más joven, porque ella lo quería echar para abajo, pero el joven no se quiso bajar y fue también, eso sí que tuvo que andar todo el tiempo parado en la pisadera porque la joven no le permitía subirse adentro del auto. Una vez en las avenidas de la Quinta, me hizo detenerme mi amigo bajo unos grandes árboles, y como ya estaba de noche y enteramente oscuro, mi amigo Juanito se bajó del auto con la mujer y desaparecieron en la oscuridad entre los árboles; la otra mujer quedó conmigo en el auto con el jovencito, pero luego me convida que nos bajemos también nosotros y luego me dijo que intimara con ella, pero el joven no se apartaba de ella; ella lo retaba y lo corría, le decía que se fuera por allá bien lejos, y me volvía a exigir que intimara con ella, a pesar de estar el joven ahí presente. Yo ya estaba por darle de cachetadas, hasta que se me ocurrió una idea para librarme de esa mujer: le propuse un plan que por suerte me lo aceptó. En primer lugar, apelé a la presencia del joven, y en segundo lugar, a que viniéramos otro día los dos solos en el auto, me dijo que bueno pero de muy mala gana; en buenas cuentas, el joven me sirvió de ángel de la guarda. Cómo iba yo a arruinar mi matrimonio entregándome a una prostituta que ni conocía, cuando en un mes más tendría mi mujercita que yo tanto quería. Las dos mujeres eran carretas de mi amigo Juanito, las dos intimaban indiferentemente con él, por eso que me llegó a decir la joven que Juanito le daba $ 3 por cada vez que se entregaba a él. Eso me llegó a decir de su parte, por si yo me resistía por no tener bastante dinero para pagarle su servicio.

Más tarde, cuando dejamos a las mujeres en su casa y quedamos solos, me dijo mi amigo Juanito que las dos eran mujeres de él, y me contaba cómo era la una y la otra. Desde entonces no me acerqué más a conversar con mi amigo Juanito. Amigos de esta clase yo los vomitaba sobre la marcha, porque no son amigos de lo bueno sino de lo malo, amigos que lo llevan a uno al fango, a la ruina, a la desesperación,

aun al crimen; desde entonces me alejé de mi amigo Juanito para no hablarlo más; claro, sin demostrarle enojo. Así son los amigos, por eso que yo no pude tener amigos íntimos en toda mi vida, porque al que quería tomar como tal me había de hacer una mala jugada o me había de llevar por caminos prohibidos; por eso digo y repito, los amigos son la perdición de los amigos, porque uno, en compañía con amigos, es capaz de cometer toda clase de maldades; en cambio, sin amigos, uno se abstiene de hacer maldades, además ahorra su dinero, su tiempo y su honorabilidad y muchas cosas más. A este amigo le sucedió que a los pocos días después supe que se le había muerto su esposa, porque era casado; yo no supe si le quedaron hijos, porque después no lo vi más, hasta los 15 años más o menos, que lo encontré manejando una góndola del recorrido San Eugenio, que tenía su terminal al pie del cerro San Cristóbal. Ese día venía yo con la Estercita, mi hija menor, bajando del funicular; al llegar a tomar la góndola me conoce él y me habla con mucha familiaridad diciéndome: "¡Qui'ubo, viejo, cómo te va, que es de tu vida". Pero como partía la góndola no pudimos hablar más, desde ese día no lo he visto más. Yo, por una parte, le estaba muy agradecido por lo que me enseñó, me consiguió trabajo y no me cobró nada por la enseñanza, pero el lío en que me quiso meter tenía repercusiones muy grandes para mí y para mi conciencia de católico; como se dice: me libré jabonado de caer en las redes del demonio, pero como el maligno no duerme ni descansa, he ahí que un tiempo después se me volvió a presentar otra tentación parecida.

XIV

Tentación de mujer – mujer casada – pobre marido – mi casamiento – nuevo patrón

Un día había salido a probar un auto con varios choferes y también andaba mi cuñado Jovino, y cuando veníamos de vuelta dijo el dueño del auto: "Pasemos por aquí, tengo unas amistades para que tomemos algo bueno que aquí saben preparar", y nos detuvimos en la puerta de una casa al parecer particular, se bajó uno de los choferes y toca la puerta y abre una mujer con cara muy contenta y nos invita a que nos bajemos y pasemos a un salón grande que parecía salón de fiestas, y en realidad lo era, porque las mujeres que se hicieron presentes en el salón eran para el servicio de los clientes que llegaban ahí, y muy luego se

cuadra una, invitándome a que fuera con ella a su pieza que estaba al fondo de la casa, y me exigía que fuera con ella. La mujer tenía la cara llena de granos, quién sabe qué enfermedad tendría; yo ya hacía tiempo que estaba casado, por lo tanto no tenía ninguna necesidad de mujer, ni mucho menos mujer de esa clase. Como se ve, los amigos siempre lo llevan a uno por malos caminos, por eso que es mejor andar solo, que no mal acompañado. Yo no sé por qué las mujeres me han seguido tanto toda mi vida, casi desde mi niñez, si donde quiera que llegara había de haber una mujer interesada y muchas veces exigente. Yo he llegado a comprender que muchas mujeres han sido la causa de la perdición de muchos hombres; por eso que dicen algunos: "Si me ponen el plato para que coma, cómo no he de comer". Hoy día es un poco difícil encontrar un hombre puro de cuerpo y alma. Bueno, todos sabemos que la caída del hombre fue provocada por la mujer, la tenemos como herencia desde la creación del mundo, porque si no hubiese sido por Eva, Adán, tal vez no habría pecado. Una de las cosas que menos cuesta encontrar es mujer. Si tomamos en cuenta que si el hombre se casa es para tener su mujer propia y no tener necesidad de ninguna otra. La mujer, por ser de contextura más débil que el hombre, viene siendo ella la primera en tirar la esponja en la vida conyugal, he ahí que viene quedando casi a la vista la necesidad de que la mujer al casarse debe tener sus diez años menos que el hombre, para que así puedan vivir en estado físico y corporal en iguales condiciones hasta la muerte.

Volviendo a la despedida de mi amigo Juanito, yo seguí trabajando un auto de su patrón. En esto estaba cuando me llegó el día en que me tenía que casar, según acuerdo que ya teníamos con Laura, así es que ese día eché a la novia, a la suegra, a los testigos y mi padre en el auto y partí con toda mi carga a cuesta hasta las oficinas de la curia frente a la Plaza de Armas. Ahí nos hicieron las primeras ceremonias o los preliminares o la información que se llama, y nos dejaron citados a las 8 de la noche en la Parroquia de la Asunción; allá nos iban a acabar de casarnos. De ahí de la curia nos trasladamos al Registro Civil, que estaba en Alameda esquina de la calle Morandé, ahí nos casaron de un tirón, y de ahí quedamos desocupados, y nos separamos, quedando de juntarnos a las 8 en la Asunción. Yo me fui a trabajar esa tarde para hacerle la entrega de dinero al patrón y que eran $20, y también para mí, que necesitaba tanta plata, la poca que tenía la había gastado en la mañana, pero me tocó la mala suerte que el auto se me descompuso esa tarde y no pude ganar nada para mi matrimonio, así es que tuve que hacer mi matrimonio

a pie y con tres pesos en el bolsillo. Me tocó pasar por momentos muy angustiosos esa noche y la mañana siguiente hasta después de las doce del día, en que pude ganar un poco de dinero para darle algo que comer a mi novia o a mi nueva esposa. Como se ve, yo no sentí esa dicha y esa felicidad de que gozan los novios el día de su boda.

De ahí en adelante mi situación, gracias a Dios, se fue normalizando; como a los dos meses después me ocupó un caballero en la plaza, y durante el tiempo que me ocupó me anduvo preguntando cómo era el arriendo, qué utilidad dejaban los autos, qué gastos tenían, y cuánto costaba un auto, y yo le di todos los detalles. Entonces el caballero se interesó por el negocio, y me dijo: "¿Quieres que te compre uno y tú me lo trabajas?". "¡Muy bien, señor!" le dije yo, entonces me dijo: "A ver si mañana mismo te compro uno". Y así fue: a los dos días después llegó a la plaza bien contento diciéndome: "Ya te compré auto, hombre". "¡Síii!", le dije yo. "Sí", me dijo, "anda a verlo allá en el garage de don César Copetta, en la calle Ejército, ahí lo dejé guardado, anda y dile que te lo muestre". Fui a verlo esa misma tarde; me gustó porque era mucho mejor que el que trabajaba del patrón de mi amigo Juanito. Al día siguiente le dije al patrón de Juanito que me retiraba; el patrón sintió que me retirara porque me consideraba como uno de los mejores choferes que tenía.

A los dos días después, ya estaba trabajando en el nuevo auto, que era mucho más presentable que el otro; y lo seguí guardando en el garage de don César. En las noches, después que comíamos con Laura, íbamos a guardar el auto a la calle Ejército al llegar a Blanco Encalada. De vuelta nos veníamos en victoria, que nos cobraba $1,40. El día domingo íbamos a misa a Santa Ana; después de misa yo me iba a sacar el auto y élla se iba solita para la casa. Al poco tiempo el caballero, mi nuevo patrón, al ver que el negocio iba bien, quiso comprar más autos y para esto necesitaba un local. Entonces me dijo que me buscara uno con piezas de habitación para que yo me fuera a vivir allá, y para que le administrara el negocio de los autos. "Muy bien, señor", le dije yo, contentísimo. En la noche llegué contándole a mi negra que el patrón me iba a dar casa y me iba a hacer mayordomo de un garaje. Ella también se puso bien contenta. Como a los tres días después encontré el local que necesitábamos, en la calle Libertad Nº 25, a la entradita de Alameda. Ya una vez con el local, el patrón comenzó a comprar autos, pero tuvo la mala idea de comprar autos viejos, y toda la ganancia se iba en los mismos cacharros; hasta Carmelo trabajó uno de ellos, pero luego se dio cuenta que estaba

perdiendo plata y que el negocio iba para atrás; entonces comenzó a vender los demás autos y dejó el mío nomás. Entonces arrendamos un local más chico, pero siempre con casa para vivir yo y guardar el auto ahí; eso sí que después quedé como de particular con él; trabajaba muy poco al arriendo, más era lo que me ocupaban él y la familia; entonces me arregló un sueldo mensual.

Un día, cuando todavía trabajaba al arriendo, me pasó un percance que me dejó en una situación crítica: un día en la mañana estaba con mi cacharro en la Plaza de Armas esperando pasajeros cuando llega una empleada de casa particular en busca de un auto que necesitaban sus patrones, y fui yo ya que me tocaba porque estaba en la punta. Sube la empleada al asiento trasero y me indica que siga por la calle Ahumada y sigo yo por esta calle, cuando al pasar la esquina de Huérfanos yo toco la bocina, el guardián me da la pasada, pero al tiempo que llego a la esquina, salió una mujer bruscamente del grupo de gente que siempre se junta en las esquinas y se estrelló con la punta del tapabarros delantero, que le topa por la cadera; la mujer se dio media vuelta y cae para un lado. Inmediatamente el guardián se me puso por delante, yo paré altiro, si venía despacio; inmediatamente se me subió otro guardián y se sentó a mi lado, y en vista del alboroto que se formó de la gente en contra del chofer y como ya tenía un paco arriba, puse primera velocidad y partí para la Primera Comisaría. Llegamos allá y el oficial de guardia le preguntó al guardián: "¿Por qué trae preso a este chofer?". El guardián le contesta que el guardián de turno lo mandó porque atropelló a una señora. El oficial le pregunta: "¿Y qué le pasó a la señora?". El guardián le dijo que él no sabía porque no alcanzó a verla antes que unos caballeros la levantaran. Entonces el teniente se enojó con el guardián y lo retó seriamente y en seguida lo mandó que fuera a preguntarle al guardián de turno qué le había pasado a la señora, y partió el guardián con su calma habitual; se demoró como media hora y llegó diciendo que el guardián de turno tampoco sabía lo que le había pasado a la señora, porque unos caballeros la echaron a un coche y se la llevaron. Con esta respuesta se volvió a enojar el teniente y le dijo: "¡Entonces para qué traen preso a este chofer siendo que no ha pasado nada!", y le volvió a ordenar que fuera otra vez a donde el guardián de turno a decirle que venga él a dar una explicación aquí de lo que pasó. Nuevamente partió el guardián, mientras yo esperaba ahí sentado en una banca de palo con paciencia las demoras del guardián. El guardián de turno pertenecía a otra comisaría, pero vino y le dijo al teniente lo mismo que le había mandado decir con

el otro guardián. Pero a todo esto ya habían pasado como dos horas; entonces el teniente me dijo: "Váyase, no hay motivo para tenerlo aquí". De ahí me fui otra vez a la plaza, a ver si podía ganar algo antes de irme a almorzar, porque ya iban a ser las doce del día, pero no gané nada, por causa de esa mujer imprudente que salió a estrellarse con el auto. De esto pasaron como cinco días, cuando un día en la mañana llegó un caballero alto, colorado, que reflejaba mucha autoridad y que tenía trazas de abogado. Yo, cuando lo vi que venía en mi dirección y mirando el auto, creí que vendría a ocuparme y le ofrecí el auto, pero no me dijo nada y sólo se fijó en el número de la patente y enseguida se dirigió a mí y me dijo con aire de autoridad: "¿Usted fue el que atropelló a una señora el día tal, en la calle Ahumada esquina de Huérfanos?". Yo no le pude negar, porque traía apuntado en una libreta el número del auto, el lugar y la hora del accidente, y como yo le dijera que sí pero que a la señora no le había pasado nada: "Sí", me dijo, "le pasó más de algo, ahí está en cama, así es que le pido ir donde ella a su casa, a arreglarse con ella", y me agregó con amenaza: "Si no va, le va a salir muy caro", y me dejó un papelito con la dirección de la señora y se fue. Yo le tuve miedo, un hombre tan grande, tan serio, colorado, y con amenazas: a mí no me quedó más remedio que ir donde la señora atropellada, que vivía por la calle Freire, al llegar a Diez de Julio. La señora era una mujer joven, eso sí que era viuda, tenía dos niños y vivía en compañía de su madre y ella era el sostén de su casa, trabajaba en el centro, y con el golpe que recibió en la cadera no podía trabajar y quería que yo la indemnizara, o sea, que le diera $70, que era lo que yo ganaba y gastaba en la mantención de mi familia durante 7 días, los mismos que el doctor le había destinado de reposo. Yo, al oír la queja de la señora, le tuve cierta lástima y me comprometí a pagarle esa suma, pero como no la tenía toda convinimos en dejarle por el momento $30 y lo demás se lo traería después.

XV

Cambio de casa – interviene el patrón – el inspector – el señor galeno – casa avenida Macul – caída al foso – patrona enferma

En ese tiempo nos cambiamos a la calle Libertad. De ahí yo me fui a trabajar a la Estación Central y me olvidé de la señora ésta, pero ella no se olvidó: averiguó mi dirección y llegó un día a mi casa y habló con Laura. Yo no estaba; más tarde llegué yo con el patrón en el auto,

entonces Laura comienza a decirme lo que vino a decir esa señora. De esto alcanzó a oír algo el patrón y me pregunta: "¿Qué es lo que pasa?". Entonces yo le cuento todo lo que me había pasado con esa señora, la ocupación que había perdido por causa de la imprudencia de ella y que yo le pagara los días que perdió de trabajar por causa del accidente. "Si ya le di $30", le dije yo al patrón. Entonces me dijo él: "No debías haberle dado nada, siendo que ella fue la causante y la imprudente. ¿Dónde vive?", me preguntó. Le di yo la nueva dirección que le dejó a Laura, porque también se habia cambiado de casa; entonces me dijo el patrón: "Vamos allá, yo me voy a arreglar con ella, déjamela a mí no más", me dijo, y partimos en el auto los dos. Llegamos a la casa, se baja él y me dice: "Quédate aquí no más tú". Golpea la puerta, le abren y entra y luego se siente un alegato tremendo adentro, que llegaba a estremecer la casa. De afuera se oía la voz del patrón, porque era él el que hablaba más fuerte y le decía que él era abogado y que si insistía en molestar a su chofer, con él se las arreglaría, "porque usted con su imprudencia me hizo perder $70, que era el trato que había hecho mi chofer de esa ocupación que usted lo hizo perder, por lo tanto a mí me hizo perder esa suma y si usted insiste, yo le cobro judicialmente esa suma y me la tendrá que pagar". Con todas estas amenazas a la señora se le cerró la boca y no alegó más. Al patrón le sobraron las palabras, porque salió hablando hasta que llegó al auto; es que él se enojó de veras, él se las dio de abogado solo para meterle cuco a la señora, porque no era abogado. Desde ese día no vi más a la señora.

Otro día estaba yo con mi cacharro en la Estación Central, esperando pasajeros, serían como las diez y media de la mañana, cuando aparece de repente un caballero chico, moreno, que se dirige a mí, yo creo que es pasajero y le ofrezco el auto. "No", me dijo, "quiero ver sus documentos no más". Era inspector municipal, le pasé mis documentos, los ve y me dice: "Aquí tiene usted una infracción y por esto lo voy a mandar a la comisaría", y acto seguido llamó a un guardián y le dijo: "Lléveme a este chofer a la comisaría", y le pasó el papel donde había anotado la infracción y él se fue.

Antes, por la más pequeña infracción a uno lo llevaban a la comisaría. Mi infracción de ese día era que el técnico de automóviles de la Municipalidad me había mandado a hacer un examen visual y auditivo a donde un doctor amigo de él, con la intención de hacerlo ganar dinero, cuando tenía que haberme mandado al doctor autorizado de la Municipalidad, y como no me dijo que el certificado del doctor

se lo llevara a él para ponerle el timbre correspondiente al carnet de chofer, yo recibí el certificado del doctor y me lo guardé, creyendo que con esto bastaba, y seguí trabajando hasta que me pilló el inspector. En la comisaría me tuvieron como dos horas, que es lo que se demoraba un guardián en verificarle el domicilio a uno. Después de constatarle el domicilio, si no había gravedad en el delito lo dejaban en libertad. Este sistema era muy malo, porque ponía en extremada aflicción a la familia cuando llegaba el guardián golpeando la puerta de la casa y preguntando si ahí vivía fulano de tal. La familia, angustiada, preguntaba al guardián qué le había pasado a su deudo. El guardián contestaba que él no sabía y que solo lo habían mandado a constatar el domicilio, así es que la familia quedaba en una situación desesperante. Más tarde el carnet de identidad vino a remediar este aspecto. Pues bien, al día siguiente tuve que presentarme en la sala del alcalde para contestar el parte. Yo le expliqué al señor alcalde que yo andaba trayendo el certificado del doctor al cual me había mandado el técnico de autos, y en cuanto al timbre en el carnet yo no sabía, le dije al señor alcalde en presencia del señor galeno –que también estaba presente–. Al señor alcalde le pareció muy mal esto que hacía el señor galeno; le echó un café cargaíto delante de toda la sala, que el señor galeno cambió de color varias veces; después me dijo el señor Alcalde: "Usted va a pagar $5 de multa". "Bien, señor", le dije yo y me dirigí a la caja a pagar. De ahí me fui altiro al consultorio del doctor municipal y me hice examinar otra vez, entonces le llevé ese certificado al señor galeno para que le pusiera el timbre en el carnet. Yo iba un poco asustado, creía encontrarlo enojado por la echada al agua que le hice, pero no me dijo ninguna cosa: tomó el carnet y no le puso el timbre, sino que escribió en él y lo firmó con su apellido. Los inspectores lo veían después y no me decían nada.

En este tiempo, que era a principios del año 1917, el patrón compró una casa-quinta por la Avenida Macul, casi esquina la calle Las Acacias y al mismo tiempo se compró un sitio por la calle Las Acacias que se juntaba por el fondo con el sitio de su casa, así es que tenía comunicación por dentro entre las dos propiedades.

En este sitio hizo hacer una casita de dos piezas y cocina, además una cochera grande donde podían caber dos autos. Una vez terminada la casita, me hizo cambiarme a ella para tenerme a mano por lo que se le ofreciera de día o de noche, además para servirle de compaña, porque era muy solo en esos tiempos por allá, estábamos rodeados de potreros y sitios desocupados. Al lado de nuestra casita había un ranchito muy misterioso;

se veía en el día a una veterana sola, y se decía que llegaban maleantes en las noches a dormir en ese ranchito. Nosotros con Laura vivíamos temerosos con esa gente que no podíamos conocer. Una noche tuvimos un susto macuco con Laura; estábamos ya durmiendo pasivamente, serían las diez y media de la noche cuando de repente nos despertamos sobresaltados al oír el golpe y el ruido que hizo la tranca del portón, que cayó pesadamente al pavimento duro de cemento, y como era de una barra de fierro y con el silencio de la noche, sonó estrepitosamente. Le dije a Laura: "Cayó la tranca de la puerta", y se nos vino al pensamiento: ¿quién la habrá botado, serán ladrones? Ahí se nos apoderó un susto tremendo a los dos, guardamos silencio unos momentos, y como no sentimos nada más, le dije a Laura: "Vamos a tener que ir a ver la puerta". La tranca era la única seguridad de la puerta, de modo que al caerse la tranca, la puerta quedaba abierta, y nos animamos a ir a verla, porque pensamos que si había sido algún ladrón, al sentir la alarma que hizo la tranca puede haberse arrancado dejando la puerta abierta; entonces prendimos la lámpara con pantalla que teníamos y que era también la que daba más luz, y salimos los dos con la lámpara en la mano, dándonos valor el uno al otro, porque no sabíamos con quién nos íbamos a encontrar. El auto lo había dejado yo al lado de adentro de la puerta no más, así es que nos allegamos al auto primero con toda precaución; la puerta quedaba detrás del auto. Mientras Laura me alumbraba con la lámpara, yo daba vueltas alrededor del auto y miraba por debajo, por si hubiese alguien escondido, pero nada; nos fuimos a ver la puerta; la tranca estaba puesta pero suelta y fácil de caerse otra vez. Para nosotros fue una gran sorpresa y un misterio, ¿quién botó la tranca y la volvió a poner por dentro? Discurriendo entre los dos, estuvimos de acuerdo en que no podía ser otro que el mozo de los patrones, que salió a esa hora a revolverla por ahí, porque le gustaba el trago, por eso que al querer dejar la tranca puesta desde afuera se le resbaló. Al día siguiente pudimos confirmar esta versión preguntándole a él directamente. Laura era la que pasaba con más cuidado, porque pasaba tan sola durante la mayor parte del día y de la noche, a veces hasta las diez de la noche. Ella se acompañaba con sus dos chiquitines no más; yo tenía que hacer dos viajes al día al centro de la ciudad, en la mañana para llevar a los niños a los colegios y donde también iban los patrones a sus diligencias, ocupando toda la mañana. No volvíamos a la casa nada más que a la hora de almuerzo. En la tarde salíamos de la casa como a las tres o las cuatro y media, pasábamos a buscar a los chiquillos a los

colegios, y ya no llegábamos a la casa hasta las 8 o las 9 y a veces a las 10 de la noche, a comer.

Una noche nos pasó un percance con el patrón: eran como las ocho y media de la noche y llevábamos a los niños cuando al embocar a la avenida José Domingo Cañas, de Ñuñoa, nos enfrentamos con unas fuertes luces de un auto que estaba detenido en la avenida. El cacharrito de nosotros alumbraba bien poco, así es que contra las fuertes luces del otro auto no veíamos ni cobre para adelante. Yo me guié por sus luces no más para no escaparle al camino. Al llegar cerca de él comencé a buscar el lado por el que me correspondía pasar, o sea por la izquierda, creyendo que el otro estaba parado a su lado, pero no, estaba parado al lado contrario al que me correspondía pasar a mí, de modo que al llegar casi al frente de él, se me ladea el auto de repente, cayéndoseme al foso del lado del camino que tenía como 60 centímetros de hondura. Por suerte estaba sin agua pero casi se me da vuelta el auto, con el patrón y los chiquillos que traía dentro. Los chiquillos gritaban afligidos. El chofer causante de esto, al vernos caer al foso hizo andar su auto y arrancó en lugar de habernos ayudado a salir del foso. Yo le dije al patrón: "Tenemos que salir de aquí nomás". El patrón quiso bajarse con los chiquillos, pero yo le dije: "No se baje, señor". Enseguida puse primera velocidad y aceleré el motor a fondo y lo tiré para el otro lado primero; una vez que la rueda delantera subió la barranca del frente, doblé toda la dirección hacia el camino y le doy la otra acelerada al motor; el cacharro dio unos barquinazos terribles, que parecía un caballo chúcaro, que casi nos bota al suelo, pero salió ufano el folleque al camino firme otra vez, sano y salvo, y yo no pude resistir el gusto y lanzo un ¡viva! sonoro al Ford, delante del patrón, que se reía después del susto.

En otra ocasión, unos pasajeros me aplaudieron entusiasmados por la hazaña que hice yo con un Ford, haciéndolo pasar por un pantano de agua y barro; los pasajeros se bajaron y yo pasé solo con el auto y cuando salí al otro lado ellos me aplaudían y lanzaban vivas al Ford. Un día salimos del centro con la patrona bien enferma, el patrón me dijo: "Váyase lo más ligero que pueda". "Bien, señor", le dije yo, y partí capeándole a los demás vehículos, y donde encontraba campo abierto le ponía el 8 al cacharrito; por el Parque Forestal, donde estaba más despejado, le ponía el 9; por Vicuña Mackenna le puse el 10; por Irarrázaval, el 11; por la Avenida Macul, el 12; el pobre folleque, con el sacudón de la alta velocidad, perdía pernos, tuercas, tornillos, tachuelas por el camino, pero a pesar de todas estas pérdidas, siempre llegamos con una buena

parte del folleque a la casa y con los patrones encima. Parece que con la alta velocidad a la señora se le pasó muchísimo el mal, porque llegó mejor. Mi patrón se llamaba Alfredo Silva, y solo estuve con él, allá en Macul, cuatro meses.

XVI

Sociedad de hermanos – compra de autos – padre de familia – padrinaje – otro padrinaje – sociedad con cuñado – dar vuelta el chasis

Una tarde llegó mi hermano Carmelo allá a mi casa de Macul a proponerme un negocio muy bueno y que nos convenía mucho a los dos. Se trataba de dos caballeros conocidos de mi hermano, tenían en sociedad una empresa de autos de arriendo, y como ellos no quisieron seguir más con este negocio, se lo ofrecieron a mi hermano que o sea, vendiéndole seis autos con facilidad de pago, pagándolos con $6 diarios cada uno, avaluados en $2.500 cada uno. El negocio era lindo, era un regalo; mi hermano me pintó muy bien el negocio, me dijo: "Trabajamos uno cada uno y los demás los dejamos guardados. ¡Cómo no vamos a hacer $36 entre los dos!", me decía. "Claro que sí", le decía yo. Yo creía lo mismo que creía él en el negocio. "Además nos ceden el garaje, que tiene cuatro piezas bien grandes", me decía él, "para que todos vivamos ahí". Yo, en vista del negocio tan brillante, me entusiasmé, y al día siguiente le avisé a mi patrón que se buscara otro chofer, porque yo quería retirarme, así es que el día primero del mes siguiente ya yo estaba instalado en el garage de la calle Eyzaguirre 636, haciéndome cargo del garage y de todas sus herramientas y también del arriendo de todo el local con piezas y todo. Ya instalado, acordamos con mi hermano de yo encargarme del arreglo de los autos en general y él de ponerle choferes y comprarle los neumáticos a los autos, y así poder echarlos todos a trabajar; y le dimos principio al negocio. Yo entregaba los autos listos a los choferes en las mañanas y los recibía en las noches. Yo trabajaba hasta de noche, cosa de que ningún auto perdiera de trabajar por falta de arreglo. El negocio iba andando en lo mejor cuando mi hermano se aburrió con los choferes y lanzó el negocio a la chuña, como se dice: entregó los autos a los caballeros otra vez y los caballeros los repartieron a los mismos choferes que los trabajaban, vendiéndoselos con facilidades de pago. A nosotros nos reconocieron el dinero que habíamos alcanzado a dar, y nos dieron un auto.

En ese tiempo ya yo estaba convertido en un mecánico hecho y derecho. Pero también ya estaba convertido en ese padre de familia que tantas veces he aludido a lo largo de mi disertación: ya no éramos dos, éramos cuatro y siguió aumentando este número a medida que trascurrían los años, hasta llegar al número nueve. Buen número me había destinado Dios para ponerlo bajo mi cuidado y custodia en este mundo. Para esto Dios me conservaba la vida, para que cumpliera con este destino y que todavía estoy cumpliendo en este mundo. Así lo comprendo yo, y al comprender este cargo, esta responsabilidad con que Dios me ha honrado, he querido hacer lo más que puede hacer un hombre sin preparación o sin estudios como soy yo, pero Dios me ha enseñado a comprender muchas cosas, y a ver con más claridad las cosas del mundo o materiales, pero más las espirituales y a pesar de no haber nunca pisado las puertas de una escuela y ser un hombre rústico, he querido levantar mi familia o mis hijos lo más alto que he podido en educación. Dios me dio los hijos y junto con ellos me ha dado lo demás, la inteligencia, cosa muy grande para mí y que yo no merecía, dándome siempre el trabajo necesario con el cual he ganado el pan para mis hijos; me ha enseñado lo bueno y lo malo, me ha enseñado las letras sin profesor, aun hasta escribir, llenando mi cabeza de buenas ideas para que las escriba. Yo mismo me admiro y me emociona cuando leo lo que yo he escrito y me pregunto yo mismo: ¿de dónde saco yo esto que escribo?, ¿quién me insinúa?, siendo que yo no he tenido estudios, a no ser Dios mismo.

Porque yo, cuando era joven soltero no tenía más que el alma en el cuerpo, como se dice; tanto era así que una amiga de Laura, al saber nuestro compromiso, le dijo espontáneamente: "¡Y te vas a casar con ese espinillento, que no vale un fósforo!". Y en realidad era así. Pero una vez casados, con la ayuda de Dios, inmediatamente comenzamos a progresar, una de comprar cosas para la casa, era casi constante, hasta le compré un vestido color verde a Laura como al mes y medio de casados, y como a los tres años ya tenía completamente armada la casa. En el garage Eyzaguirre pude comprar todos los muebles grandes, la mesa comedor, el ropero, el peinador, un catre de dos plazas, otro de una plaza, la victrola, juegos de losa inglesa, cristales, manteles, servilletas, un reloj de pared, ropa y muchas cosas más. Nosotros con Laura llegamos a ser los más palotes en el garaje, los que teníamos más comodidades; además llegamos a tener cuatro autos, bicicleta, así es que no le tenía miedo a la llegada de los niños. Yo quería haber tenido hasta doce, porque veía que cada cabrito

nacía con una marraqueta debajo del brazo, así es que ninguno se me podía morir de hambre.

Un día llegó mi ex patrón a hacerme una visita y aprovechó de que yo le pusiera un vidrio de los lentes que se le acababa de caer, se lo puse y después se fue muy agradecido. Otro día llegó el mozo de mi ex patrón, venía a pedirme un favor, y el favor era que si podía ser su padrino con Laura porque se iba a casar y la novia era nada menos que la niña de la cocina de los patrones. Esta niña era muy simpática, bonita y tendría unos 20 años. Él era bastante feo, chicoco, pero era buen hombre; estos servicios de padrinajes que se piden al prójimo no se pueden ni deben negarse, porque este servicio es mutuo y también tiene mucho de caridad, sobre todo si el que pide este favor es pobre, como era este hombre. Yo también pedí este servicio en mi tiempo, y ahora lo seguía pidiendo para mis hijos, así es que le dije que bueno, que sería su padrino, y para esto yo convidé a mi hermano Carmelo para que fuéramos en el auto de él.

El sábado siguiente, día en que quedamos de acuerdo, partimos nosotros del garaje, como a las 7 de la tarde, los dos con Laura y Carmelo en su auto. Primero fuimos a buscar a los novios a la casa de los patrones. De ahí, después de una demora como de media hora, salimos con los novios a cuestas para la parroquia de Ñuñoa, que está en la plaza de este nombre. Una vez en la Parroquia, tuvimos con Laura que servirles de testigos primero en la oficina y después de padrinos en la Iglesia. Ya casados, tuvimos que festejarlos con una comida, y para esto los llevamos a un restaurant que había entonces en Irarrázaval esquina de Manuel Montt; ahí me bajé yo y pedí una comida para cinco personas. El mozo nos arregló un comedor especial en una pieza chica, y quedamos tan bien los cinco solitos, que ahí pudimos reír y charlar a nuestro gusto, pero nadie más contentos que los novios; no podían dejar de reír un momento. Yo no había visto novios tan felices; nos sirvieron una comida muy buena y exquisita y un buen vino embotellado, así es que quedamos muy satisfecho con el servicio. A los novios se les pasó bastante la mano en el trago. La comida completa me costó $48. Como a las once y media nos retiramos y fuimos a dejar a los novios a la casa de los patrones, allá tenían sus piezas. Estos novios no tenían ningún pariente en Santiago, porque los dos eran de San Fernando, donde tenía un fundo el patrón. Esto fue en el verano de 1919.

Dos años después tuvimos con Laura que apadrinar otro matrimonio; a éste tuvimos que hacerle la fiesta en nuestra propia casa, porque también se trataba de otra pareja de novios huachos, porque también

eran del sur y no tenían parientes en Santiago. El novio era el chofer que me trabajaba mi auto al arriendo desde hacía más de tres años, así es que yo tuve también que correr con los gastos de la fiesta, hasta tuve que prestarle un paletó al novio para que se parara al lado de la novia en el altar, porque era pobrete, porque le ponía mucho por debajo de los bigotes. Más tarde tuve que quitarle el auto a mi ahijado chofer, porque se puso demasiado borracho y me chocaba, me daba vueltas el cacharrito, me lo tenía hecho una calamidad.

En ese tiempo ya habíamos deshecho la sociedad con mi hermano Carmelo y dábamos principio a una nueva sociedad con mi cuñado Jovino. Juntamos una suma de dinero entre los dos y la dimos de pie por un auto usado que nos vendían; el saldo lo pagamos con cuotas mensuales. Terminamos de pagar éste, nos metimos en otro, y después en otro y otro hasta que tuvimos cuatro. Entonces nos dividimos dos cada uno. Después yo seguí trabajando solo y compré dos más y llegué a tener cuatro. En el garage se guardaban como 25 autos fuera de los nuestros. Con el arriendo que me pagaban todos estos autos me ayudaba para pagar el local o el arriendo de todo el garaje, porque con lo que yo ganaba con mi trabajo no me alcanzaba para mantener a la familia y pagar el arriendo del garaje. En el garage vivíamos tres familias, nosotros con Laura ocupábamos la pieza más grande, y como era tan grande, la teníamos dividida en dos por una división de tablas: una nos servía de comedor y la otra de dormitorio. Mis padres ocupaban dos, una de ellas con mis hermanas solteras, la otra la ocupaba Carmelo y la última la ocupaba Jovino con la Petronila, así es que los demás tenían pieza gratis, porque yo solo pagaba el arriendo de todo. Ahí en el garage vivíamos muy unidos, nos ayudábamos mutuamente en todo.

Un día llegó un caballero al garage con un auto viejo, y me dijo si se lo podía levantar un poco porque era demasiado bajo. Yo lo estuve examinando un rato y después le dije que la única solución que podía haber en ese caso era dándole vuelta el chasís. "¿Cómo?" me dijo él. "Mire", le dije yo, "en lugar de que el chasís pase por debajo de los ejes como está ahora, dándolo vuelta y poniéndolo por encima de los ejes quedará a la altura que usted quiere". "De veras, hombre", me dijo, "¿y ésta sería la única solución?", me agregó. "Yo no veo otra", le dije. "¡Hagámoslo entonces!", me dijo él. "Ya", le dije yo. Al día siguiente dábamos principio al desarme. Entonces yo tenía dos oficiales; con dos ayudantes yo hacía los trabajos mucho más rápido. Tuvimos que desarmarlo pieza por pieza hasta dejar el marco del chasís peladito para

poder darlo vuelta. Desarmarlo nos costó poco, pero la armaduría fue larga y penosa, porque había que ir amoldando pieza por pieza, porque todas quedaban al revés y fuera de su sitio; algunas había que doblarlas al otro lado, otras desremacharlas y volverlas a remachar en otro sentido y así hasta que salimos con nuestra porfía de armar con el chasís al revés y seguimos hasta dejarlo bien terminado. En este trabajo nos demoramos como un mes. Después convinimos con el caballero de recibirle como pago por el trabajo una bicicleta casi nueva, avaluada en $500, única bicicleta que había en Santiago en ese tiempo de ese tipo, de fabricación alemana, marca "Panzer". Tenía amortiguadores en el asiento y por esto era muy suave; también fue la primera en tener luz eléctrica a dínamo; más tarde se la vendí a un practicante del hospital, que fue el que atendió a mi padre cuando fue operado.

XVII

Probando auto a Valparaíso – chicha de Curacaví – tiro al blanco – paseo frustrado con mi hermano

Por esos mismos años le hice un arreglo general a un Ford de un chofer que era muy amigo de todos nosotros. Ese auto lo habíamos desarmado entero, le sacamos el motor para ajustarlo, le sacamos la capota, los tapabarros, el parabrisas, dejando la pura carrocería sobre el chasís no más, y como fue el motor lo primero que armamos, fue también lo primero que probamos. Una vez puesto en el chasís, los hicimos funcionar y como nos quedó tan bueno me dijo el dueño: "Vamos a probarlo así no más". "Ya", le dije yo. Esto era ir sin capota, sin tapabarros y sin parabrisas. "¿Y a dónde vamos?" le dije yo. En ese tiempo era de reglamento en el garage que todo auto al que se le hiciera un trabajo más que regular, había que salir a probarlo a un lugar determinado, donde pudiéramos hacer unas buenas onces. El mecánico que había hecho el trabajo tenía que manejar el auto, para que lo probara bien; el dueño se sentaba en el asiento trasero, porque él era el patrón y el que tenía que pagar las onces y demás gastos que se originaran en el camino. Por eso le pregunté al dueño a dónde íbamos a ir. Él me dijo: "Quisiera ir bien lejos para hacer andar bastante el motor, para que se suavice". Y se quedó pensando un momento, y de repente me dice con cara llena de alegría: "¡Hagamos una bien grande!". "¿Qué quiere hacer?", le dije yo. "¡Vamos a probarlo a Valparaíso!", me dijo. "Ya", le dije yo entusiasmado también. "¿Y a dónde vamos a llegar

allá?", le dije yo. Se quedó pensando otra vez. "Ah, ya sé", me dijo, "voy a convidar a César Figueroa; él tiene un amigo que tiene restaurant en Viña del Mar y ahí caímos recontra bien; además voy a convidar a Manuel Miranda para que no vamos tan solos". Esa misma tarde nos pusimos de acuerdo con los demás y al día siguiente como a las 9 de la mañana partíamos en dirección a Valparaíso en el auto completamente desmantelado, con la pura carrocería no más. Nos fuimos por San Pablo abajo, pasamos por Pudahuel, subimos la cuesta de Lo Prado, que es sumamente mala y peligrosa; pasamos por el pueblo de Casa Blanca y seguimos subiendo y bajando cerros hasta que por fin llegamos por encima del cerro a Valparaíso. Cuando íbamos más aburridos de tanto subir y bajar tantos cerros, de repente dimos vista al mar; qué alegría tuvimos, se nos pasó todo el cansancio y aburrimiento al contemplar esa enormidad de agua, y luego también dimos vista al centro de Valparaíso. El cerro ése se llama el Alto del Puerto o de Valparaíso, porque está todo el cerro cubierto de casas. Luego comenzamos a descender por unas calles o caminos tan pendientes como curvados; ya estábamos aburridos de bajar tantas curvas y más curvas; esa bajada tiene más curvas que una mujer de película, hasta que por fin llegamos a las calles centrales de Valparaíso. Íbamos felizcotes por una calle muy bonita, cuando de repente se nos cuadra un guardián en medio de la calle, y nos hace parar, "aquí nos llegó", dijimos nosotros, ya nos veíamos presos en la comisaría por cochinos y atorrantes, y nos dice: "No se puede ir en contra del tráfico". "¡Ah, perdone, guardián, veníamos llegando de Santiago y no conocemos el tráfico aquí", le dijo el dueño del auto que, por suerte, manejaba él en esos momentos, porque en el camino nos turnábamos en manejar el auto. Todos los cuatro éramos choferes.

Entonces nos dijo el guardián: "Vuélvanse para atrás y toman la otra calle; esa sale directamente al camino que va a Viña", nos dijo con toda gentileza. Nosotros partimos más contentos que antes, íbamos rebosando de alegría por el camino a Viña que va por la orilla del mar. Llegamos al restaurant del amigo de César como a las dos de la tarde, hechos una calamidad, mugrientos, llenos de polvo, parecíamos monos. Sin tapabarros cómo llegaríamos, tuvimos que poco menos que bañarnos antes de sentarnos a la mesa a almorzar. Llegamos con una sed que nos devoraba y un hambre que nos mataba; aquí, antes de salir tomamos un acuerdo de no tomar licor ni de ida ni de vuelta. Para apagar la sed por el camino compramos sandías, que era lo que más comíamos.

Alojamos una noche en Viña, pero casi nos comieron los zancudos, dormimos bien poco por llevarnos peleando con esos bichos toda la noche. Al día siguiente nos levantamos tempranito para dar un paseo por Viña antes de venirnos, ya que partimos como a las nueve y media de la mañana, e hicimos el trayecto de un run hasta Curacaví, donde llegamos como a la una. Ahí almorzamos en un restaurant y ahí sí que no pudimos aguantar los deseos de probar chicha, y por probarla mucho no nos pudimos venir hasta que se nos pasó la mona que nos produjo la chicha. Esa tarde llegamos a Santiago como a las ocho y media. Cuando veníamos bajando la cuesta de Lo Prado para este lado, serían las cinco y media, nos paramos en una curva del camino donde hacía sombra una puntilla del cerro. Nos bajamos del cacharro a descansar y andando por ahí, encontramos una bosta seca de vaca, redonda como un disco y media blanquizca y se nos ocurrió hacer de ella un blanco para tirarle con revólver, porque andábamos trayendo dos, yo llevaba el mío y otro amigo también llevaba, e hicimos el blanco y nos pusimos a tirar. En esto estábamos cuando sentimos el ruido de un auto, y luego apareció el auto en una curva del camino y era nada menos que el Jefe de la Sección de Seguridad de Santiago, que venía para la capital con otros agentes. Al darse cuenta en lo que estábamos nosotros, se detiene junto a nosotros y nos dice: "¡Les apuesto $ 5 a que yo le apunto fama con un solo tiro!". Ninguno de nosotros nos atrevimos a apostarle. En seguida nos dijo: "¡Hasta luego!" y partió para acá, para Santiago. Nosotros también subimos al auto y partimos detrás de ellos, pero ellos venían en un buen coche, así es que nos distanciaron muy luego, ya que no los vimos más. Cuando llegamos abajo al plan, sentimos un olor a bencina y mientras más avanzábamos más olor encontrábamos. Luego dimos vista a un auto cerrado que venía adelante, y dijimos "ese auto va perdiendo bencina", y comenzamos a apurarnos para alcanzarlo, cuando más adelante descubrimos por el camino como una rayita que iba dejando un chorrito de bencina que iba cayendo del auto; entonces nos apuramos más hasta que le dimos alcance y le gritamos sobre la marcha al chofer que se parara, que se le iba perdiendo la bencina. Se paró el chofer y nosotros también, y se baja a ver el estanque y encuentra el hoyito por donde salía la vencina, y lo tapó con el dedo, mientras nosotros le hacíamos un tarugo de palo para cerrarle el paso a la bencina, y así se pudo venir. Nosotros no tuvimos ninguna *panne* de ninguna especie; viajamos completamente sin novedad, a pesar de los pésimos caminos de aquellos tiempos. Yo no más me resentí mucho de mi vista de aquí

para allá, por el fuerte sol, el aire y la tierra. Para la vuelta me compré en Viña unos anteojos cerrados, especiales para el polvo y el sol. Llegué a la casa con mi vista descansadita.

Como un año después quisimos hacer un paseo con mi hermano Carmelo, esta vez a San Vicente de Tagua Tagua, pero lo malo estuvo en que mi hermano convidó a seis choferes más, amigos de él y compañeros de trabajo del mismo paradero de Plaza Italia, así es que el paseo se iba a hacer en patota, en dos autos, pero como a mí me pasó lo de siempre con los amigos, pues uno de ellos que iba a ir con nosotros y que era un jodido de primera, me hizo una broma más o menos pesada la misma tarde en que nos estábamos preparando para partir el día siguiente a primera hora. Entonces yo, en vista de la falta de respeto que tuvo conmigo, me enojé con él y resolví no ir con ellos al paseo porque ya me había disgustado y por allá podría ser peor, y yo, que llevaba mi revólver y ayudado con el licor, podría pasar algo grave. Entonces le dije a mi hermano que yo no iba con ellos, "vayan ustedes no más", les dije. Carmelo también se había dado cuenta por qué yo no quise ir. Al día siguiente partieron ellos a la primera hora. Yo me quedé.

XVIII

Paseo a Nancagua – saludos a los turistas – pegados en el río en Chépica – carreras en Chépica

Como a los cuatro días después que se fueron ellos, pensaba yo "no es posible que me quede sin ir al campo este año". Me acordé que en Rancagua teníamos otras tías que también tenían propiedades y hacían chichas y muy buenas. Entonces me propuse hacer mi paseo donde esas tías y para esto me busqué dos hombres buenos y de confianza para que me acompañaran. Los hombres me aceptaron encantados, eran Juan Saavedra y Germán Marchant, este último lo hice compadre después, y un tercero que era el chofer que me trabajaba el auto al arriendo, que se llamaba Segundo Sánchez y que fue mi ahijado después. El amigo Juan Saavedra era el mismo con quien fuimos a Valparaíso, o sea, el dueño de ese auto; ahora íbamos en mi auto. Y hacía cinco días que mi hermano estaba en San Vicente. Nosotros nos preparamos esa tarde y partimos el día siguiente como a las cinco de la mañana, hicimos un paseo muy agradable, lleno de alegría y buen humor.

El amigo Saavedra se encargó del acordeón, yo no había oído a un hombre tocar tan bien el acordeón, si poco le faltaba para que lo hiciera hablar; unas marchas que tocó por el camino que parece que combinaba los compases con el escape del motor, y que hacía eco en las paredes de los cerros. Yo siempre llevaba mi acordeón cuando salía de paseo en auto, pero en ningún paseo nos sirvió tanto como en el que hicimos a Rancagua. Cuando íbamos como a las seis y media de la mañana por el camino a la altura del pueblo de Buin, nos topamos con mi hermano y sus amigos que ya venían de vuelta. Nosotros no nos detuvimos, pasamos de largo no más nuestro camino; solo les hicimos un adiós. Pensamos después que ellos creyeron que nosotros iríamos para San Vicente también, pero nosotros llevábamos otro destino, íbamos a tomar otras rutas. Llegamos a Rancagua como a las once y media, ahí nos detuvimos a almorzar, de ahí partimos como a las dos de la tarde, llegamos a San Fernando como a las cinco, ahí pusimos un telegrama a los demás choferes de la Plaza Italia, donde trabajaban todos ellos, les decíamos en el telegrama: "San Fernando, sin novedad, rumbo al sur. Los turistas". Así es que los dejamos en la incógnita, ¡para dónde irán éstos!, dirían. En San Fernando solo nos detuvimos a poner el telegrama, partimos inmediatamente en dirección al río Tinguiririca, que nos quedaba cerca, para cruzarlo antes de que se nos hiciera más tarde. Llegamos al río y nos metimos resueltamente a la corriente hasta el medio, ahí quedamos pegados en la parte más correntosa; el agua azotaba las puertas del auto, nosotros temíamos que el río nos arrastrara el auto río abajo, y nosotros dentro. Ahí batallamos harto rato para poder zafarlo de una enorme piedra que le trancaba una rueda; dos de mis compañeros se sacaron los pantalones y se metieron al agua para empujar el auto, porque el motor solo no era capaz de zafarlo ya que las ruedas patinaban debajo del agua. Yo hacía funcionar el motor a todo full, pero todo era inútil. Durante toda esta faena, mi amigo Saavedra, sentado en el asiento trasero, nos avivaba la cueca con el acordeón tocándonos el vals "Sobre las olas", como que en realidad estábamos sobre las olas del río. Nosotros deseábamos tener en esos momentos una máquina fotográfica, estábamos todos de tan buen humor pegados en medio del río, que todo para nosotros era alegría, y ya eran como las seis de la tarde y nos quedaba mucho camino todavía que recorrer. Por fin apareció una carreta con dos yuntas de bueyes en lontananza. Nosotros al verla formamos una tremenda zalagarda del puro gusto, porque el carretero tenía que sacarnos a nosotros primero del agua, si no él no podría pasar con su carreta, porque era el único paso que

había. Esperamos que se acercara no más y le salieron al encuentro los compañeros que estaban en el agua, pidiéndole por favor que nos sacara del agua el auto que se nos había pegado y que si nos podía prestar una yunta de bueyes. "Cómo no", fue la respuesta del carretero y acto seguido sacó una yunta de la carreta y se las entregó a mis compañeros para que ellos, como ya estaban en el agua, se metieran otra vez y le amarraran los bueyes al auto con un cordel grueso, que el mismo les emprestó. Ya hecha la operación, animaron a los bueyes y éstos, con la enorme fuerza que tienen, lo sacaron cual hubiese sido una pluma del agua. Después le preguntamos al carretero cuánto le debíamos por el servicio. "¡Nada", nos dijo, "y que les vaya muy bien!" nos agregó. Nosotros, muy agradecidos, le deseamos igual suerte a él.

De ahí tomamos el camino directamente a Chépica, un pueblecito chico que estaba al sur-poniente de Rancagua, donde vivía el padrino de casamiento de mi amigo Germán Marchant, y que era palote en el lugar allá. A su casa habíamos acordado llegar primero; pero en lo mejor del camino, nos encontramos con una prima mía, hija de una de las dos tías de ahí de Nancagua, que venían de a caballo en compañía de una hermana mía que estaba veraneando esos días allá donde las tías. Qué gusto tuvimos al encontrarnos; ellas no sabían de nuestro viaje, así es que fue una sorpresa para todos encontrarnos tan de repente; y nos dejaron convidados que pasáramos a la vuelta a las casas de las tías, y que nos esperaban, pero como nosotros teníamos dificultad para dar con la casa porque había que entrar por un callejoncito angosto desde el camino público, les dijimos que nosotros no íbamos a dar con ese callejoncito; entonces acordamos de venir nosotros a una hora fija y ellas quedaron de poner a un joven en la entrada del callejón para que él nos indicara la entrada. Y así fue, de lejos divisamos al joven que estaba en el camino; todavía no llegábamos junto a él y ya él nos estaba indicando con la mano la entrada del callejón. Así fue que llegamos fácilmente a las casas de las tías, que eran dos y tenían propiedades vecinas que deslindaban una de la otra. Una vez que nos despedimos de las chiquillas en el camino, nos fuimos más rápido porque ya se entraba el sol. Total que llegamos a Chépica como a las 8, casi oscuro. Llegamos a la casa del padrino de mi amigo Germán. No estaba el caballero, no había llegado todavía del fundo, porque era administrador de un fundo de los alrededores. Él tenía una gran casa en la calle principal del pueblo y para el fondo tenía grandes viñas y hacía mucha chicha. No tenía familia, era él y la señora no más. Nosotros cuando llegamos y supimos que él no había llegado, nos quedamos

afuera esperándolo junto a un portón por donde él entraba el caballo que montaba, cuando luego divisamos a un jinete, entre tinieblas, que venía hacia nosotros. Mis amigos Saavedra y Germán, que lo conocían, dijeron "él es", y se aprestaron para meterle un susto. Se escondieron y cuando llegó se le tiran uno por cada lado y le dicen bruscamente "¡manos arriba!", como que lo iban a asaltar, pero él no se inmutó, porque al ver el auto calculó que amigos santiaguinos lo esperaban y no se engañó, y no les hizo caso a las bromas, tirándose rápidamente abajo del caballo y se lanza a abrazarlos uno por uno con toda efusión y cariño. ¡Qué caballero más contento! Este caballero se llamaba Isidoro. A continuación nos hizo pasar al comedor y fue rápidamente para adentro, volviendo con una damajuana de chicha, sirviéndonos él mismo y ordenándole a la señora que preparara comida para servirle a sus amigos que habían llegado de Santiago a verlo y que él se sentía muy feliz con sus amigos en su casa. Y póngale otro vaso de chicha, y luego, después de comer, nos convidó a la casa de una vecina que vivía cerquita, para que nos tocara la guitarra. Ahí también la señora y el caballero dueños de casa nos recibieron muy contentos; lueguito se le cuadró don Isidoro a la señora diciéndole si le podía tocar la guitarra para celebrar a los amigos que venían llegando de Santiago a verlo. "Con mucho gusto", le dijo la señora. Entonces don Isidoro nos presentó a todos nosotros a toda la familia de la casa. Ya con esta ceremonia quedamos todos amigos y dimos principio a la fiestecita, primero un par de canciones que nos cantó la señora y que fueron muy aplaudidas por nosotros; a continuación una cueca para don Isidoro para que diera el ejemplo; después nos fue tocando a nosotros, uno por uno. Estas cuecas eran bien animadas y gritadas por nosotros, y también bien remojadas con una exquisita chicha fabricada en la misma casa. Por allá todos hacen chichas porque todos tienen parrones. Estuvimos tan bien en esa casa que no sentimos las tres horas que pasamos ahí. Como a las doce y media nos retiramos y nos fuimos a la casa de don Isidoro, pero no a dormir todavía, apenas llegamos a los corredores de la casa que dan a la calle nos dijo: "Espérenme aquí", y él entró apresurado para el fondo de la casa y volvió con una damajuana de chicha colgando del cogote y la puso en el suelo en medio de nosotros que estábamos sentados en el suelo, en el borde del corredor que quedaba para la calle, y nos dijo: "Ésta es para bajativo, antes de irnos a dormir". Entonces mi amigo Saavedra, en vista de la obligación que nos ponía don Isidoro de desocupar la damajuana, tomó la acordeón en sus manos y se puso a amenizar la reunión. Nos dieron las dos de la mañana sentados en el suelo en el borde del corredor, tomando

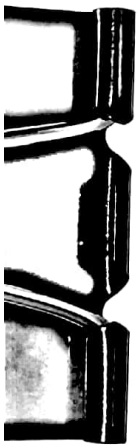
chicha y oyendo a mi amigo Saavedra que no se cansaba nunca de hacernos oír esas marchas, esas mazurcas, esas rancheras, esas danzas, esos minuet, esos valses... que todo lo tocaba con la maestría de un profesor. En todas las casas vecinas habían gentes en las puertas escuchando los sones de la acordeón hasta esa hora que nosotros terminamos la damajuana, si fue un verdadero concierto nocturno que dio mi amigo Saavedra esa noche a la población de Chépica.

El día siguiente nos levantamos tempranito. Don Isidoro fue el primero que se levantó y fue altiro a ofrecernos chicha porque creyó que habríamos amanecido con mucha sed. Nosotros nos levantamos todos, menos Segundo, que se quedó dormido en la cama, y como amanecimos con toda la travesura, comenzamos a echarle ropas de las otras camas a Segundo encima, le echamos los colchones, las monturas que estaban ahí, unas sillas y cuanta cosa encontramos, la cama parecía un carretón de mudanza y Segundo no despertaba, cuando no hallamos más cosas que echarle encima, tomó mi amigo Germán una damajuana con un poco de chicha, y le acercó a las narices la boca de la damajuana, colocada sobre una silla, para que estuviera respirando el vigor de la chicha mientras dormía, y lo dejamos solo y nos fuimos a recorrer la viña para adentro. Cuando volvimos ya estaba en pie la señora, y le tuve que sacar las cosas de encima a Segundo para que se pudiera levantar. Ese día era domingo y en la tarde había carreras a la chilena en una cancha especial que tenían ahí en Chépica. Don Isidoro nos conmvidó porque él tenía que apostar a un caballo; además él era una de las autoridades de la cancha por ser el administrador de un fundo de ahí cerca. También asistían sus patrones a las carreras. Ahí nos pasó un caso por culpa de otro santiaguino, que andaba por la cancha para arriba y para abajo, y que se distinguía de las demás gentes por un vestón blanco que andaba trayendo y un sombrero de paja de esos que tenían el sobrenombre de hallulla. Pues bien, como era tan distinguido en la cancha, unos jugadores, a pesar de no conocerlo, depositaron sus apuestas en él, confiados en que no se les perdería con el dinero. Bueno, se corrió la carrera, entonces el ganador comenzó a buscar al depositario para que le entregara el dinero, y esto fue que el depositario se hizo humo, no se encontró por ninguna parte, y como era la última carrera y ya se estaba oscureciendo también, fue así que los hombres, desesperados, llegaron a nosotros que estábamos en el auto mirando nomás, y nos querían culpar de que ese hombre era de los nuestros y que nosotros lo teníamos escondido. Nosotros les decíamos que no conocíamos a ese hombre, sí que lo habíamos visto

andar por la cancha, pero que no lo conocíamos, pero ellos insistían de que era amigo nuestro, hasta se bajó uno del caballo para alumbrarme a mí con un fósforo estando yo sentado dentro del auto. "¡Ah, no es nada!", dijo, y ya mi amigo Saavedra estaba trabando una apuesta de $100 con un huaso a que ese hombre no era amigo nuestro. Y en esto estábamos, rodeados de huasos de a caballo que nos tenían afligidos, cuando llega de galope nuestro amigo don Isidoro, y mete su caballo al medio y habla en voz alta diciendo: "Qué les pasa con mis amigos, si algo les pasa con ellos, yo respondo por ellos". Todos se callaron y se retiraron sin decir nada más.

XIX

El mismo domingo – vuelta a las tías – don Isidoro con nosotros – pérdida de aceite en el río – 1ª panne – 2ª panne – llegada a Santiago



Ese mismo día domingo, don Isidoro nos había convidado a almorzar a otra casa amiga de él, donde nos arreglaron una mesa debajo de unos grandes árboles. Ahí, cuando estábamos charlando de sobremesa, se nos acabó la chicha en la botella que teníamos en la mesa, entonces don Isidoro llamó a un niño que estaba por ahí cerca y le dijo: "A ver, niño, anda donde la señora tal a buscar otra botella de palabras", esto era otra botella de chicha, como era tanto lo que nos hacía conversar la chicha, por eso él la llamó así. Después mi amigo Germán le ganó una apuesta a don Isidoro, "le apuesto", le dijo el amigo Germán, "una docena de botellas de vino a quién le hace hacer más agua a una botella vinera". "¡Ya!", le dijo don Isidoro. "¡A ver, llénela usted primero!", le dijo el amigo Germán. Tomó la botella don Isidoro y la llenó hasta la boquita: "¡qué más le va a hacer usted, pues!", le dijo don Isidoro. "¡Vamos a ver si yo le hago hacer más!" le dijo el amigo Germán. Tomó la botella, le tapó la boquita con la mano y la dio vuelta boca abajo, y le llenó con agua la hendidura que tiene la botella en el asiento. "¡No ve", le dijo, "cómo yo le hice hacer más!". "¡Me ganó, pues!", le dijo don Isidoro. En seguida quiso mandar a buscar las doce botellas de vino, pero entonces el amigo Germán le dijo: "No, fue broma no más la apuesta, si estamos tomando chicha no debemos tomar vino". Y así la apuesta quedó en nada.

El día siguiente era lunes y era el día en que habíamos quedado de acuerdo con las chiquillas de donde las tías de llegar a la casa de ellas y

donde nos esperaban. En la mañana de ese día nos levantamos tempranito, apenas tomamos desayuno, y como a las ocho y media partimos, porque quedamos de estar en la entrada del callejón a las diez en punto, ya que a esa hora iba a estar el joven en el camino para indicarnos la entrada al callejón. Don Isidoro no se quiso quedar y nos acompañó en el auto hasta la casa de las tías y estuvo con nosotros hasta el día siguiente que nosotros nos vinimos. Hizo derroche de alegría, de buen humor, chistoso, gracioso, bueno para bailar la cueca; pasó momentos felices don Isidoro entre nosotros, un hombre que, sin embargo, parecía no tener alegría: su vida era triste y solitaria; además con la señora estaban disgustados, hacía un mes que no se hablaban. Pero llegaron sus amigos a verlo, y he aquí que este hombre se alegró hasta decir basta, pero una alegría sana y caballeresca. Donde las tías alojamos una noche nomás; el día siguiente, que era día martes, partimos de madrugada. Yo manejaba el auto casi todo el tiempo. Llegamos esa mañana al río Tinguiririca como a las siete y media y embocamos al río por otro vado más arriba, donde el río es más extendido pero más arenoso, por lo tanto más pesado para el auto, que no pudo pasar; solo tuvieron que bajarse al agua dos compañeros para ayudarle al motor empujándolo, así pudimos pasar solos, sin ayuda de bueyes. Cuando ya íbamos saliendo del río o del pedregal, noté yo que los cambios de velocidades se habían puesto muy ásperos, el embrague y el freno tomaban de golpe y salía del motor un olor a aceite quemado, y así, en esa forma, llegamos apenas al pueblo de San Fernando, que deslinda con el río, y nos paramos en un restaurant a tomar desayuno. Y mientras los compañeros mandaban hacer el desayuno, yo me puse a revisar el motor y ver por qué venía así, tan malo; lo primero que hago es ver la medida del aceite, porque sospechaba de la falta de aceite, y para comprobarlo quise abrir una llavecita que tiene para esto por debajo del motor. Apenas me agacho veo que la llavecita estaba abierta, por donde se había perdido todo el aceite del motor. "Aquí está la cosa", me dije yo, y esto tiene que haber sido una piedra que ha saltado al pasar por los pedregales del río. En seguida les comuniqué la noticia a los demás compañeros y todos vinieron a ver y todos estuvimos de acuerdo en que no era más que la falta de aceite lo malo que traía el motor, suerte que nosotros andábamos siempre prevenidos, traíamos en el auto una lata de bencina y otra de aceite, para no quedar botados en ninguna parte por falta de estos combustibles. Tomé el tarro de aceite y le puse al motor lo necesario, y enseguida lo hice andar; se puso como una seda

altiro, entonces todos tomamos desayuno bien contentos y en seguida partimos felizcotes otra vez.

También andábamos trayendo una botella de mesa, que hacía como cuatro litros, todo el tiempo llena de chicha, con un enorme membrillo amarrado al cuello con un alambre, cuando ya nos quedaba poca chicha, la volvíamos a llenar en otra parte, y así llegamos con ella llena hasta Santiago. De San Fernando viajamos sin novedad hasta Rancagua, donde pernoctamos varias horas; ahí almorzamos, pasamos a una peluquería a afeitarnos porque veníamos todos barbones y de ahí partimos como a la una y media. Al pasar por los arenales del río Angostura, que está más acá de Rancagua, tuvimos una *panne* de cierta gravedad, pues en lo mejor que venía manejando mi cacharro por el medio del arenal y con un sol que nos derretía, como a las 2 de la tarde, quedamos en pana del diferencial. ¡Qué hacer en este trance! ¿A quién pedirle auxilio en aquella pampa en que nos encontrábamos? Entonces les dije yo: "No nos queda más remedio que desarmar el diferencial aquí mismo para saber lo que tiene, y podemos remediarlo aquí mismo, pero para esto hay que levantar el auto para sacarle el diferencial". ¿Y en qué levantarlo? Necesitábamos un par de cajones, entonces mirando yo con cierta angustia a la distancia, divisé, por sobre las copas de los árboles, el lomito de una casa. Inmediatamente les dije: "¡Vayan dos de ustedes a aquella casa que se ve allá, a ver si esa buena gente tuviera un par de cajones que nos emprestaran!". Y fueron. Lueguito volvieron con dos cajones, tal como los necesitábamos; levantamos el cacharro en un segundo, y todos manos a la obra, en un dos por tres ya teníamos el diferencial afuera y encontramos el mal, que era la unión universal, que se le había roto el collar y por este motivo se había trancado. Entonces le saqué el collar quebrado, y lo armé uniendo las partes principales, en horcajas, enganchando una en la otra, y metimos el diferencial otra vez, pero no nos duró mucho la alegría: cuando más contentos veníamos como a las siete de la tarde por el camino que viene por la orilla del cerro, más allá del puente Los Morros, casi al frente de un callejón que baja hacia el pueblo de Buin, ahí quedamos otra vez botados de la misma *panne*. Ahora se había quebrado uno de los ganchos de la unión universal, y ahora sí que no teníamos arreglo posible y nosotros, que ya veníamos haciendo proyectos para la llegada a Santiago, nuevamente se nos puso la cara larga. ¿Qué hacer ahora? Y que ya también se iba yendo la luz del día, y lo peor era que en esos tiempos no se veían autos por los caminos a quienes pedirle alguna ayuda, había que arreglárselas solito. Entonces

pensamos en pasar la noche ahí, pero no en el camino público. Y como quedamos cerquita de una casa que había a la entrada de un callejón que conducía al pueblo de Buin, entonces mandé una comisión a hablar con los dueños de casa a ver si nos convidaban con un lugarcito donde poder cobijarnos durante la noche, y encontraron tan buena acogida de parte de la señora de la casa, que nos dijo: "Con mucho gusto, traigan el auto para acá no más"; entonces el amigo Saavedra le contó a la señora todo nuestro paseo y la *panne* que nos detenía aquí involuntariamente, esto para darle confianza a la señora de que éramos gente buena; y como la señora nos oyó comentar sobre la posibilidad de mandar un compañero a Santiago a buscar el repuesto, nos ofreció ella un caballo y un niño para que fuera a dejar un compañero a la estación de Buin para que tomara el tren de la tarde que venía del sur para Santiago. A este compañero lo mandaríamos a Santiago para que comprase la pieza de repuesto que se nos había quebrado. Este compañero era mi chofer, Segundo Sánchez; pero lo mandamos con una condición; el amigo Saavedra le dio las condiciones, diciéndole que si alcanzaba a comprar la pieza de repuesto, esa misma tarde se debía ir a la Plaza Italia y decirle al chofer que trabajaba mi auto que se venga con usted para acá, trayendo el repuesto, pero si no alcanzaba en la tarde, lo comprara en la mañana y se viniera en tren. Para eso teníamos todo el día para irnos, pero el amigo Sánchez, una vez en Santiago, no se acordó más de sus amigos ni del repuesto, se fue tranquilamente a dormir con su señora primero, al otro día compró el repuesto y se fue a la plaza y ocupó el auto de Saavedra, y llegó allá en el auto de Saavedra y su chofer, haciendo todo lo contrario de lo que se le había pedido. El amigo Saavedra, al verlo llegar en su auto, se enojó con él sobremanera, pero como ya el auto estaba ahí, no había nada que hacer. Nos pusimos entonces a colocar la pieza al diferencial que ya lo teníamos afuera desde la tarde anterior, porque creíamos muy seguros que el amigo Sánchez llegaría en el auto en la misma noche. Nosotros mandamos a hacer una cazuela a la señora para comerla cuando llegara el amigo Sánchez con el repuesto. Cuando ya nos dieron las 11 calculamos que ya no llegaba, entonces nos comimos la cazuela; por eso teníamos más rabia todavía; nosotros aguantando el hambre hasta esa hora y él, sin importarle sus amigos, se fue a dormir tranquilamente a su casa, y para colmo aparece en el auto, siendo que se le había dicho que si iba en la mañana no ocupara el auto y que se fuera en tren, que para eso teníamos todo el día para irnos. El amigo Saavedra, que era el afectado por ser él el dueño del auto, casi le pegó. Luego terminamos de poner el

diferencial y nos preparamos para venirnos, entonces quisimos pagarle a la señora todos los servicios que nos había hecho, incluso la cazuela. Le preguntó el amigo Saavedra cuánto le debíamos por todos los servicios. "Nada", nos dijo, "esto no cuesta nada". Entonces nosotros, en vista de su negativa, le dejamos $30 en una mesita, a escondidas de ella. Nos despedimos muy agradecidos y partimos. Esta última etapa sí que la hicimos sin novedad, llegamos primero a la Plaza Italia, a ver a los choferes, que no sabían dónde andábamos; llegamos ahí como a las 11 de la mañana. De ahí nos fuimos al garaje, a nuestra casa, donde hubo gran alegría con nuestra llegada, porque estaban con cuidado porque habían tenido noticias de que estábamos en *panne* en el camino y no sabían nada más, y cuando nos ven llegar de repente tan contentos y sin novedad, todos se alegraron también y luego les presentamos la botella de chicha que traíamos de Nancagua, más se alegraron todavía y todos tomaron repetidas copas de chicha, porque traíamos como tres litros en la botella, que hacía como cuatro litros.

Después, en los años siguientes, seguimos yendo con mi hermano Carmelo a San Vicente de Tagua Tagua, a la casa de otra tía que vivía ahí y que también hacía muy buenas chichas. Pero al poco tiempo después se murió esa tía. Nosotros fuimos al entierro en el auto de mi hermano, llevamos a mi madre, porque la tía era la hermana de mi madre. Después seguimos yendo a la casa de los parientes y de algunos amigos. Un año me convidó mi hermano a que lo acompañara a San Vicente, porque él quería ir a ver un rodeo que iba a haber allá; yo estaba muy afectado de los nervios esos días, el doctor me había dicho que saliera para el campo, que me haría bien para que se me tranquilizaran mis nervios, así es que aproveché la oportunidad que se me presentaba de ir al campo, pero habría ganado más con no haber ido, porque allá todo se volvió fiestas, comilonas, trago, trasnochadas; además, la vista del rodeo me hizo muy mal para mis nervios, la tremenda gritería, las corridas de animales tan débiles que los estrellaban contra las empalizadas a caballazos, que los quebraban, quedando muchos de ellos con sus patas lacias, colgando quebradas; que lástima al ver a esos pobres brutos sufrir así; con todo esto yo llegué más enfermo que cuando me fui.

XX

Garaje Eyzaguirre – pintura cambiada = foto de mi padre – garage Aldunate

En el garage Eyzaguirre yo me dedicaba a hacer toda clase de trabajos en los autos: motores, carrocerías, tapicerías, capotas, pinturas, había hecho un salón grande, bien cerrado y bien empapelado por dentro, en el cual me cabían dos autos, que pintaba en las noches; en el día los preparaba y en las noches los pintaba; terminaba como a la una de la mañana. Laura iba a acompañarme cuando pintaba, pero no me acompañaba más allá de las 11; luego se quedaba dormida sentada en un cajón y tenía que decirle que se fuera acostar a la cama y esperarme con la cama calientita, y que yo lueguito iba a terminar. Así la convencía y se iba a acostar, y yo me quedaba solo hasta la una, cuando terminaba. Una noche me dio un golpe de corriente que me hizo estremecerme, con la lámpara portátil que tenía para pintar; fue tan fuerte el sacudón que me dio, que lancé la lámpara lejos. Estaba solo. Una noche tuve que pintar el auto de mi hermano Carmelo; en la tarde lo preparamos y lo dejamos listo dentro del salón de pintura. Carmelo se fue y yo fui a comer primero antes de pintar. Carmelo me había dejado el tarro con pintura para su auto junto a otros tarros con pintura que yo tenía, la pintura de él era azul oscuro. Pues bien, yo llegué después, tomo el tarro, lo revuelvo y miro con la luz de la ampolleta y veo que es el color, o sea, la pintura que él me dejó. Me pongo a pintar sin parar para ver cómo me quedaba lo pintado, hasta que terminé y me fui a dormir. Al otro día, cuando llegué, abrí la puerta del salón, y veo con sorpresa que el auto, en lugar de amanecer azul obscuro amaneció verde oscuro. Yo, por tomar el tarro azul tomé el de pintura verde que yo tenía ahí; en la noche no pude distinguir el color, así es que pinté convencido de que ése era el color. Carmelo se conformó despues diciendo "ya está así ya, dejémoslo así".

Un día quise yo hacerle sacar una fotografía a mi madre, y para esto la llevé a una fotografía que había por la calle San Diego, y le hice sacar una foto para tener un recuerdo de ella toda la vida, y mandé a hacer media docena, para repartirles a los demás hermanos, dándoles una a cada uno. Después les dije a mis hermanos que a ellos les tocaba sacarle una foto a mi padre, así como yo le había sacado a mi madre. Pero pasó el tiempo y parece que lo echaron al olvido, y yo, que quería tener una foto de mi padre, entonces pensé sacársela yo también. Un día domingo,

en que mi padre se ponía su ropita mejor que tenía, lo estuve mirando y vi que su ropita estaba malita y que no convenía sacarle foto con esa ropa tan vieja. Entonces pensé regalarle yo mismo un terno para poder llevarlo a la fotografía, y sacarle una sola foto para mí no más, y el que quiera tener foto de él que vaya a la fotografía, allá está la plancha; y con esta resolución partí el día siguiente en la tarde, que era día lunes, como a las seis y media, a encontrarlo. Sin decirle a nadie nada, me fui a la Plaza Almagro, que está en la calle San Diego, porque por ahí pasaba cuando se venía del trabajo; luego lo veo venir con tranco largo –yo estaba sentado en un escaño de la plaza– y cuando ya se acercó más, me paro y le salgo al encuentro, y cuando me vió me dijo: "¿Qué esta haciendo aquí?", con acento cariñoso. "¡Aquí lo estaba esperando!", le dije yo. "¿Para que?" me dijo él. "¡Para acompañarlo hasta la casa!", le dije yo, y seguimos andando. Al pasar frente a una tienda de ropa hecha, le dije: "Pasemos aquí". "¿A qué?", me dijo él, "¡pase, no más!" le dije yo. Entramos y le dije al empleado que nos salió al encuentro: "A ver, un terno para este caballero". "Cómo no, señor", me dijo el empleado y sacó un terno azul oscuro con rayitas. Mi padre miraba no más, atónito. "A ver", le dije, "sáquese el paletó y pruébese este otro". Se lo sacó emocionado, sin decir palabra, y se lo probó. Hubo que hacerle unos pequeños arreglos y para esto tuvimos que dejarlo hasta el día siguiente, en que se lo tuvieron listo. Entonces le dije al empleado: "A ver, un sombrero ahora". Sacó unos cuántos para que se probara, le quedó bueno uno negrito que le gustó, entonces le dije al empleado: "Le voy a dejar la mitad del valor ahora y mañana cuando vengamos a buscar las dos cosas, le traigo el saldo". "¡Muy bien!", me dijo el empleado y nos dio una tarjeta con el apunte de lo que le di y lo que le quedaba restando, y partimos para la casa. Yo lo notaba que iba emocionado porque iba calladito. Un poco más allá había un bar, y le dije yo: "Pasemos aquí". "Ya", me dijo. Ahí nos servimos sendas copas de vino añejo, que era el que le gustaba a él; enseguida partimos otra vez para la casa. Llegamos allá; él se fue calladito para su pieza, y yo para la mía. Después dijo mi madre que había llorado de emoción cuando llegó contándole a ella que yo le iba a regalar un terno y un sombrero. El domingo siguiente lo llevé a una fotografía por la calle San Diego y me hice sacar una sola foto con él, y que es la que tengo en un cuadro en el comedor, y que es la única. Ninguno de mis hermanos se interesó por tener una foto de él, siendo que yo les dije que el que quería tener foto de él que la mandara hacer, que en la fotografía quedó la plancha.

Mi padre me ayudaba en el garaje; era él el portero de noche que les abría la puerta a los choferes que llegaban tarde con sus autos a guardarlos. En el garage a veces llegaban algunos después de las doce de la noche, y él se levantaba a abrirles la puerta; y así se levantaba a las 6 de la mañana para irse a su trabajo. Yo muchas veces llevé a mi padre cuando salíamos a probar autos, lo llevaba a pasear cuando alcanzaba a llegar a tiempo antes de que nosotros saliéramos. Un año lo llevamos a San Vicente de Tagua Tagua, una vez que fui en uno de mis autos. Pero los mayores deseos de él eran ir a Nancagua, donde vivían sus dos hermanas, y lo que más deseaba ver era a su hermana Juanita, así la llamaba él, porque la quería mucho desde niña. Yo también quería llevarlo a Nancagua para que viera a sus hermanas, quizás si por última vez en este mundo, pero nunca pude llevar a efecto este viaje. Hasta que un día llegó la noticia de que su hermana Juanita había muerto.

Desde ese día mi padre se puso triste, ya no tenía alegría, pasaba pensativo, hasta que cayó enfermo. Su enfermedad fue larga y no pudo recuperarse más. Su enfermedad duró once meses y en ese tiempo le apareció un tumor en los intestinos, que los doctores operaron dos veces. Estas operaciones lo debilitaron demasiado y no pudo reponerse hasta que llegó el momento en que Dios se lo llevó. Mi padre tenía 79 años y hasta entonces no había tenido ninguna enfermedad grave, era muy sano.

Mi padre tuvo una bonita muerte, él toda su vida había sido muy devoto de la Santísima Virgen. Rezaba el Rosario en familia casi diariamente, y la Salve que rezábamos al final la ofrecía a la Virgen para que nos librara de una muerte repentina. La Santísima Virgen le concedió lo que él tantos años le pedía, teniendo largo tiempo para prepararse, bien confesado y comulgado y cuando llegó su última hora llamó a todos sus hijos alrededor de su lecho, yo me había puesto detrás de mis hermanos y como no me vio, preguntó: "¿Y Benito?". "Aquí está", le dijo una de mis hermanas. Fue la última vez que oía su voz pronunciando mi nombre; entonces me acerqué a él y me puse al lado de la cabecera de su cama. Entonces él se incorporó un poco en la cama y nos hizo hincarnos, y luego levanta el brazo y traza la señal de la cruz sobre nosotros, dándonos la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Enseguida se tendió otra vez y cerró los ojos. Se quedó inmóvil unos momentos, luego abre los ojos, ya medio empañados, y mira hacia arriba y los cierra otra vez; yo estoy con mi cara casi encima de la cara de él, estoy sintiendo su respiración y luego noto que sus respiraciones

se van haciendo cada vez más lentas, más lentas, más lentas, hasta que no respiró más, sin hacer el menor movimiento. Entonces les dije a los demás, con voz desganada: "Mi padre se nos fue...".

Todos nos pusimos a llorar. Eran como las cuatro y media de la mañana. Dos carabineros que iban pasando, al oír los llantos y lamentos, golpearon la puerta y preguntaron qué nos pasaba. Se les dijo que acababa de morir el padre de la familia. Se retiraron, ayudándonos a sentir también. Así fue la partida de mi padre de este mundo, muriendo santamente como él se lo había pedido a la madre del Cielo (mi padre murió aquí en Los Ángeles 2810, en el mes de noviembre de 1928).

Volviendo al garage Eyzaguirre, estaba yo un día afanado arreglando un cacharro, era en los meses de verano del año 1926, cuando de repente aparece en la puerta del garage un señor con una maleta, se detiene en la puerta como que quiere y no quiere entrar, y cuando me vio a mí entró resueltamente. Yo, cuando lo vi creí que sería algún inspector, pero despues calculé que no, porque los inspectores andan trayendo siempre un portadocumentos y no una maleta como traía este señor. Llegó donde yo estaba y me saluda muy cordialmente, como si hubiese sido algún amigo; en seguida me dijo: "He querido pasar hasta aquí para ofrecerle algunas herramientas que tal vez usted necesite". "Sí", le dije yo, "en realidad necesito, pero por ahora no tengo plata". "No importa, eso es lo de menos", me dijo, "le dejo las herramientas ahora y me las paga después como pueda, yo pasaré por aquí una vez por semana". "Bueno pues", le dije yo, "déjeme algunas", y así le compré un buen número de herramientas, que se las pagaba semanalmente. Después, al año siguiente, me cambié de garaje, arrendé el garage de la calle Aldunate 816, pasado de la calle Copiapó. Ese local me resultaba muy mal para mi salud, porque era muy cerrado; muchas veces estuve enfermo en cama. Un día domingo que había estado enfermo me levanté en la tarde porque me sentía mejor y salí a andar por la avenida Blanco Encalada hacia la Estación Central, y cuando voy a la altura de la Avenida República diviso la Iglesia de San Alfonso y que estaba saliendo una procesión. Allá me dirijo a tomar parte también en la procesión, a pesar de no conocer a nadie. Anduve en la procesión hasta que terminó; después me fui a casa.

XXI

Me hice sacramentino – mi último padrino – me hice franciscano – San Judas Tadeo – tomé casa propia – regalos de Dios – mi compañera

En la semana siguiente llegó como de costumbre el señor de las herramientas a cobrarme la cuota semanal y a dejarme más herramientas si quería, y luego me dijo: "¡Yo lo vi en la procesión el domingo a usted!". "Sí", le dije yo, "siempre me han gustado mucho las procesiones". Entonces, me dijo: "Yo pertenezco a la Sociedad Sagrada Familia, de ahí de San Alfonso, y también pertenezco al Círculo Social del Santísimo Sacramento de la Iglesia de los Padres Sacramentinos", y me preguntó: "¿Y usted no pertenece a ninguna sociedad católica?". "A ninguna", le dije yo, "me gustaría la de los sacramentinos, pero no conozco a ningún socio de ahí". Entonces, me dijo: "Yo, que soy de ahí, lo puedo presentar para que se haga socio". Y me agregó: "Vaya este domingo a la misa de 8, y después de la misa tenemos reunión en el salón social y ahí yo lo presento como socio al directorio". "Muy bien", le dije yo, y así fue que el 17 de octubre de 1927 era admitido como socio del Círculo Social del Santísimo Sacramento en la Iglesia de los Padres Sacramentinos. Desde esa fecha soy comensal asiduo de la mesa del padre común de esta gran familia que es la cristiandad entera de los cielos y la tierra. Después nos hicimos muy amigos. Este señor se llamaba Julio Fuentes. Un día le dije: "Estaba bueno que usted fuera mi padrino de confirmación". "Cómo no, con mucho gusto", me dijo él. El domingo siguiente había confirmaciones en la Iglesia de San Isidro; allá nos hicimos presentes el domingo correspondiente a sacar la boleta que estaba dando el señor cura en la oficina. Nos pusimos en la cola, luego me tocó el turno a mí y me pregunta el señor cura sin mirarme: "¿Cuándo nació?". "El año 1892", le dije yo. Dejó de escribir el señor cura y levantó la cabeza y me miró asombrado. En realidad yo parecía ser el papá de todos los chiquillos que se iban a confirmar. Pero me duró poco mi padrino, como a los cuatro años Dios se lo llevó a vida mejor, tan bueno, alegre y cariñoso que era; a mí me había convidado varias veces a su casa, tenía dos niños hombres; la señora también era bien cariñosa, tenía su casa propia, que estaba pagando a la Caja por medio de la Sociedad Sagrada Familia a la que él pertenecía. Yo, desde que él murió, y que hacen más de 26 años, no he dejado ningún día de rezar por él, que Dios lo tenga en sus Santos Reinos.

Un día, un socio antiguo del Círculo Social del Santísimo Sacramento, que me había tomado cariño y yo también a él, porque se parecía a mi padre, me dijo: "¿Quiere ser tercero de la orden de San Francisco?". Él ya lo era desde hacía varios años, y como me viera titubear, me dijo: "Esa orden es muy buena, se ganan muchas indulgencias y se alcanza mejor la vida eterna y para que usted se dé cuenta mejor, lea este libro", y me pasó un libro de la orden tercera de San Francisco, el cual yo leí después y me convencí de que así era. El domingo siguiente le llevé el libro para devolvérselo, y cuando me vio me dijo: "¿Le gustó?". "Sí", le dije yo, "¿y qué hay que hacer para entrar allá?", le dije yo; entonces me dijo: "Vaya el domingo tercero del mes, que tenemos reunión, y yo lo presento". "Bien", le dije yo. Así fue que el 20 de julio de 1930 tomaba el hábito de la orden tercera, consistente en un escapulario y un cordón con los cuales tenía que ceñirme con ellos toda mi vida; desde ese momento comencé mi año de noviciado, hasta el día en que hiciera mi profesión, que la hice el 4 de octubre de 1931, día de San Francisco. Desde ese día quedé convertido en tercero franciscano de la orden de penitencia, hecho y derecho, para toda la vida.

Este consocio también duró poco. Como a los dos años después se lo llevó el Señor también.

Yo a mi vez presenté dos amigos a la tercera orden de San Francisco de Asís, uno cumple muy bien con la tercera orden, el otro es un poco reacio, pero en los sacramentinos es bien cumplidor, porque también es socio de nuestro círculo de allá.

Otro día en la mañana estaba yo muy preocupado en mis trabajos en mi garage que tenía en la calle Aldunate, cuando llegó don Carlos Medina, un chofer que guardaba su auto en mi garaje. Después de saludarme me dice: "¿Quiere ser socio de la Sociedad Manuel Montt de choferes?", y me agregó: "A usted le conviene, porque la Manuel Montt está haciendo una población para sus socios y usted, siendo socio, tiene derecho a que le den una casa". "Si es así, yo me hago socio", le dije yo. "Entonces", me dijo, "vaya esta noche a la Manuel Montt, y yo lo presento como socio y lo inscribo en las casas". "Muy bien", le dije yo. En la noche, después que comí, partí para la sociedad; allá estaba él esperándome; inmediatamente hicimos la papeleta para presentarme al Directorio, e inmediatamente fui aprobado por haberme patrocinado él, quedando de inmediato como socio activo, pagándome él la incorporación. A continación, pasamos a la oficina en donde me inscribió en las casas, pagándome también él la inscripción, quedando

de inmediato con derecho a tomar casa. Desde esa fecha quedé pagando las cuotas mensuales que la sociedad exigía para seguir siendo socio (esto era como en el mes de octubre de 1927). Después, como a los dos meses, se hizo el reparto de las casas; a mí me dieron una en la 5 Norte del tipo medio. Vine yo a ver la casa que me había tocado en el reparto y vi que no me servía por ser muy chica: solo tenía dos piezas y la entrada para autos muy angosta y larga, en la cual se perdía mucho terreno, porque yo quería hacer un taller del patio para recibir trabajos en automóviles, camiones y góndolas que hacía entonces. Entonces le dije a él que ya yo no me iba a la población, porque la casa que me habían dado no me servía por lo chica, y que me vendría una casa esquina en donde yo pudiera hacer mi taller y una buena entrada para autos. "Entonces", me dijo él, "avise nomás que se va a cambiar, usted se irá de todos modos a la población; si no le consigo una casa como usted quiere, yo le cedo la mía". Él era miembro de la comisión que estaba a cargo de la fabricación de la población y me agregó: "Todos los de la comisión han repartido a su entera voluntad las casas a sus amigos, yo les voy a meter boche", me dijo, "y me tienen que dar una casa como yo quiero para un amigo mío", y se despidió de mí y partió.

Mientras tanto yo me fui a arrodillar ante la imagen de San Judas Tadeo, en la Basílica del Corazón de María, a pedirle que intercediera para que me dieran una casa como yo quería, ofreciéndole una limosna para su altar. El día siguiente, después del mediodía, llega él muy contento y desde la puerta del garage me dice en voz alta: "¡Ya le tengo la casa, maestro!, ¡tal como usted la quiere, en la calle Los Ángeles esquina avenida Cuatro Norte. Vaya esta misma tarde a verla, pasa primero a la oficina del gerente en la avenida El Pino, ya yo le dije al gerente que usted iba a ir, le paga la primera cuota y él le entregará las llaves de la casa y de ahí usted va a ver su casa". Yo, contentísimo, partí esa misma tarde a la oficina del gerente, le pagué la primera mensualidad y me entregó las llaves, dándome la dirección de la casa. Partí al tiro yo a ver la nueva casa y que me gustó mucho, porque era más grande que la otra, tres piezas, un *hall*, cocina y baño y un gran patio para taller. En seguida me fui felizcote para la casa. Allá llegué con las llaves en la mano, diciéndole a mi negra: "Ya tenemos casa propia, mi hijita".

Gracias a Dios que me mandó a este amigo como instrumento para ello. También este amigo, don Carlos Medina, duró poco, como al año y medio después moría también.

El día siguiente, como a las 10 de la mañana, partía yo donde mi bien-hechor San Judas Tadeo a pagar mi ofrenda por la casa que me consiguió. Esta casa ya estaba cedida a otro, pero mi amigo Medina les metió rosca a los demás de la comisión, hasta que les quitó esta casa, ayudado y respaldado por San Judas Tadeo. Al pagar mi ofrenda, los padres del Corazón de María me regalaron el libro de la Historia de San Judas Tadeo, y así, gracias a Dios y a sus santos, he llegado a tener esa casita para mi negra y mis hijos. Pero todos estos regalos y beneficios con que Dios me ha colmado no son nada en comparación a su amistad para conmigo, distinguiéndome entre sus convidados al banquete eucarístico con que él regala a sus escogidos y amigos todos los días en su Santa Casa. Dios, en recompensa, me conserva la salud, la fuerza, la inteligencia y todo lo que necesito para vivir en este mundo, con mi mujercita y mis hijos.

Feliz ella, mi compañera, que ya salió de este valle de prueba. Mientras tanto, yo sigo batallando en medio de este mundo perverso, con la vista y la esperanza puestas en ese puerto donde ella desembarcara, para ver si yo también pudiera desembarcar ahí para reunirme con ella para siempre. Dios me ha concedido todo lo que le he pedido, me concedió una casa tal como yo la necesitaba y que es el punto primordial de todo padre de familia, y cientos de cosas más para comodidad y bienestar de mi familia, llenándome todos mis gustos; uno de estos gustos ha sido la música, desde el día en que me encontré una música de boca botada en el campo cuando era niño, desde ese día no he dejado más la música. Después, cuando ya trabajaba, me compré una música nueva en una paquetería del pueblo, que me costó 0,80 cobres. Despues compré una acordeón vieja que yo mismo arreglé y me quedó bien buena. Después me compré otra música de boca nueva, ésta tenía dos campanillitas que se tocaban con los dedos por medio de unas palanquitas que tenía, siguiendo el compás de la pieza que se tocara, además era muy bonita. Todos estos instrumentos los vendí cuando me vine a Santiago, después aquí me compré una acordeón nueva, de fabricación italiana; ésta era muy buena y me costó $40, la tuve 18 años, hasta el día en que murió mi padre en novienbre de 1928.

XXII

Las músicas – don Benjamín Ulloa – fracasó sociedad – viaje a Molina – en Chimbarongo – en el fundo – lo mataron

Desde antes de la muerte de mi padre yo me había comprado una victrola usada en una casa de remate, pero fue tan grande la pena que me causó la muerte de mi padre, que no quería tener ningún instrumento musical en la casa, tomé la acordeón y la regalé en $30. Más tarde, en el año 1937, compré un radio receptor para la familia, después compré una guitarra usada de concierto para que aprendiera a tocar mi hija Juana, pero como no encontró profesor que le enseñara, tuve que venderla; después compré un piano viejo que hice arreglar y quedó bueno, también para que aprendiera a tocar mi hija Juana, con la condición de que tocara el órgano en la Parroquia una vez que aprendiera, porque no había quién tocara en la Parroquia, y para esto le estuve pagando profesor un buen tiempo, que venía a hacerle clases a la casa. Pero como ella tuvo que ir a completar sus estudios a Talca y después le salió nombramiento a Viña del Mar, donde tuvo que ir a trabajar, y luego se casó y se quedó viviendo en Viña, el aprendizaje al piano quedó en nada, quedando el piano en mi poder. Después compré para mí una guitarra nueva. Después compré una radio nueva que regalé a mi hijo Benito cuando se casó, como regalo de bodas. Después compré una radio usada, que hice revisar y regalé a mi hija Juana, haciéndosela valer como regalo de bodas, porque ya se había casado antes. Después mi yerno Raúl me regaló una armónica nueva de 120 notas. Total de instrumentos que he tenido y he comprado, durante mi vida: dos acordeones, dos guitarras, cuatro músicas de voca, un piano, una victrola, tres radios, total: trece instrumentos musicales que he tenido y que todavía tengo varios en casa. Y esto únicamente por iniciativa mía, porque Laura no quería al principio tener ningún instrumento musical en casa, porque decía ella que con esto se formarían fiestas y chinganas en la casa, y que ella no quería eso. Varias veces tuvimos disgustos cuando yo aparecía con un nuevo instrumento en la casa, pero el tiempo lo allanaba todo y quedábamos tranquilos.

Una vez un caballero amigo y cliente a la vez quiso asociarse conmigo trabajando en conjunto, implantando un garaje. Este caballero se llamaba Benjamín Ulloa. El trato que me propuso era que él ponía los pesos y yo las manos, las utilidades líquidas mitad cada uno, principiando por el local y las herramientas que ponía él. Yo le acepté en vista de lo bonito

que me pintó el negocio. Salimos un día los dos en busca de un sitio para levantar el garaje; encontramos uno en la calle Diez de Julio, entre Santa Rosa y San Isidro, lo compró y puso inmediatamente maestros en la obra, tenía que ser el garage con piezas de habitación para que yo viviera ahí con mi familia, pero luego tropezamos con una dificultad y era que las piezas que estaba haciendo eran demasiado chicas, en las cuales yo no podía caber con mi familia, y que por ese motivo yo me retiraba de la sociedad y que estaba bien yo solo con mi garaje. Él siguió haciendo su garage hasta que lo terminó. Después llevó a mi cuñado Tomás Jiménez como cuidador y lavador de autos en el garaje. Más tarde se casó, porque era soltero y parece que de la dote que recibiría de parte de su esposa se compró un fundo por allá pasado del pueblo de Molina para el sur, y luego se compró un auto viejo que me llevó para que le hiciera unos arreglos. Después que le terminé los trabajos que había que hacerle, me dijo si lo podía acompañar en el auto hasta Molina, pues quería tener el auto allá para tener en qué viajar del fundo al pueblo, que estaba un poco distante, pero que no se atrevía a ir solo en el auto desde aquí de Santiago, por eso me convidaba, para que lo acompañara en el auto hasta el fundo. Yo, en vista del paseo en auto y también por conocer por allá, le acepté la invitación.

Al día siguiente partíamos a primera hora. Como dos buenos amigos conversamos y charlamos todo el camino, con mucha intimidad, sin distinción alguna. Nos detuvimos a tomar desayuno en Alto de Jahuel en un restaurant, de ahí nos fuimos de un tirón hasta Chimbarongo, que está poco más acá de San Fernando. Ahí tenían un fundo los suegros de él. Allí íbamos a almorzar, porque llegamos como a las once y media al fundo. Apenas llegamos se bajó él del auto de lo más ligero y se internó en la casa, entre la familia. Ya no lo vi más, hasta que nos juntamos otra vez en el auto para partir nuevamente.

A mí me dejó en el auto, en un corralón donde estaban los caballos; al rato después salió una sirvienta a llamarme almorzar, y yo, que harta hambre tenía, no me hice de rogar, y seguí a la sirvienta. Yo creía que iba a almorzar en una mesa en compañía con mi compañero de viaje; pero no fue así: me llevó la sirvienta hasta un corredor que daba para la cocina, ahí en una mesa vieja, desmantelada y sucia atracada a la pared y sentado en una silla vieja de palo y rodeado de una jauría de perros enormes, me sirvieron el almuerzo, un plato de porotos y otro no recuerdo de qué era, porque los perros me distraían, que no sabía lo que comía; puedo decir que almorcé en la casa de un rico hacendado, en la forma más baja que

lo puede hacer un peón cualquiera. Mientras estaba sentado todavía en la regia mesa, pasó cerca de mí un mocetón con un enorme trozo de queso en una bandeja, y se internó en el comedor del rico, a mí se me hizo agua la boca al ver el queso, igual que el ratón, y yo pensé: "Puede ser que me manden un pedacito", pero nada, lo que nunca más se supo. Yo en mi casa tenía un comedor más que regular, bien decente, casi no tenía nada que envidiarle a los ricos. Mi garage también era de primera, con una casa habitación de dos pisos; él todo lo había visto y lo sabía, además yo tenía cuatro autos, pero yo ahí no tenía voz ni voto, porque estaba a merced de lo que me quisieran dar, nunca había almorzado en tanta bajeza como lo hice en casa de ese hombre rico.

Después partimos de nuevo rumbo al sur hasta que llegamos a Molina, ahí se bajó él a hablar con un señor unos cinco minutos, y seguimos viaje hasta llegar al fundo, que estaba como a cinco kilómetros más al sur. Llegamos al fundo y ahí cambió como del cielo a la tierra otra vez para conmigo, entrando en una seriedad absoluta. Ya no convesamos más como amigos, como lo habíamos hecho durante el viaje; lo único que me dijo después de hablar un rato con un hombre que había ahí, que yo lo tomé por el administrador que tendría, me dijo: "¿Vamos a la bodega?". "Ya", le dije yo. La bodega quedaba como a cincuenta metros de donde estábamos; yo creí que iríamos a probar algún buen vino que tendría. Llegamos a la puerta, abrió el candado con la llave, entramos, anduvimos hasta el fondo de la bodega –una enorme bodega donde había dos hileras de toneles como de tres metros de altura cada uno–; él miró por todos los rincones por arriba y abajo, pero sin decir ni media palabra; yo lo seguía no más. Yo ya estaba por preguntarle de cuál tonel íbamos a probar, pero me reprimía al verlo a él tan serio, no me atrevía a decirle nada. Llegamos a la puerta otra vez, salimos, la cerró, le puso el candado y se fue a encerrar a sus piezas y yo me quedé dándome vueltas por ahí. Ya no lo vi más, hasta el día siguiente, cuando me quise venir. Más tarde, cuando ya estaba de noche, salió la cocinera y me convidó para la cocina para que fuera a comer, y me sirvieron la comida en una mesa revestida con lata y sentado en una banca de palo. Él comió solo en su comedor, porque no estaba la familia en el fundo. Después la cocinera me hizo una cama en el suelo, en una pieza chica que le servía de despensa, al lado de la cocina. En la noche dormí bien poco, porque me llevé correteando los ratones que querían dormir conmigo. Al día siguiente me levanté tempranito porque quería venirme en el primer tren que pasara para Santiago. Un vecino de por ahí me prestó

un caballo y un niño para que me fuera a dejar a la Estación. Al niño tuve que pagarle su servicio. Este servicio se obtuvo por intermedio de la cocinera. Cuando quise venirme en la mañana, le mandé avisar con la sirvienta que ya me venía, entonces me mandó decir que pasara a donde él estaba, en su escritorio; pasé, lo saludé, me contestó a medias: "¿Ya se va?", me dijo. "Sí", le dije yo. Entonces me dijo: "¿Cuánto le debo?". Yo, tomando en cuenta los dos días a su servicio más el pasaje del tren, le dije: "Serán $50". "¡Tan caro me va a cobrar!". "¡Aun esto es poco!", le dije yo. Sacó los $50 de la billetera y me los pasó con un poco de mala gana. "Gracias", le dije yo, me despedí de él y partí.

Pasaron como quince días y llegó otra vez a mi garage a pedirme que le vendiera algunos ejes viejos de auto, que necesitaba para hacer chuzos en el Fundo. "No tengo", le dije, con seriedad también. Ahora me tocaba a mí ponerme serio: estaba en mis dominios. Tenía algunos ejes, pero se los negué, como represalia. Si los hacendados en sus dominios son como dioses, aquí en Santiago son todo amabilidad, pero en sus fundos son todo terquedad y seriedad. Quizás si sería así también con los inquilinos. Seguro que no sabría darse a querer de ellos, porque duró poco . Al tiempo después supe que lo habían salido a asaltar en el camino de Molina al fundo, y que le habían dado muerte.

También a este mismo señor don Benjamín Ulloa le había antes arreglado una moto marca Indian, en la cual había hecho una excursión a Buenos Aires, a la Argentina, en compañía de su hermano don Máximo Ulloa, que lo llevaba en el carrito al lado, o sea: un *sidecar*. En ese viaje solo pudieron llegar a Buenos Aires, y con la máquina hecha una calamidad de vuelta. La trajeron por ferrocarril. La recibió la casa importadora de la moto Indian, que estaba en Valparaíso. Ella se hizo cargo de la máquina para hacerle las reparaciones gratuitamente, por la hazaña que había hecho la máquina que ellos importaban. Ellos consideraron el viaje un réclame para la marca Indian. Le hicieron todos los arreglos, pero no la dejaron tan buena como debía haber quedado, ya que se trataba de la cosa completamente técnica de la máquina; el motor andaba mal después y no valía la pena llevarla otra vez a Valparaíso para que la revisaran de nuevo. Por eso, un día me dijo él si yo le podía revisar la moto, porque le andaba mal. Yo le dije que no conocía el mecanismo de las motos, pero si me traía el catálogo para estudiarlo un poco primero y poder orientarme sobre su mecánica y después me traía la moto, le dije yo. Y así fue: primero me trajo el catálogo y a los tres días me trajo la moto. Y me puse a desarmarla completa, pieza por pieza. Después de lavar bien

todas las piezas con parafina, le hice un examen minucioso y general a todas las piezas de la máquina. El único repuesto que le pedí fue un juego de anillos, que los consideré malos, y me puse a armar con toda prolijidad. Como a los cuatro días la terminé y salimos a probarla con el carrito al lado. Ahí en ese carrito me senté yo, y en un momento recorrimos medio Santiago; por Vicuña Mackenna corrimos a más de 100 por hora, quedando él bien contento, "ahora sí que quedó buena", me decía. Esto fue lo que lo entusiasmó a él para querer hacerme su socio, pero que fracasó por causa de las piezas chicas.

XXIII

Don Alfredo Ulloa – cuesta de Lima – don Máximo Ulloa – viaje a Santiago – noche sobre las aguas – triste y solo – las alegrías se van

En esos tiempos también el hermano de don Benjamín –porque eran tres los hermanos Ulloa–, don Alfredo Ulloa, me pidió un día si yo podría ir a arreglarle su auto Singer, que tenía descompuesto allá en su fundo, más abajo de Santa Cruz, pasada la cuesta de la Alajuela. Ese fundo lo tenía en sociedad con don Máximo, su hermano. Fui yo un día a arreglarle el auto Singer. Nos fuimos de aquí en tren con el chofer de don Máximo, que era de allá. Los tres días que estuve en el fundo lo pasé muy bien: paseamos de a caballo con el chofer de don Máximo, y el segundo día antes de las doce terminé el trabajo del auto Singer de don Alfredo. En la tarde, después de almuerzo, salimos a probarlo los dos con don Alfredo y vinimos a Santa Cruz, y para esto teníamos que atravesar la cuesta de la Alajuela, que es un poco brava. Llegamos a Santa Cruz muy bien a la casa de un caballero amigo de don Alfredo. Este caballero tenía un auto nuevo y el chofer que tenía también era nuevo, y nos contaban que un día habían salido los dos solos con el chofer en el auto, y como tuvieron que pasar una cuesta y en la bajada el auto se le arranca al chofer cerro abajo, le aplicó todos los frenos, pero todo fue inútil, el auto se le fue velozmente para abajo. Entonces le dijo al patrón lleno de angustia: "¡Estamos perdidos, patrón!". Ya no les quedaba más esperanza de salvación que guiar lo mejor que podía en las curvas. La gran suerte fue también de no encontrarse con ningún otro vehículo en toda la bajada, porque de lo contrario el resultado habría sido catastrófico. El susto que se llevaron fue el caballuno.

Entonces el caballero, aprovechando la ocasión, me pidió si yo podía darle una lección a su chofer sobre la manera de bajar una cuesta sin que el auto se le arranque cerro abajo. "Cómo no, señor", le dije yo, "¿y a dónde podemos ir?". "¡Aquí cerquita hay una cuesta!", me dijo. Entonces llenó el auto de gente y partimos para la cuesta. Yo iba manejando el auto, que era nuevo. La cuesta era chica pero bien paradita, se llamaba la Cuesta de Lima. Llegué y comencé a subir. Por este lado era suave, pero la bajada para el otro lado era bien pendiente, de modo que apenas di cima a la cuesta y comencé a bajar, le corté el contacto al motor y lo enganché en primera velocidad y lo fui sosteniendo con el embrague, y en la parte más pendiente de la bajada le apliqué el freno de pie y paré el auto en toda la pendiente de la bajada sin tocar para nada el freno de mano, a pesar de lo pesado que iba el auto. Ellos se quedaron admirados; el chofer iba a mi lado para ver las maniobras que yo iba a hacer en la cuesta. Después, de regreso, le entregué el auto al chofer para que lo llevara para la casa. De ahí nos fuimos altiro nosotros en el auto Singer para el fundo antes que se nos oscureciera, porque teníamos que pasar la cuesta de la Alajuela cuanto antes porque era muy grande y peligrosa. Esa tarde, cuando íbamos bajando para el otro lado, encontramos un breque, de esos tirados con caballos, que se había desbarrancado en una curva del camino y estaba atajado en unas matas de boldo. El día siguiente apenas almorzamos, partimos en el auto de don Máximo –un Dodge turismo que tenía– los tres: don Máximo, su chofer y yo, en viaje de regreso a Santiago. Don Máximo manejó el auto todo el camino. Viajamos sin novedad hasta el río Angostura, que queda más acá de Rancagua. Ese río había que pasarlo en ese tiempo tres veces: para allá, para acá y para allá, hasta salir al camino firme otra vez. En el paso del medio casi quedamos pegados, porque en ese paso era muy correntoso el río, por lo tanto había hecho cataratas en el fondo. Las ruedas del auto, al caer en esos hoyos, no podían salir, así es que tuvimos que batallar con energía para poder salir, pero en el tercer paso, o sea, en el último, ahí sí que quedamos pegados. Don Máximo había pasado muchas veces ese río, pero en el día, y nunca había pasado a esa hora de la noche, que eran como las once y media. Con los calores del sol en el día se derretían las nieves en la cordillera, y por consiguiente bajaba más agua, lo que hacía aumentar el caudal a los ríos en la noche. Y fue así que don Máximo llegó confiado, como tenía costumbre, y se metió resueltamente al agua, alcanzando a avanzar solo hasta el medio. Ahí se ahogó el motor y se paró porque lo tapó el agua, ya que estaba muy

hondo ese paso y era más ancho y el agua pasaba mansita, o sea que no tenía corriente como los otros pasos. De los tapabarros delanteros se veían los lomitos no más sobre las aguas y el agua pasaba por el piso del auto. Nosotros tuvimos que cobijarnos sobre los cojines, para no mojarnos. ¿Qué hacer a esta hora en medio del agua y con una noche completamente oscura en una isla tan sola? Las casas estaban demasiado lejos, ¿a quién pedirle auxilio? Y corría un viento que casi nos volaba del auto, porque veníamos con capota abajo, así que cuando vimos que ya no teníamos remedio, nos pusimos a levantar la capota desde adentro del auto entre los tres; enseguida le pusimos todas las cortinas y nos acurrucamos sobre los cojines, porque el agua pasaba por el piso del auto, resignados ya a esperar la mañana, a ver si alguien nos quisiera sacar del agua. Fue imposible poder dormir algo sobre el agua; las horas se nos hicieron siglos hasta las 6 de la mañana, en que apareció un jinete por la orilla del río, y desde afuera del agua nos pregunta en voz alta: "¿Lo sacamos, patrón?". "Ya pues, hombre, sácanos", le contestó don Máximo. "Espéreme cinco minutos, voy a buscar otro caballo", dijo el hombre y partió al galope. A los cinco minutos estaba de vuelta con otro caballo y otro hombre, y se meten al agua; uno de ellos se deja caer al agua y amarra del parachoque un cordel grueso y la otra punta a la cincha de los caballos, en seguida le dan la tirada y lo sacan volando del agua. Ya una vez en lo seco, nos pudimos bajar nosotros del auto y estirar las piernas, que las teníamos tantas horas encogidas. Les preguntó don Máximo a los hombres: "¿Cuánto les debo?". "¡Quince pesos, patrón!", fue la respuesta de los hombres. Después el motor no quiso andar, se le había pasado de agua la bobina del magneto, y no producía corriente o chispa. Entonces don Máximo, en vista de la imposibilidad de hacer funcionar el magneto, me mandó en el tren a Santiago a la Casa Besa, para que le prestaran un magneto, porque esta casa era la importadora de ese auto. Lo mandaba pedir a su nombre con su tarjeta ya que era conocido en la casa. Por suerte los empleados, previa consulta al gerente, le mandaron un magneto. Yo llegué con él allá como a las 4 de la tarde, apenas lo pusimos partió altiro el auto y salimos pegando de inmediato otra vez para Santiago, y llegamos aquí como a las 6 y media de la tarde.

Yo llegué de lleno a reintegrarme a mis labores, obligaciones y trabajos, que he seguido con tesón, sin desmayar, hasta hoy día, y lo seguiré hasta que Dios quiera.

Todos esos paseos y actividades mías han quedado muy atrás, 30 años y aun más han pasado de todas estas cosas que hice y me sucedieron

en otros tiempos. Todo esto se ha terminado para mí; dejé de manejar autos hace muchos años; ahora no tengo carnet al día para manejar; mi vida se ha reducido mucho. Hoy día vivo como en un claustro. A mi compañera me la llevó el Señor y me dejó solo. Como trabajo en el taller que tengo en mi casa, no tengo para qué salir a la calle. Mis salidas solo se limitan a la Iglesia y de la Iglesia a la casa. El día domingo voy dos veces al día a los Sacramentinos a hacer mis horas de adoración al Santísimo Sacramento. Hoy día vivo solo de recuerdos. Cuando no tengo trabajo, me encierro en mi pieza, solo y triste, no teniendo con quién conversar y reír para desechar penas; me las tengo que absorber yo solito. Para ocupar el tiempo, me pongo a escribir; para correr las penas, canto o toco música. Ha llegado para mí el tiempo de las meditaciones. Pienso y recuerdo constantemente a mi negra, que se fue y me dejó solo.

Pienso mucho en la muerte, me miro yo mismo y me encuentro en estado y tiempo sobrado para jubilar de mi trabajo. Son 50 años trabajando sin interrupción. Pero no tengo quién me jubile. Tengo que seguir trabajando para poder subsistir yo y mis hijos que todavía estudian, y por ellos pido a Dios me dé fuerzas y salud para poder seguir trabajando hasta el día en que mi Dios se digne jubilarme con la muerte, sacándome de este destierro, desatándome de las ataduras a este cuerpo de barro, y así poder volar libremente hasta el paraíso celestial donde estará mi negra esperándome.

Ya las alegrías que el mundo brinda son hoy día para mí como si no existiesen. Veo ahora con mucha claridad los errores del mundo y la justicia de Dios. Bajo este pensamiento vivo hoy día. Un día en que estuvimos con mi patrón un rato detenidos con el auto en el centro, Ahumada y Huérfanos, veía con tanta claridad el afán de las gentes por la apariencia, la presentación, el empeño por agradar al mundo presente y nada para Dios. Tanto lujo, tanta fantasía, tanta compostura del cuerpo, tanto adorno, tanta pituquería, tanta vanidad, y todo esto pensaba yo, desagrada a Dios.

Otro día había estado yo casi todo el día en mi pieza, en estudios y meditaciones de nuestra santa religión, y en la tarde como a las 4 me llamó el patrón y me dice: "¡Prepare el auto, que vamos a salir!". "Bien, señor", le dije yo, y salí a la calle por la puerta principal de la casa y me dirigí a la cochera, pero apenas salgo a la calle me siento completamente distinto; veía el mundo tan ordinario, de tanta bajeza, que no sé cómo explicar. Así como cuando uno sale de una fiesta muy agradable donde uno ha gozado y lo ha pasado muy bien, y luego sale a la calle en la

noche, qué distinto se encuentra uno, con la calle tan fría, tan ordinaria, tan llena de tropiezos y sufrimientos; entonces uno dice: "Tan bien que estábamos en la casa de la fiesta". Así pensé yo entonces: tan bien que estaba con mi Dios en mi pieza, y me parecía que al salir a la calle todo lo que había acumulado en mí de conocimientos y gracia en compañía con mi Dios, se me esparramaban en la calle.

Hoy día no hago nada sino pensar primero si no desagradaré a Dios con lo que voy a hacer.

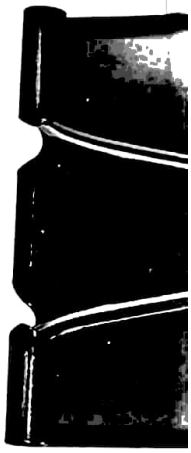
Pero le pido salud y fuerzas para seguir trabajando, no para mí, sino para mis hijos que todavía no trabajan, porque quiero cumplir con este destino y obligación que Dios me dio en esta tierra hasta el fin de mis días, o hasta que mi Dios quiera. Todos mis trabajos, mis sufrimientos, mis penas, mis soledades, mis enfermedades, mis necesidades y todo lo que me sea contrario lo ofrezco siempre a Dios, ya para la conversión de los pobres pecadores, ya por mis familiares.

En esos tiempos yo asistía los domingos terceros de cada mes a las misas de 7 y 8 en los Sacramentinos; de ahí me trasladaba a San Francisco a la misa de 9, que era la misa de nosotros los terceros. Ahí comulgaba y nos daban desayuno. De ahí me devolvía a mi casa como a las 10 y media, y le preguntaba a mi negrita si había ido a Misa. Me contestaba que no había podido ir. Ahí partía yo a Santo Tomás a oír la misa de 11 por ella. Ese día oía cuatro misas. Otros domingos, después de oír las dos misas en los Sacramentinos, me iba a ver a mi hermana Petronila, y de pasadita pasaba a oír la misa de 9 en la Iglesia de San Juan Evangelista, que está en la calle Lira con Santa Victoria; la oía por mi hermana Petronila. En las tardes, todos los domingos, iba a hacer mis horas de adoración al Santísimo Sacramento en la Iglesia de los Padres Sacramentinos; hacía dos horas, de dos a cuatro; los días terceros hacía cuatro horas. Así es que los días domingo pasaba la mayor parte del día en las iglesias. Las procesiones me encantaban, apenas sabía donde iba a haber una procesión, allá estaba yo presente, no me importaba la hora ni la distancia. Una vez asistí a una procesión que salió a las 6 de la mañana de la Iglesia de San Ramón en Los Leones, allá estaba yo presente a esa hora. En la Iglesia que se fuera a decir una Hora Santa, allá estaba yo. En la consagración de los hombres al Sagrado Corazón, que se hace todos los años en la Catedral, allá estaba yo presente cantando los cánticos con todo fervor. Pero todas estas actividades religiosas de mi parte se han ido extinguendo, por la misma causa de la vejez, que lo inutiliza casi por completo al hombre, y las pequeñas enfermedades

que lo acosan de vez en cuando. Por otra parte, la economía; como tuve que abandonar todos los trabajos principales por mi incapacidad, inmediatamente se notó la falta de capital para la locomoción y todo gasto esencial. Ahora oigo una sola misa aquí en mi Parroquia a las 9 de la mañana el día domingo. Sólo visitas le he podido hacer al Santísimo Sacramento allá en los Sacramentinos. Ya no puedo más, los años me aplastan mucho; tantos años trabajando y siempre en trabajos pesados, desde mi niñez; por eso es que mis huesos están ya aflojando, ya no me quieren acompañar más. Pero aun así, siempre le sigo haciendo empeño aunque sea a la rastrita, hasta que Dios me jubile. Pero le doy gracias porque me ha conservado la salud hasta estas alturas, que ya voy para los 84 abriles. Hace ya más de 20 años que dejé la mecánica y todo trabajo pesado. El trabajo del automóvil es trabajo para gente joven y ágil. Yo no pude aguantar más. 65 años trabajando en este ramo, tuve que devolver la patente a la Municipalidad; ya se la había pagado 56 años. Ahora solo hago cojincitos de micro y cobro 5 pesos por cada uno y hago tres ó cuatro al mes. No puedo hacer cojines grandes porque no puedo hacer fuerzas, por mis dos hernias, que me duelen; junto con la debilidad de mis piernas, que ya no quieren sostener más mi cuerpo viejo. Por otra parte, mi soledad; ya nadie me habla o cuenta algo; será también porque me he puesto un poco tardo de oídos, esto debido a mi edad. Estoy como abandonado, pero no por eso paso triste; mi corazón está siempre contento porque yo amo a Dios, y Dios me da alegría, que yo no puedo desechar, porque me viene del espíritu.

Parte II
Vida y muerte de Laura Vergara Ugarte (1892-1950)

Pequeño prólogo



Hay seres en esta vida que solo tienen por divisa a Dios y su Justicia.

Uno de estos seres era Laura Vergara.

Desde su niñez tuvo el mayor cuidado en guardar todos esos preceptos y de cumplir fielmente todas sus obligaciones con la mayor exactitud posible, aunque le costara grandes sacrificios. Jamás se acobardó en el cumplimiento de su deber. En todos sus estados hizo resaltar su buena voluntad y su altivez para el trabajo: como hija, como empleada, como esposa, como madre, como dueña de casa. En todos sus estados se desempeñó admirablemente, no habiendo para ella nada más que palabras de elogio de todos los que la conocieron.

Laura nunca fue una belleza, pero su carácter, su tez morena, las virtudes que adornaban todo su ser y su gran corazón, la hacían agradable. Irradiaba, por decirlo así, las bondades del espíritu que habitaba en ella.

Socorría a los pobres material y espiritualmente en sus casas, especialmente a los enfermos. También visitaba a los enfermos en los hospitales y a los presos en la cárcel. A todos los socorría, a medida de sus haberes, haciendo un apostolado completo dentro de sus posibilidades como socia de la Acción Católica, a pesar de sus múltiples enfermedades, que la fueron agobiando cada día más, hasta hacerla sucumbir en la tumba, cayendo como el soldado en el campo de batalla, cuando su trabajo era más arduo, no rindiéndose sino únicamente a la muerte.

Su vida se puede resumir en estas palabras: "Pasó por la tierra haciendo el bien y cumpliendo con su deber".

I

Su nacimiento – su infancia – muerte de su padre – trabajo de su madre – en las monjas

Nació el 15 de diciembre del año 1892 en una aldea llamada El Peral, en los alrededores del pueblecito de Puente Alto, distante como 10 kilómetros al sur oriente de la capital.

Sus padres eran pobres. Él se llamaba Manuel Jesús Vergara y ella Juana Ugarte. Él trabajaba en productos de chacarería, que transportaba en carretas a la Vega Central de Santiago.

Después de un tiempo se cambiaron a vivir a Santiago. Entonces él se dedicó a trabajar en la Vega únicamente. Laura ya tenía como 5 años y era la regalona de su padre. Todos los días él les llevaba de la Vega sacos llenos de cosas para la mantención de sus hijos, porque a él le gustaba que sus niños tuvieran abundante alimentación. Laura, como hija predilecta, también era la preferida en todo lo que él llevaba.

Los demás hermanos eran cuatro hombres, y con Laura eran cinco. Ella, por ser la única mujer, tenía por cierto predilección en el corazón de su padre. Él quería hacer de su hija una profesional, pero como el hombre propone y Dios dispone, he ahí que apenas Laura había principiado a cursar el 4º año de preparatoria, Dios lo llamó para la otra vida.

Y fue así: él tenía por devoción todos los años ayudar a cargar las andas en la procesión del Santo Sepulcro, que todos los años se lleva a efecto en Santiago. Y él iba cargando, cuando de improviso apareció con sus cómplices el renegado "Pope Julio", al que todo el mundo lo conocía, y como tiraron unas piedras a la anda que cargaba Manuel Jesús, a él le dio un susto tan grande que de la impresión que le dio se le descompuso la sangre, le vinieron escalofríos y no se pudo mantener más tiempo en la procesión, y sintiéndose mal, se tuvo que ir para la casa y echarse a la cama. Después le vino una fiebre tan alta que le brotó la peste, y de esto murió.

Con la muerte de su padre todo se acabó para Laura. Se acabaron los estudios, se acabó la abundante comida, se acabó la regalía. Ahí principió el sufrimiento para ella. Lloró por largo tiempo a su padre, sin admitir consuelo. Cada vez que sentía hambre se acordaba de los sacos llenos de

cosas que él llevaba, se echaba a la cama y se ponía a llorar casi todo el día. Esto pasaba en el año 1905; Laura tenía entonces 13 años.

Su madre tuvo entonces que trabajar para poder mantener a sus hijos. Para esto consiguió instalarse en la Vega con un pequeño restaurant y se hacía ayudar por Laura. Y así pasó el tiempo, hasta que los niños crecieron y comenzaron a trabajar y fueron capaces de mantener la casa. Entonces la señora Juana arrendó una casita por la calle Bellavista al llegar al Río Mapocho, un barrio muy apartado y muy peligroso. En ese tiempo Laura tenía poco más de 15 años.

Pero luego los hijos fueron entrando en los vicios y no le daban lo suficiente a la señora Juana. Entonces Laura tuvo que salir a trabajar afuera para ayudar a su madre. Trabajó en una lavandería o camisería, pero ganaba muy poco y al mismo tiempo sus hermanos la hacían sufrir mucho. La trataban mal cuando llegaban ebrios. Le empeñaban los vestidos y ella tenía que sacarlos con su dinero. Le pedían plata prestada y no se la devolvían. Un día culminó el sufrimiento de ella por causa de sus hermanos. La señora, indignada por sus vicios y maldades, le iba a dar de palos a uno de ellos, pero anduvo con mala puntería, pues ella que descarga el palo a uno y da sobre la cabeza de Laura, rompiéndosela, que la hizo perder sangre. Entonces ella no quiso estar más en la casa y fue e hizo diligencias con su madrina, que la ayudó, y se entró voluntariamente a un convento de monjas, para así verse libre de sus hermanos.

El trabajo en las monjas era muy arduo, se trataba de hacer aseo, hacer muchas camas y servir a la mesa, pues era internado de niñas ricas. Todas las monjas eran profesoras.

Ahí Laura aprendió a trabajar de "empleada". Pero el sueldo que ganaba ahí era muy poco, apenas le alcanzaba para vestirse ella sola. Al cabo de tres años se salió para emplearse en casas particulares y así poder ganar más y poder ayudar mejor a su querida madre, que muchas necesidades estaba pasando.

II

Sus empleos – sus peligros – lo dejó esperando – un pretendiente falso

Pero he aquí que también principió para Laura un nuevo peligro y un nuevo vía crucis, y al mismo tiempo más peligroso para ella. Ya se acercaba a los 20 años de edad. Y como tenía bonito cuerpo, muchos hombres la

pretendían con malas intenciones. Pero ella no les tenía miedo, porque sabía que Dios la protegería, como buena católica que era.

En una casa donde estuvo empleada, había dos caballeros jóvenes que molestaban mucho a Laura con sus pretensiones y frescuras. Hacían apuestas entre ellos sobre quién haría caer primero a Laura. Una noche tanto molestó uno de ellos a Laura con sus exigencias, que ella le dijo que bueno, y que la fuera a esperar, a las 2 de la mañana, en el baño de las empleadas. Mientras tanto ella se fue a dormir tranquilamente, trancando bien su puerta, sin preocuparse más de él. El otro estuvo hasta las 4 de la mañana esperándola en el baño. Casi se empaló de frío, pero Laura no llegó nunca.

Así se reía ella de los falsos pretendientes, aunque le ofrecieran oro y plata. Al día siguiente le decía uno al otro, con voz un poco fuerte con la intención de que Laura los oyera: "Quién puede nada con ésta, si es más beata que la misma patrona". Como veían que no tenía padre, todos querían abusar de ella, pero se estrellaron como contra una roca. Ella no le vendía pan a nadie. Todos los hombres que le tendían lazos, quedaban burlados.

Un pretendiente que le había dado palabra de casamiento y que hacía tiempo que andaba tras de ella y que ella no lo quería mucho por lo fresco que era, un día la convidó con mucha insistencia a la casa de una amiga de él, porque estaba de fiesta. Laura no quería ir, pero a tanta insistencia, por fin aceptó ir. En casa de la amiga la estaba esperando él. Y la recibieron muy contentos; la hicieron pasar a una pieza donde entraron también él y la amiga, o sea, la dueña de casa. Se sirvieron una copa de licor cada uno y luego salió la amiga de la pieza y cerró la puerta, quedando los dos solos. Inmediatamente comenzó él a molestar a Laura, y ahora con más atrevimiento, exigiéndole le diera una prueba de amor. Pero ella, al notar sus intenciones, lo rechazó. Él quiere tomarla por la fuerza, pero ella se resiste enérgicamente. Entonces él se lanza sobre ella tomándola por la fuerza. Se formó una lucha cuerpo a cuerpo. Ella como mujer llevaba la peor parte, pero como su contextura era fuerte, se defendió como una leona. En este angustioso trance en que ella se encontraba logró por fin deshacerse del malvado y librarse de sus manos, y con la rapidez del rayo ganó la puerta y salió afuera...

Laura había defendido su honor y su pureza, que debía conservar hasta que Dios la llamara a abrazar el santo matrimonio, que en pocos años más debía de contraer conmigo. Ningún hombre pudo nada contra

ella. Era pues un plan urdido que habían preparado entre él y la mujer de la casa, para perder a Laura.

Tiempo después, cuando Laura ya era madre de dos niños, se encontró con él en una calle del barrio. Apenas la vio, se echó el sombrero a los ojos y agachó la cabeza, y pasó al lado de ella todo avergonzado, como dando a entender con su actitud que nunca la había conocido. Era pues un falso pretendiente, como hay muchos por todas partes, por desgracia.

III

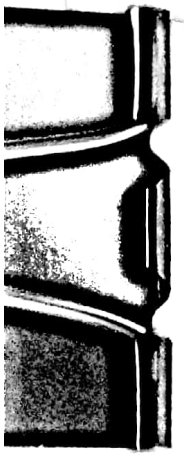
Su mala patrona – su evasión – yo la vi por primera vez

Por muchos peligros más pasó Laura en su vida de soltera. Una patrona con quien estuvo empleada la llevó en los meses de verano para un fundo que ella tenía en los alrededores del pueblo de El Monte, y como Laura estaba muy descontenta con la patrona porque la hacía mucho sufrir, formó un día un plan de evasión, y como lo pensó lo hizo. Había en las casas del fundo un hombre ya viejo, empleado, y que conocía muy bien también a la patrona y lo mala que era. Y a él se le apersonó un día Laura y le contó todo lo que le pasaba, y que quería irse para Santiago. Entonces él le dijo que a escondidas de la patrona la podía ir a dejar hasta un lugar donde ella pudiera tomar locomoción para Santiago, quedando de acuerdo de partir a las 4 de la mañana. Y así como pensaron lo hicieron. El viejo se procuró durante la noche un caballo a escondidas de todos y quedó de esperarla a las 4 en punto en una puerta chica que daba al camino por un lado de las casas. Y a esa hora sale Laura y monta al anca del caballo que montaba el viejo. Y partieron silenciosamente. El viejo, después de andar un largo camino, atravesó el río con ella y la llevó hasta la Estación más cercana, para que tomara el tren de la mañana, que venía de San Antonio. El viejo la dejó en la Estación y se devolvió. Ella tuvo que esperar que pasara el tren más de tres horas. Por fin llegó y ella pudo tomar pasaje para Santiago, llegando a su casa sin ninguna novedad, solo con la consiguiente sorpresa de su querida madre al verla llegar tan temprano, siendo que estaba tan lejos. Entonces ella le contó todo lo ocurrido.

En pocos días más se ocupó en otra casa, de una familia que vivía en la calle Merced, donde yo la vi por primera vez. La familia ésa era amiga o pariente con mis patrones.

Mi patrón era doctor y un día en la mañana, como a las 11, lo llamaron por teléfono para que fuera a ver al caballero, o sea, al patrón de Laura, que estaba muy enfermo. Y fuimos en el auto los dos con el doctor. Y como el caballero estaba muy grave, el doctor se quedó con él hasta más tarde, y como llegara la hora de almuerzo, la familia lo convidó a almorzar. Yo, en esos instantes estaba en el auto, en la calle, cuando de repente se abre la puerta de la casa y sale Laura a comprar al almacén de la esquina. Yo me quedé mirándola, porque me agradó su porte, su modo de andar, su modo de vestir, decente, pero con sencillez. Me llamó la atención su blusa de tipo chinesco, de una pieza, al parecer, que siempre recordaría yo después.

Luego volvió, y como notara que yo la miraba, se puso seria y entró sin mirarme. Momentos después salió otra empleada a llamarme para que entrara a almorzar. Entré, y en un recodo del pasillo, antes de llegar a la cocina, me tenían una mesita chica con mantelito blanco. Y ahí me sirvieron el almuerzo, que le tocó servirme a Laura, pero tan seria como la había visto en la calle. Ni yo ni ella podíamos imaginarnos que más tarde nos íbamos a unir para toda la vida. Pues era la primera vez que Laura me servía el almuerzo.



Poco tiempo después moría el caballero y la casa se deshizo. Laura quedó desocupada y tuvo que irse para la casa de su madre mientras encontraba otra ocupación.

Esto pasaba en el mes de enero de 1914.

Entonces mi patrona habló a Laura, como ya la conocía en esa casa, para que se ocupara con ella después, de vuelta del veraneo, prometiéndoselo Laura.

IV

Conocerla y enamorarme de ella – sus negativas – petición a Dios – nuestro destino – la siembra – su promesa

Al cabo de dos meses de vacaciones o veraneo regresaron otra vez mis patrones. Entonces me mandó mi patrona a la casa de Laura, diciéndome: "Vaya a esta dirección", y me dio una tarjeta con el apunte: "Decirle a Laura Vergara que venga, que ya llegamos". Partí yo a la dirección indicada, llegué y golpié la puerta. Salió la madre de Laura y le di el recado. En ese instante Laura estaba en su pieza, y al oír lo que yo le dije a la señora, inmediatamente comenzó a prepararse. Yo en ese momento

no vi a Laura, por lo tanto no podía saber quién era esa Laura Vergara. Mientras tanto, la señora me había convidado a que pasara al patio de la casa y que daba al río. Conversando con la señora pasó como media hora. Le pregunté entonces a la señora si la niña no iba a ir, y me contestó ella: "Hace rato ya que se fue". Me despedí de ella y partí. Me vine pensando: "Podíamos habernos venido juntos, siendo que los dos íbamos para la misma casa". Es que Laura cuidaba su honor y su buen nombre, no andando con ningún hombre desconocido por la calle. Otra mujer cualquiera no habría reparado en ello. Laura era delicada, por eso cuidaba mucho de su persona.

Cuando yo llegué, ya ella había llegado a la casa, y cuando la vi, conocí que era la misma que había visto en la casa del caballero enfermo, y que a mí me había quedado gustando. Un caballero pariente de mi patrona le había dicho antes a Laura: "¡Ándate no más a la casa de la Emita, allá vas a encontrar con quien casarte!". Y en realidad resultó como el caballero le dijo. Y así parece que nuestro destino ya estaba escrito desde nuestras cunas.

Dios permitió que yo perdiera todas las cosechas en ese último año que sembré. Allá en mis tierras natales del sur, a 150 kilómetros de Santiago. Y no queriendo sembrar más, por lo que me había pasado, o sea, la pérdida que había tenido, me vine a Santiago. Y también Laura, que sus padres debían traerla a Santiago desde su tierra natal. Y de donde, con el tiempo, debía llegar a trabajar en la misma casa donde yo estaba. Yo vi la mano de Dios en todo esto, porque todas las cosas se nos hicieran con tanta facilidad.

Y así, a medida que la fui conociendo, y conociendo sus virtudes, me fue gustando más y más. Hasta que a los pocos meses me sentía completamente enamorado de ella. Pero ella no quería nada conmigo.

¡No me quería!

Y por ese motivo pasábamos siempre en porfías. Yo le decía que tenía que ser mi esposa. Ella me contestaba que no. Y yo insistía, y le decía: "¡Sí, sí, sí!". Y ella me contestaba: "No y no y no". En estas porfías pasábamos en lo más de los días. En esos meses ya se acercaba otra vez el tiempo de vacaciones, ya estábamos en el mes de diciembre. Y como hasta esa fecha yo no había podido romper ese dique que ella me había puesto a mí por delante para que yo conquistara su mano; como era tanto lo que la quería, que no quería ni pensar que no me casaría con ella, ¡si cuando se ponía seria, mostrándose enojada conmigo, era cuando

yo más la quería!, ¡si me gustaban todos sus modales, a todo lo que ella hacía le encontraba gracia, si para mí era la mujer perfecta!

Reunía todas las condiciones para una buena esposa y una buena dueña de casa. Era la mujer de mis ensueños y era tan católica como yo. Su seriedad, su inteligencia, su franqueza, su conversación, su sonrisa, su cuerpo, su andar... Era enemiga de los embustes, de la charlatanería y de la coquetería y de muchos defectos que son propios de muchas mujeres. Su voz, que para mí era como una música celestial, sobre todo cuando me llamaba por mi nombre. Y era así: cuando me llamaba en las noches a comer, yo estaba en mi pieza al terminar el pasillo, y cuando ya se acercaba la hora en que me tenía que llamar a comer, yo me estaba atento escuchándola. Luego la sentía que venía por el pasillo, y faltando unos cinco metros de mi puerta, me llamaba: "¡Benitoo!". Y yo me regocijaba de gusto al oír su voz, y me le hacía el sordo. Y nuevamente me llamaba. Y no se iba hasta que yo le contestaba. Y entonces le contestaba yo diciéndole: "Ya voy, mi'hijita". Entonces se iba. Igual cosa pasaba en el almuerzo; a esa hora yo estaba en la cochera, limpiando el auto. La cochera quedaba al frente de una puerta chica de la casa. Ella salía a la puerta y, calle por medio, me llamaba "¡Benitoo!". Y yo me le hacía el sordo, y la miraba por el vidrio trasero del auto. Lo que yo quería era que atravesara la calle y llegara a la puerta de la cochera, y cuando llegaba a la puerta y me llamaba nuevamente, entonces salía yo de mi escondite y me paraba en la puerta para mirarla hasta que entraba. Pero todo esto para mí no era nada, solo servía para que mi cariño se agrandara. Mas, lo que yo quería era que ella cambiara el no por el sí, que yo no podía conseguir.

Entonces me acordé de pedirle a Dios diera vuelta su corazón, y como lo pensé, lo hice. Y todas las noches, en mis oraciones, le pedía a Dios diciéndole: "Señor, dame esta mujer por esposa. Señor, dame esta mujer por esposa". Y así le pedía al Señor hasta que, al cabo de dos meses, recibí el tanto tiempo esperado sí.

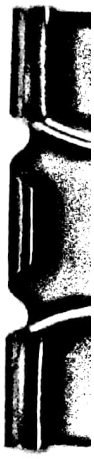
Día dichoso para mí, pero no me lo dijo de palabra, sino por escrito, desde lejanas tierras, y fue así: el día 1 de febrero de 1915 se fueron otra vez mis patrones a veranear y se llevaron a Laura, y yo me quedé solo otra vez cuidando la casa. Al partir le dije: "¡Escríbame!". Ella me contesto que sí, que me iba a escribir. Pasaron como 15 días de angustia para mí. Al cabo de los cuales, ¡zas!, llegó la tan ansiada carta de ella. Si yo he tenido un día feliz en mi vida, fue ése, pues no cabía en mí de felicidad. Me parecía que había nacido de nuevo. La leí unas diez veces

esa misma tarde. En la noche casi no dormí. Me decía en la carta que sí, que me aceptaba, pero que debía reflexionar sobre el paso que iba a dar. Ella había resuelto corresponderme tal vez después de un día que me vio comulgar en la Iglesia de los Padres Capuchinos, ya que ella también había ido a comulgar ese día. Ella me dijo después que le había dado tanto gusto al verme comulgar. Dios había roto ese día el dique que ella me había puesto por delante.

Por eso yo la quise tanto toda la vida, porque contemplaba en ella un regalo de Dios.

V

Contrato matrimonial – consejo de mi patrón – petición de Laura – tiempo de zozobras – fijación plazo de bodas



Como fueron tantas las cartas que nos mandamos después, toda la servidumbre de la gran casa en Constitución, donde se reunían todas las familias parientes de nuestros patrones, se dieron cuenta de nuestro noviazgo. Y a los pocos días de haber llegado mis patrones, me llamó el patrón para aconsejarme sobre el matrimonio. Las dificultades que tenían los hijos, la alimentación, etc. Yo le contesté que ya todo lo tenía pensado. Entonces me dijo: "Como yo no le puedo pagar más, lo voy a recomendar a un caballero que tiene un auto, y él le puede pagar más. Y así usted podrá mantener su casa".

La patrona también llamó a Laura y también la estuvo aconsejando sobre lo mismo. Y a los pocos días trajeron a otro empleado. Y, a petición del patrón, me quedé quince días más, para enseñar al nuevo empleado lo que había que hacer en el auto. Después me fui yo a tomar posesión del otro auto, que lo trabajé al arriendo.

Después pasaba dos veces por semana a ver a Laura, durante los siete meses que duró nuestro idilio, desde que ella me dio el sí. Nunca jamás la convidé para pasearme con ella por calles o plazas, porque no me gustaba a mí ni tampoco a ella. En mi casa todos estaban en contra mía. Mi madre, todas las noches, apenas yo llegaba y me echaba a la cama, se acercaba a mí y me comenzaba a aconsejar. Me decía que no me casara, que era muy joven y que tendría mucho que sufrir. Yo le contestaba que ésa era la voluntad de Dios. Mi padre no me dijo nunca lo contrario. Y cuando le dije que me iba a casar, lo único que me contestó fue que me

fijara bien con quién me iba a casar. Yo le contesté que ella era una niña muy buena y muy católica. Y él me dijo: "Usted sabrá".

Después fue con toda buena voluntad a dar el consentimiento por la curia y el civil. Laura le había dicho a su madre que si ella no quería, no se casaría. La señora le contestó: "¡Cásate no más, mañana yo me muero y vos quedarás sola en el mundo y así tendrás tu casa y tu marido, quien te cuidará!".

La patrona también llamó a la señora Juana y le estuvo diciendo que dejara no más casarse a Laura y que Benito era muy bueno y no tenía ningún vicio. Después fui yo a hablar con la señora Juana, que estaba en la pieza de Laura tocando la guitarra, a pedirle a Laura. Y ella me contestó que bueno, pero que Laura era enferma y muy corta de genio. Yo le contesté que ya nos conocíamos bien los dos.

A los pocos días después mandé hacer las argollas a un joyero conocido, que me las hizo del mejor oro. Y un día cualquiera llegué yo como de costumbre a verla. Y mientras estábamos sentados en un sofá, le tomé la mano derecha y le puse el anillo de compromiso en su dedo, y enseguida yo me puse el mío y se acabó la ceremonia. Ella quedó obligada como yo de usarlo constantemente. Pero ella, cuando iba a ver a su madre, se lo sacaba por allá, decía que le daba vergüenza, porque le podían hacer burla.

De aquí pasó un tiempo como de cuatro meses, hasta el día de las bodas, llenos de zozobras. Las inevitables habladurías que preceden a todo matrimonio; qué se le va a hacer. Que chismes, que calumnias, que cartas anónimas. Laura estuvo a punto de renunciar, porque se afligió en extremo por tanta y tanta mentira que se hablaba. Ella lloraba y se desesperaba. Pero yo la consolaba y le daba valor. Le decía: "Nosotros sabemos que no hay nada de verdad en todo lo que dicen; no tenemos por qué hacer caso o afligirnos, cada uno paga sus culpas".

Entonces acordamos hacer el matrimonio el 16 de septiembre de 1915.

VI

Bendición del matrimonio – soledad – pobreza – humildad – imitación de Sara

Llegó el día fijado para el matrimonio. Yo, ese día en la mañana, como a las 9, trasladé todas las cosas de Laura en una carretela a la nueva casita.

Y a continuación trasladé las mías, que estaban en la casa de mis padres, avisándoles en la casa a mis hermanas que esa tarde a las 8 se iba a bendecir mi matrimonio en la Iglesia de la Asunción, ¡por si alguna quería ir! ¡Porque, como todos estaban en contra de mi matrimonio...!

Por eso les avisé así, y así no fue ninguna. Solo mi padre, que fue con todo gusto a dar el consentimiento por la Iglesia y el Civil. Nadie más de mi familia.

Yo, una vez que reuní todas las cosas de los dos en la nueva casita, me puse a arreglar algunos mueblecitos que teníamos y hacer las camas, mientras Laura se había ido en la mañana temprano a la casa de su madre, a prepararse para irse a la Iglesia a las 8, porque a esa hora nos había citado el señor cura.

Pero, para mayor desgracia mía, el auto que tenía se me descompuso esa tarde y para la noche no tenía auto. Y tuve que hacer el matrimonio a pie. Nos reunimos seis personas en la Iglesia: los dos novios, los dos padrinos, la madre de Laura y una amiga de la señora Juana. Después de la bendición del matrimonio, salimos a la calle, y yo no atinaba qué hacer, pues había sido el matrimonio más humilde que yo había visto. Pues no tuvimos más compaña que dos personas, a pesar de tener tantos hermanos por ambos lados. Además de no tener compañía, tampoco teníamos dinero. Anduvimos a pie hasta la esquina de la plaza Italia. Nos detuvimos ahí, sin saber a dónde ir. Mi confusión era grande, pues no tenía en mi bolsillo nada más que $3. Por lo tanto, no podía pagar un coche, ni mucho menos una comida. Entonces me dijo el padrino, notando mi confusión: "¡Vamos a mi casa!". Yo, que estaba deseoso de encontrar una salida a mi desesperación, le contesté con entusiasmo: "¡Ya, vamos!".

Yo, que conocía a la señora del padrino y que ella me quería mucho, le acepté de inmediato la invitación. Mi gusto habría sido haberlos llevado en coche, pero mi capital no alcanzaba para tanto. Y a pesar mío tuve que invitarlos a subir al carro, que solo costaba 10 centavos por persona. Ahí sí que me alcanzó el dinero. Después de un largo recorrido en tranvía, llegamos por fin a la casa del padrino. La señora del padrino nos recibió muy contenta y muy cariñosa. Ligerito nos preparó un exquisito ponche, y una pequeña once-comida, sirviéndonos muy alegre. Y muy luego trajo una guitarra, y como la amiga de la señora Juana sabía tocar, nos cantó algunas canciones, y también la infaltable cueca, que la zapateamos con mi novia. Estuvimos como dos horas muy alegres hasta las 11 de la noche, hora en que nos retiramos.

La casa del padrino estaba en la calle Moneda Nº2835. Desde ahí nos fuimos de a pie hasta la calle Compañía, donde debíamos tomar nuevamente el carro que nos dejaba cerca de nuestras casas. Nosotros con Laura nos bajamos en la calle San Martín, porque en esa calle teníamos nuestra casita. En el mismo carro nos despedimos de nuestros acompañantes. Al despedirse, Laura y su madre se emocionaron y la señora se fue llorando en el carro.

Nosotros nos fuimos casi silenciosos durante el trayecto de más de cinco cuadras, que lo hicimos de a pie. Casi no conversamos en el camino. Yo, pensando en la pobreza de nuestro matrimonio. En mis hermanas y hermanos y que ninguno se aportó en el día más grande que tiene cada ser: cuando se casa. Que nos hayan mirado tan en menos y nos hayan tomado en tan poco y en tanto desprecio, yo sentía pena de todo esto. Por eso no llevaba ánimos de conversar, a pesar de estar ya unido para toda la vida con el ser más querido de mi corazón. Y que ya no sentía el temor de perderla.

Laura tampoco me conversaba, ella también iba pensando en su madre, que la había dejado sola, y que quizás tendría que sufrir con sus hijos viciosos. Y quizás qué cosas más pensaría ella, que iba tan silenciosa como yo. Por fin llegamos a nuestra casita, que estaba en la calle San Martín 985. En primer lugar, le mostré la casita, porque ella no la conocía, y que se componía de dos piezas, patio, cocina y servicio. Después de arreglar varias cosas más nos acostamos a dormir tranquilamente, como si nada hubiera pasado.

Seguimos viviendo así, como dos hermanitos, no haciendo vida marital sino hasta el tercer día, a imitación de Sara, la novia del joven Tobías, por insinuación del Arcángel San Rafael, que le dijo al joven: "Tobías, para que no les suceda mal alguno, deben pasar los tres primeros días en oración".

VII

Despertar angustioso – primer almuerzo – inteligencia y saber de ella

La mañana siguiente fue la más angustiosa para mí, pues no tenía dinero, ni qué darle de desayuno, ni en qué hacerlo. Fue el día más pobre de nuestra vida conyugal. A pesar mío tuve que decirle que se fuera a

tomar desayuno a la casa de su ex patrona, y yo me fui a sacar el auto para trabajar.

Todavía no sabía si ya estaría arreglado porque estaba descompuesto, motivo por el cual tuvimos que hacer el matrimonio a pie. Por suerte ya los maestros lo tenían listo. Lo saqué y salí a trabajar. Y esa mañana me fue bien, tuve suerte. Pues pude ganar hasta $30. A las 12 y media me fui para la casa, a ver qué era de ella. Apenas doy vuelta la esquina, la diviso que está paradita en la puerta, con su carita triste. Quizás si estaría pensando en lo mucho que iría a tener que sufrir, por haberse casado con un hombre tan pobre, y estaría tal vez arrepentida. Pero apenas sintió el ruido del auto salió de su letargo, levantando la vista y cuando me conoció, se puso contenta. Paré yo el auto frente a la puerta en que ella estaba, me bajé y la saludé con mi saludo característico que yo tenía para con ella, y era así: "¡Qui'ubo, chiquilla!", y ella me contestaba: "¡Qui'ubo, pues!". Luego me dijo: "No tengo nada que comer, como tampoco tengo en qué hacer". Yo le le contesté: "No se aflija, ya tendremos de todo". Saqué un billete de $ 10 de mi bolsillo y le pasé, diciéndole: "Vaya, en esa esquina hay un almacén, compre un tarro de salmón, una botella de vino, pan, cebolla, sal, etc.". Y fue ella, muy contenta. Lueguito volvió trayendo todo lo necesario. Y entre los dos preparamos una suculenta mesa que muy luego la devoramos alegremente. Después le pasé otros $10 para que comprara algunas cositas para la cocina. Luego me despedí de ella. Y partí otra vez a trabajar.

Por la noche, cuando llegué, me tenía una sabrosa cazuela de vaca, pues con los $10 había comprado una cocinita, una ollita, una teterita y todo lo necesario para hacer una cazuela. Y así, todos los días, le dejaba $10, aparte de los $4 que gastaba en la comida para los dos. Con este dinero fue comprando ella todo lo que necesitaba para la casa.

Laura fue muy económica, muy inteligente, todo lo sabía hacer. Fue para mí una buena colaboradora, ayudándome a economizar en todo. Ella distribuía también el poco dinero que yo le daba, que para todo le alcanzaba. Además, ella tenía su máquina de coser y hacía toda la ropa blanca para los dos. Y más tarde también hacía toda la ropa de vestir para los niños. Daba gusto verla cómo, de cualquier pedazo de género, descubría cómo hacer una prenda de vestir a un niño. Y en un dos por tres ya se la tenía hecha.

Laura fue una excelente dueña de casa, buena esposa, buena madre, buena nuera, buena cuñada, buena amiga, y buena con todo el mundo. Por eso que Dios, al ver su buena voluntad, la libró de los más grandes

enemigos del hombre en este mundo, y para esta alma privilegiada le tenía reservado Dios, para compañero en este mundo, no a un impío, sino a un varón justo y temeroso de Dios, como ella.

VIII

Presentación – la patrona – ejemplo de natalidad – mi hermana – su voluntad de oro–muy señora

Como al mes después de casados la llevé a presentarla a mi familia. Porque solo la conocían mi padre y un hermano. En mi casa fue muy bien recibida, a todos les pareció bien, hasta a unas visitas que había esa noche en la casa también les pareció muy bien.

Todos la quisieron, en especial mi padre que, al poco tiempo, se iba casi todos los domingos para nuestra casita a hacerle compañía cuando Laura quedaba sola con el niño no más. Y a él le gustaba mucho conversar con ella, y que Laura le hiciera ensaladas de cebolla con carne y tomaban sus copas de vino los dos.

En la noche, cuando yo llegaba, solo encontraba sobre la mesa un papelito que decía: "Vaya a buscarme a la casa de mi suegro. Laura". A mí no me quedaba más remedio que partir en el auto a buscarla; allá la encontraba feliz en medio de mis padres y hermanas. Y así Laura se dio a querer de toda mi familia, y de todos los que la conocieron. La patrona que fue de los dos dijo un día, después de nuestro matrimonio, que Laura había honrado su casa, porque había hecho todas las cosas correctamente, saliendo de su casa solo para irse a la Iglesia, y se despidió cariñosamente de ella, dándole los agradecimientos por el tiempo que la tuvo a su servicio.

La otra empleada, que era de la cocina y que también era joven, fue la que nos sirvió de madrina, y más tarde también fue la madrina de nuestro primer hijo. Ella le contó después a la patrona cómo había sido nuestro matrimonio.

En la casita de la calle San Martín los vecinos nos admiraban, diciendo: "¡Qué matrimonio más unido, es un ejemplo, se ve que se quieren mucho!". Al lado de nuestra casita vivía una señora viuda que tenía dos hijas, la mayor tenía como 15 años y quería mucho a Laura. Casi todos los días, cuando Laura quedaba sola, se iba a nuestra casita con una guitarra que tenía y se ponía a cantarle. Ella componía los

versos y se los dedicaba a Laura. Yo todavía conservo un trocito de sus composiciones, que son las que van a continuación:

Ya saliste de mi pecho, no hay remedio
Y que vuelvas a entrar no hay esperanza,
Se acabaron para mí esas confianzas
Que tenía reservadas para ti.
Cómo te ha ido, Laurita mía,
Cómo te ha ido de ayer a hoy,
Cómo te ha ido, Laurita mía
Como te ha ido de ayer a hoy.

Esta niña nos decía: "Quisiera ser hija de ustedes, para estar siempre con ustedes". En esta casita solo vivimos nueve meses, luego nos cambiamos a la calle Libertad Nº25, en donde vino al mundo nuestro primer hijo. Seis meses después nos cambiamos a la calle Domeyko Nº1752; esta casa era muy incómoda para Laura: tenía una pieza en bajos y dos en alto, separadas una de la otra por medio de un puentecito angosto. Solo vivimos ahí cuatro meses; de ahí nos cambiamos a la calle Cueto 468, donde vino al mundo nuestro segundo hijo. Seis meses después nos cambiamos a la Avenida Macul esquina Las Acacias. Seis meses después nos cambiamos a la calle Eyzaguirre 636, donde vinieron al mundo 4 de nuestros hijos. Nueve años después nos cambiamos a la calle Aldunate 816, y un año y cuatro meses después nos cambiamos a la calle Los Ángeles 2810, donde vinieron al mundo tres de nuestros hijos. Total: nueve hijos. De éstos, dos se nos murieron guaguas.

Pero esa cantidad no le asustaba a Laura, porque para todos tenía tiempo de atender y enseñar. Su inteligencia se agrandaba cuanto más trabajo tenía. Laura dio ejemplo de natalidad a todos nuestros familiares, que no querían tener hijos. Ella decía "así como Dios nos da, también nos da para criarlos y educarlos", y así ha quedado claramente demostrado. A cada hijo lo hemos educado y ayudado como hemos podido, para que aprenda la profesión que él ha querido aprender, a pesar de los gastos que me han demandado sus múltiples enfermedades, pues ella fue víctima de las enfermedades casi toda la vida. Pasaba constamente con los doctores y las medicinas, pero a pesar de todos sus males, no decaía un momento su ánimo de trabajo. En todos los tiempos fue muy activa en el trabajo; si en sus últimos años se le veía llegar a su casa después de varias horas de trabajo de acción católica, cansada de tanto andar. Y no llegaba a su casa a descansar, no. Apenas entraba, se sacaba el abrigo, lo tiraba sobre

la cama, se ponía su delantal y partía a su trabajo de casa, a la cocina o a la artesa a lavar ropa. Parece que se multiplicaba para hacerlo todo con rapidez y perfección. Tanto atendía a sus hijos como a mis familiares con toda su buena voluntad, que era característica de ella. Nunca decaía su buena voluntad.

Mi hermana Petronila la quería más que si hubiese sido su hermana carnal, pues todo lo que mi hermana hacía de alguna importancia, tenía que hacerlo en compañía con Laura. Cuando su marido la reprendía por alguna causa, se iba a la pieza de Laura a llorar y a consolarse con ella. Nunca tuvieron un enojo las dos, a pesar de las contrariedades en que se pasaban a veces los niños de ambas, pues vivíamos en la misma casa. Su buen corazón la hacía abarcarlos a todos. Cuando llegaba de visita a la casa de alguna familia amiga, o de la nuestra, no se sentaba para que la sirvieran, no, inmediatamente se ponía un delantal y se ponía a ayudar en la cocina o en lo que fuera, no le pesaba el cuerpo para nada.

Además, era muy señora. Ella misma solía decir: "¡A mí no me la gana nadie a ser señora!". Los patrones que tuve yo últimamente reconocieron estos dones de ella, y decían también que Laura era "muy señora".

IX

Oficial de mecánica – compra de menaje – el reino de Dios – nuestro progreso

Laura no era escrupulosa tratándose de trabajo, no trepidaba en poner sus manos en todo, nada le arredraba. Pues en nuestros primeros tiempos me ayudaba en mis trabajos sirviéndome de oficial. Entre los dos sacábamos los motores de los autos que yo tenía que arreglar. Por eso que ella entendía un poco la mecánica y sabía nombrar algunas piezas de los autos. Algunos choferes le decían "la maestra".

Laura fue una excelente compañera, cooperando conmigo en todo y de todas maneras. Y así pudimos ir teniendo y comprando todo lo que íbamos necesitando. Así, entre otras muchas cosas chicas compramos un peinador, un ropero, una victrola, un reloj de pared, una mesa de comedor, un catre de una plaza, siete sillas, un sofá, dos cunas, un catre-cuna, una bicicleta, seis automóviles y finalmente una casa.

Todo esto sumamente barato. Y todo esto aparte de lo que hemos comprado en los últimos 22 años. En todo esto nosotros veíamos la ayuda de Dios, porque se nos presentaron las oportunidades sin que nosotros

las buscáramos. Comprendiendo nosotros esa frase de Nuestro Señor Jesucristo, que dice: "¡Buscad primero el Reino de Dios, que lo demás se os dará por añadidura!".

Nuestra vida conyugal fue siempre de armonía, lo que decía el uno lo decía el otro; siempre estábamos de acuerdo. Nunca tuvimos un disgusto serio. Ambos nos tratábamos con confianza, porque el uno no podía criticar al otro en nada. Yo creo que ésta es la base principal para que un matrimonio sea unido y por consiguiente feliz. A pesar de que mis ganancias han sido siempre pocas para mantener una casa con tanta familia y a pesar de todo esto, nunca retrocedimos en nuestra vida económica. Los 35 años y 5 días que duró nuestra vida conyugal, siempre fue de progreso, lento pero firme.

Laura no conoció el egoísmo, hacía servir todos estos bienes a toda la familia. Y fue así que en tres casas en que vivimos, vivimos en compañía con mis familiares. Cuando nos cambiamos a la última casa y que es la que tenemos actualmente en la calle Los Ángeles 2810, y que es muy chica, llegamos a vivir en ella catorce personas: mis dos padres, un hermano, cuatro sobrinos, cinco de nuestros hijos y los dos nosotros, total: catorce. Laura para todos tuvo su corazón abierto; a todos los quería cobijar bajo su alero, como la gallina cobija a sus polluelos bajos sus alas.

X

Predilección por los pobres – tiempo para todo – casamientos entre pobres – su sobrino – no tenía igualdad – ejemplo para todos – tres tesorerías – Dios la ensalzó

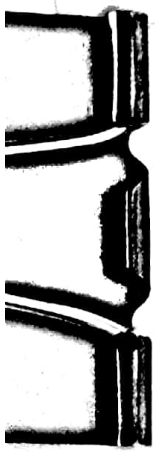
Así mismo atendía a los pobres que acudían a ella; los trataba con cariño, como a hermanos; los aconsejaba, los guiaba por el buen camino; y si tenían algún problema, ella les ayudaba a resolverlo. En especial, atendía a las personas más necesitadas.

Un día recogió a una viejita que andaba sola por la calle sin amparo de nadie, y ese día estaba lloviendo. La trajo a su casa para abrigarla y darle alimento; la tuvo tres días. Después la llevó y la entregó a las autoridades para que la pusieran en un asilo. Otra noche de invierno, también lloviendo, recogió a un viejito desconocido que también andaba solo por la calle, y le dio alimento y lo hizo dormir una noche bien abrigado. Otro día llegó una pobre mujer, lloviendo, toda mojada, a pedirle algo que le diera porque tenía frío y hambre, ella le dio pan y

un abrigo que ella usaba en la casa. Siempre llamaba a algún pobre para darle un plato de comida, o desayuno. Si veía a algún pobre enfermo por la calle, ella trataba de socorrerlo en alguna forma, ya recogiéndolo en su casa o llevándole una taza de caldo. Ella no podía ver sufrir a un pobre que no se compadeciera de él. Muchas veces dejaba su plato servido en la mesa para ir primero a atender a un pobre enfermo, llevándole el doctor o el señor cura si estaba en peligro de muerte. A los que no podían ser atendidos en su casa, los mandaba a la Asistencia Pública o a los hospitales.

Algunos de estos enfermos que ella mandaba a los hospitales, cuando salían ya buenos y se encontraban con ella, le daban los agradecimientos, diciéndole: "Gracias a usted, señora, estoy bien otra vez". "A mí no tienen nada que agradecerme", les decía ella, "agradézcanle a Dios, El los ha mejorado".

Cuando moría alguna viejita que era muy pobre, ella buscaba ropas, ya de ella misma o las pedía a las vecinas, e iba y por sus propias manos lavaba el cadáver y lo vestía. A las familias muy pobres les conseguía camas, frazadas, ropa de vestir, zapatos, alimentos.



Ella no tenía escrúpulo de meterse dentro de las chozas y tomar a los enfermos que yacían en el suelo metidos en un montón de andrajos, sentándolos para que el señor cura pudiera darles la comunión. A ella no le importaba llenarse de parásitos, que llegando a su casa se lavaba y se cambiaba ropas. Visitaba a los enfermos en los hospitales. También iba a la cárcel a ver y socorrer a alguno de sus pobres que había tenido la desgracia de caer preso. Amaba a sus pobres. A ninguno despedía con las manos vacías. Cuando menos, con un consejo o una reprensión. Siempre estaba preocupada de casar a los que vivían sin casarse. Los amonestaba y los hacía que buscaran sus papeles de bautizo y todos los documentos que acreditaran su estado civil, y así poder hacerles el matrimonio sin tropiezos. Un día tuvo que hacer los trámites del matrimonio de su sobrino Julio, que vivía en el sector de la Parroquia de Santa Teresita, y para eso tuvo que ir a hablar primero con el señor cura de Santa Teresita, señor Vicuña. El señor cura, al verla, le preguntó que quién era ella y por qué andaba trayendo la insignia de la Acción Católica. Ella le contestó que era de la Acción Católica de Santo Tomás de Aquino, y que venía a hacer el matrimonio de su sobrino que vivía en esa Parroquia. El señor cura le dijo: "¡A usted no le corresponde venir a trabajar aquí!". Ella le contestó que como el novio era de su familia y que ella comprendía que primero hay que hacer la caridad por casa...

Entonces el señor cura le encontró la razón y le hizo el matrimonio sin ponerle ninguna objeción más.

A veces provocaba disgustos a algunas socias porque se metía a hacer matrimonios dentro del sector que le correspondía a otra socia. Cuando encontraba alguna viejita sola sin amparo, inmediatamente se ponía en diligencia para ponerla en un asilo. Igual cosa hacía con niñas sin madre y que vivían en un ambiente peligroso para su moral. Ella reconciliaba a los que estaban enemistados. Si alguno la ofendía, ella lo perdonaba y rogaba por él. No le guardaba enojo a nadie. Ni a aquellos que le negaban prendas de vestir, o dinero que a ella legítimamente le correspondía. Los saludaba siempre con su buen carácter que ella tenía para con todo el mundo.

Y tenía tiempo para todo: trabajaba en la Acción Católica, en las Conferencias de San Vicente de Paul, en la Sociedad del Sagrado Corazón, en la Hermandad de Dolores. Además, llevaba tres tesorerías de sociedades de la Parroquia. Y los quehaceres de su casa. Todo lo hacía con un entusiasmo y destreza poco comunes para una mujer que no tenía preparación. Pero Dios la había preparado de una manera inimitable. Así lo dijo el presbítero, señor Damián Acuña, en una reunión de feligreses de Santo Tomás de Aquino, diciendo que la señora Salazar no tenía imitadoras: "Hay dos o tres señoras que se le parecen un poco, pero no hay ninguna que la iguale. La señora Salazar fue y será un ejemplo para todas ustedes en adelante". El señor Acuña conocía muy bien a Laura, pues ella había trabajado más de cinco años en la Acción Católica con el señor Acuña. Cinco párrocos que se han sucedido en Santo Tomás conocieron su trabajo. Cuando se cambiaba a un párroco, muchas señoras querían retirarse, pero Laura les aconsejaba que no debían retirarse, y les decía: "¿Así es que ustedes están trabajando por amor a los curas y no por amor a Dios?". Siempre estaba recomendándoles la cordura, y no estarse con querellas unas con otras, que debían trabajar unidas. Ella les daba el ejemplo de cómo debían trabajar. Ella hacía su trabajo calladita, a nadie le contaba el trabajo que estaba haciendo. Ni al señor cura le contaba lo que ella hacía; solo cuando ya era necesaria su intervención, entonces le decía: "¡Hay que hacer esto, señor cura!". El señor Acuña le decía: "¡A usted le gusta hacer las cosas calladita!". "¡Así me gusta a mí!", le respondía ella.

Ella sabía que Dios premia toda obra buena que se hace con humildad en beneficio del prójimo y oculto a los ojos de los hombres, pero Dios no quiso dejar ocultas sus obras, ordenando a un heraldo que, en la

hora de su sepelio, ensalzara la humildad de su sierva e hiciera resaltar las obras que ella ocultaba. He aquí como se cumplieron también en ella las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, que dijo a los judíos: "Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla sera ensalzado".

Ella vivió y trabajó con humildad toda su vida, y por eso Dios la ensalzó el día en que terminó su paso por este mundo, por boca de un protegido de ella.

XI

Caridad al pobre – recogía el kilo – flores a la Virgen – el Rosario – útil a su prójimo

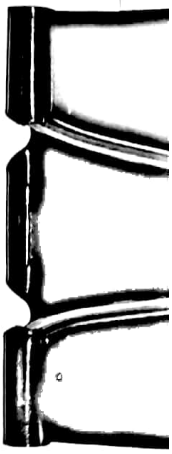
Cuando se trataba de reunir dinero para algún trabajo o alguna obra en la Parroquia, ella era la primera en reunir más cantidad de dinero. Las gentes la buscaban para darle dinero; muchas personas querían darle a ella no más, porque decían que no tenían confianza con las otras señoras.

Los pobres la consideraban como una verdadera madre. Ella se condolía siempre de sus necesidades. Muchas veces llegaba a la casa con grandes paquetes de ropa y zapatos de todos los portes para repartirlos a los pobres. Daba gusto verla cómo citaba a una persona, fuera chica o grande, y la hacía pasar a un cuartito al interior de la casa, en el cual guardaba todo lo que tenía para los pobres. Ahí les probaba la ropa y los zapatos y los despachaba bien vestidos. Esta obra la hacía muy seguido. Y cuando no, les llevaba a sus mismas chozas ropas, colchones, frazadas, dinero y comestibles. Para el día del Sagrado Corazón ella salía a pedir de puerta en puerta el kilo que se pedía para repartirlo a los pobres. Ella recogía grandes cantidades de mercadería y dinero, que llevaba a la Parroquia para el reparto. Después ella misma ayudaba a hacer los paquetes en las noches, para repartirlos después.

Además, se preocupaba siempre de las flores en los altares, sobre todo en el mes de María y del Sagrado Corazón. E iba a los jardines a las afueras de Santiago a buscar grandes paquetones de flores que llevaba a la Parroquia. Y ella misma, en compañía de otra señora, arreglaba los altares. Ella llevaba incluso los pedestales de su casa para poner los floreros en el altar de la Virgen. Compraba pintura blanca y pintaba los pedestales. Ademas ayudaba a arreglar el altar de la Virgen en la población de los pobres (población callampa El Pino).

Casi todos los días estaba en la Parroquia desde las 6 de la tarde hasta las 9 de la noche ayudando a arreglar la Iglesia o en sus trabajos de Acción Católica o en sus tesorerías. Todas las mañanas estaba presente en la misa de 7. Una de esas mañanas, cuando iba a la misa de 7 rezando el rosario (llevaba el rosario en su mano derecha), de repente dio un tropezón tan fuerte que era para caerse. Sintió que perdía el equilibrio y que se iba a caer, pero al estirar la mano con el rosario para apoyarla en el suelo, sintió que el rosario le hizo resistencia, y se afirmó en él y no cayó, recuperando su equilibrio normal.

Muchas veces servía de madrina a sus pobres, ya en matrimonios o en bautizos. Ella era útil de mil maneras para con el prójimo. Además poseía unas manos prodigiosas para sanar y curar heridas o infecciones. Ni los practicantes con todos sus estudios hacían curaciones tan eficaces como las que ella hacía. Cuando llegaba a saber que tal persona había dicho tal cosa de ella o de sus hijas, inmediatamente partía a abocarse con esa persona. Y no se retiraba hasta que no dejaba las cosas en su lugar. Era muy valiente, no le tenía miedo a nadie...



XII

El ladrón – no se dormía jamás – como víctima – levantarse de la mesa – tanta hambre

Una vez, cuando vivíamos en la calle Cueto al llegar a la calle Compañía, después que yo ya me había ido a trabajar en la mañana como a las 10, como ella quedaba sola con su guagua no más, llegó un hombre pobretón a golpear su puerta, sale Laura y el hombre le dijo todo quejoso por qué no le daba permiso para entrar a su casa un momentito para arreglarse una venda que se le había corrido, pues venía saliendo del hospital, pero que tenía que ser en una parte blanda. Ella, con su buena voluntad y su buen corazón no trepidó en hacerlo pasar, y como no tenía otra cosa blanda, lo hizo pasar al dormitorio, para que se tendiera en la cama. Y como el hombre tenía que abrirse las ropas, ella le cerró la puerta para no mirarlo. Momento que aprovechó el hombre para meterse entre sus ropas un terno mío, un vestido y una enagua de ella.

Como el hombre se demorara, ella entró en sospecha y salió a comunicarle el hecho a una vecina, y cuando volvió ya el hombre iba saliendo y le dio los agradecimientos, pero ella notó que el hombre iba muy grueso e inmediatamente se fue a la caja donde guardaba la ropa.

Lo primero que echa de menos fue el terno mío. "¡El terno de Benito!", se dijo ella y sale despavorida a la calle, encargándole la casa de pasadita a la vecina. Y se lanza en persecución del ladrón.

El hombre ya le había tomado más de una cuadra de ventaja, pero ella, con la desesperación, corría lo que más podía, dando voces de que atajaran al ladrón. Pero como ella sola era incapaz de pillar al ladrón, incitó en los niños el entusiasmo por perseguirlo y fue así que comenzaron a plegarse a la persecución. El hombre, al verse perseguido, comenzó a buscar donde esconderse, metiéndose por los cités, encrucijadas y vericuetos. Pero los niños no lo perdían de vista. Se les subía a los tranvías, pero a la gritería de los niños "¡el ladrón, el ladrón!", el hombre se veía obligado a tirarse para abajo otra vez, y seguía la persecución. Hasta que el ladrón, al verse perdido, comenzó a tirar las ropas al suelo. Y Laura las iba recogiendo. Laura ya no daba más corriendo, hasta que llegaron a la esquina de la calle Libertad con San Pablo: ahí lo pescó un carabinero. Laura había corrido como diez cuadras detrás del pillo. Y es de hacer notar que Laura andaba en los ocho meses de embarazo. Pero no le pasó nada. Al día siguiente tuvo que ir al juzgado a declarar y para que el juez le entregara las ropas que el ladrón le había robado. Este hecho salió publicado en el diario al día siguiente, con la dirección y el nombre de ella.

Eso le pasó por su buen corazón y su buena voluntad y el deseo de servir a los pobres.

Laura no se dormía jamás cuando había que hacer algo: lo hacía en el acto. Y no perdía un minuto de tiempo. Y así, apenas se le enfermaba un niño, inmediatamente volaba con él donde el doctor, y lo cuidaba con un esmero único, de día y de noche, hasta que se mejoraba. Si alguno se sentía un poco mal en la noche a cualquier hora, ella se levantaba a hacerle remedios y atenderlo.

Era valiente para defender a sus hijos. Una vez dio prueba evidente de su valor y resolución de madre. Una noche, como a las 11, ya estábamos recogidos y en cama, cuando de repente sentimos que en la calle, frente a nuestra casa, discutían nuestros hijos con dos policías que los querían llevar detenidos creyéndolos maleantes. Pero Laura apenas conoce la voz de ellos, salta de la cama, toma su abrigo y poniéndoselo sobre las espaldas, sale a pie descalzo y en paños menores a la calle. Y se encara con los policías diciéndoles que sus hijos no son lo que ellos dicen, y los policías insistían en que eran maleantes y cogoteros y que ella tenía el encierro aquí en su casa. Dijeron esto porque nuestros hijos estaban en compañía de dos amigos y al mismo tiempo compañeros de trabajo, y

como todos ellos se habían refugiado al lado de adentro de la puerta del jardín de la casa, por eso los policías le dijeron que ella tenía el encierro. Por eso que ella se indignó en extremo y se ofreció ella misma como víctima, ofreciendo su vida y su sangre por la inocencia de sus hijos; entonces los policías, al ver la resolución y firmeza de ella, se retiraron. Pero a ella le dio enseguida un ataque de nervios, que estuvimos afligidos con ella, porque le tomaba con el estómago y el corazón.

Muchas veces le dieron estos ataques por causa de sus hijos mayores, porque ellos no supieron apreciar las virtudes que adornaban su ser de madre. Muchas de las enfermedades que sufrió en los últimos años de su vida fue por causa de las desobediencias de sus hijos para con ella. A veces se tenía que levantar de la mesa, tomar su plato e irse a almorzar a la cocina o al patio, porque en la mesa no podía soportar las reacciones de sus hijos para con ella. Y debido a esas amarguras y ese malestar constante, sobre todo cuando veía a sus dos hijos llegar ebrios, cosa que ella no podía ver. Pero parece que lo hacían adrede, de llegar los dos ebrios y muchas veces palabreándola o discutiéndole. Pocas veces podía saborear un plato de comida a gusto, porque todo se volvía amargura. Y debido a esto, se le descomponían las bilis, el estómago y el corazón. Y por causas de estos mismos trastornos se le descomponía la digestión. Se enfermó también de diabetes, de la que nunca pudo sanar. Su mayor sufrimiento era el que recibía de sus hijos, se sentía completamente agotada, no veía otra salida de este tormento sino la muerte.

A veces me decía: "Quisiera irme de esta casa y no volver nunca más aquí", o "quisiera morirme. Tan bien que me siento en otra parte, con el cariño con que me reciben y me atienden, todos me quieren. Pero llego a mi casa y en lugar de encontrar reposo, encuentro amarguras, malos modos, me gritan, me palabrean, me rezongan. Me da envidia ver a otras madres cómo son tratadas por sus hijos: con qué cariño, con qué atención, con qué delicadeza sirven y atienden a su madre y yo no tengo esa dicha. ¡Yo, que me sacrifiqué tanto en criarlos, y con lo que me pagan ahora!"

Muchas veces le criticaban sus actividades de Acción Católica, diciéndole: "Tanto que sale, tanto que se demora en volver a la casa, se lleva en la Parroquia no más". Ella les contestaba que "se consideraba libre de hacer lo que ella quisiera, puesto que ya había terminado de criarlos, y que durante muchos años había sido esclava de ellos. Ahora todos sabían lo que todos los días se debía hacer en la casa. Por lo tanto, todo lo podían hacer sin su presencia".

Un día, como a las once y media de la mañana, llegué yo del centro de la ciudad, porque había ido a comprar unos remedios para ella, porque estaba enferma. Cuando llegué, la encontré llorando en la cama. Le pregunté qué le pasaba, y ella me contestó, con gran sorpresa para mí: "¡Tengo tanta hambre!". Yo le dije: "¿Y no les ha pedido un huevito a las chiquillas?". Me contestó: "¡No me atrevo a decirles nada!". Entonces yo volé a la cocina y le traje algo de comer.

XIII

Sus sufrimientos – sentencia de Dios – profeta en su patria – su muerte

Yo no podía ver que ella necesitara algo, porque volaba a servirla.

No podía verla sufrir o que ella estuviera enferma, que no le estuviera haciéndole remedios, atendiéndola y rogando por su salud.

Ella me decía: "¡Para qué me cuida tanto y ruega tanto por mí, cuando yo ya no sirvo para nada!". Y me agregaba: "¡Usted tiene la culpa de que yo no me pueda morir, se lleva rogando por mí no más!".

Siempre me manifestaba deseos de morirse. Me decía: "¡Para qué sirvo yo ya, si estoy viviendo de más! ¡No gaste más en mí, déjeme morir, yo ya no sirvo para nada!".

Otras veces me decía: "¡Que te ha costado cara tu negra!".

Sus sufrimientos aumentaron en sus últimos meses. Ya no podía dar un consejo o una reprensión a sus hijos porque ya su corazón no resistía, porque antes de decirles algo se ponía a llorar y no podía decirles nada; su corazón ya no daba más. Se fue minando su salud cada día más; ya había bajado 25 kilos de peso. El doctor le había prohibido en varias ocasiones el lavado de ropa y la cocina, porque esas dos cosas le hacían muy mal para su salud. Pero ella no dejaba de hacerlo todo. En las últimas semanas daba lástima verla cómo lavaba. Lavaba un par de piezas de ropa y se iba a sentar, fatigada, con su carita pálida, apoyando su cabeza entre sus manos. Después de un rato se paraba otra vez a duras penas a proseguir su trabajo. Y junto con esto muchas veces también atendía la cocina.

El doctor le repitió varias veces, diciéndole: "¡Cuide su corazón, señora!".

Yo la consolaba diciéndole que los sufrimientos que los hijos dan a su madre están mandados por Dios a causa de la desobediencia de nuestros primeros padres. Dios dictó la sentencia a la serpiente infernal

diciéndole a la mujer: "Tus hijos te darán mucho que sufrir y estarás sujeta a tu marido". Por otra parte se cumplía en ella esa frase de Nuestro Señor Jesucristo que expresó a sus oyentes en la sinagoga de Nazaret, que ninguno sería profeta en su patria.

Pues ella hacía con tanta facilidad sus trabajos por fuera. Llevaba sus pobres a Dios por fuera. Era querida por fuera, era aplaudida por fuera, ella se alegraba por fuera, ella lo pasaba bien por fuera, ella se distraía por fuera, a ella la trataban con cariño por fuera, etc...¿Y en su casa? ¡Nada de estas cosas!

Excepto el cariño y el buen trato de su marido.

Y ella vivió haciendo la caridad sin titubear, a la medida de sus fuerzas, que es la virtud más hermosa a los ojos de Dios.

XIV

Amor a su madre – caridad de niña – Dios la llamó – su enfermedad – mente clara – su operación

A veces la encontraba llorando en la pieza, solita. Le preguntaba la causa, y ella me contestaba: "¡Me estaba acordando de mi mamita!", a pesar de que hacía 26 años que había muerto. Es que ella había querido mucho a su madre, por eso siempre la tenía presente. Es que desde niña había concentrado todo su cariño en su madre. Después de la muerte de su padre, le tenía un cariño con lástima, motivo por el cual no se quería casar, por no dejar a su madre sola en el mundo. Y ése era el sentir que ella tenía, de no recibir ese cariño de sus hijos, el que ella tuvo para con su madre. Algunas veces la sorprendí llamando con voz entera a su madre, que la viniera a buscar, diciendo: "¡Mamita, ven a buscarme; ven a buscarme, mamita!". Y estas peticiones las hacía con lágrimas en los ojos.

Cuando se sentía enferma era cuando deseaba más ardientemente salir cuanto antes de este valle de lágrimas para ir a reunirse con su madre en el cielo.

Ella fue buena, cariñosa y caritativa desde su niñez, pues los días domingos convidaba a las niñas de las vecinas y se las llevaba a misa. Algunas señoras decían: "A mí no me gusta dejar salir a mi hija con nadie, pero con la hija de la señora Juanita sí, porque esa niña es muy seria y católica". Cuando a alguna niña le gustaba alguna prenda de vestir de ella, se la sacaba y se la regalaba.

Pero su actividad y su entusiasmo se fue apagando a medida que sus males aumentaban. Sus sufrimientos, por causa de la gravedad de las faltas de algunos hijos, la hicieron resentirse tanto, que su salud decayó casi por completo. Y era en las noches cuando más sufría, cuando ya todo quedaba en calma y llegaba el silencio de la noche. Entonces ella, en lugar de dormir estando ya en cama, se ponía a pensar en sus hijos e hijas y a considerar la gravedad de las faltas con que habían manchado su familia, "mancha que jamás sale" y que ella tendría que andar en adelante con su cabeza gacha por la vergüenza, ¡todavía que su familia era considerada número uno en la población!

Por eso que ella se confundía y lloraba pensando. Y decía: "¿Por qué Dios habrá permitido que me haya venido este castigo en mi familia?". Así pasaba largas horas en las noches, desvariando. A veces me decía: "¡Yo me voy a volver loca de repente!". A veces la sentía sollozar a media noche, y luego dejaba escapar unos suspiros tan profundos, con lamentos, que a mí parece que se me partía el corazón. Le preguntaba qué tenía y si quería tomar algún remedio; me contestaba que no tenía nada y que no quería ningún remedio. Y yo sufría tanto como ella al verla sufrir.

A veces no podía soportar más en la cama y se levantaba a media noche, y salía al 'jol' de la casa y abría la ventana y se sentaba a respirar aire fresco y dar así un poco de alivio a su corazón. Varias veces llegaron sus hijos a la una o a las dos de la madrugada y la encontraban sentada en el 'jol'. Le preguntaban qué tenía y si acaso necesitaba algo. Ella les contestaba que nada y que no necesitaba nada tampoco.

De a poco le vinieron unas descomposturas a las bilis y al mismo tiempo una afección terrible al hígado. El doctor la puso en un régimen tan estricto que no podía tomar ninguna clase de alimento, sino solo aguas. Encima del régimen que venía llevando desde hacía más de cinco años por la diabetes que tenía. Estaba quedando demasiado debilitada. Casi no tenía fuerzas para andar, y le venían ataques al hígado que la hacían gritar...

Y en vista de que en la casa se estaba agravando cada día más, acordamos llevarla al Hospital Clínico de la Universidad Católica, que el señor cura de Santo Tomás de Aquino nos recomendó, diciéndonos que ahí se iba a mejorar, porque muchas personas se habían ido a ese hospital y se habían mejorado. Entonces tratamos de llevarla allí.

Pero antes de llevarla, Dios le dio un día de descanso de sus males, dándole al mismo tiempo claridad a su mente y a su memoria. Pues ella, como avisada por el cielo que ya tocaba a su fin y que debía dejar todas

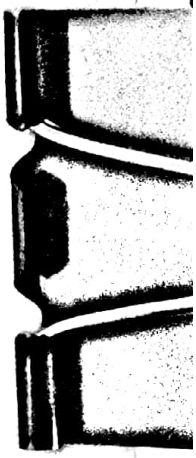
las cosas arregladas, pidió todos sus libros de cuentas y de tesorerías y, sentándose en la cama, se puso a arreglarlos todos. Una vez que dejó todos sus libros al día, dio también todas las instrucciones necesarias a la señora que la iba a reemplazar mientras ella estuviera enferma.

Yo me quedé admirado al ver la claridad de su memoria para explicarle todo a la otra señora, recordando punto por punto todo lo que estaba hecho y lo que estaba por hacer, indicándole los socios y cooperadoras, con sus nombres y direcciones, lo que habían pagado cada uno, y lo que estaba por cobrar, las cuentas que había que pagar, etc. Yo nunca la había oído explicarse con tanta claridad de sus trabajos de Acción Católica.

También le dejó una carta escrita a un hijo que no estaba presente cuando se fue para el hospital.

No cabía duda que se estaba despidiendo, porque ya no volvería más a su casa.

Dos días después la llevamos al hospital. Allá los doctores la examinaron y la internaron en una sala. Ahí la tuvieron como ocho días. En esos días le pusieron un poco de sangre. Ella se sentía un poco mejor, pero al cabo de esos días la sacaron en la mañana y la llevaron a la clínica de operaciones. Ella no sabía que la iban a operar, menos sabíamos nosotros, la familia. Y cuando ve ella que la van a operar, pide a una enfermera que le haga el favor de avisar por teléfono a su casa, a su familia.



Y así fue que nosotros solo supimos cuando ya la estaban operando. Hora en que ya no podíamos hacer nada. Los doctores no cumplieron con el requisito de avisar a la familia ni tampoco de decirle a ella, siendo que a nadie se opera sin el consentimiento de la familia y del enfermo mismo. Sobre todo, cuando el enfermo tiene otra enfermedad que le haga peligrar su vida, como estaba ella, que tenía diabetes, o sea, azúcar en la sangre, y todos sabemos que una persona diabética no puede ser operada, porque a causa del azúcar en la sangre no le sana la herida. ¡Pero así se hizo!, quedando ella en un estado de suma gravedad.

XV

Derrame del suero – sin consideración – helada – negativa de la monja

Su debilidad era extrema y no se le podía dar ninguna clase de alimento ni agua hasta veinticuatro horas después. Imposible que ella pudiera resistir

tanto tiempo. No tenía fuerzas ni para mover una mano. Apenas abría un poquito los ojos y los cerraba otra vez. Había que poner el oído atracado a sus labios para poder percibir lo que nos quería decir. Su cuerpo estaba casi enteramente helado. Y para alimentarla y darle fuerzas le pusieron un litro de suero. Pero eso más la atormentaba. Le pusieron una bolsa de agua casi hirviendo a los pies, mas la bolsa tenía la tapa suelta, que no lo advirtió la enfermera, y el agua se salió quemándole los pies y mojándole la cama. Le sacaron la bolsa y le quisieron poner otro litro de suero. Pero esta vez no le pusieron bien la goma a la aguja, y con la ropa de la cama ellos mismos le sacaron la goma de la aguja, sin advertirlo, y el suero se desparramó por la cama, mojándola casi entera a ella, que en ese momento estaba transpirando. Entonces se le avisó a la enfermera de lo ocurrido, y vinieron dos enfermeras a cambiarle la ropa de la cama, que estaba toda mojada. Y para eso la destaparon y la tuvieron un rato enteramente desnuda, siendo que estaba transpirando, tratándola sin ninguna consideración. ¡A ella, que era todo caridad! ¡A ella, que sabía tratar con tanta delicadeza a los enfermos que le tocaba cuidar! Ella tenía una habilidad única y unas manos prodigiosas para cambiar la ropa de cama a sus enfermas, casi sin molestarlos ni desabrigarlos.

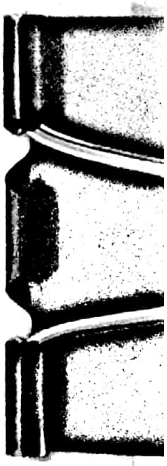
Después de eso la acostaron en la cama helada. Su cuerpo se había helado también, quedando yerta de frío, sin ponerle ninguna bolsa de agua caliente, para que su cuerpo volviese a tener calor, siendo que su cuerpo ya estaba demasiado debilitado y sin fuerzas, su estómago enteramente vacío, por lo tanto, no podía entrar en calor. Estaba, pues, postrada enteramente a plomo, y helada. A mí me dirigió estas dos únicas palabras, que con dificultad le pude entender: "¡Tengo hambre!". ¡Cómo no había de tener si ya eran las cuatro de la tarde sin probar bocado desde el día anterior y con la terrible debilidad en que ella estaba!

Y finalmente, para colmo de sus tormentos, la monja de la sala se negó delante de ella misma a que se quedara su hija Aída para que la cuidara durante la noche en vista de su gravedad. Ni tampoco aceptó dejar una enfermera especial, pagándole lo que cobrara, como se hace en los demás hospitales. Esta negativa de la monja produjo en el corazón de Laura una fuerte impresión, que ella quiso desechar pero no pudo, debido a su gravedad y al abandono en que se la dejaba. O sea: se le negaba todo socorro.

Y luego su hija tuvo que salir de su lado y abandonar la sala poco menos que empujada por la monja, que estaba ya indignada porque no se iba luego y porque ya eran las ocho de la noche y no se permitía a

nadie quedarse hasta más tarde. Pese a que su hija le hacía ver la gravedad en que estaba su madre, y que era imposible dejarla sola. Pero la monja insistía en echarla, diciéndole que había enfermeras que la cuidarían. Y toda esta discusión la tuvieron delante de ella.

Apenas su hija salió, y sintiéndose sola y abandonada, se entristeció en extremo, le vino una fuerte impresión al corazón que no pudo desechar ella solita, entonces le vinieron los ahogos, los mismos que siempre le daban en la casa, pero que yo, a fuerza de moverla de un lado para el otro, sentándola, haciéndole masajes y dándole agua con valeriana, lograba normalizarla. Pero allá en el hospital, por desgracia, no estaba yo para haberla liberado de su ahogo. Y como estaba inmóvil, no se pudo desahogar haciendo algún movimiento. Entonces fue cuando gritó con todas las fuerzas que podía, diciendo: "¡Que me ahogo!"; las otras enfermas tocaron el timbre, y cuando aparecieron las enfermeras, ya estaba en estado agónico. Llamaron al doctor, pero cuando llegó ya era demasiado tarde. Ya su corazón no daba más. Todos los tratamientos que le hizo el doctor fueron inútiles. Su alma ya volaba al cielo.



XVI

Instrumento – su deceso – golpe terrible – su cadáver – linda misa – el cortejo

Habían sido instrumentos preparatorios de su muerte: 1º.– Sus hijos; 2º.– el señor cura párroco de Santo Tomás; 3º.– los doctores; 4º.– las enfermeras; 5º.– la monja de la sala.

Yo estoy casi seguro que si se le hubiera permitido a su hija Aída quedarse a cuidarla en la noche, Laura habría sobrevivido a la operación, porque ella había sido siempre muy resistente a las enfermedades. Muchas veces había tenido enfermedades muy graves, pero Dios quiso llevársela ahora, quizás si accediendo a las peticiones de ella misma.

¡Dios me la había dado, Dios me la ha quitado, sea bendito su Santo Nombre!

Su deceso se produjo como a las diez horas después de su operación y cerca de una hora después que se vino su hija Aída, o sea, a las 8:50 horas del día 21 de septiembre del año 1950, a la edad de 57 años 9 meses y 6 días. El señor cura párroco de Santo Tomás recibió la triste noticia por teléfono media hora después de su muerte, pero se abstuvo de avisarnos en la noche, para que no pasáramos mala noche. Al día

siguiente, a las siete de la mañana, nos vino a avisar. Yo estaba en misa a esa hora, y una de mis hijas me fue a avisar. Para nosotros fue, como es de imaginar, un golpe terrible, y un terrible despertar. Solo se oyeron por largo rato gemidos, sollozos, lamentos, lágrimas y desesperación de todos en general.

Luego de reponernos un poco, salimos para el hospital a hacer las diligencias para sacar sus restos de allá. Luego de llegar, nos hicieron pasar a una galería subterránea, donde todavía estaba su cuerpo en una camilla en el suelo, tapado con una sábana. Ahí, yo y mis hijas que me acompañaban lloramos junto a su cadáver, acariciando su pelo y su rostro lívido y helado, besando su frente. Después de un corto rato, salimos, para hacer los trámites para sacarla de ahí.

Y no nos la entregaron hasta las dos de la tarde.

De ahí la trasladamos directamente a su querida Parroquia de Santo Tomás de Aquino, donde se le levantó una capilla ardiente donde se velaron sus restos hasta el día siguiente. Esa noche el señor cura nos dijo que podíamos quedarnos toda la noche acompañando sus restos. Esta concesión nos la hacía a nosotros no más, porque a todos los que velaban cadáveres ahí, solo se les permitía estar hasta las once horas no más. Pero como esta vez se trataba de la mejor colaboradora de la parroquia...

Al día siguiente se arregló la iglesia lo mejor que se pudo, poniendo todos los lutos.

Además, en el luto central que colgaba sobre el Altar Mayor se colocó su nombre en grandes letras blancas. Y enseguida, a las nueve de la mañana, se daba comienzo a una misa solemne, de cuerpo presente, cantada, y de tres sacerdotes. El presbítero señor Acuña vino especialmente de su parroquia de Puente Alto a decirle la misa, ayudado por los dos sacerdotes de Santo Tomás. Después de la misa se le rezaron dos responsos como despedida de su amada Parroquia, y a continuación salía el cortejo en dirección al Cementerio Católico.

Acompañando sus restos fueron los tres sacerdotes: el señor cura párroco, el señor vicario y el señor Acuña. Además, las Sociedades de la Parroquia, una delegación de los pobres que ella socorría y muchos amigos y familiares. En el cementerio se depositaron sus restos en un nicho nuevo que se le compró.

XVII

Discurso de los pobres en el cementerio - carta pésame de los pobres

Antes de depositar sus restos en la tumba, uno de la delegación de los pobres dijo el siguiente y sentido discurso:

Señoras y señores:

Cumpliendo con uno de los deberes más sagrados que azota ante el abandono por la muerte irreemplazable de nuestra querida benefactora y bienhechora doña Laura Vergara de Salazar, Q.E.P.D., vengo emocionado a expresar el sentimiento de millones de parias que recibieron de ella su mano noble, generosa y desinteresada.

Fue para nosotros una madre ante la desgracia, la muerte y la miseria. Ella se esforzó con sus conocimientos y ayudó a muchos de los que hoy están ante esta tumba, el sacrificio que demostró ante la desgracia de los pobres.

Llegaba en los días fríos de invierno trayéndonos el pan cariñoso de Dios y con qué cubrir nuestros cuerpos harapientos y salvar situaciones difíciles que debo dar a conocer ante su tumba, pues ella supo cumplir con la ley de Dios de "amaos los unos a los otros". Este es un ejemplo digno que deben imitar aquellas personas que saben que existen seres pobres y parias dignos de ayuda, pues la lucha por la vida es cara y los que no tenemos cómo sostenerla vivimos hambrientos y llenos de necesidades.

Esta digna señora en sus reposos veía nuestras necesidades y acudía como una madre, sin distinguir a nadie. Dios la dotó y quiso que siguiera su enseñanza.

A nombre de la A.C.O.M. de "El Pino", que represento, vengo a exteriorizar el sentimiento que embarga a un hogar que hoy deplora con la muerte y la ausencia de su dueña, y quiera Dios que al abandonar esta tierra la colme de bendiciones y la reciba como a un apóstol que mandó a la tierra a cumplir su mandato.

Para su digna familia, condolencia y pésame, y agradecimientos a los que han concurrido a cumplir con este gran y digno homenaje que venimos a rendir a doña Laura.

Descansa en paz y la tierra te sea fecunda.

A.M. Torreblanca
Secretario

Asociación de Obreros
Católicos Marianos, El Pino[3].

---

3 "El Pino" era una población callampa que, hacia 1950, estuvo situada en la ribera norte del río Mapocho, entre el puente Manuel Rodríguez y el puente Bulnes.

(continúa en la página siguiente)

A continuación, los sacerdotes rezaron un responso, bendijeron el nicho y se depositaron sus restos con todo respeto. Después, a los pocos días, le hicimos poner en la puerta de su nicho una lápida, con su nombre y dedicatoria.

El día anterior al entierro, de esta misma sociedad obrera yo había recibido una carta de pésame, que es la siguiente:

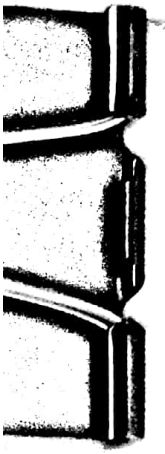
Santiago 22 de Septiembre 1950

Señor Benito Salazar

Muy distinguido señor:

Ante el pesar que embarga su hogar con la muerte prematura de su distinguida esposa doña Laura Vergara de Salazar, Q.E.P.D., venimos a hacernos solidarios en el sentimiento que embarga y aflige con la muerte de esta digna señora.

La Asociación Católica de El Pino Alto llora y lamenta con esta desgracia a una bienhechora y benefactora que se dedicó con amor y cariño a los parias pobres que vivimos en estas cobachas, en donde tenemos que soportar el azote de la vida, llena de necesidades y miseria.



Al enviar esta humilde nota de condolencia, nace un recuerdo que perdurará entre los pobres de esta población, porque doña Laura, le decimos francamente, fue una madre y jamás rehuyó en los servicios que se le solicitaban, sacrificando sus horas de descanso y de reposo para auxiliar a los humildes. Ejemplo que se graba y sirve de estímulo para sus deudos, que ya no compartirán el cariño de esposa y madre.

Dios dará la resignación suficiente a su digna familia, y queremos estampar, por estas humildes líneas que usted dará a conocer a los jefes de la Iglesia Católica, el fiel y humilde sentimiento que embarga a nuestra población por el abandono de Doña Laura, palabra cariñosa que perdurará entre nosotros.

Interpretando el sentimiento que hemos evocado, reciba usted el pésame de muchos que conocieron las nobles y grandes dotes que caracterizaban a su digna y noble esposa.

De usted, sus humildes servidores

M. Huerta. A.
Presidente

M. Torreblanca
Secretario

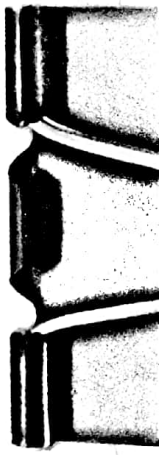
Colindaba con la Población Manuel Montt, donde vivían Laura y Benito. Llegó a tener más de 7.000 habitantes. Era la más densamente poblada de Santiago, después de la del Zanjón de la Aguada (N. del E.).

XVIII

Cruz pesada – último parto – doce años enferma del hígado deseaba morirse – yo no me voy de aquí

Laura: así como fue su vida, fue su muerte. Su vida fue llena de méritos y sacrificios. Le tocó llevar una cruz muy pesada durante su vida. Pero no rehuía ella de llevarla, por pesada que fuera, por el contrario: se abrazaba más a ella. La cruz del exceso de trabajo que se daba ella misma. La cruz de las enfermedades. La cruz de los hijos. Todas las llevaba con resignación.

Los doctores le habían dicho que cada parto que tuviera tendría que estar más enferma. Y en efecto, los tres últimos partos que tuvo debí llevarla a la maternidad, donde hay toda clase de comodidades para atender bien a las enfermas. En el último parto fue cuando estuvo más grave, pues los doctores, matronas y enfermeras tuvieron que batallar más de cinco horas con ella después del parto para arrebatársela a la muerte. Y durante todo ese tiempo la tuvieron con la cabeza hacia abajo y el cuerpo más en alto, haciéndole una cantidad de tratamientos y gritándole que respirara fuerte, para que el corazón no dejara de latir. Esta última vez quedó en un estado esquelético mi pobre negra.



Todo esto aparte de sus enormes sufrimientos a causa de las afecciones al hígado que le duraron doce años consecutivos. Constantemente le daban terribles ataques, que yo tenía que volar con ella para la Asistencia Pública o a los hospitales. Varias veces los doctores la mandaron al hospital para operarla, pero con el régimen a que la sometían para prepararla se le pasaban los dolores, y se venía y no se dejaba operar.

Finalmente, como en el año 1932, un doctor ya viejito, que ya no ejercía su profesión, la sanó del hígado, pues le dio unos medicamentos tan eficaces que la hicieron botar las piedrecillas del hígado, que se mejoró, descansando de este mal por largo tiempo. Pero le volvió otra vez en los últimos días de su vida, y que fueron los que aceleraron su fin. Y así, casi toda su vida fue víctima de enfermedades. Se sentía muy agobiada bajo el peso de esta pesada cruz. Por eso que ella creía que había llegado ya el tiempo en que Dios la había de llamar a descansar. Para ella, ya había terminado su misión sobre la tierra, y también terminado toda alegría para ella en este mundo. Por eso es que consideraba que estaba viviendo de más y que mejor era morirse, porque ya ella no servía para nada.

Una esposa y una madre tan buena como fue ella no se puede olvidar jamás.

XIX

No ha muerto – el denario – vista en sueños – ayuda evidente – su nieto

Todos los días uno encuentra motivos de dolor por su ausencia indefinida, pero guardamos la esperanza de que un día no muy lejano también nosotros volaremos y saldremos de este valle de lágrimas para ir a reunirnos con ella. Para nosotros no ha muerto, solo se ha ido primero. Este es un consuelo que siento yo. A pesar de que su recuerdo y la soledad en que me encuentro hoy día me hacen de continuo correr mis lágrimas.

Los sacerdotes que la conocían o que asistieron a su muerte nos han dicho que ella está en el cielo y que ya no necesita más misas y sufragios. Pero nosotros no podemos dejar de ofrecerle misas y rogar por ella. Además, todos los domingos le vamos a renovar las flores a su tumba. No podemos dejar de recordarla un momento.

Algunas señoras de la Acción Católica cuentan haberla visto en sueños. Cuenta la señorita Teresa González que soñó con élla, y que la veía muy bien subiendo por una escala blanca como de algodones. La señora Filomena de Peña también la vio en sueños, y cuenta que la veía tan bien y hermosa, que estaba en un lugar muy bonito, y que ella le decía: "¡Hay que hacer el bien para estar aquí!". También se le apareció a un hijo de esta misma señora. Cuenta el hijo que estaba una noche sentado en la cama rezando las oraciones de la noche, con la pieza un poco oscura, cuando ve a los pies de la cama una cosa blanca y redonda, que iba tomando la figura de una hostia, y luego en el centro aparece el rostro de Laura, y dice él que la figura se le iba acercando hacia él y ya llegaba a la altura de sus rodillas. Entonces él, fuera de sí, llamó a su hermano. Inmediatamente la visión desapareció. Este joven tenía deseos de ser sacerdote, y quizás por eso ella lo recordaba, presentándosele en una hostia, la cual debería consagrar él más tarde, siendo sacerdote, si Dios le concediera esta gracia.

Esta misma señora Filomena tuvo otro sueño con Laura; dice que la vio que estaba muy bien, y que le decía a ella: "¡Me voy, me voy bien lejos!", y le agregaba: "¡Cuídeme a los chiquillos!". Este último sueño de la señora Filomena lo tuvo como a los cuarenta días después de su muerte.

Nuestro Señor Jesucristo estuvo cuarenta días más sobre la tierra después de su resurrección antes de subir al cielo a tomar posesión a la diestra de su Padre.

Mi hija Ester también tuvo un sueño con Laura. Dice mi hija que se encontró con ella en una parte desconocida. Entonces la Estercita le dijo: "¿Por qué no se va para la casa, mamá?". Ella le contestó: "¡No puedo irme, pero muy pronto nos reuniremos todos!".

Todas estas cosas a mí me emocionan mucho y me siento indigno de haber sido su esposo, y de haberla tenido por compañera, siendo que ella era una santa.

Prueba evidente es lo que me ha pasado a mí, pues nunca me había ido tan bien en mis trabajos en los meses de primavera como fueron justamente los que siguieron a su muerte, pudiendo cumplir yo con todos los compromisos que había contraído a causa de su enfermedad y su muerte, cancelándolos todos en un tiempo relativamente corto.

Yo noté visiblemente su ayuda, como que ella sabía que me tenía que ayudar a pagar esas cuentas. A todos nos ayuda.

A mi hija Elena le pasó un caso digno de relatar: cuenta ella que teniendo que llevar a un niño al doctor, salió con el niño de su casa muy tarde, y temiendo no encontrar al doctor en su consultorio, se encomendó a su mamá para encontrar al doctor, y como lo deseó le sucedió. El doctor, al verla, le dijo: "¡Casi no me encuentra, todos los días a esta hora ya yo estoy muy lejos, y ahora no sé qué me pasaba que no podía salir todavía, parece que alguien me sujetaba!".

Muchos favores más se han alcanzado por su intercesión. Gracias a Dios tenemos otro abogado más en el Cielo. Ejemplo nos dejó.

XX

A la esposa que se fue

Juntos subimos la cuesta de la vida, juntos estuvimos siempre en el dolor y en la alegría, paseamos de la mano por los jardines floridos de la primavera, dormimos juntos al fuego en los inviernos. Unidos vamos hacia lo invisible, mezclaste tu ser al mío, en los años y en los hijos.

Tenías una voz, un cuerpo, una mirada. Ahora te has vuelto múltiple. Ahora tu vida florece en cada uno de nuestros hijos. En todos ellos recobras tu juventud y me brindas tus encantos.

Llegamos a la cumbre y descendemos por el lado opuesto. Sucederá algún día la extraña cosa de la separación. Con sus gemidos, uno llamará al otro.

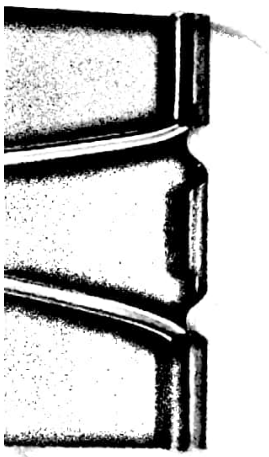
XXI
A mis hijos

No tengo que deciros algo distinto que a los demás hombres, solo debo pediros que me superéis en rectitud.

Lo que hallé en el mundo fue el trabajo; cada cual en lo suyo sirva a Dios.

Viví con la inocencia del niño y la humildad del insecto. Tened el gozo del premio merecido en nuestra obra. Si me habéis entendido, no me lloraréis por muerte, pues os compadecería en vuestra ignorancia.

Seguid por mi camino y yo iré con vosotros y me sentiréis a vuestro lado.



Parte III
Vida de Carmelo Salazar Orellana
(1887-1957)

I

Nacimiento – el estero – las canchas – juegos de infancia

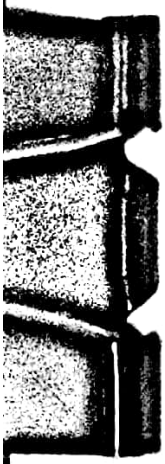
Como Carmelo nació cinco años antes que yo, no tengo recuerdos de la vida de su infancia, solo comienzo a tener recuerdos cuando ya estaba él en una edad entre 13 y 14 años, y recuerdo solo sus hechos más sobresalientes, que son los que puedo relatar.

En esos tiempos, aproximadamente el año 1901, recuerdo que los inviernos eran muy lluviosos, sucedían aguaceros tan copiosos y de tantos días, que duraban casi un mes, y parecían unos verdaderos diluvios. Por el frente de nuestra casa, como a cincuenta metros, pasaba un estero que aumentaba tanto su caudal de agua que parecía un mar, daba miedo mirarlo, arrasaba con todo lo que encontraba a su paso: derribaba barrancos de tierra, arrancaba árboles de raíz y se los llevaba dándolos vuelta; ya asomaban los cogollos, ya las ramas, ya las raíces sobre el agua y se enanchaba tanto que llegaba como a diez metros de nuestra casa, que por suerte estaba edificada en terreno más alto.

Por la orilla de este estero tan terrible y feroz era el sitio que le gustaba a mi hermano Carmelo para jugar y entretenerse en los días de más lluvia: se iba a escondidas de mi madre a corretear por la orilla del estero tirando cosas al agua; no le importaba que estuviera lloviendo; se ponía un sombrerito de lana que tenía la copa aguzadita para arriba, muy parecido al que usa el personaje Mañungo, que dibujan en *El Diario Ilustrado*. Un día arreó una banda de patos que eran de mi madre y los hizo meterse a las correntosas aguas, y él gozaba viendo a los patos cómo se los llevaba la corriente subiendo y bajando y que a duras penas podían salir más abajo. Otro día hizo meterse al agua unos potrillos que encontró por ahí cerca, y contaba después que los potrillos llegaban a pelar los dientes batallando con la corriente que los tumbaba, que casi se ahogaron, pero él gozaba con el espectáculo. Eso sí que él se mojaba como sopa con la lluvia, pero eso no le importaba a él. Las chiquillas

contaban que solo le veían la puntita del bonetito, que pasaba saltando cuando él pasaba corriendo de un lado al otro por el frente de la casa y por la orilla del estero. El nivel de las aguas quedaba como a dos metros y medio más abajo que el nivel de la casa, por eso que a él, desde la puerta de la casa, solo se le veía el sombrerito no más cuando pasaba; después llegaba escondiéndose de mi madre para que no lo retara.

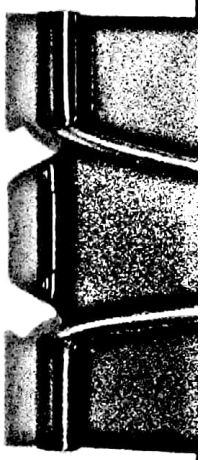
Un día del verano estábamos tres de nosotros en un potrero que estaba cerca de los cerros, en un punto donde mi padre estaba principiando el trabajo para hacer carbón. Nosotros estábamos los tres solos, Carmelo, yo y una de las chiquillas, cuando de repente sentimos el bullicio que traían unos hombres de a caballo que venían corriendo un toro muy chúcaro y bravo. Una manada de perros lo rodeaba y lo ponía furioso, e iban a pasar por donde nosotros estábamos. Carmelo y la hermana se subieron a los árboles y yo, como era más chico, no me pude subir, entonces Carmelo me tendió en el suelo y me tapó con un cuero seco de vaca y así nos hicimos invisibles al toro, que era como fiera.



En esos tiempos, a pesar de ser tan chico, yo no quería quedarme en la casa, por dos cosas: primero, porque yo amaba mucho el trabajo y a mi padre, que no quería separarme de él ni un instante, y segundo, porque mi madre era muy guapa, por cualquier cosa me castigaba; en cambio mi padre no me pegó nunca; por eso andaba siempre a la siga de ellos, pero como mis piernas eran tan cortas que no podía llevar el tren de marcha que llevaban ellos, me quedaba atrás, entonces volvía Carmelo y me tomaba al apa y me llevaba. Siempre él estaba pendiente de mí.

Más tarde, cuando ya estaba más grande y capaz de trabajar con ellos, mi padre nos mandaba a los dos a limpiar las chacras de malezas, y para esto íbamos de a caballo en una yegua muy mansa que tenía mi padre. Carmelo ponía un saco suelto no más sobre el lomo de la yegua y ahí montábamos los dos, él adelante para manejar las riendas y yo atrás al anca, y me sujetaba de la cintura de él y partíamos en la mañana muy temprano y muy tranquilos, llevando un saquito con el cocaví, o sea, la comida para todo el día para los dos. Llevábamos cuatro panes amasados, un queso, cuatro huevos cosidos, un poco de ají machacado con sal para untar el queso y los huevos al comerlos y una bolsita con harina tostada revuelta con miel de pera que hacía mi madre. Esta harina nos servía para hacer ulpo frío para la hora del calor; sacábamos del canal que pasaba por la orilla del potrero una cachá de agua en

un cacho de vaca, le echábamos un puñado de harina, lo revolvíamos con un palo y, ¡al cuerpo!, qué refrescaítos se sentían los rotos. Este era todo el comistrajo que llevábamos para todo el día. Después, en la tarde, cuando nos veníamos para la casa, el camino que teníamos que recorrer estaba por la orilla de un cerro. Los caminos por la orilla de los cerros son muy duros debido al cascajo de piedra de que están hechos. Pues bien, nosotros veníamos por esos caminos tan solos y culebreados y como no nos veía nadie, Carmelo comenzaba a hacer figuras y payasadas: se hacía el que venía como que ya no podía más de borracho y que a duras penas podía sujetarse sobre el caballo; se ladeaba para un lado y el otro, se abrazaba del pescuezo de la yegua para no caerse; a veces casi se caía y se enderezaba otra vez. Yo me enojaba con él para que se viniera sosegado, porque a veces me andaba trayendo por las costillas de la yegua a mí también, como yo no tenía más firmeza que la cintura de él. Hasta que en una de ladearse y enderezarse fuimos a dar al suelo. Yo era el que me daba el costalazo más fuerte, porque caía libremente al suelo duro, mientras que él algo se sujetaba de las crines de la yegua. "¡No vis", le decía yo medio lloriqueando por el dolor, "por no venirte sosegado!". La yegua, al vernos caer, se detenía al tiro y se quedaba esperándonos que nos levantáramos y montáramos otra vez. Y esto lo hacía casi todos los días. Yo lo acusaba a mi madre, y mi madre lo retaba, pero él se reía no más. En esos tiempos él tenía como 17 años y yo 12, por el año 1905.



En los primeros meses de invierno, cuando ya salen los pastos verdes en los cerros con las primeras lluvias y los cerros se ponen resbalosos con la humedad y el pasto verde, Carmelo y otros chiquillos amigos inventaron un nuevo deporte, que consistía en resbalarse cerro abajo sentado en un palo. Carmelo iba al cerro a cortar un palo a propósito como de 50 centímetros de diámetro y de unos 60 de largo y que tuviera un gancho que le sirviera como cabeza de caballo para de ahí tomarlo con las manos y guiarlo cerro abajo. Este palo lo labraba por la parte que iba a ser para abajo dejándolo como una tabla, imitando a un esquí. A este aparato raro él le daba el nombre de caballo. Ya una vez terminado el trabajo de hacer el caballo, lo tomaba y se lo echaba al hombro y se iba cerro arriba en busca del punto que habían elegido para deslizarse. Este punto era una lomita del cerro que no tuviera piedras y estuviera parejita y bastante pendiente y con bastante pasto verde. Él llegaba al punto de partida y se sentaba en su caballo asegurándolo bien con las dos manos de la cabeza que le había dejado, abría las piernas

para que le sirvieran como alas para equilibrarse, y se lanzaba gritando cerro abajo como una exhalación, en un trecho como de 50 metros; y luego, con el uso que ellos le daban al pasto, éste se ponía como jabón de resbaloso; a esos resbalones él los llamaba canchas. En una tirada en que el pasto estaba ya más resbaloso, el caballo se le encabritó, que no hizo caso de su jinete, pasándose de la meta con tanta fuerza, que fue a quedar incrustado en unas matas de boldo, saliendo medio rasguñado. Pero eso no importaba: eran pequeños accidentes del deporte, porque con más entusiasmo tomaba el caballo, se lo echaba al hombro y partía cerro arriba; apenas se sentaba otra vez en el caballo, comenzaba a gritar y se lanzaba como una flecha otra vez, y cuando llegaba abajo parecía un avión cuando va aterrizando.

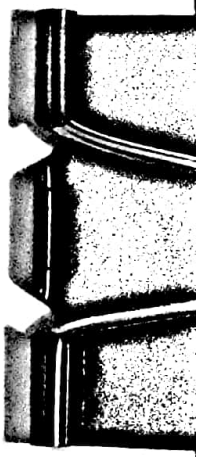
Tenían otra cancha en el cerro también, pero ésta era para el verano y estaba situada en otro sitio que se llamaba "las eritas". Se llamaba así porque en el verano muchos chacareros sacaban sus chacras para trillarlas ahí, porque era un terreno muy duro y parejito; junto a estas eritas se eleva un cerro pelado sin árboles ni piedras. Carmelo y sus amigos escogieron una parte más lisa del cerro para hacer una cancha para jugar a la chueca (un juego araucano). Este juego lo ejecutaban en la falda del cerro y para esto hacían bolas de madera como de 20 centímetros de diámetro y se arreglaban un palo como de un metro de largo con una punta un poco arqueada. A este palo le daban el nombre de chueca, y con esta chueca le pegaban a la bola lo más fuerte que podían, lanzándola cerro arriba, y ganaba el que lograba llegar más arriba con la bola. Y para esto nombraban a un juez que ponían allá arriba, el cual les indicaba el punto al que llegaba cada uno.

Un día en que Carmelo había tomado la mejor chueca, otro chiquillo del porte de él quiso quitársela porque decía que Carmelo con esa chueca los estaba ganando a todos. Carmelo no se la quiso entregar, entonces el otro quiso arrebatársela de sorpresa, pero Carmelo la retuvo y como los dos quedaron tomados de ella, comenzó un forcejeo a todo *full*, que terminó por rodar por tierra. En la caída, Carmelo cayó debajo pero sin soltar la chueca, que logró cruzársela por la espalda al otro y aprisionarlo contra su pecho, sujetando la chueca por las dos puntas con las dos manos, hasta que otros jugadores le quitaron la chueca de las manos a Carmelo. Ahí se acabó la pelea y también el juego. Yo no podía intervenir porque era más chico que todos ellos.

II

Trabajos de campo – la pulmonía – la música de boca – a Santiago

En ese tiempo, o sea, en el año 1905, nos cambiamos al fundo La Velazquina, que está más cerca del pueblo de San Vicente. Ahí llegamos a vivir en unos ranchos viejos, pero luego los patrones nos hicieron una casa nueva, de tejas, como se llamaban por allá las casas hechas de adobes. Ahí Carmelo no quiso trabajar en el fundo porque pagaban muy poco y se fue a trabajar a otro fundo vecino donde pagaban más. Del primer sueldo de la semana que recibió se compró una enjarma para hacerse una montura. La enjarma es la horma de la montura, en la cual se amoldan los pellones, o sea, los cueros motudos de ovejas, que son de los que se hacen las monturas. El trabajo que él hacía en el otro Fundo era cortar trigo, o segar trigo como se dice en el campo, y como este trabajo solo se hace en el verano cuando están los trigos secos, Carmelo era como una máquina para ese trabajo, como se dice; casi se mataba trabajando.



Un día se vino para la casa después del mediodía, serían las tres de la tarde y se vino por dentro de los potreros para acortar camino; dice él que se vino por la orilla de un canal y como no había camino, se vino saltando abrojos y zarzamoras, y en uno de estos saltos por sobre las yerbas fue a caer en un vacío, y como no se pudo sostener, fue a dar dentro del canal, mojándose entero, y le costó mucho salir por entre las zarzamoras, todo rasguñado, y como venía transpirando y el agua estaba muy helada, la aflicción y el viento helado en el camino hasta llegar a la casa le helaron las ropas, así que llegó casi tiritando a la casa. Mi madre lo echó al instante a la cama y le dio unas tisanas de yerbas en agua hervida que lo hicieron transpirar, pero el resfriado era demasiado fuerte, y le dio como pulmonía, y mi madre tuvo que hacerlo ver por el doctor, quien le dio unos medicamentos tan fuertes y hediondos, que tenían pasada la pieza al remedio. Estuvo muy enfermo. Al mismo tiempo, el doctor le prohibió el trabajo forzado y el sol, o sea, todo trabajo de campo. Esto le pasó en el año 1906, como a principios del mes de febrero, de modo que como el 15 de marzo él estaba todavía convaleciente.

Mi padre había sembrado un sandial en un potrero cerca de la casa, y como ya había sandillitas grandes que se las podían robar de noche, mi padre nos mandó a los dos a dormir al sandial para cuidarlo, y para esto hicimos una casuca, que habíamos hecho de ramas de árboles y de cañas de maíz. Todas las noches, después que comíamos, nos íbamos

para la ruca bien cargados con ropas de cama; cada uno llevaba sus cosas: él iba bien cargado con mantas, frazadas, una almohada y una bacinica para hacer pichí y no tener que levantarse y salir afuera en la noche, porque le hacía mal; tenía que seguir cuidándose su convalecencia. En ese tiempo a mí no me hacía falta la música de boca, y cuando íbamos con nuestras cargas a cuestas por la parte más sola del potrero, por un caminito angosto entre los matorrales y zarzamorales, él iba adelante y yo lo seguía de atrás. Entonces sacaba yo mi música y le hacía unas pasaditas por los labios, haciéndola sonar, pero a él parece que lo hubiesen tocado con una corriente eléctrica, porque instantáneamente lanzaba lejos todas las cosas que llevaba en las manos y sacaba el pañuelito y lo ponía en alto, esperando que yo le tocara una cueca para bailarla; y con las cosas que él lanzaba y que caían por encima de las yerbas y zarzamoras, iba también la bacinica, la cual llegaba a dar bote en el suelo, que sonaba estrepitosamente, y como a mí me daba tanta risa al ver cómo se preparaba para bailar, no podía tocarle, entonces él me gritaba con aspereza y me decía: "¡Toca, pues, hombre!". Yo, para poder tocarle la cueca, tenía que volverme para otro lado y no mirarlo, porque me daba tanta risa al verlo cómo se descuartizaba bailando con tanta fuerza, que parecía que no tenía huesos en el cuerpo. A pesar de no estar todavía muy bien de salud, a él le gustaba bailar en el pasto como en un alfombrado, y no teníamos más espectadores que los matorrales. Terminada la cueca, tomaba otra vez todas sus cosas, cargándolas sobre sus hombros y partía otra vez rumbo a la ruca. Esta fiesta se repetía casi todas las noches.

A veces se ponía a cantar solo un canto que sólo cantaba cuando estábamos los dos no más; yo todavía me acuerdo de dos estrofas de sus versos, y que son los que van a continuación:

Estoy muy avergonzado
de un peo que me largué
porque al momento quedé
corrido y avergonzado,
con las damas a mi lado
cómo me iría aflojar
todos soltaron la risa
yo me quedé muy formal.

Más tarde, cuando ya se sintió bien y con fuerzas para trabajar, se ocupó de cochero en las casas del patrón dueño del fundo. En el mes de agosto del año 1906, Carmelo todavía estaba en la casa medio

convaleciente, cuando tuvimos el gran terremoto de ese año, o sea, el 16 de agosto de 1906. Como a las 8 de la noche recién nos terminábamos de acostar todos, cuando comienza el gran remezón. Ninguno atinó a tomar alguna prenda de vestir para abrigarse o cubrirse, porque todos salimos casi volando de la cama. El remezón fue fuerte al tiro, y desde el primer momento todos tuvimos la intención de salir al patio, pero solo pudimos llegar hasta el corredor de la casa, ahí nos encontramos con una cortina mortífera que nos cerraba el paso a lo largo de toda la casa. Esta cortina eran las tejas de la casa, que se corrieron, cayéndose todas, que no sé cuánto tiempo demoraron en caer todas; mientras tanto nosotros nos batíamos junto con las murallas, que nos amenazaban a cada instante con venírsenos encima, y nosotros, encerrados, sin ninguna salida, veíamos la muerte tan cerquita, que bastaba con una muralla que se nos hubiera venido encima para que nos hubiera triturado a todos juntos.

Las tejas se corrieron porque la casa era nueva, recién la habían terminado, y como estábamos en invierno, no se había secado el barro todavía en que habían sido asentadas, por eso se corrieron todas. Las camas de las chiquillas se llenaron de adobes que cayeron de un tabique que se despedazó. Apenas terminaron de caer las tejas, salté yo por encima de la borda de tejas quebradas, que me rompí un pie en las tejas y que yo no me di cuenta y corrí por el medio del barro, medio desnudo, sin darme cuenta que también estaba lloviendo. Corrí en busca de mi hermano Carmelo, que dormía en un ranchito aparte, y encuentro que también andaba disparado por debajo de unas matas de sauces, medio desnudo y a pie pelado por el medio del barro rezando en voz alta. Y voy yo y me le apego a rezar también lo que él rezaba, los dos rezábamos en coro, hasta que pasó el remezón fuerte y nos pudimos reunir todos en un rancho aparte que no ofrecía peligro. Ahí nos acomodamos, abrigados con ropa de cama, a rezar el rosario toda la noche, porque toda la noche tembló, eso sí que despacito (qué noche más terrible fue ésa). El día siguiente siguió temblando, nosotros conocíamos en las pocitas de agua, cuando comenzaban a tiritar. La casa de nosotros, como quedó tan destrozada, los patrones nos hicieron otra nueva, más grande, más bonita y más cerca del pueblo de San Vicente.

Poco tiempo después Carmelo se vino a Santiago a trabajar de cochero aquí también; como ya lo había sido en el campo, le fue fácil seguir aquí en la misma profesión. Aquí se ocupó con un doctor muy bueno, muy católico; era un hombre muy santo, tanto era así que conocía el estado de conciencia de los enfermos que visitaba; después que los examinaba

y hacía la receta, les decía a los demás: "Háganlo confesarse; está en pecado". A Carmelo creo que lo hizo entrar a ejercicios, esto parece que por el año 1909, porque por 1910 estaba ocupado con otro patrón, que tenía varios coches. Ese patrón lo llevó en los meses de enero y febrero a un fundo que tenía por la ciudad de Loncomilla, más al sur de Talca. De vuelta de ese veraneo fue a hacernos una visita al campo. Llegó convertido en un santiaguino hecho y derecho; vestía un lindo traje, un sombrero de paja blanco de los que se usaban en esos tiempos en Santiago, zapatos de color y un lindo par de bigotes largos, medio rubios y bien encachados, que respiraba una fisonomía envidiable; un gran *gentleman*, un gran caballero. En el momento en que llegó, no lo habíamos conocido, se veía muy bien. Un huaso amigote de nosotros se encontró con él, y después de saludarlo, le dijo: "Chitas, ya vos querís quedarte con todo Santiago ya, pues".

III

La familia en Santiago – la pieza de calle San Diego – los primeros empleos

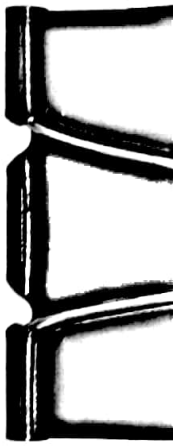
Más tarde, en el año siguiente, en el mes de mayo de 1911, cuando nosotros nos vinimos definitivamente a Santiago, lo encontramos con otra cara, pues se había echado abajo los bigotes. En ese tiempo ya iban a ser tres años que mis hermanos me habían dejado solo con las siembras de las chacras. Yo solo tenía 17 años, y como en el último año que sembré perdí todas las cosechas por causa de las lluvias, no quise sembrar más. Entonces les dije a mis padres que nos viniéramos a Santiago; como ya mis dos hermanos estaban aquí y sin deseos de volver más para el campo.

Mis padres reflexionaron un poco y por fin encontraron buena la idea, y nos pusimos a vender todo lo que teníamos y pusimos en conocimiento a Carmelo de nuestra resolución. Carmelo, al saber que nos veníamos, nos arrendó con tiempo una amplia morada en la calle San Diego pasadito Diez de Julio; ahí nos iba a recibir. Terminamos nosotros de vender todos nuestros monos allá en nuestra vieja tierra y nos embarcamos para Santiago. El viaje fue lleno de alegría y optimismo, porque no sabíamos dónde íbamos a caer ni en qué íbamos a trabajar. Pasaban las horas, el tren corría y corría y nosotros dentro, hasta que por fin llegamos a la Estación santiaguina, y nos bajamos del tren todos asustados: ¡no conocíamos a nadie!

Pero muy luego nos encontramos con mi hermano Carmelo, quien nos ubicó primero, porque aquí en Santiago es más fácil ubicar a un huaso que a un santiaguino. En ese instante Carmelo apareció de repente de entre las gentes, con su cara llena de contento. A nosotros al verlo se nos cambió la máscara de un solo golpe, de cara de susto por cara de gran regocijo. Él nos contagió con su ancha risa.

Después de los saludos reglamentarios y de cruzar varias palabras con él, nos invitó a subir a un coche cerrado y tirado por caballos, santiaguinos también, que nos llevaron velozmente a ocupar una enorme pieza que nos tenía arrendada de antemano en la calle San Diego 730. Pero era tan grande la pieza, que las camas quedaban como sembradas a distancias unas de otras, que parecía un campamento de gitanos. Solo pagaba por esa enorme sala $25 al mes. Ahí pasamos los primeros días, tirando líneas en qué íbamos a trabajar, aunque mucho apuro no teníamos todavía porque habíamos traído montón de platita de la venta de los enseres que habíamos verificado allá en la otra tierra.

Yo fui el primero que me colé a trabajar: entré de mozo de comedor en una casa particular, pero duré poco ahí porque mi hermano Carmelo me dio el dato de una pega mejor, a la cual me recomendó el mismo cochero de la casa que era amigo con Carmelo, pero a los pocos meses después Carmelo volvió a intervenir para que yo mejorara de ocupación, también por intermedio de otro cochero amigo de él, que me recomendó a sus patrones para hacerme cargo del aseo y arreglo del primer automóvil que cayó en mis manos, en el mes de junio de 1913. Esa fue la ocupación que me dio la suerte y la profesión que he ejercitado hasta hoy día: el automovilismo.



IV

Vida de solteros – cocheros – la Morandé – el Club Hípico – choferes

Carmelo siempre trató de ayudarme, de cualquier manera; fue siempre muy buen hermano conmigo; si cuando los dos todavía éramos solteros salíamos casi siempre juntos los dos, gastábamos la platita por iguales partes y si alguno gastaba más o le pedía emprestado al otro, nunca nos cobrábamos diferencias. Casi todos los domingos íbamos a ver correr a los ciclistas en los velódromos; a él le gustaba mucho este deporte, que le llenaba de entusiasmo y se ponía a gritar a los ciclistas cuando iban

corriendo en las últimas vueltas, animándolos: "¡Échale, fulano, que te pilla zutano!", y corría de un punto a otro de la cancha para no perder detalle de la carrera. Él les sabía el nombre a casi todos los corredores.

Los días sábados por la noche eran siempre las peleas de boxeo. Nosotros apenas sabíamos dónde iba a haber una pelea interesante o que fuera a pelear algún boxeador conocido, allá estábamos en las galerías, con la vista fija en el *ring*.

Una noche nos hicieron lesos con las entradas. Esa vez iba a pelear el primer boxeador peso pesado de Chile; nosotros no nos podíamos quedar sin verlo y partimos esa noche en un cacharro, porque estaba un poco lejos y ya íbamos atrasados; y cuando llegamos, ya habían peleado todos los preliminares, faltando solo la pelea de fondo o principal. Llegamos nosotros apurados de cabezazo a la boletería a sacar boleto, cuando nos dice el boletero: "¡No hay boletos, están agotados!". "¡Chitas!", dijimos nosotros, "¡qué hacemos ahora!" Y nos retiramos de la boletería. Entonces se nos acerca un hombre y nos dice: "Yo tengo dos boletos aquí, si quieren se los vendo". "¡Ya, pues!", le dijo Carmelo, e hicimos el negocio comprándoselos en el mismo precio que los vendían en la boletería, o sea, $6 cada uno. Esto era en el año 1924. Ya con los boletos en la mano, nos fuimos de cabeza a la puerta, Carmelo le pasa los boletos al portero, éste los toma, los mira y le dice: "¡Estos boletos son falsos!". "¡Ah, chitas!", dijimos otra vez nosotros. "Nos engañaron", me dijo Carmelo, y volvimos rápidamente en busca del hombre, pero ya el hombre se había esfumado. Nos quedamos parados, medio tristones, sin hallar qué hacer. Entonces otro hombre dijo: "¡Creo que van a traer más boletos!". Entonces nosotros, al oír esta noticia, nos acercamos otra vez a la boletería a preguntar si ya habían llegado más boletos. "Sí", nos dijo el boletero, y nos vendió dos. Ahora sí que estábamos seguros de entrar, llegamos a la puerta, pasamos volando para las galerías, nosotros que tomamos asiento cuando salen los boxeadores. Estuvo harto brava la pelea, porque corrió sangre, y después que terminó la pelea, uno de los peleadores cayó desmayado en medio del *ring*. Tuvieron que llevarlo en brazos para adentro.

También nos gustaba mucho ir a los circos a reírnos con los payasos. Un día domingo que no hallábamos qué hacer, me dijo Carmelo: "¿Vamos al Club Hípico a ver correr los caballos?". "Ya", le dije yo, y partimos los dos después de almuerzo. Llegamos a las boleterías, compramos las entradas y nos colamos por las escaleras del edificio hasta que llegamos al último mirador, ahí nos instalamos los dos solos; abajo, en las galerías,

estaba el hervidero de los jugadores. Nosotros, como no íbamos a jugar, nos aislamos por allá bien alto, donde nadie nos viera. Pero cuando ya habíamos visto correr todas las demás carreras, faltando por correr la última, me dijo Carmelo: "¿Bajemos a ver cómo está la pelotera abajo?". "Ya", le dije yo, y nos tiramos escala abajo y en pocos segundos nos encontramos en medio del hervidero de gentes. Nos quedamos mirando, cuando de repente sale un hombre de entre el tumulto y se dirige a Carmelo saludándolo con mucha alegría; era conocido de mi hermano y luego le pregunta cómo le había ido en las carreras y si ha ganado algo. Carmelo le dijo que nosotros no vinimos a jugar, sino a ver no más. Entonces le dijo el hombre que él había perdido en la carrera anterior y que en la última tenía un caballo fijo que no podía fallar, pero que la plata que le quedaba no le alcanzaba para jugarle; y le propuso a mi hermano jugarle en medias, "le jugamos", le dijo, "un ganador y un placé". "Ya", le dijo Carmelo y juntamos las platas; yo también pasé mi parte, se sacaron los boletos, se corrió la carrera y el caballo de nosotros no llegó a la meta: quedó perdido detrás de los demás; se perdió la platita. Esta experiencia nos sirvió para no ir nunca más a jugarle a las patas de los caballos.

Antes, cuando vivíamos en calle Crédito, que está por Santa Isabel, estando solteros todavía, nosotros con Carmelo teníamos una pieza para los dos solos. Entre las dos camas teníamos un solo velador, donde manteníamos una sola vela para los dos, la que prendíamos cuando nos íbamos a acostar, porque no había luz eléctrica en la casa. En la noche, después que comíamos, mientras se celebraban las charlas de sobremesa, comenzaba Carmelo, disimuladamente, como que se estaba rascando una canilla, y era que se estaba desabrochando los zapatos, para así tener algo adelantado y poder ganarme el acostarse primero, porque todas las noches corríamos carreras a quién se acostaba primero para darle el soplido a la vela y apagarla primero para echarle el humo al otro. A veces le dábamos el soplido a un tiempo y la llamita parece que se cortaba de la vela y se iba con el humito para arriba, y a nosotros nos daba mucha risa.

En esa casa había un parrón en el patio, mi madre había sembrado unas matas de zapallo que tenía las guías bien largas y que ya cubrían la mayor parte del patio. Carmelo, en esos días, se había comprado una bicicleta usada y le estaba haciendo empeño a aprender a andar en ella, y se estrenaba en el pequeño patio de la casa, andaba tres o cuatro metros y caía, y en una de estas caídas cayó encima de las matas de zapallos gritando ¡huifa! y se daba vueltas revolcándose sobre las guías de zapallos.

Mi madre, tan enojada con él, tomó una escoba para pegarle, pero él se paró más que ligero, pescó la bicicleta y arrancó riéndose para el fondo del sitio.

Un día que yo estaba desocupado me dijo: "¿Quieres acompañarme a servir a un matrimonio de librea en el *Couppé*?". "Bueno", le dije yo. A mí me encantaba ser cochero, andar sentado en el pescante, elevado, manejando las riendas y una gran huasca. Tenía muchos deseos de ser cochero; cuando estaba desocupado me iba a la Alameda, solo, a ver pasar a los cocheros manejando una pareja de caballos tan entallados como el cochero que los guiaba, sentado en lo alto del pescante, luciendo su destreza y su talla, vistiendo una leva azul obscuro con dos corridas de botones por el pecho, de alto abajo; botones dorados que brillaban como brasas de fuego con el sol, y un sombrero de copa alta con una escarapela de color que llevaba al lado izquierdo de la copa, que le sobresalía para arriba; zapatos negros y botas negras y muy lustrosas, con unas vueltas blancas de goma en el borde de arriba, al llegar a la rodilla. Uno se veía fantástico.

Así vestía Carmelo en su ocupación de cochero. Yo lo envidiaba. Por eso que ese día, cuando me pidió que lo acompañara a servir a los novios, yo le acepté encantado; además de que iba a tener la única oportunidad de vestir yo también ese uniforme, o esa parada que yo tanto admiraba. Y salimos los dos juntitos, vestidos iguales, sentados en el pescante elevado del coche *Couppé*. Cuál de los dos más entallados.

El matrimonio se llevó a efecto en el Sagrario, en la Plaza de Armas. Carmelo me había dicho antes todo lo que yo tenía que hacer, sin que él me lo ordenara. Me había dicho: "De aquí vamos a ir a buscar al novio; apenas lleguemos, tú te bajas, das la vuelta por detrás del coche y le abres la puerta del coche al novio cuando venga. Cuida de estar bien atento, que no te pille descuidado, mantente cuadrado con la puerta tomada mientras sube, después cierras con suavidad la puerta, sin golpearla, y esto lo vas a hacer cada vez que te bajes a abrir la puerta, y luego a ocupar tu asiento a mi lado y rápido, haciendo el mismo recorrido por detrás del coche". Yo lo hice todo como él me lo indicó, me sentía feliz al lado de él, luciendo nuestras tallas a todo el mundo. Después me dijo él que le habían dicho que nos habíamos lucido, porque habíamos servido muy bien a los novios.

Un día domingo, en la primavera de 1914, llegó tempranito a la casa donde yo trabajaba, y me encuentra que voy saliendo para ir a misa a la Iglesia del Salvador, que estaba a una cuadra de la casa. Nos saludamos y

conversamos algo, y en seguida le dije: "¿Vamos a misa?". "Ya", me dijo él y partimos los dos para la Iglesia. Apenas terminó la misa, salimos casi de los primeros a la calle, nos fuimos conversando hasta que llegamos a la esquina donde estaba la casa de mis patrones, entonces él miró hacia atrás y vio a Laura, que venía también de misa, pero por la otra vereda, envuelta en su manto negro y largo, que le llegaba casi hasta el ruedo del vestido, solo dejaba libre la cara; y dice él: "Que es simpática la Morandé, hombre". "Un poco", le contesté yo. Él le cambiaba el apellido Vergara por el de Morandé. Él la quiso también desde que la conoció y así, el día que me casé, él fue el primero y el único que llegó a nuestra casa a visitarnos, el único que no me abandonó; todos los demás, excepto mi padre, que fue con toda buena voluntad a dar su consentimiento, todos los demás se alejaron de mí en mi matrimonio, pero Carmelo no: él nos siguió visitando seguidito; muchas veces se quedaba a comer con nosotros y también, varias veces, a dormir, y así como a él le gustaba llegar a nuestra casita, así también Laura se esmeraba en servirlo, porque el gusto de ella era atender a las visitas bien, como ella sabía hacerlo.

En ese tiempo, por el año 1915, yo ya era chofer y trabajaba al arriendo; él todavía no lo era, pero muy pronto quiso aprender a ser chofer también, y para esto se iba en las tardes, después que se desocupaba de su trabajo, al paradero donde yo trabajaba en la Plaza de Armas. Ahí llegaba ya casi de noche, entonces yo lo convidaba a que me acompañara en el auto a dejar pasajeros a diferentes partes de la ciudad o fuera de ella, y de vuelta, cuando veníamos los dos solos y en calles solas también, le entregaba el auto para que aprendiera a manejar; yo lo dirigía en cómo hacer los cambios de velocidad, y en estas operaciones muchas veces se nos pasaba un tanto la hora; entonces nos dirigíamos al garage a guardar el auto y de ahí yo lo convidaba para mi casa, así nos acompañábamos los dos para no andar solos de a pie en la noche, y era así como se quedaba muchas veces a comer y dormir con nosotros. También tenía un amigo chofer que le hacía clases en su auto, y cuando ya estuvo capacitado para dar examen de manejo, como yo no le podía prestar el auto que yo manejaba sin el visto bueno de mi patrón, hablé a un amigo chofer para que nos hiciera este gran servicio de prestarnos su auto para que mi hermano diera examen en él, y así fue, dio el examen con todo éxito saliendo al tiro bien, y el técnico le dio su carnet de chofer.

En ese tiempo mi patrón, al ver que le iba bien con mi auto, quiso comprar otro más, pero para esto necesitaba de un local grande, o garaje, para guardarlos todos juntos; entonces me encargó a mí que buscara

un local, y encontré uno en la calle Libertad Nº25. Ya una vez con el local, mi patrón comenzó a comprar autos, compró cuatro, entonces yo le recomendé a Carmelo a mi patrón, y mi patrón le dio uno de los mejores autos a Carmelo, que lo trabajó un tiempo no más; después se fue a trabajar al garage de la firma Prieto & Roa, que tenía como seis o siete autos, en la calle Eyzaguirre 636.

Mi patrón acabó con el garage y vendió los autos, dejando el que le trabajaba yo no más para que le sirviera a él de particular, y se compró una casa-quinta por la Avenida Macul, a donde me llevó a mí también haciéndome una casa nueva para que viviera cómodo con mi familia. Allá llegaba mi hermano Carmelo a visitarnos; no le faltaban motivos para llegar a donde yo estaba.

V

Negocios – los novios – casamiento

Un día llegó más contento que otras veces, su cara rebosaba de alegría, y era que tenía un negocio entre manos que nos convenía mucho a los dos; y luego me comienza a decir con su cara llena de entusiasmo que la firma Prieto & Roa se encontraba en quiebra y los autos que tenía en sociedad se los habían ofrecido a él en venta, con facilidades de pago. Los automóviles son seis, me decía, y me los dan en $2.500 cada uno, pagándolos con $6 diarios cada uno. Él, entusiasmado, me decía: "Trabajamos uno cada uno y los demás los dejamos guardados. ¿Cómo no hemos de hacer $36, entre los dos?". "Claro que sí", le decía yo, que al ver el negocio tan floreciente como él me lo pintaba me entusiasmé y al día siguiente le avisé a mi patrón que se buscara otro chofer porque yo me iba a retirar. En los primeros días del mes siguiente ya yo estaba instalado en el garaje, haciéndome cargo de la compostura de los autos. Una vez instalados y frente al negocio, acordamos echar todos los autos a trabajar, yo de dedicarme al arreglo general de ellos, y él de ponerle los choferes a los autos y de comprarle los neumáticos en el comercio a medida que los autos los fueran necesitando. El negocio iba caminando muy bien: yo trabajaba hasta de noche, cosa de que ningún auto perdiera de trabajar por falta de arreglo. Cuando un día llegó azorado con los choferes, protestando que no lo dejaban trabajar tranquilo y que todo el tiempo lo estaban jodiendo haciéndole ver el mal estado de los neumáticos y el estado general del auto, y esto pasaba

porque todos trabajaban en el mismo paradero, así es que, me dijo, "vengo decidido a entregar los autos otra vez". "Vos sabrís, pues", le dije yo, entre sorprendido y desganado. "Voy a entregar estas porquerías que me tienen tan aburrido", me volvió a repetir, "me tienen tan cabreado los choferes que no puedo hacer otra cosa". Como él era el que hacía cabeza en el negocio, yo no podía impedirlo. Habló con los caballeros y se los entregó. Los caballeros fueron buenos, reconocieron la plata que habíamos alcanzado a darles, que correspondía al valor de un auto, y nos dieron uno. Después, para poder dividirnos, tuvimos que comprar otro auto, en medias también, entonces nos pudimos dividir uno cada uno; él vendió después el suyo y siguió trabajando uno más nuevo que le compró a otro caballero. Esto pasaba por el año 1919.

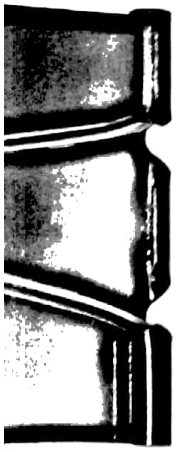
Por esos mismos días llegó a mi casa el mozo de los que fueron mis últimos patrones, que vivían en la Avenida Macul. Venía a pedirme un servicio: si podía ser su padrino, porque se iba a casar. "Muy bien, pues", le dije yo, "seré su padrino con Laura". Entonces le dije a Carmelo: "¿Vamos a casar unos novios a Ñuñoa y vamos en tu auto?". "¡Cómo no", me dijo, "vamos no más!". Yo tenía plena confianza en él, porque nunca me negaba un servicio.

El día sábado siguiente en que quedamos de acuerdo con los novios, partíamos los tres en su auto, muy contentos, como a las 7 de la tarde, primero fuimos a buscar a los novios a la casa de los patrones en la avenida Macul, porque los dos eran empleados de la casa; los llevamos a la Iglesia de Ñuñoa, que está en la plaza de ese nombre; primero los pasamos a la oficina para la información, nosotros con Laura fuimos los testigos; después en la Iglesia fuimos los padrinos, y una vez casados, tuvimos que festejarlos con una comida. Para esto los llevamos a un restaurant de por ahí cerca, y les dimos una buena comida bien remojada. Carmelo fue el que alegró más la fiesta con sus chistes y bromas, que los novios gozaban tanto. Después los fuimos a dejar a su casa, bastante mareaditos.

Al poco tiempo después le llegó el día en que se tenía que casar él, y para hacer su casamiento bien celebrado como él lo quería, mandó disimuladamente a mi madre a veranear al campo, porque mi madre era polo opuesto de todos los casamientos de sus hijos, y así pudo celebrar sus bodas a gusto y con entera libertad, y como vivíamos todos juntos en una misma casa, yo, por estar dentro del círculo, me vi obligado también a apegarme a la fiestoca; aunque yo había dicho antes que no asistiría a ningún casamiento de mis hermanos, porque ninguno de ellos asistió al mío a pesar de haberles avisado oportunamente el día, la hora y la Iglesia

donde se iba a bendecir mi matrimonio. Ya había sucedido el casamiento de mi hermana Petronila, al cual yo no asistí. Pero para Carmelo no rezaba esa pena, bien que él tampoco asistió a mi casamiento, pero fue él el primero que llegó a vernos a nuestra casita, sin que yo lo hubiera convidado, y ese acto de mi hermano fue un aliciente de gratitud que he sentido toda mi vida hacia él. Además él también quiso mucho a mi negra; entre los dos nunca existió rencor de ninguna especie, sino solo buena hermandad. A pesar de que éramos contrarios en política, pero nunca discutimos sobre este punto[4].

Esa vez, además de acompañarle en sus bodas, tuve el honor de guiar el automóvil de los novios a petición de él mismo, tal vez para tenerme más cerca de él en el día más feliz de su vida. Dos días duró la fiesta, dos días también que manejé el auto de los novios, porque al día siguiente salimos a pasear para La Florida, por el lado de Puente Alto. Carmelo hizo lo mismo que hice yo: arrendó una casita independiente de antemano para recibir a la esposa y convertirla de inmediato en dueña de casa, porque eso es lo ideal y lo ejemplar. Una vez él con casa y señora era yo entonces quien lo visitaba y celebrábamos la fiesta del Carmen en la nueva casa. El auto lo siguió guardando en mi garage y me pagaba arriendo por una cochera que ocupaba.



VI

Compras y regalos – la comisaría – curaíto – los niños – pintura equivocada

Un día llegó muy entusiasmado, diciéndome que un vecino de él se cambiaba a Valparaíso y vendía todo el menaje de casa sumamente barato. "Tiene un peinador igual al mío", me dijo, "y tú se lo puedes comprar; anda al tiro a verlo antes que se lo venda a otro". Y partimos los dos a ver el peinador. En realidad, el caballero estaba regalando sus cosas: me vendió el peinador en la mísera suma de $85. Carmelo le compró un reloj viejo de pared; este reloj, como estaba todo malo, no lo pudo arreglar porque le faltaban varias cosas, entonces me lo ofreció a mí en la misma plata que le había costado a él, y convinimos de recibírselo por un mes

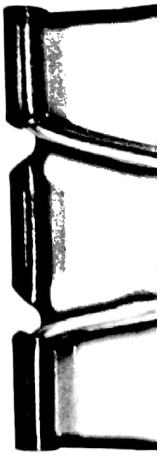
---

[4] Carmelo era hombre de la Izquierda y simpatizaba con el Partido Comunista. Benito, por el contrario, por sus ideas religiosas, simpatizaba con el Partido Conservador. El primero leía diariamente *El Siglo* y otros periódicos de tendencia similar; el segundo, *El Diario Ilustrado* (Nota del Editor).

de arriendo de la cochera, y que era $20. Yo arreglé el reloj y me quedó bien bueno, y todavía lo tengo.

Unos cuantos años atrás, me convidó un día para que lo acompañara a comprarse un reloj de bolsillo, y fuimos los dos por la calle Bandera al llegar a la Alameda donde había una relojería. Ahí nos metimos, nos mostraron unos cuántos relojes y le gustó uno de plata tapado, que valía $40, lo compró y nos fuimos para la casa. Este reloj lo tuvo unos pocos años no más; luego se compró otro más bonito, éste era enchapado en oro y también tapado; el de plata se lo compré yo en lo mismo que le costó a él, y todavía lo tengo, y bien bueno.

Otro día le dije que me vendiera la caja baúl que tenía para guardar la ropa. "Bueno, te la vendo", me dijo, "en lo mismo que me costo a mí: $12". "Ya", le dije yo. Y como a los dos meses después, le dije: "¿Por qué no me vendís la bicicleta?". "Ya, te la vendo", me dijo, "en lo mismo que me costó a mí, en $100". "Pero te la pago en dos cuotas", le dije yo, "te doy al tiro $50 y al otro mes te doy los otros $50". "Ya", me dijo, e hicimos el negocio también.



Después le compré una cajita de madera que él se había hecho cuando estuvo ocupado con los patrones en el campo y que él se trajo a Santiago; él la tenía para guardar sus secretos, porque es con llave. A mí también me sirvió para lo mismo, y todavía la tengo. Más tarde, aquí en la población, estuve intentando comprarle el auto grande en el que corríamos para los baños de Colina. También quise comprarle un día un escritorio para Gabriel, uno que él le había comprado a su hija Alicia pero que ya no lo usaba. "Bueno, te lo vendo" me dijo. Después yo mandé a Gabriel a pagárselo y a traer el mueble. Entonces él, tal vez tomando en cuenta que Gabriel era su sobrino y ahijado, no le quiso recibir la plata y le regaló el mueble.

Una vez, cuando estábamos en el garage Eyzaguirre todavía, salió un día en compañía con otros choferes a probar un auto y fueron para Ñuñoa. En la noche, cuando venían de vuelta, al chofer que manejaba el auto y que al mismo tiempo era el dueño del auto, se le había pasado bastante la mano en el trago y por causas de traer la vista nublada, no vio un montón de tierra suelta que había a un costado de la calle, por la avenida Irarrázaval, y que al meterse las ruedas delanteras del auto en la tierra, se embotaron éstas y se doblaron para un lado con tanta fuerza y rapidez que le quitaron el volante de dirección de las manos al chofer y el auto se dio vuelta. Todos los ocupantes quedaron debajo, y les costó salir a flote otra vez, todos magullados y revolcados. Los que lograron

salir primero hacían fuerzas para levantar el auto mientras otros tiraban de las patas a los que habán quedado aprisionados contra el suelo. Por suerte ninguno salió con moleduras de alguna importancia; después, entre todos lo dieron vuelta otra vez, enderezándolo, pero éste no quiso andar más, se les taimó, y como temieran que llegaran los carabineros, y que los podían llevar a todos a la comisaría, comenzaron a irse, abandonando el auto. Hasta el dueño también se fue, pero Carmelo no quiso abandonar el auto, se quedó para cuidarlo, creyó que como él no era el dueño ni tampoco el que manejaba, la policía no tenía nada que hacer con él; pero no fue así, los carabineros se lo trajeron redondito a la comisaría. De ahí me mandó a avisar que estaba preso. Serían la 9 y media de la noche. Partí yo al tiro para la comisaría, que estaba como a tres cuadras de la casa. Llegué allí y el centinela dio el grito de reglamento: "¡Cabo de guardia!". Inmediatamente se hizo presente en la puerta el cabo. "¿Qué desea?", me dijo. "Vengo a ver a mi hermano, que esta aquí", le dije yo. "¿Cómo se llama su hermano?" me dijo. "Carmelo Salazar", le dije yo. "Sí, aquí está, pase a verlo". Pasé y lo tenían en el cuerpo de guardia, sentado en una banca de palo. "¿Qué te pasó, hombre?", le dije yo. Entonces él comenzó a contar lo que les había pasado, y protestando contra el dueño del auto, que por causa de él estaba preso, cuando era él, decía, el que tenía que haber contestado a la policía de lo que les había pasado. La policía consideró sospechosos a los que huyeron, por eso que lo apresaron a él hasta que se aclarara el asunto. Así es que él tuvo que pagar el pato, pasando una noche en la comisaría. Yo quise pagarle la multa para que lo dejaran libre, pero el comisario se negó a ello. Entonces fui a la casa a buscarle ropas para que se abrigara, y lo acompañé como hasta las once de la noche, hasta que me echaron para afuera.

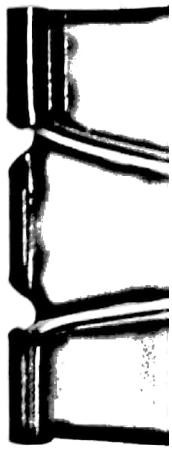
Al día siguiente, ya bueno y sano, el dueño del auto se presentó a reclamar su auto, que lo estaba cuidando un policía, y para poder retirarlo tenía que salir la orden de la comisaría y para esto había que presentarse al comisario y explicarle lo que había pasado, diciéndole que él no vio el montón de tierra porque la calle estaba muy oscura en ese lugar, y que por eso el auto se le dio vuelta, pero que ninguno había salido herido. Con estas explicaciones y otras más, el comisario lo dejó libre a él y también a mi hermano, quien fue el más afectado de todos. Esto le pasó cuando era soltero todavía.

Otro día, también en esos tiempos, llegó una tarde a guardar el auto. Todavía no se oscurecía. Nosotros nos extrañamos de que llegara tan temprano a guardarse. Entonces estaba todavía nuestra hermana

Edelmira, ella fue la que le abrió la puerta de la cochera donde guardaba el auto. Llegó como de costumbre: entrando el auto con todo cuidado, nadie le notó nada extraordinario; entró, paró el motor y se quedó en silencio. No se bajaba del auto. Como lo entraba de punta, no lo veíamos a él por detrás, entonces dijo la Edelmira que Carmelo no se bajaba del auto. ¿Qué le habrá pasado?. "Voy a verlo", dijo ella, y se fue asomar y volvió diciendo: "Está durmiendo, viene curaíto".

Carmelo era lo contrario de muchos choferes, que cuando toman un trago se vuelven locos para manejar; él, mientras más malito, con más cuidado manejaba, que no se le notaba. Esto cuando era joven. Después, con los años, cometió algunas pequeñas torpezas; en este sentido, todos las cometemos, porque nadie es perfecto en la vida.

A Carmelo siempre le gustaron mucho los niños. Cuando vivíamos en el garage Eyzaguirre, como vivíamos tres familias en la misma casa, se juntaba un montón de chiquillos. Él se entretenía con ellos formándoles campeonatos de carreras; él mismo componía las parejas de corredores y los mandaba a ponerse en el punto de partida, que estaba al fondo del garaje. La meta se las ponía en la puerta de entrada; la cancha tenía como 40 metros, él se ponía en la meta, y ahí, en el suelo, les ponía el premio, que consistía en 0,10 centavos. El que llegaba primero recogía el premio. Desde la puerta los gritaba y les daba la partida, y les metía una tremenda bulla a los chiquillos mientras corrían, hasta que llegaban a la meta. Él gozaba viendo a los chiquillos haciendo el máximo esfuerzo para ganar. Enseguida formaba otra carrera para los perdedores, y finalmente, los premiaba a todos, para que ninguno quedara agraviado.



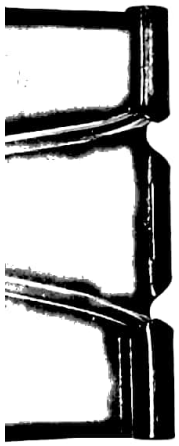
Carmelo fue muy querendón de los niños, a todos les ponía nombres sobrepuestos, a uno le decía el Chaplin; a otro más chico le puso el Costra, porque andaba siempre muy sucio y mocoso; a otro el Rucio; a todos, sobre todo cuando los hacía correr, les ponía nombres de caballos de carrera.

Una vez me dijo que le pintara su auto; él ya se había comprado un tarro de pintura azul oscuro, que era el color que a él le gustaba. Nos pusimos una tarde los dos a preparar el auto para la pintura, terminamos como a las 7 y lo dejamos listo adentro del salón de pintura que yo tenía para pintar autos. Yo siempre acostumbraba pintar después que comía en la noche y terminaba después de las 12. Carmelo me dejó su tarro de pintura junto a otros que yo tenía. Cuando volví yo de comer, me puse a pintar sin parar hasta que terminé y me fui a dormir. Al otro día temprano voy a ver el auto por si había amanecido seca la pintura,

cuando me llevo una gran sorpresa: apenas abro la puerta, veo que el auto, en lugar de amanecer azul oscuro, amaneció verde oscuro. Apenas llegó Carmelo le dije lo que me había sucedido. Carmelo pasó a verlo, y como estaba bonito, se resignó y dijo: "Ya esta así, dejémoslo así". Yo estaba temiendo que me lo hiciera pintar de nuevo. Yo en la noche no distinguí los colores porque los dos tarros que estaban juntos eran iguales. Y yo tenía la pintura verde para mi auto.

VII

La Población Manuel Montt – otra vez juntos – otra comisaría – viaje a San Vicente



En el año 1926 yo me cambié al garage de la calle Aldunate Nº816. En ese tiempo Carmelo ya se había comprado una casa en la calle Maestranza por intermedio de la Caja de Ahorros; él ya era imponente en esos años. En el mes de octubre del año siguiente, de 1927, yo me hice socio de la Sociedad Manuel Montt para que me dieran una casa aquí en la población. Estaba todavía yo en el garage Aldunate: un día fui a pagarle el arriendo del garage al dueño y me conversó de un auto que tenía y que lo quería vender; me lo mostró y yo le dije que le iba a buscar comprador y, en efecto, le dije a Carmelo del auto que vendía este caballero. Yo le decía a Carmelo que el auto estaba en muy buen estado y era más moderno que el que él tenía. Carmelo se entusiasmó y me dijo: "Recomiéndame al caballero, a ver si me lo vende". A los dos días después fuimos los dos a hablar con el caballero sobre la venta del auto. Yo llegué diciéndole al caballero los deseos de mi hermano, que quería que le vendiera el auto. "Muy bien", me dijo él, "se lo vendo, con mayor razón tratándose de su hermano". Inmediatamente comenzaron a hacer el trato de compraventa; el caballero era una excelente persona, le dio facilidades, aceptándole una cantidad de pie y lo demás se lo pagó por mensualidades, y finalmente quedaron muy amigos. Esto fue por el año 1927.

A principios del año 1928, yo me cambié a la Población Manuel Montt. Carmelo todavía vivía en la calle Maestranza, y con este cambio mío vinimos a quedar más lejos uno del otro, o de nuestras viviendas. Un día que nos encontramos, entre otras cosas me preguntó: "¿No quedará alguna casa desocupada en la población? ¡Quisiera irme yo también para allá!", me dijo. Yo le dije: "Creo que en la 5 Norte se ha desocupado una.

De todos modos el que sabe de estas cosas es el gerente", y le agregué; "Anda tú mismo a hablar con el gerente; le decís que yo soy de la Manuel Montt también y de seguro que te la dará". Fue y habló con el gerente y por ahí consiguió que le dieran la casa, en donde vinimos a quedar vecinos otra vez y para toda la vida.

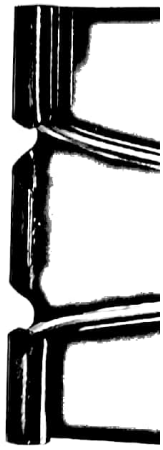
Una vez, no hacía mucho tiempo que tenía él el auto Plymouth –no me recuerdo la fecha– y estando yo durmiendo ya, como a las 10 de la noche siento un auto que para al frente de la casa y luego golpear la puerta; me levanto a ver quién es y me encuentro con un chofer conocido de aquí de la población y me dice vaya a ver a don Carmelo, que lo tienen preso ahí en el retén. "¡Bah!", le dije yo, "¿qué le habrá pasado?". Le di los agradecimientos al chofer y me dispuse a partir para el retén, que estaba en Vivaceta esquina de Pinto. Me eché al bolsillo $150 que tenía por si hubiese algo que pagar. Llegué al retén y me presenté al teniente, preguntándole por él, y que yo era su hermano. Y me dijo el teniente: "Está curado, y está preso porque atropelló al sargento que iba en bicicleta. Parece que venía durmiendo en el auto y no vio al sargento, lo atropelló por detrás", y me agregó: "Ahí está en el cuerpo de guardia, pase a verlo". Ahí estaba sentado en una banca de palo, con su cara bien seria y amurrado. Le dije: "¿Que te pasó, hombre?". "Aquí estoy, atropellé al sargento y quiere que le pague la bicicleta. Yo no pago ni cobre", me dijo enrabiado, "que me dejen preso nomás".

El teniente le hablaba con buenas palabras: "Es mejor para usted que le pague el perjuicio y quedará libre, porque si le paso el parte al juez, usted se embroma". Pero él se enfurecía y le contestaba que él no pagaba y que lo dejaran preso no más, y amarrado –les agregaba– y esto lo repitió varias veces. Yo tampoco lo podía convencer de que pagara y lo dejaban libre, pero no había caso, estaba empecinado. Entonces yo quise ver la bicicleta, el estado en que había quedado. Tenía una rueda un poco doblada no más; por suerte al sargento no le pasó nada, salvo el costalazo. Entonces me dijo el sargento que la bicicleta no era de él, sino de un amigo que tenía taller de bicicletas. Entonces le dije al teniente que mandara a buscar al dueño para que avaluara el perjuicio. Fueron y trajeron al dueño, quien se puso a mirar la bicicleta sin decir nada; entonces el sargento le dijo: "¿Serán $250?". "Sí", le dijo el dueño. Entonces fui yo a decirle a Carmelo que pagara esa suma y quedaba libre. "No pago nada, no tengo plata tampoco, que me dejen preso no más", me dijo. Yo estaba desesperado por la tenacidad de él. Salí a decirle al teniente lo que me había contestado y el teniente me volvió a repetir

lo mismo, que si pasaba el parte, lo embromaba, porque un parte en esos tiempos solo por manejar en estado de ebriedad eran seis meses de suspensión en que no podría manejar. Entonces se me ocurrió una idea: como yo llevaba $150 y me faltaban solo $100, me acerqué despacio al lado de él. Yo pensé: "Carmelo nunca me ha negado una ayuda, espero que ahora tampoco me la niegue", y con esta resolución me acerqué y le dije en voz baja: "¿Tenís $100 que me emprestís?". "Sí", me dijo, sacó de la billetera $100 y me los pasó. "Mañana te los devuelvo" le dije. "Ya", me dijo él. Salí y le pasé los $250 al dueño de la bicicleta delante del teniente y del sargento. Entonces me dijo el teniente: "Ya, lléveselo, pero que no maneje él; usted llévele el auto". "Gracias", le dije yo al teniente y entré a donde él estaba y le dije: "Ya está todo arreglado, vámonos". El teniente también le dijo lo mismo. Se paró y salió calladito en dirección a sentarse a manejar otra vez. "No", le dijo el teniente, "su hermano va a llevar el auto; usted se sienta atrás". Abrió la puerta trasera y se sentó adentro sin decir media palabra. Lo llevé a la casa y lo entré con auto y todo hasta el fondo. Después me vine yo a ocupar mi cama otra vez, que ya se me había enfriado.

Una vez tuvimos que ir apurados a San Vicente de Tagua Tagua al entierro de una tía que había muerto allá; era hermana de mi madre, y partimos los cuatro en el auto de Carmelo como a las 5 de la mañana. Iba mi madre, la comadre Carmela, Carmelo, Laura y yo. El viaje de aquí para allá fue sin novedad, a pesar de los pésimos caminos de esos años. El cacharrito de Carmelo se portó re bien. Llegamos a la casa de la tía poco antes de las 10 de la mañana. La estaban velando en la misma casa. Ahí las acompañamos hasta el día siguiente, que fue el entierro como a las 10 de la mañana. Por la tarde, como ya no teníamos nada más que hacer, nos vinimos como a las 3 y media. Viajamos sin novedad hasta el puente del río Cachapoal, que está más al sur de Rancagua, ahí quedamos atajados como a las 5 de la tarde. Desde lejos comenzamos a ver dos filas de vehículos, una por cada lado del camino. Nosotros nos asustamos. ¿Qué habrá pasado aquí que hay tanto auto detenido? Llegamos y preguntamos a los demás conductores qué era lo que pasaba y nos dijeron que no se podía pasar el puente hasta el día siguiente en la mañana. "¡Chitas!", dijimos nosotros, "¡cómo vamos a pasar la noche aquí con las señoras!". Nosotros con Carmelo podíamos pasar la noche allí, pero las señoras no. Nosotros nos hacíamos mil conjeturas sobre qué resolución tomar.

La prohibición de pasar el puente en la tarde era que le estaban haciendo unas reparaciones con cemento y el trabajo solo lo ejecutaban en las tardes y ya en la mañana estaría duro y podrían pasar los vehículos. Entonces yo, mirando con cara larga el río en toda su extensión, diviso como a tres cuadras más arriba a una carreta con dos yuntas de bueyes, que estaba pasando autos de un lado a otro. Le dije a Carmelo. "De veras, hombre", me dijo, "vamos para que nos pasen a nosotros también". Y partimos con el cacharro para la isla, cayendo y levantándonos, porque no había camino. A las señoras las echamos por el puente para el otro lado. Llegamos al paso y esperamos nuestro turno. Ligerito nos amarraron nuestro cacharro con gruesos cables a la parte trasera de la carreta y nos arrastraron por el agua hasta el otro lado. Carmelo no se atrevió a pasar manejando el auto. "Manéjalo vos", me dijo, y él se sentó en el asiento trasero. El río era hondo, el agua pasaba por el piso del auto; a los tapabarros delanteros se les veían los lomitos no más sobre el agua. Al mirar el auto desde el puente se veía tan sumergido que aparecía la capota no más sobre el agua. A nosotros nos parecieron siglos los minutos que estuvimos dentro del río; nos parecía que los bueyes no avanzaban y el auto se nos sumía más y el río se lo llevaba. ¡En qué gran aflicción nos vimos! Por fin terminó el suplicio y salimos al otro lado, devolviéndosenos la alegría. Le pisamos la partida al auto y partió al tiro, más alegría, y salimos pegando por la orilla del río hasta encontrar la subida para salir al camino firme otra vez. Subimos como una flecha y nos encontramos con las señoras, que nos estaban esperando al término de la subida. Más alegría todavía. Ahí las echamos al auto y partimos veloces para Santiago. Ya no tuvimos más tropiezos, hasta que llegamos a la casa.



VIII

Ayuda mutua – hermandad – los viajes a Colina

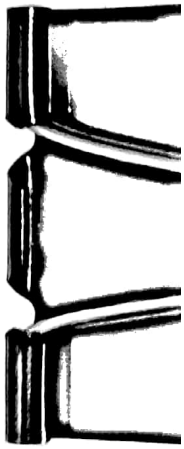
Con Carmelo nos ayudamos mutuamente toda la vida. Pero más me ha ayudado él a mí que yo a él. Después de varios años a esta parte, nuestra ayuda entró en más seriedad, porque habíamos dejado de ser libres, entrando los dos al estado de padres de familia, entonces nuestros gastos tuvieron que entrar en un período más mesurado y limitado, cobrándonos nuestros empréstitos y nuestros trabajos. Pero nuestra ayuda siguió adelante. Un día, cuando Pedrito[5] todavía estaba en la

[5] "Pedrito" era Pedro Salazar Miranda, hijo mayor de Carmelo Salazar y Carmen Miranda.

escuela, paró el auto aquí en la puerta, se bajó y me dijo: "¿Tienes tal cantidad de plata que me emprestís?". "Sí", le dije. "Voy a comprarle abrigo a Pedro", me dijo, "y me falta plata". Fue con Pedro en el auto para el centro, y después, como a los tres días, me la devolvió. Más tarde, cuando murió mi negra, fue él el que se anticipó a ofrecerme plata si necesitaba. Esa vez me prestó $6.600, que se los pagué en cantidades variables, y cuando ya iba a terminar de pagarle, me dijo: "Los $600 no me los pagues, déjalos como ayuda de los muchos gastos que has tenido". Yo no lo ayudaba con mucho dinero, pero sí en los trabajos; le cobraba más o menos la mitad de lo que les cobraba a los demás. Más tarde, al darse cuenta él de esto, me daba un poco más de lo que le cobraba. Y así siempre seguimos ayudándonos. Cuando me convidaba a salir de paseo en su auto, yo solía ayudarle con un poco de plata para la bencina. Cuando fuimos al santo de mi hija Juana a Casablanca, como andaban mis chiquillas también, le dije: "Ya, toma estos mil pesos para ayuda de la bencina". "Ya", me dijo él. Ese "ya" era una frase propia de él, siempre me decía igual, casi nunca decía "sí" o "bueno" o "gracias", sino el puro "ya". Cuando le hacía algún trabajo y al fin me preguntaba ¿cuánto es la cuenta? Según le decía yo, serán $2.000, "ya," me decía él, y sacaba de la billetera 2.500 y me los pasaba, diciéndome. "Ya, está bueno". Carmelo fue muy bueno conmigo, siempre. Algunas veces estaba en la tarde haciendo un trabajo aquí en mi taller, y como a él le gustaba ayudar en todos los trabajos que hacíamos en su auto, se ensuciaba tanto las manos como yo y en lo mejor que estaba entretenido trabajando lo llamaban las chiquillas a tomar té. "Venga a tomar té, tío", le decían ellas. "Ya", decía él y se limpiaba ligerito las manos y partía al comedor. Ahí llegaba contando cosas divertidas, que a todos nos hacían reír. Era muy entretenido y divertido estar con él.

Cuando tuvo la concesión del recorrido de autos a los baños de Colina, al ver que el auto que tenía le era insuficiente para trasladar tanto pasajero, se vio en la obligación de comprarse otro más grande, y así, con dos autos, podía llevar bien a todos los pasajeros. Pero para este otro auto necesitaba de otro chofer. Él podía haberse buscado uno entre sus compañeros del paradero, pero no, me dijo a mí que yo le acompañara en su empresa. Me dijo: "Te puedes ganar buenos pesitos el día sábado y domingo, es cuando hay más movimiento de pasajeros; llevamos los autos llenitos, allá tenemos almuerzo, onces y baños gratis". Me entusiasmaba, "y de las ganancias que hagas", agregó, "después de sacar el gasto de bencina, nos repartimos la mitad cada uno". "Ya, pues",

le dije yo, "vamos adelante". Y pusimos manos a la obra, pero él, como no tenía espíritu de ambición, me entregó el auto más grande a mí; éste hacía 2 personas más que el de él, por lo tanto hacía mayor ganancia en cada viaje. Yo comprendía que él me quería ayudar en ese sentido. A veces, cuando había pocos pasajeros, me decía: "Anda vos no más, yo voy a descansar ahora". Otras veces me llamaba desde Colina por teléfono para que llevara el otro auto, porque había muchos pasajeros que bajar. Allá partía yo volando con el auto desocupado, llegaba allá antes de las 7 de la tarde, porque a las 7 en punto partíamos de vuelta para Santiago. El auto que yo manejaba tenía freno nada más que en las ruedas traseras. Un día, a fines de la Semana Santa, se me quebró un patín de freno y quedé frenando con una sola rueda, y como no podíamos parar el auto porque había tanta gente que bajar de los baños entre el sábado, domingo y lunes, le seguí pegando así, frenando con una sola rueda, y me vi en bastantes apuros varias veces, sobre todo en la bajada de los baños. El auto pesado y con ocho personas se me arrancaba cerro abajo. El día lunes en la tarde se lo pasé a Carmelo para que él siguiera bajando las demás gentes que quedaban por bajar, ya que ese auto hacía más gente. Yo no pude seguir más, porque tenía mucho trabajo en mi taller. Él hizo cuatro viajes más con el auto frenando una sola rueda y también se vio en apuros.



Un día llegó a los baños con su auto sin frenos. El auto que él manejaba tenía frenos hidráulicos, y como esos son a base de aceite que corre por cañerías, una piedrecilla que saltó en el camino, tirada por las ruedas del auto, le rompió una cañería del freno, perdiéndose todo el aceite por el camino, de modo que como iba de subida no ocupó el freno sino cuando llegó al sitio donde se paraba siempre, y se encontró en bastante apuro porque casi se estrella con un árbol, y como en los baños no tenía cómo arreglar el desperfecto, tuvo que venirse sin freno. Para bajar el cerro de los baños tuvo que bajar a motor parado y usarlo como freno por medio de embrague y ayudado con el freno de mano, que bien poco y nada era lo que frenaba. Se demoró casi dos horas en llegar a Santiago. Como se vino detrás de mí, yo llegué a la casa, esperé un buen rato y él no llegaba. Ya me estaba aprontando para salir a encontrarlo, cuando llegó: venía despacito, pero llegó sin novedad. Los pasajeros que traía los había dejado en el puente Mapocho no más. No se atrevió a meterse para el centro. De ahí se vino para la casa.

Un día, en víspera de Año Nuevo, o el 31 de diciembre, me convidó para que lo acompañara a ir en el auto de él a dejar un caballero a los

baños de Colina a las 4 de la mañana, porque era el administrador de los comedores y tenía que estar a las cinco en su puesto. Carmelo tenía todavía el auto Rabbi. "Ya, ya vamos, pues", le dije yo. Esa noche no pudimos dormir nada, porque en nuestra casa se hizo una fiesta y nosotros, para hacer la hora de llevar al caballero, alargamos nuestra fiesta como hasta las tres de la mañana. A las 3 y media nos fuimos los dos en el auto para donde estaba el caballero, enfiestado también por la Avenida Italia en una casa de grandes salones iluminados. Cuando llegamos, la fiesta estaba que ardía. Le mandamos avisar y esperamos como hasta las 4:20, hasta que salió él. No había podido desenredarse de toda la gente, y partimos con él en dirección a los baños de Colina. Llegamos al pie del cerro donde hay unas casas y ahí nos hizo parar. "Aquí vamos a hacer un aro", dijo, y se bajó. En la casa había algunos mozos de los baños, que parece que habían estado celebrándose ahí en la noche. Ahí mismo el señor éste nos sirvió unas copas de licor, que nosotros tomamos casi a la fuerza, porque no teníamos deseos de tomar. Después partimos para arriba a los baños y ya estaba de día. Llegamos a los baños y nosotros llevábamos el cuerpo bien malo con tanto trago y sin dormir. Nos fuimos al bar; ahí el mesonero nos arregló un traguito para que compusiéramos el cuerpo, pero nada que se nos componía. Lo que necesitábamos nosotros era dormir; entonces un mozo camarero, al ver nuestra situación, nos ofreció una pieza desocupada que había en el segundo piso y nos llevó allá. Eso sí que tenía una sola cama, pero ahí nos tiramos uno para allá y el otro para acá. Carmelo era muy conocido y amigo de todos los mozos. Como a las 12 del día nos fue a despertar el mozo, porque ya era la hora de almuerzo. Con el almuerzo se nos compuso muchísimo el cuerpo. Reposamos un poco más y nos vinimos como a las 2 de la tarde. Viajamos sin novedad hasta los Bajos de Mena; ahí comenzó el motor a estornudar y a pararse. Andaba y se paraba, andaba y se paraba, hasta que se paró definitivamente. Entonces me dijo Carmelo: "Se le acabó la bencina a esta porquería". Nos bajamos a ver el estanque: estaba seco. ¿Qué hacemos ahora? Tan lejos de las bombas de bencina, y para más, todos los autos que pasaban al lado de nosotros iban para allá, ninguno para acá que nos pudiera empujar hasta la bencinera. Entonces le dije yo; "Empujémoslo nosotros a pulso y así, poco a poco, nos vamos acercando a la bencinera". Nos pusimos a empujar; andábamos media cuadra y descansábamos, el sol nos quemaba como brasa encima del espinazo y el cogote. Recorríamos otra media cuadra y caíamos agotados otra vez sobre las pisaderas, sentándonos a

descansar, acesando como una fragua, y así recorrimos como 10 cuadras. Yo no sé el tiempo que nos demoramos en esa faena, hasta que llegamos a duras penas al paradero de las micros Negrete. Hay que tomar en cuenta que nosotros veníamos con el cuerpo malo y la trasnochada, con las caras chorreadas con la transpiración, la ropa pegada al cuerpo, y acesando como perros cansados. Le preguntamos a un chofer de micro si había alguna bomba de bencina por ahí. "A ocho cuadras mas allá hay una", nos dijo, y enseguida, al vernos tan apabullados y sin ánimo, nos dijo: "Yo les venderé un litro de bencina". ¡Ah, qué alivio sentimos al tiro!. "Ya", le dijo Carmelo. Con ese litrito pudimos llegar a la bomba bencinera y llenar el estanque. ¡Qué Año Nuevo más aperrado pasamos los dos esa vez!

IX

El cuartito – casa de pájaros – suerte en la vida – su muerte

Cuando vivíamos en el rincón de Las Pataguas, donde todos nacimos, Carmelo tendría unos 16 años y ya tenía bastantes conocimientos de arquitectura, porque en ese tiempo se levantó, por propia iniciativa, un cuartito en un extremo del patio de la casa. Este cuartito lo hizo bien hechito porque era para dormitorio de él. Lo enlució con barro por dentro y por fuera, le hizo una puerta bien ajustada, una ventana chica como de 30 centímetros, le puso vidrio que encontró por ahí, poniéndoselo bien asegurado con el mismo barro. Este cuarto era tan chico que le cabía la cama, un cajón azucarero de velador y una silla nada más. Esa era su pieza de dormitorio.

Ahí, en esa casa, Carmelo era muy aficionado a la caza de pájaros, con trampas que él inventaba de diferentes formas, según fuera la clase de pájaro que quisiera cazar. Para las loicas y tordos hacía unos corralitos de varillas de mimbre, las cuales amarraba por las puntas de arriba en un solo atado, quedando en forma de un cucurucho, y le dejaba una puertecita por un lado, que se pudiera abrir y cerrar. A la puertecita le amarraba un cordelito largo, que llegara hasta el punto donde él se iba a esconder para poder tirarlo. Adentro del corralito esparramaba un poco de paja de trigo, y eso era para llamar la atención a los pájaros. Muy luego comenzaban los pájaros a bajar alrededor del corralito, atraídos por la pajita blanca, y ligerito uno encontraba la puertecita y se colaba para adentro, mientras él los estaba observando con nerviosismo y con grandes ojos desde el

escondite. Apenas entraba el pájaro, le daba la tirada al cordel, cerrándole la puerta, quedando el pájaro prisionero en la trampa. Entonces él salía de su escondite a lo que le daban sus piernas a atrapar al pájaro, que se debatía desesperado dentro de la jaula. Le costaba pescarlos dentro de la trampa, porque los pájaros aleteaban y gritaban. Después los mataba, los desplumaba y se los comía asados al palo.

Para los zorzales y tencas hacía otra clase de trampas, pero también de corralito, hechas con palitos plantados en el suelo. A este corralito le ponía en la puerta un palito atravesado. Este palito debía servir de tranca a una cimbradora. La cimbradora era una varilla de mimbre como de un metro; enterraba una punta en el suelo y la punta que quedaba para arriba la doblaba hasta juntarla con el palito de la puerta. En la punta de la cimbradora amarraba un cordelito delgado, a éste le hacía una lazadita sobre el palito. El palito servía a la vez de retén a la cimbradora y para poner la lazadita, de modo que el pajarito, para entrar al corralito, tenía que forzosamente pisar el palito y pisar en medio de la lazada. Con el peso del pajarito, el palito se caía y la cimbradora se enderezaba como un rayo, tirando el cordelito, haciendo cerrar la lazada en la patita del pajarito, que quedaba colgando de la cimbradora. Y para atraer la atención de estos pajaritos, les ponía adentro del corralito gusanos y lombrices amarradas en un palito, porque el alimento preferido de esta clase de pajaritos son los gusanos. Es el manjar más apetitoso de ellos, por eso que se esforzaban por entrar, y no sabían que ésa era su perdición.

Esta última cacería la hacía generalmente en los meses de invierno y casi siempre cuando estaba lloviendo, así es que él se mojaba, porque se llevaba horas acurrucado debajo de los árboles, mirando las trampas y los pájaros.

Por otra parte, Carmelo fue un hombre con suerte toda su vida. Si comparamos la situación de cada uno, yo puedo decir que Carmelo tuvo más suerte que yo en todo lo material durante toda nuestra vida. A mí, en muchas cosas, no me iba tan bien como a él. Siempre él andaba con más suerte que yo en cuanto a ganar dinero; él me la ganaba lejos. Él se compraba lo que quería y cuando quería. Yo no podía hacer eso porque siempre quedaba corto en el capital. Él contaba que cuando soltero tenía siete trajes, y yo, en el mismo tiempo, no tenía más que un trajecito mediocre para el día domingo y otro para el trabajo. Yo comprobé su buena suerte una vez que entramos a un club de trajes; entramos tres de la casa: mi padre, Carmelo y yo; el club se componía de 15 socios y se pagaba una cuota semanal de $8. Todos los sábados había un sorteo en

el que salía un socio con su traje. En el primer sorteo salió favorecido Carmelo con su terno, solo con la primera cuota de $8. Mi padre salió sorteado en el sorteo 13, ahorrando 2 cuotas, y yo pagué el mío de punta a punta. Después Carmelo entró a otro Club y también salió sorteado en el 6º sorteo, ahorrando 9 cuotas.

Otro día sorteamos un pavo asado al horno en un restaurant cerca de la casa. Carmelo le escapó por un número. Yo creo que si Carmelo se hubiese entusiasmado en comprar números de la Lotería o de la Polla, quién sabe cuántas veces se habría ganado el gordo. Si en materia de compras él fue el primero en comprar auto, y todos los autos que tuvo fueron mejores que los que tuve yo, o de más valor. También fue él el primero en comprar casa, en comprar victrola, en comprar radio y tantas otras cosas, y todo esto porque él tenía más suerte que yo.

Se dirá que tenía que ser así por la razón de que él era mayor que yo; pero esta diferencia de edad se puede considerar nada más que hasta que el hombre es capaz de ganarse la vida solo, o cuando ya se case. Yo creo que de ahí en adelante deben de correr a parejas el rendimiento de cada uno, sobre todo cuando se trabaja en el mismo ramo. Pero la suerte favoreció a Carmelo hasta en la familia; teniendo nada más que dos hijos, y es en este punto en donde se va la mayor parte del dinero que gana el padre de familia. Cuando ésta es numerosa, uno comienza a gastar en los hijos desde que nacen hasta la edad de veinte años más o menos, en la crianza y la educación; aumentan este gasto las enfermedades de los niños y también de la madre, que por tener muchos hijos pasa con su salud quebrantada.

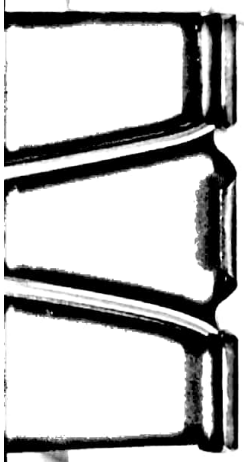
Carmelo fue un hombre de suerte, como se lo anunció un caballero en el campo una vez que Carmelo hizo una cajita de madera muy bien hechita. El caballero, al verla, y como la encontrara tan bien hecha, le dijo: "¡Usted, con el tiempo y la garuga, va a ser otro hombre!", anunciándole así la suerte que iba a tener.

Se puede decir que hasta para morir tuvo suerte, porque recibió los sacramentos a pesar de los años que hacía que no los recibía, y teniendo una enfermedad corta y sin dolores aparentes. Se le dijo una misa de cuerpo presente y finalmente fue enterrado en su propia sepultura. Además, lo siguió pronto su compañera, librándose así de los sufrimientos de la vejez y la soledad en este mundo perverso.

Carmelo muchas veces me convidó cuando salía de paseo en su auto, nunca perdió la costumbre de querer acompañarse conmigo. Desde chiquillos hasta viejos conservó esta unión de la buena hermanabilidad.

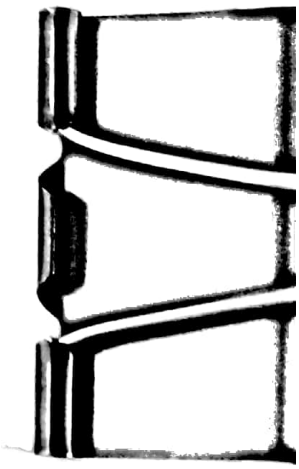
A San Vicente fui con él una infinidad de veces, desde que él era soltero. También lo acompañé muchas veces en paseos a otras partes, como a Viña, a Quintero, a las Rocas de Santo Domingo, a Casablanca, a Colina, a San José de Maipo, a Renca y a muchas partes más. Parece que él se encontraba más seguro andando conmigo, porque así también podíamos con más facilidad remediar cualquier falla del auto, entre los dos.

Él fue un hombre bueno, honrado, laborioso, cumplidor de sus deberes para con todo el mundo y también muy amante de sus padres, socorriéndolos hasta su último día, y por este motivo mi madre constantemente pedía a Dios por él, para que Dios le diera cada día más trabajo y bienestar. Y parece que todo se cumplía en él. Cuando el hijo es bueno y recibe las bendiciones de sus padres, este hijo se levanta y prospera. Este hijo bueno fue Carmelo, que, cuando llegamos aquí a Santiago, él fue el dueño de casa, porque era él quien pagaba el arriendo de las casas donde vivió la familia, hasta el día en que se casó. Después seguí yo dándoles casa a mis padres; es decir nos turnábamos; pero la ayuda de él a nuestros padres siguió siempre igual, nunca dejó de socorrerlos; así también, cualquier familiar que le pidiera una ayuda nunca salía defraudado con él, siempre estaba pronto para remediar las necesidades de los familiares o de cualquier otro.



Apéndices

a) Postfacio del editor



El autor de las memorias que aquí se editan, Benito Salazar Orellana (1892-1984), fue el hijo menor de Pedro, inquilino del fundo Las Pataguas (provincia de Colchagua), y de Griselda, dueña de casa. Nació y se formó, por tanto, en el corazón del orden latifundista y patriarcal que dominó en las áreas rurales del Valle Central, orden que, a fines del siglo XIX, se hallaba en la fase preliminar de su crisis social y económica.

De acuerdo al relato que se transcribe, en los fundos donde vivió y trabajó la familia de Benito no existió un sistema de explotación burda y brutal de los inquilinos, pero tampoco existió la "comunidad agraria" ideal (o gran familia patriarcal) que algunos autores han creído ver en las haciendas chilenas de ese tiempo[6]. Del mismo modo, la familia de Benito no aparece adoptando esa actitud "ascética" (afán de trabajar dura y esforzadamente, de controlar los instintos básicos y luchar por ascender en la jerarquía patronal) que otros autores han atribuido a la figura del inquilino, en oposición a la figura "hedonista" del peón afuerino[7]. Lo que sí se anota claramente en el texto es que los salarios que pagaban los patrones de esos fundos al inquilino formal (Pedro) y a sus tres hijos varones (que trabajaban allí como peones) eran demasiado exiguos como para garantizarles la adecuada satisfacción de sus necesidades y

6 Es la opinión, entre otros, del historiador Alfredo Jocelyn-Holt.

7 Es la tipología campesina propuesta por el antropólogo José Bengoa.

aspiraciones. Fue eso, en el fondo, lo que indujo a los dos hijos mayores de Pedro (Ramón y Carmelo) a abandonar apenas les fue posible el fundo en que vivían, para buscar mejor suerte en otra parte. Nada les aseguraba allí un futuro promisorio que no fuera el de peón-gañán. Y fue eso mismo lo que llevó al hijo menor, Benito, poco tiempo después, a tomar la misma decisión y a convencer a sus padres para que toda la familia emigrara a Santiago.

Los nueve miembros de la familia de Pedro Salazar emigraron, pues, en 1909 a la capital, donde, por su tipo de calificación laboral, quedaron todos enrolados en la condición oficial de "peones-gañanes", según consta en sus respectivas cédulas de identidad. Por eso, sus posibilidades de empleo, en esa época, se redujeron al servicio doméstico, a la jardinería en plazas públicas, a la costura a domicilio, al transporte urbano (cocheros de carruajes tirados por caballos), al comercio de comestibles y, eventualmente, a los emergentes oficios vinculados al transporte automovilístico que por entonces se estaba introduciendo en Chile (choferes, mecánicos, vendedores de repuestos). El hijo mayor, Ramón, no logró consolidar una apropiada posición laboral; vivió siempre en la condición solitaria y vagamunda de un gañán típico, terminando sus días, tristemente, en un hospital de Los Andes[8]. El segundo, Carmelo, se consolidó en el transporte público, primero como cochero de carruajes privados y luego (tras ser capacitado por su hermano menor) como *chauffer* de autos de alquiler. Una de las hermanas, Matilde, trabajó como sirviente doméstica por varios años, mientras otra de ellas –Jesús– lo hacía como costurera en la tienda Gath & Chaves; en tanto las restantes se casaron pronto con hombres de más o menos su misma condición social. En cuanto a Benito, después de trabajar seis años como peón urbano y sirviente doméstico (fue en esta última calidad que conoció a Laura Vergara Ugarte, la mujer a la que amó toda su vida), aprendió por sí mismo a manejar los autos de su patrón, luego la mecánica de los mismos, para terminar montando y gestionando una micro–empresa constituida por un taller mecánico y una flotilla de autos de alquiler. Carmelo y Benito se ayudaron mutuamente y se asociaron para hacer algunos negocios, siendo los únicos hijos que albergaron y ayudaron a sus padres hasta la muerte de éstos.

---

[8] La historia de Ramón está expuesta en uno de los "versos" que Benito escribió. Ver, en este libro, el Apéndice B, N° 18.

Cabe señalar que ninguno de los Salazar, ni padres ni hijos, había ido a la escuela. Varios de ellos aprendieron a leer y escribir inducidos por Griselda, la madre, quien había aprendido por sí misma. Sin embargo, Carmelo y Benito –que se alfabetizaron de ese modo– se convirtieron con el tiempo en asiduos lectores de periódicos (y más tarde en cotidianos auditores de los noticieros de la radio), que compraban diariamente. Por su parte, Benito cultivó perseverantemente la escritura desde muy joven. Y desde 1918 (de modo improvisado) y desde 1924 (de modo formal, ante Impuestos Internos), anotó en grandes cuadernos (con una página para los "haberes" y otra para el "debe"), diariamente, los ingresos que le generaban sus automóviles y su taller mecánico y los gastos que le imponía su extendida familia, hábito que, con algunas intermitencias, mantuvo hasta 1977, teniendo para entonces 85 años de edad[9]. Y al entrar a su tercera edad, a los hábitos contables sumó la práctica de escribir y reescribir toda clase de textos (desde la copia de artículos de periódicos y revistas hasta versos y poesías de su propia inspiración, pasando por la anotación de chistes, decires y máximas del campo, para rematar en sus composiciones mayores: su autobiografía, sus memorias, etc). Por su parte, Carmelo aprovechó todo lo que aprendía en los diarios y noticieros para potenciar su gran propensión a socializar y conversar con todo el mundo, hábito que le condujo a formar una amplia red de amigos y conocidos (incluyendo políticos de renombre), con todo lo cual configuró una sorprendente cultura política. Era un hombre ameno y entretenido. Sus simpatías se inclinaron siempre hacia la Izquierda y el Partido Comunista, aunque nunca militó en ningún partido. Benito, en cambio, que practicó una acrisolada fe católica –iba a misa todos los días y leía *El Diario Ilustrado* todas las mañanas– y no era amigo de la sociabilidad callejera, tuvo siempre una abierta simpatía por el adusto Partido Conservador. Sin embargo, nunca discutieron de política entre ellos. Sobrepusieron siempre su "hermanabilidad" –como la llamó Benito– por sobre cualquier diferencia que pudiera separarlos.

Claramente, la familia de Pedro y Griselda logró integrarse en la vida de ciudad en un rango popular intermedio (ninguno de sus hijos cayó en los "bajos fondos" ni vivió en piezas de conventillo). Todos, de un modo u otro, arrendaron primero y compraron después casas pequeñas ("casitas", las llamaban) de dos o tres dormitorios en los barrios aledaños

[9] Las cifras anuales de su presupuesto familiar han sido tabuladas y sistematizadas para esta edición. Ver los Cuadros Estadísticos del Apéndice D y los comentarios respectivos.

al centro de Santiago (calles San Martín, Eyzaguirre, Aldunate, Esperanza, Cueto, Libertad, Girardi, Carrascal, Vivaceta). El relativo éxito de su inserción urbana se debió, en parte, a sus hábitos –ya adquiridos– de laboriosidad; en parte a su relativamente poca afición al alcohol y las "juergas" (solo Ramón y dos de los cuñados revelaron una inclinación definida en tal sentido) y en parte también, al menos en el caso de Benito, a la rigurosa conducta moral que se aplicó a sí mismo por su fe religiosa (fue el único Salazar Orellana católico observante, dado que ni sus padres ni sus hermanos demostraron tener prácticas regulares en tal sentido). Se vieron favorecidos, además, por el hecho de que, antes del período crítico 1929-1943, la clase media emergente de Santiago, formada sobre todo por "profesionales libres" (médicos, abogados, ingenieros), rentistas urbanos y empleados de comercio, tendió a construir, en los nuevos barrios residenciales (Portales, Almirante Barroso, Cienfuegos, Macul, Mosqueto, Vicuña Mackenna, Providencia, etc.), casonas de tamaño intermedio menores que los palacios décimononicos de la alta oligarquía, y a contratar un servicio doméstico compuesto de 3 ó 4 sirvientes (cocheros, coperos, cocineras, mucamas, niñas de compañía, etc.) para cada familia, mientras el desarrollo del comercio urbano de importación (proliferación de *shops* y *stores* extranjeros, como Gath & Chaves; Casa Francesa; Williamson, Balfour & Co.; Duncan, Fox & Co., etc.) no solo multiplicaba la afluencia de compradores hacia el centro de la capital, sino también de costureras, vendedores y conductores del transporte público. De este modo, los Salazar Orellana pudieron transitar, desde su condición inicial de "peones-gañanes" inscritos en el servicio doméstico urbano, a la de "proletarios a salario" en establecimientos productivos y comerciales (en esta condición se halló también la mayoría de sus hijos; o sea, los Salazar de tercera generación) como también hacia el microempresariado del transporte (casos de Carmelo y Benito Salazar Orellana, vinculados a los autos de arriendo, y de Jovino Fernández, esposo de Petronila Salazar Orellana, dedicado al transporte de cervezas).

Solo una rama lateral, la de los Ramírez-Salazar, permaneció en el campo, donde el jefe de la familia, "don" Segundo, prosperó ("ascéticamente") desde su condición inicial de inquilino a la de mayordomo de fundo. Sin embargo, este ascenso no impidió que sus tres hijos hombres, apenas concluida su adolescencia, emigraran a Santiago, ni que sus cuatro hijas mujeres, a la muerte de su padre, emigraran también. Claramente, en el caso de los Salazar, cuando el padre se dejaba tentar por el ascetismo que lo "asociaba" a su patrón, esa opción no era

compartida por sus hijos. El latifundio no logró nunca encandilar –al menos en el caso que aquí se describe– a la juventud peonal. En todo caso, ninguno de los troncos de familia (los hijos de Pedro y Griselda) demostró, en su lenguaje cotidiano, ni tener apatronamiento servil ni resentimiento social, excepto Carmelo, que criticó a la clase patronal en un lenguaje político más bien que personal. En Benito la crítica social, pese a su conservadurismo, estaba siempre latente y aparecía a menudo de modo implícito y epigramático. Cuando, por ejemplo, veía en *El Diario Ilustrado* las fotografías de personajes de clase alta reunidos en los salones del Hotel Crillon o en los del Hotel Carrera, comentaba siempre, en tono rutinario y sentencioso: "¡Los ricos gozando de su riqueza!". Ante lo cual su esposa Laura, desde la cocina, le respondía sentenciosamente, como un eco: "¡Y los pobres de su pobreza!".

En Santiago, los negocios automovilísticos que emprendieron Benito y Carmelo les permitieron, durante una década, tener ingresos suficientes no solo para sobrevivir, sino también para un relativo buen pasar y para iniciar algunas inversiones "reproductivas". Sin embargo, su sentido asociativo en los negocios fue acompañado –y debilitado– por una fuerte solidaridad con la familia extendida, razón por la que en casa de Benito vivió generalmente un tercio o más de la familia total. Así, en la casa que aquél arrendó en la calle Eyzaguirre vivieron juntas tres parejas y otros allegados que, con los niños, sumaban quince personas. Más tarde, en la casa que compró Benito en la calle Los Ángeles, vivió su familia propia (que sumaban nueve) más otros seis (sus dos padres, dos sobrinas, un hermano y un cuñado). En general, los Salazar Orellana engendraron pocos hijos (uno, Petronila; dos, Carmelo; tres, Jesús; cuatro, Matilde), excepto Benito, que engendró nueve (dos de los cuales murieron en su primera infancia). El gasto familiar, por tanto, sumado al comunitario (y disminuido después de 1932 por la fuerte inflación), anuló en gran parte la posibilidad de maximizar la acumulación de excedentes y mejorar de modo neto las condiciones materiales de vida, específicamente en el caso de Benito. Carmelo, en cambio, que solo tuvo dos hijos y cuya red social era más amplia, pudo darle a su familia un mayor confort material. Lo mismo ocurrió con la familia Fernández Salazar (de Petronila), cuyo único hijo, alcohólico, murió antes de cumplir 30 años.

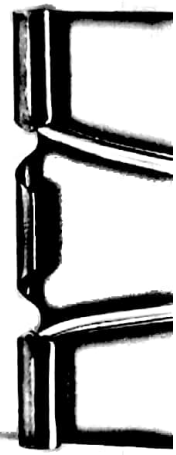
Carmelo y Benito –como se observa en las memorias de éste– vivieron toda su vida ayudándose mutuamente. Ambos formaron matrimonios sólidos, respetables y duraderos. En este sentido, la figura de Laura Vergara –esposa de Benito– contribuyó de modo notable a llenar

esa hermandad con una atmósfera de amabilidad y decencia que fue reconocida por todos, dentro y fuera de la familia. Laura provenía de una familia rural, constituida por Jesús Vergara (chacarero de Puente Alto que vendía sus productos en la Vega Central), su esposa Juana (tuvo un comercio de comestibles cerca de la misma) y cinco hijos (cuatro hombres que trabajaron como gañanes en la Vega, y una mujer: Laura). El padre, Jesús, murió relativamente joven, privando a Laura de continuar sus estudios y obligándola a emplearse como sirviente doméstica, primero en un convento y después en casas particulares. Laura, lo mismo que Benito, era católica observante, aunque más orientada a realizar acciones de caridad y solidaridad hacia los más necesitados que a la oración, en contraste con su esposo, que practicaba lo inverso. Su matrimonio se consolidó en parte por su común catolicismo, y en parte por el profundo respeto que se tuvieron entre sí (se trataron siempre de "usted", al tiempo que se dejaron recíprocamente suficiente libertad como para que cada cual desarrollara su respectivo espacio social). Fundaron la familia más numerosa de los que, en tercera generación, llevaban el apellido Salazar.

A partir de 1929 y hasta, aproximadamente, 1944, sobrevinieron serias dificultades para el taller de Benito, debido a la crisis económica y al impacto que ésa tuvo en la importación, suministros y reparación de automóviles. Como se examina en los datos y el texto incluidos en el Apéndice D de esta edición, la escasez de bencina y la depresión general de las actividades disminuyeron drásticamente sus ingresos, justo cuando iniciaba la compra de su casa en la calle Los Ángeles 2810 (Población Manuel Montt), nacían su séptimo, octavo y noveno hijos; mantenía a sus padres, a su hermano mayor (Ramón), a unas sobrinas, y cuando sus hijos mayores se aprestaban a iniciar la educación media. El impacto de la crisis, fue sin duda violento, tanto, que sus cuatro hijos mayores (Benito, Elena, Aída y Fernando) debieron interrumpir sus estudios y comenzar a trabajar para apoyar la subsistencia de tan extensa familia, o para independizarse ellos mismos. Debió vender también su último automóvil (un Ford 1929) y disminuir el gasto diario en alimentos, ropa, transporte y estudios. Fue, sin duda, un período de escasez, hambre, tensión y pobreza. Algunos clientes de Benito (como Gonzalo Edwards) comenzaron a ayudar con ropa y alimentos a la familia. La frustración educacional y vocacional de los hermanos mayores se tradujo, al interior de la familia, en una serie de situaciones conflictivas (como la alcoholización de los dos hermanos

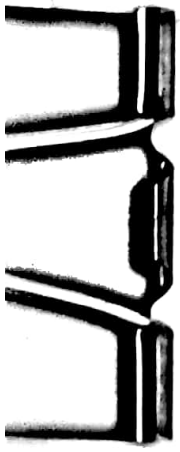
mayores) que afectaron profundamente la salud emocional y física de Laura y la armonía habitual de su hogar.

Solo después de 1945 la situación tuvo cierta mejoría; en parte, por la mayor afluencia de automóviles al garage de Benito, y en parte por los aportes en dinero que realizaban los hermanos mayores que trabajaban. Sin embargo, el casamiento y la emigración de esos hijos volvieron a traer las cosas a un punto crítico. En todo caso, la mejoría relativa de la situación permitió que los tres hijos menores (Juana, Ester y Gabriel) pudieran, aunque con apreturas, realizar estudios superiores a los básicos. Fue Juana la que rompió el bloqueo que había frenado la educación no solo de los Salazar Vergara, sino de todos los Salazar de tercera generación que vivían en Santiago (esto es: también los hijos de Ramón, Carmelo, Matilde, Jesús y Petronila), razón por la que, cuando Juana recibió su título profesional en 1948, siendo la primera en hacerlo, se realizó una jubilosa fiesta familiar en casa de Carmelo. Después de Juana, Ester (en 1958) y Gabriel (1963) lograron también obtener títulos profesionales (solo que, esta vez, no hubo jubileo familiar, debido al fallecimiento de Laura en 1950, Fernando en 1954 y Carmelo en 1962). Frente a la graduación de Ester y Gabriel, Benito se limitó a decir: "Con su deber no más cumplen".



La muerte de Laura, en 1950, afectó profundamente a Benito, a sus hijos y a los Salazar en general. Seguidamente, la muerte casi simultánea de Carmelo y su esposa, el casamiento de Elena, del hijo mayor ("Pepe") y de Juana, despoblaron abruptamente la casa de Los Ángeles, empobreciéndola de nuevo y aislando la vida de Benito padre. La muerte de Fernando, el casamiento de Gabriel en 1958 y la radicación de Ester en Casablanca desde 1962 dejaron la casa de Los Ángeles, definitivamente, habitada solo por Benito, su hija Aída y el hijo de ésta. La drástica transformación técnica del automovilismo disminuyó progresivamente también, después de 1965, el trabajo de Benito, que comenzó a disponer de mucho tiempo libre y mucha soledad. Fue entonces cuando, para mantener su mente y su tiempo activos, comenzó a escribir de modo regular y sistemático. Tenía 58 años cuando murió Laura y fue poco después cuando comenzó a escribir la vida de ella. Cuando la terminó, siguió después con la propia y, finalmente, redactó la de Carmelo. Y tenía poco más de 70 cuando terminó las que podrían llamarse sus "obras mayores". Por eso, después de 1970 se concentró en escribir "versos" (como él los tituló), copiar chistes y transcribir todos los "Correos del Domingo" del presbítero Eduardo Lecourt (publicados en *El*

Diario Ilustrado), junto con otros textos de carácter moral o religioso. Era laborioso y muy disciplinado para escribir. Aplicó a la escritura los mismos métodos que empleaba para resolver los problemas en su taller mecánico. Primero redactaba sus textos en borrador, con lápiz de mina Faber N° 2, a cuyo efecto ocupaba todas las hojas de papel inservible que hallaba por ahí, las que, para darles una apropiada forma de cuadernillo, las cosía en su gran máquina Singer, la misma que usaba para coser capotas y tapices de automóvil. Sus borradores los revisaba una y otra vez, escribiendo entre líneas y por los cuatro costados. Cuando quedaba satisfecho, los pasaba en limpio, usando al principio pluma, tintero y secante y, más tarde, una "pluma fuente" que le regaló su hija, lo que hacía sobre gruesos cuadernos de composición de 200 hojas. A estos cuadernos les ponía un forro de cuero que él mismo cosía. Luego los copiaba en otro cuaderno, de modo que de cada una de sus obras mayores dejó dos ejemplares "en limpio". El único lector y crítico de sus obras fue él mismo y luego, de tiempo en tiempo, su hijo menor, que comentaba con él los escritos y le ayudaba (sin mucho éxito) con la ortografía.



Esta actividad escritural (él se autodenominó "escribano", no escritor), que fue casi cotidiana desde 1965, tendió a mermar hacia 1979, cuando ya tenía 87 años. Sobre todo, por sus achaques (anotó por esa época, en borrador primero y, por supuesto, en limpio después, el inventario de todos los achaques que lo aquejaban, los que sumaron once), que le impedían ver con claridad y concentrarse en sus tareas[10]. Pese a todo, mantuvo correspondencia bastante regular con su hija Juana –que vivió primero en Viña del Mar y después en Casablanca– y con su hijo Gabriel, cuando éste estaba en Inglaterra. A este último solía escribirle en verso, lo que obligaba a responderle en el mismo estilo. Su última carta (en prosa) está fechada en 1979 y es la única que se ha podido conservar (se incluye en esta edición). Después que la envió, continuó todavía hasta 1982 –tenía ya 90 años– escribiendo un escueto, factual, pero emocionante diario de su vida cotidiana, donde dejó registro de sus días y noches de soledad, debilidad y de vejez, lo mismo que de la muerte de

---

10 "Mis achaques: 1.– Chirrido de un oído; 2.– Mareo de cabeza; 3.– Tardío de oídos; 4.– Corto de vista; 5.– Mis dos hernias; 6.– Dolores a la cintura y piernas; 7.– No puedo andar por dolores; 8.– Decadencia general por mi edad; 9.– Gases estomacales día y noche; 10.– Helamiento general de todo el cuerpo; 11.– Tengo que usar estufa mañana y tarde porque el helamiento me aumenta los dolores. Artritis son estos dolores que yo tengo". Hizo este inventario a los 87 años de edad.

su hijo mayor, Benito, y la de uno de sus sobrinos más queridos (Antonio Escobar Salazar, hijo de Matilde)[11].

Todos sus escritos (excepto la mayoría de sus cartas) se conservan.

Murió en el Hospital San José, producto de la estrangulación de sus hernias inguinales, el 15 de agosto de 1984, a los 93 años de edad.

Los hijos de Laura y Benito tuvieron trayectorias dispares, producto de su educación desigual, provocada, principalmente, por el período crítico 1929-1944. Los cuatro mayores debieron construir sus vidas a partir de una condición laboral proletaria, en la que, de un modo u otro, pese a que fueron siempre bien calificados por sus jefes, se sintieron incómodos y, a menudo, a disgusto.

Benito José, el mayor (1916-1982), solo estudió hasta Sexto Básico. A los 16 años tuvo que comenzar trabajar, primero en el taller de su padre, luego como *junior* y repartidor en la Botica Petrizzio, enseguida en el Laboratorio Collier's y más tarde en la Fábrica de Zapatos Sabaté. Se las arregló para aprender, solo, a manejar tornos, llegando a convertirse en maestro tornero y matricero en el taller de Chávez Hermanos, de la calle Baquedano. A la muerte de su hermano Fernando, en 1954, entró a trabajar como obrero mecánico en la Compañía de Teléfonos, en la que continuó hasta su muerte. Fue en su juventud un notable deportista (ciclista, basquetbolista, futbolista) y también un gran bailarín. En compañía de su primo Gustavo Fernández Salazar iniciaron una vida de fiestas, bailes y juergas que lo convirtieron en un bebedor fuerte y en un ebrio de fin de semana. Dotado de una gran inteligencia mecánica, sus patrones le perdonaron siempre las ausencias de los días lunes, llegando incluso hasta su casa a rogarle que volviera al trabajo el día martes o miércoles. Vivía con una gran pena interior. Se casó con Lucía Morales, una esforzada trabajadora de industria textil que le dio ocho hijos, pero su pena interior lo inducía una y otra vez a seguir bebiendo. Se le halló más de una vez sentado en la vereda, en plena calle 4 Norte, ebrio y llorando. Sus continuas borracheras provocaron la angustia de su madre y las iras de su padre. Producto de su alcoholismo, sufrió de *delirium tremens*, por lo que debió internársele en el Hospital Psiquiátrico. Se hizo un tratamiento anti-alcohólico en el que perseveró hasta dejar, definitivamente, de beber. Nunca perdió el empleo. Pudo comprar una casa en el barrio

[11] "29 de julio de 1981, a las 5 y media de la tarde murió mi hijo Benito José, de edad 64 años"... "El domingo 23 de agosto murió Pedro Antonio Escobar Salazar, a la edad de 80 años, en la casa de su hermana Luisa" (Son las últimas anotaciones en el último cuaderno de su diario de vida).

Independencia y educar a sus hijos hasta donde éstos pudieron. Murió de un ataque cerebral en 1982, a los 66 años de edad.

Elena del Carmen, nacida en 1917, estudió hasta Quinto Básico. Fue entonces cuando los médicos la desahuciaron por una enfermedad pulmonar. No pudo seguir estudiando. Sin embargo, mejoró, y a los 18 años (en 1935) debió salir a trabajar, haciéndolo en la Farmacia Petrizzio, luego en el Laboratorio Collier's, y más tarde en una sombrerería del centro. Allí trabajó por varios años, lo que le permitió ayudar a los gastos de la casa e incluso vestir a su hermano menor. Experimentó una doble frustración: educacional, porque no pudo seguir estudiando, y amorosa, porque su padre no la dejó casarse con el joven al que amaba (a pretexto de que éste no tenía a la sazón una situación sólida). Poco después se casó con Pedro Humberto Carrizo, un vecino viudo que trabajaba como taxista y que más tarde llegaría a ser empleado del Ministerio de Obras Públicas. Desde entonces se convirtió en dueña de casa. Pedro Humberto compró casa en Renca y allí tuvieron seis hijos. Pese al empleo permanente de su esposo, Elena conoció escasez y miserias, lo que afectó también la educación de sus hijos. De carácter tranquilo e introvertido, resistió estoicamente los avatares del matrimonio y vive todavía, a sus 91 años, viuda, rodeada de hijos y nietos, con muchos achaques, pero –como siempre– sin quejarse de nada.

Aída Rosa (1920-1989) completó sus estudios básicos y continuó luego en la Escuela Técnica Femenina N° 2, donde estudió modas. Faltando medio año para recibirse de Profesora de Corte y Confección, su padre la obligó (1940, inicios de la Segunda Guerra Mundial, gran escasez de bencina) a dejar los estudios para salir a trabajar. Lo hizo, durante varios años, como operaria de casas de moda en el centro de la capital (especialmente, en la Casa Massuh), pero luego de tener a su hijo Fernando Javier optó por montar un taller de costura en la casa de sus padres, donde trabajó por muchos años para una clientela privada. De gran inteligencia, se sintió siempre a disgusto con el trabajo que hacía. Ella quería estudiar Artes, y no pudo. Odiaba la máquina de coser y todo lo que eso significaba. Tanto más, cuanto que, al quedar embarazada y al no reconocer el padre al hijo que esperaba, tuvo que enfrentar la ira de Benito (que la obligó a pedirle perdón por mancillar el honor de la familia) y quedarse junto a él para cuidarlo mientras viviera. El hijo de Aída nació en 1948 y su madre (Laura) murió en 1950, de modo que ella debió convertirse a los 30 años en la dueña de casa de Los Ángeles, incluso hasta después de la muerte de Benito. Rápida de mente y locuaz

conversadora –con las personas que ella quería– fue el centro en torno al cual giró la vida familiar de sus hermanos después de la muerte de Laura. Directa, franca, sin tapujos en la lengua, supo unir un agudo sentido crítico a una solidaridad fraternal a toda prueba. Su muerte, producto de un cáncer a los huesos, acaecida en 1989, dejó un vacío abismal en la familia de Benito.

Fernando Rubén René (1922-1954) estudió hasta Octavo Año Básico y pudo haber continuado, pero la situación económica lo obligó a trabajar, desde 1938, como "oficial" en el taller mecánico de su padre. Allí aprendió todos los secretos del oficio, al mismo tiempo que desarrolló una amplia red de amigos en el barrio en que vivía, con los cuales, casi todas las tardes, se reunían en la esquina de la calle 4 Norte a conversar, hacer chistes, flirtear con las niñas que pasaban y hacer viajes rutinarios al "depósito de bebidas alcohólicas" que, media cuadra hacia el poniente, administraba "don Manuel". O a los que, media cuadra hacia el sur, administraba "doña Mariíta" en una acera, y "don Fermín" en la otra. O al que, una cuadra hacia el oriente, agenciaba el "chico" Manuel. Parco, serio, de pocas pero profundas palabras, Fernando ejercía un liderazgo natural sobre todos los que lo rodeaban, incluyendo a su hermano mayor, sus primos y cuñados. Era, sin duda, el líder carismático del grupo de 12 ó 15 obreros que se juntaban en la esquina (que se bautizaron a sí mismos con el nombre de "Taca-Taca")[12]. Generoso, solidario con sus hermanos y con los "atorrantes" que vagabundeaban por la Población, de cabeza firme para tomar toda clase de licores, era un hombre respetado y admirado por cuantos lo conocían. Sin lugar a dudas, era el ídolo de su hermano menor. Hizo el servicio militar en 1943; los oficiales le ofrecieron ascensos y lo invitaron a continuar la carrera de las armas como suboficial, pero él se negó, alegando que era solo un "pelao raso". Lo mismo ocurrió cuando, en 1945, entró a trabajar como obrero mecánico a la Compañía de Teléfonos: los jefes le ofrecieron ascenderlo a la categoría de "empleado", pero él se negó, diciendo que era solo un "obrero". Era evidente que, lo mismo que Benito y Aída, sentía en su interior la desproporción entre lo que "debía hacer" y sus capacidades innatas. Su liderazgo grupal no provenía del afán de compensar sus frustraciones, sino, simplemente, de su inteligencia natural, que aparecía en todo, sin esfuerzo alguno. Admiraba a los hombres superiores y, en

[12] Benito describe a este grupo y a don Manuel en sus Versos. Ver Apéndice B, N° 2 y 6.

ese tiempo, a los alemanes del Tercer Reich. Fue amante del jazz, de las grandes *big bands* y de los mambos de Pérez Prado. La muerte de su madre, en 1950, le impactó profundamente. Esto, unido a frustraciones sentimentales, le indujeron a aumentar su consumo de alcohol –en sus últimos días bebía solo aguardiente– hasta caer enfermo. Murió el 21 de septiembre de 1954, a los 32 años de edad, víctima de una violenta cirrosis hepática, producto de su alcoholismo.

Juana, nacida en 1925, pudo completar la enseñanza primaria y cursar todas las humanidades en el Liceo N° 4 de Niñas, de la calle Recoleta. Quería ser profesora, de modo que, luego de terminar sus estudios en el Liceo, pasó a la Escuela Normal de Talca, donde se tituló formalmente de profesora en 1948. Estudiosa, trabajadora y de gran facilidad de palabra, fue elegida para presidir al conjunto de sus compañeras normalistas. Alegre, sociable, de una firme voz de contralto y ágil para bailar, devino en el orgullo de todos los Salazar y en una profesora joven de promisorio futuro profesional. Fue asignada a una escuela pública de Viña del Mar, donde conoció a un profesor joven, inteligente y comunista, que pudo ser el gran amor de su vida. Sin embargo, por diversos factores fortuitos y no-fortuitos, el noviazgo fracasó, lo que le produjo una gran frustración. La muerte de Laura profundizó esa desazón y precipitó su casamiento con Raúl Reyes Ramos, dependiente de una librería de Viña, quien más tarde pasó a ser empleado del Servicio de Seguro Social de Casablanca; un joven sociable, alegre y simpático como ella, con quien esperó construir una familia igualmente alegre y dichosa. No fue, sin embargo, un matrimonio feliz. Los problemas que surgieron la hicieron concentrarse en su vida doméstica (tuvo, además, cuatro hijos) y, en cierto modo, descuidar su carrera profesional. En función de esa prioridad, Juana se trasladó a vivir con su marido a Casablanca, donde ella colaboró en la fundación del primer Liceo de la ciudad, mientras su esposo –militante de la Democracia Cristiana– devino Alcalde de la misma. El gobierno militar la hizo jubilar prematuramente en 1978. Las tensiones domésticas de su familia impidieron que todos sus hijos pudieran concluir estudios universitarios. La doble frustración vivida le ha impedido disfrutar plenamente de sus facultades y de la indudable calidad humana de todos sus hijos. Actualmente tiene –aquejada de alegrías momentáneas, tristes recuerdos y achaques varios– 81 años de edad.

Laura Ester (1931-2004), lo mismo que Juana, pudo completar –aunque de modo no sistemático– sus estudios primarios y secundarios, recibiéndose como Profesora de Religión y de Educación Primaria en

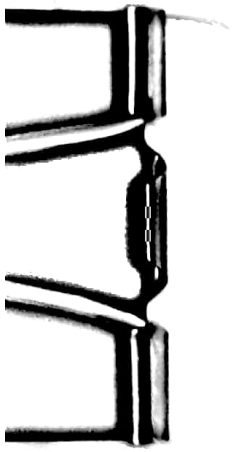
la Universidad Católica en 1958. Seria, introvertida, pero dotada de una fertilísima imaginación y un sentido irónico del humor, ejerció siempre un tácito liderazgo en los grupos de amigas y colegas en que se movió, tanto en Santiago (en la Parroquia de Santo Tomás) como en Casablanca (en un colegio del Arzobispado de Valparaíso). Siendo muy admirada por los varones, no pudo, sin embargo, consolidar relaciones afectivas de largo plazo, acaso, por su sentido crítico, su repudio a lo inconsecuente y por los límites que le imponía la moral católica, a menudo encarnada en la celosa supervisión que sobre ella ejercía su padre. Trabajó siempre en la Escuela Rural de Lo Vásquez, establecimiento que ella misma refundó, organizó y dirigió. Vivió más de 30 años en casa de su hermana Juana, en Casablanca, de donde viajaba semanalmente a Santiago para visitar a su padre. Permaneció soltera. Fue, desde niña, camarada de juegos y cómplice de secretillos, invenciones y proyectos rebeldes de su hermano menor, camaradería que mantuvieron invariable hasta el final. Tras la muerte de Benito y Aída, Laura Ester tuvo que domiciliarse definitivamente en la casa de Los Ángeles y jubilarse como profesora. Desde 1989 vivió sola en la casa de sus padres –tenía, para entonces, 58 años–, convirtiéndose de ese modo en el nuevo "tronco" de lo que quedaba de la familia y, en especial, de su cuarta generación (los 24 nietos de Benito y Laura). No hay duda de que, también, la tristeza corroyó la fase final de su vida, pese a sus labores solidarias en el Hogar de Ancianos de la Iglesia del Buen Pastor, en la calle Vivaceta, Santiago, y a la constante amistad de sus hermanos y sobrinos. Murió el 25 de junio de 2004, a los 73 años de edad, sola, producto de un infarto cerebral. Con ella desapareció el último eslabón unificante, en la casa de Los Ángeles, de la familia fundada por Benito.

Gabriel, el menor de todos, nacido en 1936 –inicios de la crisis familiar–, también pudo realizar estudios superiores y alcanzar un título profesional, viéndose beneficiado por la relativa bonanza económica que la familia experimentó entre 1945 y 1955; en parte, debido al aporte de sus hermanos mayores. La compañera de su vida ha sido Arlette Adduard León, profesora de Historia y Orientadora Vocacional, con quien ha tenido cinco hijos. Como la mayoría de sus hermanos, Gabriel no fue católico observante (solo Juana y Elena en su madurez, y Ester en su juventud, lo han sido). Con todo, en función de su especialidad laboral –la investigación y docencia de la historia social de Chile– se interesó en recopilar los escritos de Benito, en transcribir las memorias que él dejó de sí mismo y su familia, y en promover la edición de las mismas

–las únicas escritas a mano por un "peón-gañán" nacido en el siglo XIX[13]– a efecto de que constituyan un homenaje permanente a su vida, a su incansable trabajo, a su honestidad, sus creencias y sus creaciones. Lo mismo que para todos los peones-gañanes que trabajaron a sol y sombra, en el campo y en la ciudad, por más de un siglo a lo largo y ancho del territorio chileno y americano.

Gabriel Salazar Vergara
Editor

Santiago, agosto 15 y 17 de 2007
(aniversarios de la muerte y nacimiento de Benito, respectivamente).



13 La transcripción de los manuscritos de Benito se realizó respetando escrupulosamente su contenido, su estructura general, su sintaxis y la evolución de su estilo. El texto solo se intervino para corregir la ortografía de las palabras y precisar un poco mejor la puntuación, a efecto de facilitar su lectura y comprensión. Debe considerarse que el autor no asistió jamás a una escuela, que fue autodidacta en la comprensión y manejo del lenguaje escrito y que sus lecturas se limitaron a *El Diario Ilustrado* (todos los días), a unos ocho libros de tipo religioso, a los *Episodios Nacionales*, de Liborio Brieba y *Adiós al Séptimo de Línea*, de Jorge Inostroza. En el texto relativo a Laura Vergara se eliminaron algunos párrafos por tratarse de expresiones de fervor religioso más bien que caracterizaciones de la vida y mundo de ella.

b) Versos[14]

Del campo no me traje nada:
ahora iba a ser ciudadano
de la noche a la mañana
me levanté más temprano.
(17 de mayo de 1965)

1. La Cuatro Norte[15]

La avenida Cuatro Norte
va a quedar de primera
ya que van de sur a norte
pavimentándola entera.

---

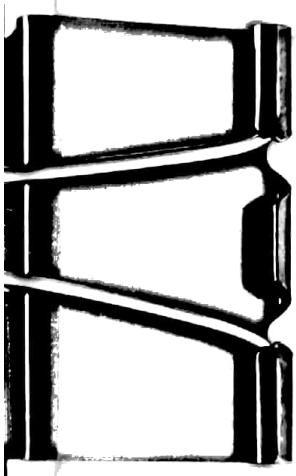
[14] Lo que Benito llamó "versos" –que, puede decirse, es su obra poética– está escrito ordenadamente en tres grandes cuadernos. En el primero anotó 197 versos, 374 en el segundo y 14 en el tercero, lo que totaliza 585. Fueron escritos entre 1962 y 1978, es decir, entre los 70 y los 86 años de edad (coincidió con el período en el que se fue extinguiendo la clientela que visitaba su taller). En general, sus versos describen personajes populares, situaciones típicas, escenas familiares, anécdotas, plantas y flores, pájaros y pajaritos, pareceres personales e imágenes campesinas de todo tipo, de manera que, podría decirse, es otra dimensión (o "canto") de su memoria histórica popular. Notoriamente, no intentó consumar una obra poética como tal ni ser él mismo un "poeta". Tampoco adoptó la métrica tradicional, pero siguió algo así como el "eco" de ese patrón que, de algún modo, llegó a sus oídos (nunca leyó libros de poesía, pero siempre cantó, acompañado de su guitarra, estrofas del cancionero popular). En esta edición se publica una selección de estos trabajos, realizada en función de su complementariedad con las biografías centrales y el contexto popular en el que ellas se inscriben. Se ha mantenido el texto original, salvo la corrección ortográfica de las palabras, lo que pareció necesario hacer para facilitar la lectura.

[15] La casa que fue propiedad de Benito está situada en calle Los Ángeles (N° 2810) esquina de Cuatro Norte, en la Población Manuel Montt, comuna de Independencia.

Máquinas de toda laya
ocuparon en la ejecución
pareciendo gran hazaña
hasta su terminación.

Mucho maestro ocuparon
grandes grupos se veían
toda la calle anduvieron
bien poco lo que hacían.

A las cinco se retiran
dejando máquina en sosiego
y todavía no terminan:
tienen que planchar el terreno.



Los niños juegan a tuti
en máquina aplanadora
que la cuiden es inútil
después de las cinco horas.

El hombre que la maneja
llega luego en la mañana
hace fuego en la bandeja
y da fuerza a la maquinaria.

Otras máquinas desfilan
haciendo planchado completo
tanques de agua que destilan
regando todo el pavimento.

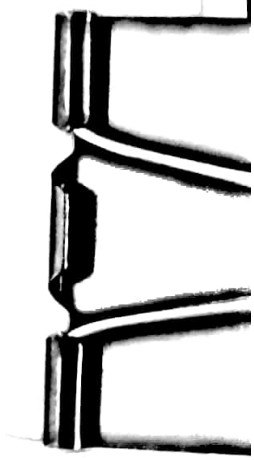
Todos los vecinos de la Cuatro
miramos con satisfacción
la obra empezada, entretanto
esperamos su terminación.

(Octubre 1962)

El vino de don Manuel
dice que no lo bautiza
pero lo vende a granel
sin cambiarle una brizna.

Siempre vende lo mejor
según sus palabras textuales
junta plata por montón
vendiendo a sus comensales.

Cocacola, cerveza y limonada
bilz, naranjada y papaya
vende todo sin perder nada
bebidas de todas laya.



Muy galán con las mujeres
les ofrece paseo en coche
onces buenas en vergeles
en el día o en la noche.

Clientes tiene por montones
que le desocupan los chuicos
dando fuertes sorbetones
son bebedores de tinto.

Encuentra muy natural
que la gente se emborrache
por ser esto ya usual
hasta perder los quilates.

Contento se pone siempre
cuando noticias recibe
del mayor sueldo de un cliente
felicitándolo inclusive.

---

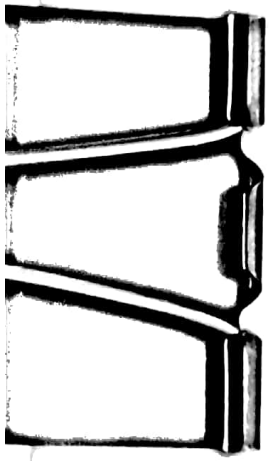
16 "Don Manuel" era el dueño de un Depósito de Bebidas Alcohólicas (según la patente que exhibía) que estaba autorizado para vender al público en general, no para consumir en su interior. Sin embargo, operaba de hecho como un bar clandestino. Allí iban los jóvenes del vecindario (en especial los del grupo denominado "Taca Taca"), callamperos y vagabundos en general. El dueño era un ex carabinero. Este depósito (junto a su abigarrada cohorte) estaba situado frente al garage de Benito.

También le tocará a él
de esas ganancias ajenas
y caen como en la miel
clientes que llegan de fuera.

3. El perro de don Roberto[17]

Los perros de don Roberto
ladran noches enteras
uno lo pasa despierto
por causa de su bullanguera.

Perro pito y llorón
atorrante sin control
haciéndose el socarrón
molesta al vecino un montón.



El día lo pasa durmiendo
no se siente resollar
la noche lo pasa comiendo
y saliendo para ladrar.

Cada cuarto de hora
ladra tupido y parejo
su voz, demasiado sonora
se siente desde muy lejos.

Nadie puede dormir entonces
cuando el perro canturrea
grita hasta después de las once
parece edil de asamblea.

Cien ladridos por minuto
contarlos es imposible
porque el perro es muy astuto
con él nada se consigue.

---

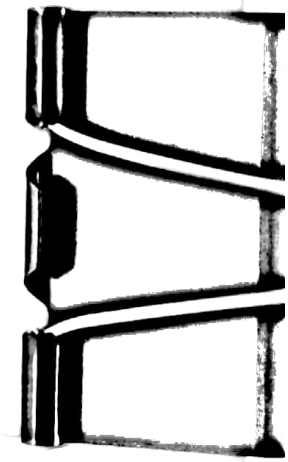
17 "Don Roberto" era el hijo mayor de don Germán Jahnke –dueño de la imprenta que colindaba con la casa de Benito– que, al revés de su padre, llevaba una vida disoluta.

Cuando siente la sirena
llora a moco tendido
parece niño sin mamadera
sin habérsele ofendido.

4. Los peloteros

Los peloteros de la Cuatro Norte
se multiplican por encanto
y vienen de todas partes
a mirar con entusiasmo.

Luego les viene a los pies
la pelota sin querer
pidiendo un puntapié
haciéndola así vencer.



Golpean vidrios y ventanas
puertas, marcos y paredes
juegan hasta quitar las ganas
cierto es lo que digo a ustedes.

Molestan la gente que pasa
no pueden cortar el juego
como si fuera una plaza
no importándoles desde luego.

Pelotas de todas partes
usan los cabros a diario
y entre todos forman lote
cuando hacen el ensayo.

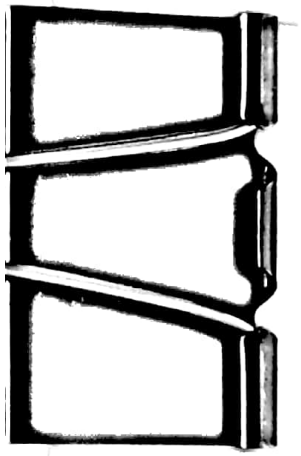
Jugadores siempre hay demás
porque salen de las casas
a nadie dejan en paz
la pelota a ninguno se le pasa.

También juegan de noche
no respetan el reposo
meten bulla más que boche
por ser muchachos ociosos.

Estoy aburrido de esperar
trabajos de cualquier género
es tiempo de empezar
antes que llegue Febrero.

Autos no llegan aquí
por ser tan retirado
ya no se acuerdan de mí
los clientes me han olvidado.

La ociosidad también cansa
en estos días tan largos
aunque se esté en la casa
de aburrido a veces salgo.



La micro cobra pasaje
no quiere llevarme gratis
a pie hago mi viaje
gasto mis propios quilates.

Muchas cosas que comprar
tengo por el momento
pero no las puedo pagar
por falta de varios cientos.

Este verano en que estamos
espero tener más pega
para salir del pantano
usando toda estrategia.

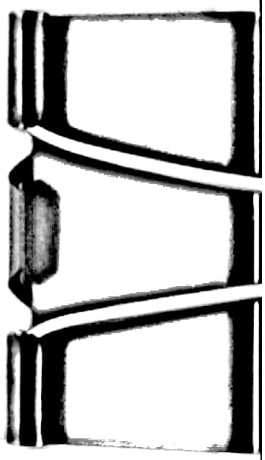
Me llevo haciendo versos
para matar el tiempo
me entretengo con esto
otro trabajo no tengo...

(9 de enero de 1963)

El "Taca Taca" no decae
sus miembros se han renovado
fundadores pocos quedan:
muchos han fracasado.

Se renueva la partida
buenos para el "cañón"
disparan todos los días
para alegrar el corazón.

A las 6 engrosa su número
cuando salen del trabajo
no faltando ninguno
para acudir al mingaco.



Forman un grupo selecto
flacos, guatones y delgados
hay para todos los gustos
del presente y del pasado.

El que hace de cabeza
guarda siempre la esquina
no se mueve ni la deja
sólo le falta una silla.

Entre las seis y las ocho
tienen gran zalagarda
entre todos, que son muchos
y que forman buena banda.

Chistes van y vienen
celebrados con contento
toda alegría que tienen
sin penas en el momento.

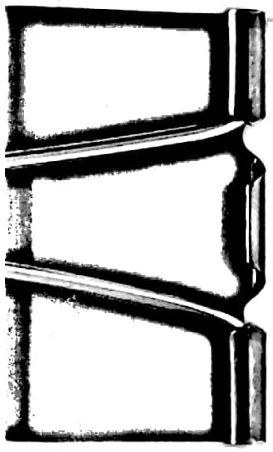
---

[18] Grupo de obreros, vecinos de la Población Manuel Montt, que se juntaba todas las tardes en la esquina de las calles Cuatro Norte y Los Ángeles para conversar y desfilar de tiempo en tiempo hasta el depósito de "don Manuel", donde bebían algunas "cañas" ("cañones") de vino, para retornar luego a la esquina. Fernando, hijo de Benito, formó parte de este grupo. Fue su líder hasta su muerte, acaecida en 1954, nueve años antes de que Benito escribiera estos "versos". Una caña era equivalente a un cuarto de litro.

Luego se van disolviendo
quedando los más reacios
que son los más sedientos
y secos como un acacio.

(Sin fecha)

7. Borrachos



Merodean muchos viejos
alrededor de don Manuel
anivelando bien el tejo
dando en la raya con él.

Esperan pacientes, sentados
el momento oportuno
en que serán llamados
siempre que pasen de a uno.

Después se tienden al sol
a descansar lo descansado
y preparar la digestión
que ellos ya han empezado.

De día y de noche desfilan
llegan de todos lados
sus bolsillos aniquilan
pero no comen bocado.

El vino es todo su afán
no toman ni un plato de sopa
sólo un pedazo de pan
no les importa la ropa.

Afean mucho el ambiente
de nuestra población
con esta clase de gente
que hacen un gran manchón.

Don Juan, del Taca-Taca
es el foco de reunión

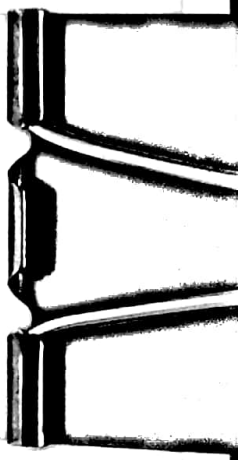
llegan mujeres canacas
a cantarle su canción.

Meten bulla sin control
en el día y en la noche
ahí se junta un montón
muchas veces forman boche.

(Sin fecha)

8. Cesantía

Hoy, dieciocho de abril
comienzo mi descanso anual
mis trabajos dan su fin
llegando a su terminal.



Cuando no tengo trabajo
mi cuerpo se descompone
después de trabajar tanto
transpirando a borbotones.

Descanso obligado es éste
todos los años igual
principia desde el presente
termina con el año, al final.

Trabajos de poca monta
suelen llegar entre tiempos
tengo que poner barriga angosta
y adelgazarme con esto.

Son tiempos de hilar delgado
sin que se corte la hebra
en los meses más helados
sufriendo todas las penas.

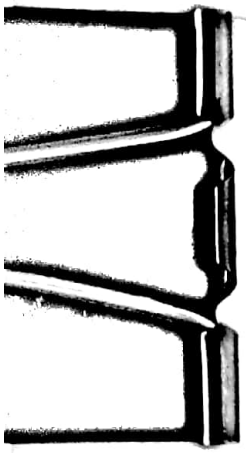
Mi salud está firme, por ahora
Dios me regala con esto
y ya no tengo señora
desde hace mucho tiempo.

Pero me cuido solo
con el esmero mayor
poniendo cuidado en todo
especial, en mi corazón.

Desechando penas pasadas
toco música surtida
también canto mi tonada
para alegrarme la vida.

(Sin fecha)

9. Mis hijos



Hoy llegará la Estercita
que es mi más grande consuelo
¡si traerá a Teresita!
son mis mayores anhelos.

Son mis cariños mayores
que tengo yo en este mundo
no teniendo ya otros amores
después de mis hijos, ninguno.

Dichoso me siento siempre
cuando rodeado me veo
y que ninguno esté ausente
dejando todos su empleo.

Cuando los veo alejarse
pena siento en mi corazón
quisiera verlos sentarse
y esperar otra ocasión.

Los días se me hacen años
en que han de volver otra vez
y ver sus rostros sin engaño
sólo dos veces por mes.

Esto en cuanto a Estercita
Gabriel viene semanal

trabaja la semana enterita
y el sábado llega a almorzar.

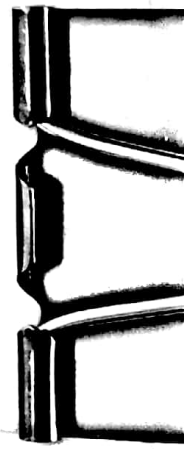
Añoro a mis hijos queridos
no tengo otro pensamiento
ni tengo tampoco amigos
y me consuelo con esto.

Cuando llega el día viernes
yo me pongo muy contento
esto me pasa siempre
y me preparo para esto.

Compro alguna cosa extra
para regalar a mis queridos
que han de llegar a ésta
a su casa y primer nido.

(Santiago, 26 de junio de 1964)

10. Viejos jubilados



Todos los viejos jubilados
de esta repartición
dicen haber terminado
con toda operación.

Ya no trabaja ninguno
ni en la faena más chica
dejaron de ser oportunos
actividad no les queda ni pizca.

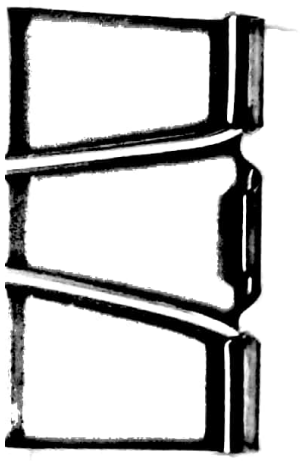
Todos van tras la bebida
y así gastan su capital
juntarse todos los días
para poder empezar.

Muchos ya han pasado el dintel
de este mundo para el otro
mañana le tocará a éste, o aquél
también nos tocará a nosotros.

El vicio domina al hombre
y no le deja hacer nada
cobra plata sin poner hombro
y gasta hasta que se acaba.

Cuando salen de la casa
su primera mirada: el depósito
allí se juntan como nata
a pedir un vaso de tónico.

Después se paran en la esquina
a admirar a las mujeres
y hablar de las familias
siempre que nadie se entere.



Cuando se les acaba el dinero
hacen polla allí entre todos
a veces usan sombreros
y también hacen de loro.

Con signos y figuras se comprenden
de un punto a otro punto
con vagas señas se entienden
no se rezaga ninguno.

A veces piden plata pura
para completar el vaso
y empinar el codo en altura
y de un viaje darle el bajo.

(Santiago, 26 de julio de 1964)

11. Vejez

Ya pasaron los tiempos
de alegría y amor
en que yo no era el menos
hoy siento pena y dolor.

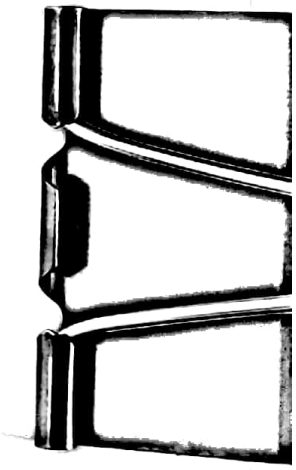
Pasaron los días felices
de aquella juventud
cuando todo era delicia
gozaba con amplitud.

Las alegrías se fueron
fiestas ya no hay para mí
ya no tengo más consuelo
no tengo ganas de salir.

La falta de compañía
y la falta de dinero
hasta en auto antes salía
lo que me falta primero.

El hombre sin juventud
deja de ser el primero
era amigo con prontitud
déjanse si no hay dinero.

Cuando se llega a viejo
queda siempre rezagado
por no hacer de conejo
quedarse sólo sentado.

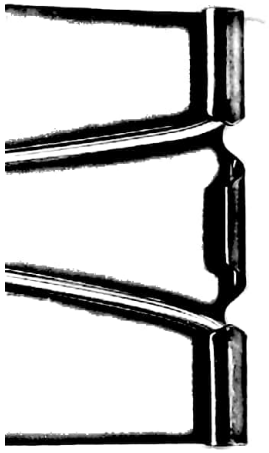


Solo vive de recuerdos
de sus años ya idos
como estar en un desierto
ansiando ver a sus hijos.

Triste es mi vida presente
solo vivo en mi pieza
no gusto ver a las gentes
y ya nada me interesa.

Mis amores me dejaron
el destino es así
de todos estoy apartado
no hay alegría para mí.

Pero tengo a mi Dios
que me lo llena todo
este cuerpo que me dio
y mi figura hecha de lodo.



Las flores de mi jardín
florecen con armonía
no hay rosas ni jazmín
hay que plantarlas en sequía.

Una mata de clavel
es el rey de la floresta
largo de cuello es el laurel
a su sombra duermen siesta.

Colorado es el cardenal
blanca es la azucena
que forman el carnaval
que corretean la pena.

Los clarines son rosados
las calas blancas también
y no pueden ser cambiados
por no sentarles muy bien.

Toda planta apreciada
se cuida con preferencia
evitar ser estropeada
mantenerlas en decencia.

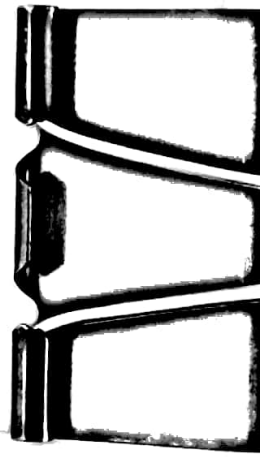
El naranjo lo saqué
porque estorbaba mucho
con ayuda lo derribé
de palanca usé un chuzo.

El terreno quedó pelado
no sé qué plantar ahí
o hacer un sembrado
de porotos, papas y maíz.

Un pajarito cantor
se paró en una rama
a cantar con esplendor
cantos de la mañana.

Parece estar enamorado
de una pájara alocada
no hace caso de su amado
que ella vive encantada.

Él le ofrece nido nuevo
para formar el hogar
en donde ponga sus huevos
y poderlos empollar.



Ella rehúsa siempre
aceptar a su galante
mientras no llegue setiembre
tiempo para casarse.

En tiempo de lluvia no sirve
formar casa temprano
con la lluvia no se vive
sino sólo en el verano.

Entonces sí que conviene
criar pajaritos nuevos
que ellos solos se calienten
después de salir del huevo.

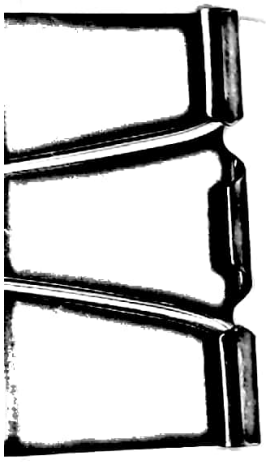
Sólo piden alimento
para poder subsistir
y crecer así contentos
y poder sobrevivir.

(26 de julio de 1964)

Ayer veintidós de septiembre
partí sin locomoción
con mi costumbre de siempre
a pagar mi contribución.

Llegué a las nueve y media
ya la cola estaba retorcida
tuve que apegarme a ella
aunque fuera escala arriba.

Al cabo de un cuarto de hora
llegué hasta la ventana
donde una buena moza
atendiome sin tardanza.



Pagué mi cuenta subida
y salí *incontinenti* a la calle
los demás quedaron arriba
y no me preocupé de nadie.

Me vine por la calle Colón
hasta la Cuatro Norte
anduve todo de un tirón
sin chocar con ningún poste.

En la tarde quise ir a la patente
de la Ilustre Municipalidad
pero encontré tanta gente
que estaba atosigá.

Había tan largas colas
demasiado retorcidas
había para varias horas
que pensé venir otro día.

Pasé a cobrar terminación
que la Polla me debía
y fui a comprar un turrón
y me marché en seguida.

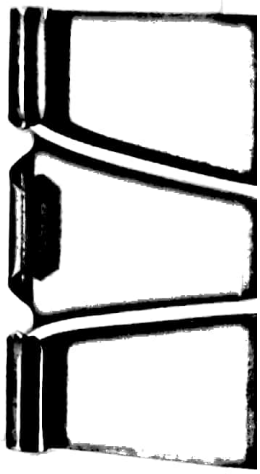
Llegué a mi casa cansado
a sentarme en un sillón
por todo lo que había andado
y correteado en mi favor.

(22 de septiembre de 1964)

15. ¿Otra compañera?

Hoy domingo 21 de Febrero
estoy solo en mi pieza
pensando con esmero
lo que más me interesa.

Quisiera una compañera
pero no veo ninguna
de alma comprensiva y buena
y sana como una tuna.



Mejor me resisto al presente
y no caer en la trampa
ellas dicen que no mienten
y más las que usan capa.

La desconfianza predomina
mejor es quedarse quieto
sin la mujer que domina
que esto es lo más cierto.

Por querer salir de la soledad
se sale de las llamas para caer en las brasas
más caro el remedio que la enfermedad
que traería el cambio a esta casa.

Se formaría un desbarajuste
entre mis queridos hijos
no admitirían ajuste
ni arreglo de ningún tipo.

Mejor dejar todo como está
con tranquilidad y resignación

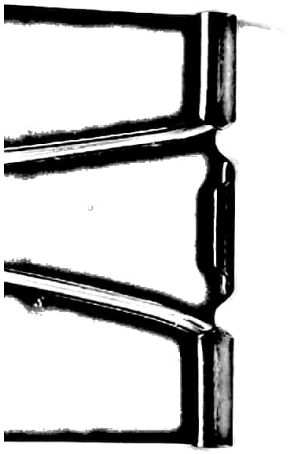
esperar la muerte en paz
sin ninguna entretención.

(21 de febrero de 1965)

16. Temblores

Estamos en los meses de otoño
cuando el tiempo es más variable
no hay más que agachar el moño
y aguantar lo inaguantable.

El viento revuelve todo
por arriba y por abajo
sopla de todos modos
toda clase de espantajo.



Los temblores se multiplican
que nos sacuden la tierra
siempre se nos anticipan
con la saña de una fiera.

Hay que huir con presteza
cuando empieza el movimiento
nadie se queda en la pieza
perdiendo todo el contento.

Caen cosas y se quiebran
nadie presta atención
no hay nadie que detenga
todos quieren salvación.

Después que pasa la tormenta
todos están temerosos
ninguno duerme la siesta
y mucho menos nosotros.

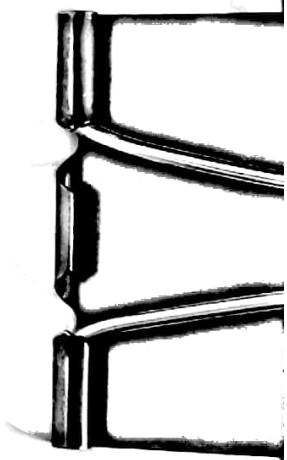
Por temor al zarandeo
quedamos con sentido alerta
lleno el corazón de miedo
a dormir con puerta abierta.

Esta precaución no basta
hay que vivir con el Señor
nuestras miserias son tantas
nos cubra su brazo protector.

(4 de mayo de 1965)

17. El viejo reloj

El viejo reloj de mi casa
no deja de cantar su hora
usa siempre su campana
que es de lo más sonora.



La carrera es sin fin
ya ha corrido muchos años
compromiso que no puede eludir
desde los tiempos de antaño.

Cien años lleva sin cansarse
no hay tormenta que lo ataje
su hora justa, sin pasarse
merece un gran homenaje.

En otro tiempo casi muere
en manos de otro señor
no quiere que nadie se entere
que ahora lo pasa mejor.

Cuando estuvo descuartizado
a punto de ir al basural
estuvo tan desmantelado
que no había por dónde empezar.

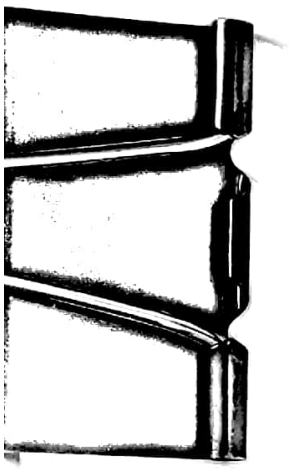
Yo compré todos sus restos
que me puse a combinar
poniendo todo mi empeño
para hacerlo reanimar.

Completé todas sus piezas
sin que faltara ninguna

para así darle firmeza
después de la compostura.

Ahora se luce, en altura
tan ufano como nuevo
en medio de la pintura
que brilla de cuerpo entero.

Todos miramos su cara
cuando salimos del lecho
esto es en las mañanas
los que han de salir al centro.



45 años en mi poder
sin fallar ni en un segundo
yo estoy seguro con él
cumple todos sus turnos.

Cuerda para ocho días
también marca la fecha
le puse aguja, que no tenía
ajustándola con firmeza.

(Santiago, 6 de mayo de 1965)

18. Mi hermano Ramón

Nuestro hermano mayor
fue separado de la familia
su nombre de pila era Ramón
su señora se llamaba Iduvina.

Desde joven se alejó de casa
se perdía por muchos días
se alejaba a gran distancia
y nadie sabía dónde iba.

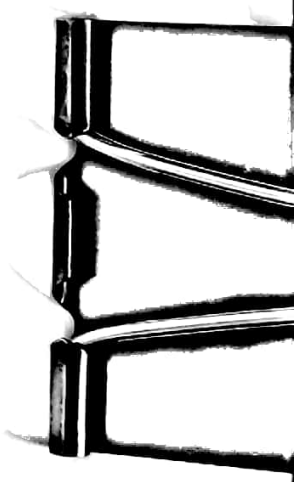
Un día se enojó con mi madre
y se vino escondido a Santiago
su destino no lo sabía nadie
sólo un amigo sabía, sin embargo.

Creyó encontrar aquí su suerte
pero le resultó muy al revés
su modo de vida, nada conveniente
y regresó peor que cuando se fue.

Llegó demasiado flaco y pobre
sus ropas, malas y rotas
en sus bolsillos, ni un solo cobre
y sus pies calzaban ojotas.

Al tiempo se rehízo otra vez
y luego se sintió enamorado
parecía que quería casarse, tal vez;
pensamos: otra cosa será casado.

Pero como el vicio no lo dejara
su casorio fue un fracaso
quien sufrió fue su amada
que pronto sufrió un colapso.



No recibía suficiente alimentación
para ella y sus cuatro hijos
se enfermó de pura extenuación
para terminar su vida en un hilo.

Sus hijos quedaron botados
en casa de mi pobre madre
él dejaba unos pocos centavos
derecho tenía por ser el padre.

Siguió su costumbre: se volvió a alejar
laborando en campos vecinos
donde acostumbraba a trabajar
sin desviarse de su destino.

Hasta que se alejó por completo
y durante un largo tiempo
durmió en el campo sin techo
donde enfermó en un momento.

Y no pudo solo remediarse
al hospital fue a parar

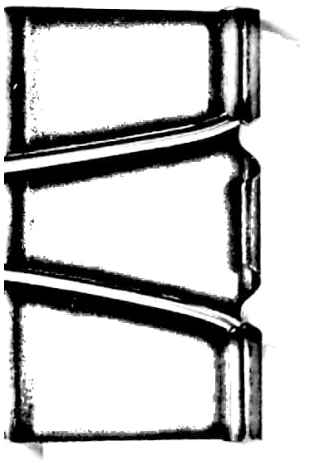
y tampoco consiguió sanarse
a mí me mandó a avisar.

Después de tres años de ausencia
fui a verle un día domingo
y no tenía ninguna dolencia
pero al día siguiente murió a las cinco.

En un hospital de Los Andes
hasta donde había llegado
nadie lo pudo saber antes
porque a nadie había avisado.

(Santiago, 27 de mayo de 1965)

19. Obreros viciosos



El hombre que vive en pobreza
está siempre angustiado
si se deja llevar de pereza
o vive de vicios rodeado.

Nunca saldrá del pantano
si no busca su salida
que debía haber hecho temprano
con toda su comitiva.

El obrero que se da al vicio
nunca cambiará el pellejo
tendría que dejar el vino
y pararse como un conejo.

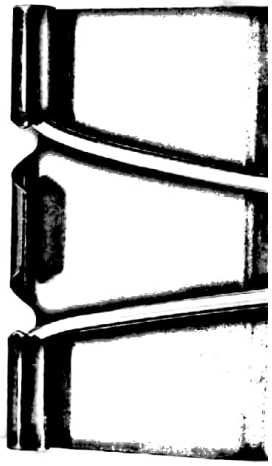
Mirando el porvenir con entereza
sin vicios y sin pasiones
su situación se endereza
y juntará pesos a montones.

Entonces verá surgir su esfuerzo
su ambiente verá cambiar
él se sentirá contento
al ver la pobreza arrancar.

Todo obrero puede surgir
sabiendo emplear sus haberes
la economía hay que perseguir
para tener buenos enseres.

El pecado, junto con los vicios
son la madre de la pobreza
el obrero gana para hacerse rico
pero parece que no le interesa.

El obrero chileno no sabe economizar
gasta todo con abundancia
derrocha hasta para caminar
mucho gasta en poca distancia.



Le gusta la entretención cómoda
darle gusto a los sentidos
muy amante de las bromas
y gozar con los amigos.

Los amigos no dejan más que ruinas
esto está muy comprobado
lo he visto toda mi vida
incluso entre mis hermanos.

(Santiago, 8 de mayo de 1965)

20. *La amabilidad*

La amabilidad es importante
que nos hace ser feliz
nosotros lo notamos al instante
cuando un amable nos hace reír.

La amabilidad es un tesoro
la caridad y la comprensión
valen tanto como la plata y el oro
nos unen más de corazón.

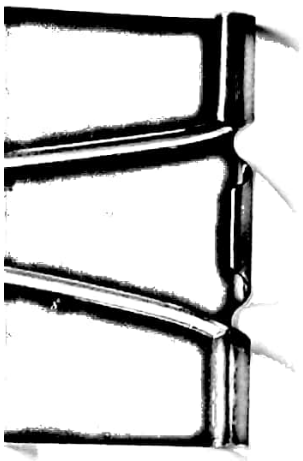
Con una persona amable
encontramos bienestar

su afectuosidad es admirable
queremos con ella pernoctar.

Por el contrario, la aversión
déspota y autoritaria
carece de instrucción
y usa sólo artimañas.

Cuesta el mismo trabajo
ser cordial y amable
que vivir contrariando
y hacerse insoportable.

La amabilidad es un secreto
para vivir mejor la vida
cuántos no se fijan en esto:
que dos almas estarán más unidas.



Es fácil hacerse simpático
siendo amable con los de la casa
todos se comprenderán tanto
que la felicidad no será escasa.

La amabilidad agrada a todos
que todos queremos imitar
nos complace de todos modos
la mejor manera de amar.

Hermosa es la amabilidad
que nos hace vivir mejor
en esta grandiosa ciudad
donde sirve de control.

(Santiago, 17 de junio de 1965)

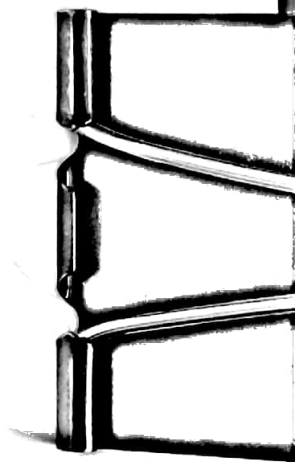
21. El viejito de los "mundiales"

El viejito de los mundiales
grita muy sonoramente
dice que son especiales
y todos muy convenientes.

Siempre van muy fresquitos
hechos con todo cuidado
y todos bien calientitos
listos para ser saboreados.

Vive en la Cuatro Norte
a mediados de la calle
junto a su puerta hay un poste
no se puede equivocar nadie.

Su señora es muy crecida
a él le falta mucha altura
ella llega muy arriba
él tiene pierna en compostura.



En la tarde sale con su negocio
gritando con voz en cuello
los niños son sus clientes golosos
y él se va siempre donde ellos.

Donde tiene más clientela
en la salida del colegio
aquí cerca hay una Escuela
no le queda ni para remedio.

Don Cloro es hombre muy gallo
más sería en su juventud
no puede montar a caballo
pues no tiene esa aptitud.

Los años lo tienen agobiado
ya no sale solo con su venta
lleva siempre una niña al lado
pero la niña no va contenta.

Luego vuelven ya en la tarde
con su venta ya agotada
callado, sin ningún alarde
su jornada está terminada.

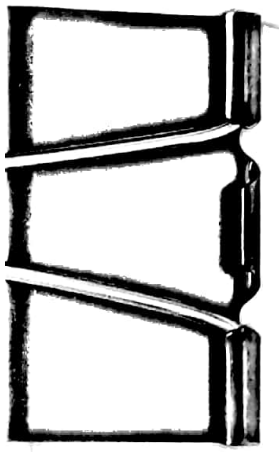
Al otro día repite la jornada
el negocio va viento en popa

vende todo sin dejar nada
y no le gustan las copas.

Es amante de ley seca
abstemio por herencia y tradición
vender todo es su meta
al contado y sin condición.

(30 de julio de 1965)

22. Los contribuyentes



Las contribuciones suben sin cesar
los trabajos desaparecen
en ellos no se puede confiar
no hay manera de entenderse.

Mucha ambición por la plata
tiene el gobierno de ahora
nos quiere dejar sin nada
y sea nuestra casa una choza.

En cambio crea puestos nuevos
para aumentar la burocracia
todos ellos tengan empleo
y vivan en buenas casas.

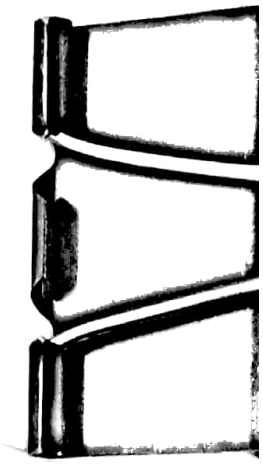
Mientras al que trabaja y produce
se le estruja sin piedad
nadie sabe a qué conduce
esta falta de caridad.

Bien que a los ricos les cobren
ellos tienen con qué pagar
pero al pobre no lo estorben
que no tiene más que dar.

Que la ley pareja no es dura
esto no se debe aplicar
no tiene justicia alguna
ni se puede emparejar.

Diferencia de bienes es infinita
las apariencias engañan
dice un fulano sin platita
cuando no tiene para una caña.

Así ve el fisco al contribuyente
ellos manejan millones
creen que también tiene la gente
y que tienen por montones.



La cobranza es sin piedad
para todos en general
no se libra por casualidad
ninguna cuenta mensual.

El caso es desesperante
el lloriqueo es general
cierto que mejor se vivía antes
otros tendrán que ir al penal.

(25 de agosto de 1965)

23. Las pulgas

Se cumple por quinta vez
que tenemos perro nuevo
no alcanza a pasar un mes
y tenemos un mancebo.

Nombre distinto han tenido
por distintos personajes
de diferentes puntos han venido
ninguno ha sido salvaje.

Uno murió envenenado
otro de enfermedad lenta
otro murió aplastado
en la otra calle a la vuelta.

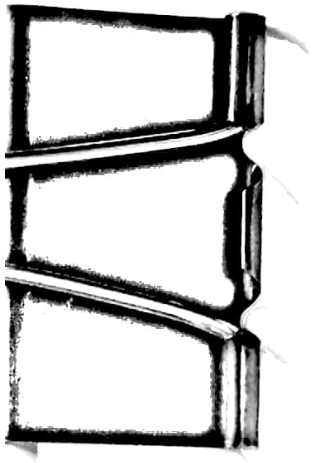
El cuarto también murió
muy temprano en la mañana

apenas amaneció
dio su última boqueada.

Ahora el quinto llegó
y tiene color ratón
Pitincho lo encontró
su hocico es como el carbón.

Ellos son foco de pulguerío
que invade todo el taller
hay tantas pulgas que da miedo
poner los pies dentro de él.

No sé como exterminarlas
por tener la tierra suelta
yo quisiera a todas matarlas
sin que se dieran cuenta.



Pero son todas astutas
saltan largo y se esconden
no se terminan nunca
y están siempre a la orden.

Y yo estoy desesperado
es un martirio tremendo
me pican cuando he trabajado
no me dejan ni un momento.

Quisiera tener un veneno
exterminarlas ahora
o esperar hasta el invierno
para que se entuman solas.

(8 de febrero de 1966)

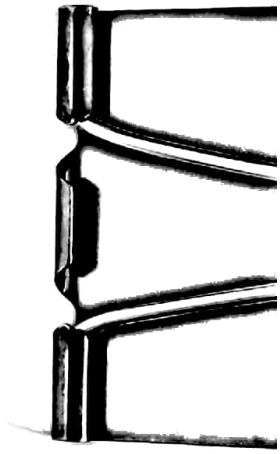
24. El frutero

El carretón del frutero
lo trae lleno hasta los bordes
grita con voz en cuello
para que todos le compren.

Pasa después del medio día
y por el mismo sendero
vende todo, menos sandía
pero le hace el empeño.

Lleva tomates y uva madurita
plátanos vende a granel
vende todo sin dejar nadita
y hay que tratar con él.

El hombre es serio y vivaracho
nadie lo engaña en nada
es de carácter ancho
y muy franca su mirada.



Ningún día deja de pasar
con su venta callejera
a veces un amigo suele encontrar
por estas largas callejuelas.

Anda siempre muy contento
al parecer le va bien
porque vende en un momento
damasco y manzana también.

Me dan ganas de comprarle
alguna fruta precoz
que sea muy deseable
y que sea la mejor.

Hasta el momento me resisto
por no salir de la casa
aunque no la necesito
mejor tomo té en mi taza.

(14 de febrero de 1966)

25. *La bomba atómica francesa*

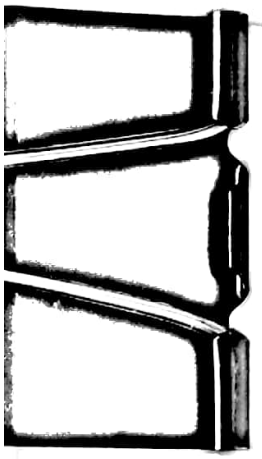
La bomba atómica francesa
dicen que hará mucho mal
en todos los puntos de ésta
en nuestro largo litoral.

No hay quién la pueda detener
todos lamentamos el hecho
que Francia no quiera suspender
siendo que nos separa poco trecho.

Sabremos sus resultados
en los tiempos venideros
si han sido algunos atacados
por este grandísimo veneno.

Nuestro territorio pascuense
es el más amenazado
por ser el más ausente
y también muy distanciado.

El presidente francés
no hace caso de reclamos
ni aunque se hable con él
hizo su gusto, sin embargo.



No le importan los demás
lo que quiere es su poder
y sus ambiciones calmar
por eso no quiere entender.

Poseer un arma mortífera
de exterminio humanitario
ahora que hay tantísimas
habrá que hacer un inventario.

Si llegara la ocasión
¿quién tirará la primera?
tirarían un montón
dejando la carnicera.

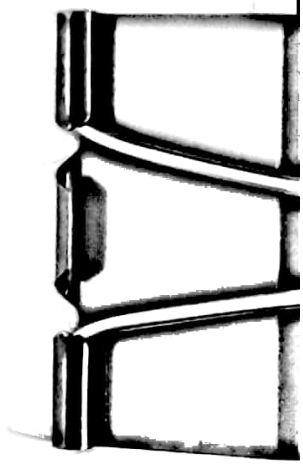
Los responsables serían ellos
que pagarán con lo mismo
no se salvarán los más serios
ni tampoco el comunismo.

(Santiago, 4 de julio de 1966)

Mi hijo Pepito celebró
cincuenta años de vida
muchos familiares convidó
dando una buena comida.

Sus tres hermanos profesores
su viejito también fue
todos sus hermanos menores
nos vinimos juntos después.

Sus cuñados y compadres
alegraron mucho la fiesta
no se quedó sin bailar nadie
todos estábamos alertas.



Tenía música muy buena
discos tocaba a destajo
se bailaba de toda manera
hasta gastar bien los tacos.

Pepito no toma trago
hace tiempo está trancado
no le quiere hacer ni amago
dice estar muy reservado.

Muchos regalos recibió
tortas y objetos varios
muy contento se sintió
en su medio centenario.

Sus niños lo quieren mucho
al haber renacido de nuevo
Dios lo devolvió al mundo
cuando su mujer estaba sin consuelo.

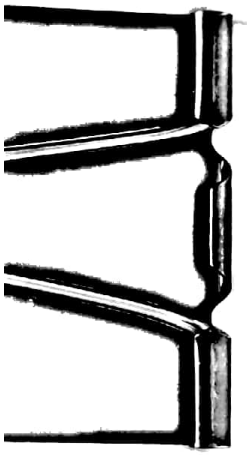
Ahora su vida es diferente
y todo el mundo lo admira
para mí es una honra al presente
que mis hijos me alegren la vida.

Su hermanabilidad me encanta
su proceder de caballeros
mis ansias de honorabilidad eran tantas
desde que tuvimos los primeros.

Hoy se cumple mi ambición
doy gracias a Dios al presente
que se cumple sin condición
mis deseos permanentes.

(Santiago, 14 de julio de 1966)

27. Instrumentos musicales



La música instrumental
la más que me gusta a mí
tanto me gusta oír tocar
desde el principio hasta el fin.

Una marcha conocida
un vals por el estilo
me alegra mucho la vida
echando penas al olvido.

La acordeón es muy hermosa
también me encanta la guitarra
las dos músicas más famosas
que mi hermana las tocaba.

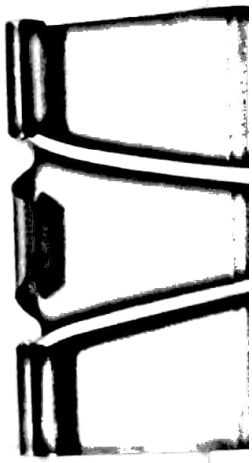
El piano es instrumento mayor
es hermoso bien tocado
en la orquesta es promotor
todos se ponen a su lado.

En la banda no se usa
lo reemplaza el tambor
y no se puede usar nunca
porque solo se toca mejor.

Todo instrumento es bonito
cuando se sabe tocar
desde la flauta hasta el pito
piezas para poder bailar.

Una banda toca de todo
igual que la sinfónica
es bonita, de todos modos
aunque sea con armónica.

Yo toco a mi manera
solo de oídos aprendo
toco música cualquiera
y con ella me contento.



Uso varios instrumentos
los que tengo yo al presente
y uno solo es de viento
todos me son convenientes.

Sin música no se puede vivir
es lo más que me consuela
pues me alegra el porvenir
y me corretea las penas.

(Santiago, 18 de julio de 1966)

28. La reforma agraria

La ley agraria se aprueba
por casi unanimidad
siendo ésta una ley nueva
que no gusta a la hermandad.

Que priva a muchos de su tierra
para repartirla al campesino
que quiera, de esta manera
dejar de ser inquilino.

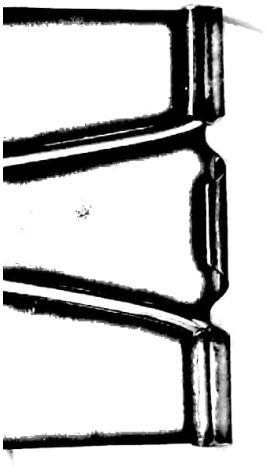
Pero no podrá rendir mucho
hasta pasado cinco años
aun el campesino más ducho
o sea: un sembrador de antaño.

Tendrá que comprar aperos
estas son las herramientas
haciendo este gasto primero
antes de pagar otras cuentas.

Tendrá que comprar semillas
tendrá que comprar abonos
la cosa no es muy sencilla
producir y pagarlo todo.

Antes preferirá su familia
pagar dividendo de la tierra
para el país no sembrará ni una milla
porque los compromisos lo encierran.

Todavía falta la capacidad
del hombre que se mete a esto
tiene que ser de agilidad
lo que por cierto no es cuento.



Hay que entregarse por entero
a esta clase de trabajo
trabajar fuerte y con esmero
no darse ningún descanso.

Todavía faltan los climas
que suelen arrasarlo todo
y las pestes más encima
no podrá sentirse orondo.

No hay una esperanza segura
en esta clase de actividad
es el producto el que apura
y de muy buena calidad.

(Santiago, 23 de octubre de 1966)

29. Recuerdos campesinos

En el fundo Velazquino
donde sembraba yo chacras
tenía muy buenos caminos
se daban muy bien las papas.

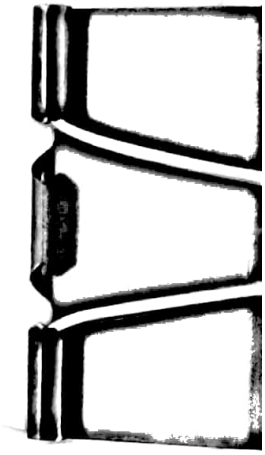
Esto era en San Vicente
de apellido Tagua Tagua

nuestra casa daba frente
al camino a Las Pataguas.

Donde vivíamos antes
y pasamos nuestra infancia
nosotros éramos constantes
en sembrar a gran distancia.

Porotos, papas y arvejas
cebollas y zapallitos
un buen plato para la mesa
compuesto con rabanitos.

Papas nuevas en su tiempo
se sacaban muy temprano
se guisaban al momento
acompañando el asado al palo.



Los choclos venían de atrás
para hacer las humitas
comer hasta no querer más
no se debía tomar agüita.

Los porotitos verdes
son sabrosos en cazuela
bien cocidos han de comerse
y de postre un jugo de pera.

Con esto queda arreglado
el hombre que es chacarero
se acomoda bien sentado
porque quiere ser el primero.

Luego vienen las cosechas
de todos los cereales
todo se hace sin torpeza
porque son varios quintales.

Esto se hace con prolijidad
y mucha dedicación
vender gran cantidad
y guardar para mantención.

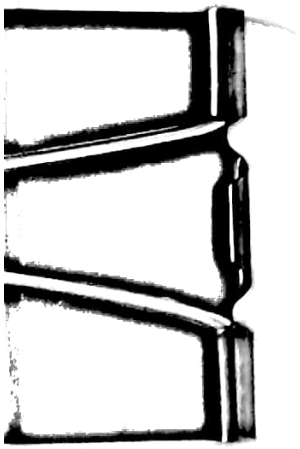
Esto hace el hombre cuerdo
la prevención ante todo
por eso no hay que ser lerdo
activo, de todos modos.

(Santiago, 10 de noviembre de 1966)

30. Ellas

El viento corre veloz
antes del año nuevo
ojalá el nuevo sea mejor
y los dolores sean menos.

El viento mueve las plantas
las plantas nos dan su aroma
de sus flores, que son tantas
y de muy lindas corolas.



La abeja adquiere su miel
que almacena en su panal
de la verbena, la rosa, el clavel
a todas absorbe al pasar.

La fragancia de las flores
agrada sobremanera
son signos de los amores
que un galán envía a su nena.

Una rosa encarnada
representa amor encendido
que recibe la niña encantada
de aquel que será su marido.

La mujer es como la flor
por tener su parecido
cuando se corta de su tronco
y se la da a su marido.

Principia su marchitamiento
igual que la flor más viva

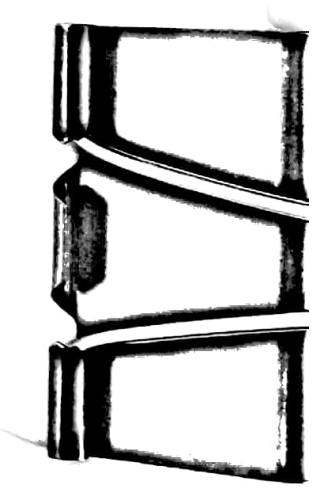
pierde su encantamiento
hasta la mujer más altiva.

Los años y la familia
hacen cambios notables
el trabajo que la aniquila
del cual no puede zafarse.

Ella se entrega resuelta
a cumplir con su deber
de ser una mujer despierta
trabajando junto a él.

(Santiago, 1 de enero de 1967)

31. Palabra empeñada



Cantando paso el calor
de este verano tremendo
ya que no tengo amor
cantando yo me entretengo.

Solo me río y me aplaudo
me discuto mis ideas
que apruebo mientras tanto
cualquiera que ellas sean.

Siempre he sido desligado
de otros en mis negocios
para no ser desviado
no admito ningún socio.

Siempre he sido de palabra
en toda mi pasada vida
no me gusta faltar en nada
en toda cuestión convenida.

El buey por el asta
el hombre por su palabra
dice la frase que canta
que todos debemos corearla.

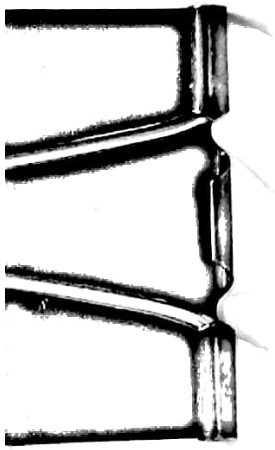
Cuando la palabra se empeña
debe cumplirse al pie de la letra
aunque la conveniencia sea ajena
la honorabilidad es siempre nuestra.

El que promete y no cumple
pierde su valor de hombre
su buena fama no cunde
y se deshonra su nombre.

No hay como ser justiciero
verdadero y honorable
ocupará el puesto primero
entre todos los notables.

(Santiago, 3 de febrero de 1967)

32. El heladero



La campana del heladero
suena muy deficiente
sería mejor un cencerro
de son más permanente.

El carretón pide renovación
ya tiene muchos años
al verlo da compasión
son carretones de antaño.

El hombre que lo maneja
también es de tiempo pasado
usa gorra hasta las orejas
también es muy enamorado.

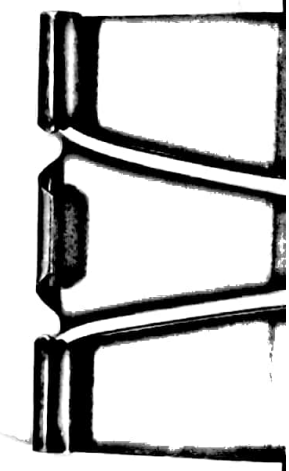
Su color es muy oscuro
parece un hombre serrano
no se parece a ninguno
pero es todo un paisano.

Pasa de vez en cuando
con su gran tarro de helados

con su campana sonando
todos los lleva empaquetados.

Una noche tuvo un desfalco
por haberse emborrachado
los niños le sacaron hartos
sin habérselos pagado.

Al despertar de su mona
halló su tarro vacío
nadie vio en tantas horas
quién le sacó el contenido.



Qué cuenta la daría a su patrón
de la mercadería entregada
perdió plata un montón
por su cabeza emborrachada.

Ahora no toma trago
pasa muy serio y tranquilo
no hace ningún amago
sigue recto su camino.

(Santiago, 15 de abril de 1967)

33. La educación campesina

La educación campesina
en cierto modo es perjudicial
la gente se pone engreída
después de tanto estudiar.

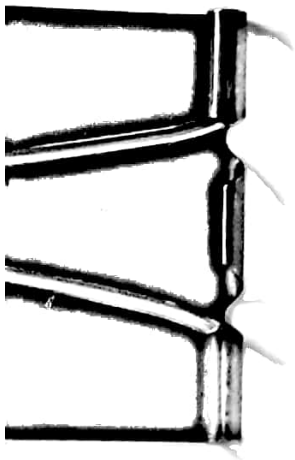
Para sembrar las tierras
no hace falta educación
por eso todos se esmeran
por un puesto en la administración.

Abandonan los campos
y se van a la ciudad
los que buscan pega son tantos
que muchos quedan en ociosidad.

La educación recibida
no les sirve para el campo
se van al pueblo enseguida
a la espera de ganar harto.

Envidian a los que se fueron antes
al verlos tan bien terniados
sus buenos sueldos son tantos
trabajan poco y bien pagados.

El hombre que trabaja la tierra
es rústico y sin estudios
él se esclaviza en la siembra
y produce para todo el mundo.



El estudiante moderno
sólo aspira a ser oficinista
en trabajo duro no está contento
quiere ser capitalista.

Quiere tener un auto
para salir a pasear
sus deseos son tantos
para poder disfrutar.

El auto cuesta muy caro
para poderlo tener
tiene que pagar al contado
si quiere quedarse con él.

Tiene que pagar los impuestos
que cobra la fiscalía
nadie se siente contento
en medio de tanta sangría.

A esto quiere llegar
el campesino con estudios
mucho quiere abarcar
no se le escape ninguno.

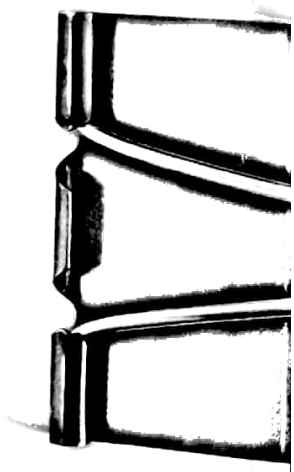
Se van los hombres del campo
los que pueden producir
por eso se irá menguando
el producto en el porvenir.

(Santiago, 9 de junio de 1967)

34. Árboles de mi tierra

En el campo de las flores
donde cantan las cigarras
y se anidan los choroyes
entre hojas de una parra.

La garza de cuello largo
habita en el manantial
que tiene más agua que fango
del principio hasta el final.



El cerro que está vecino
muestra su arboladura
muchas matas de espino
matas de cedro, ninguna.

El boldo de hoja dura
crece con mucha abundancia
también hay matas de tuna
que dan fruta y fragancia.

El peumo con todos sus frutos
al litre con su dureza
no le compite ninguno
en lo útil y en su firmeza.

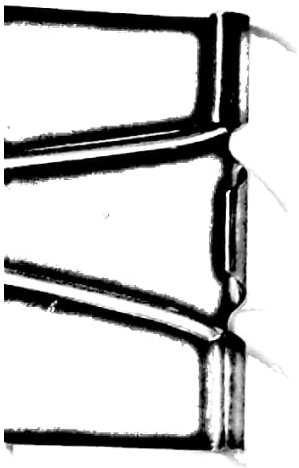
El quillay con su cáscara fuerte
que sirve para hacer lavados
convertido en polvo conveniente
se vende, pero empaquetado.

Árboles chicos y grandes
llenan nuestras praderas

desde el oeste hasta los Andes
donde flameó nuestra bandera.

Los bosques de eucaliptus
junto a los parronales
donde se saca el vino tinto
y las peras de los perales.

Todo lo aprovecha el hombre
que sabe sacar partido
siempre se queda conforme
con lo que estaba convenido.



El árbol frutal se luce
por su aprecio sin igual
su fruto todo se consume
en fiesta y en carnaval.

La flor adorna la mesa
que sirve de comedor
donde se hace la fiesta
del jefe y edad mayor.

(Santiago, 20 de junio de 1967)

35. Aglomeraciones

En las calles santiaguinas
donde trafica la gente
se hacen tacos en las esquinas
impidiendo así la corriente.

No se puede andar ligero
por la aglomeración
marchan en todos senderos
sin tener ningún control.

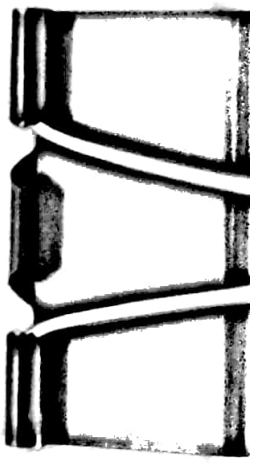
Cuando uno está encerrado
no halla qué lado tomar
lo mejor es quedarse parado
hasta que empiecen a andar.

Otros toman la izquierda
yendo en contra lo ordenado
provocan desorden en la vereda
porque van muy apurados.

Tropiezan con Pedro, Juan y Diego
les rinde menos lo andado
mejor es andar con sosiego
o pasarse al otro lado.

Hay que saber andar en el centro
seguir la corriente ordenado
así llegará muy contento
de que nada le haya pasado.

Choqué una vez con una dama
un botón de mi chaqueta
se incrustó en blusa de lana
dándole un fuerte tirón a ésta.



Por eso hay que ser prudente
muy cortés y muy amable
en la calle con toda la gente
que no nos tilden de culpables.

Dar siempre la preferencia
en especial a las damas
que son parte de nuestra existencia
por lo menos nuestras mucamas.

Daremos nuestra enseñanza
al rebelde e incorregible
que sin miramiento avanza
con su criterio insensible.

(Santiago, 30 de septiembre de 1967)

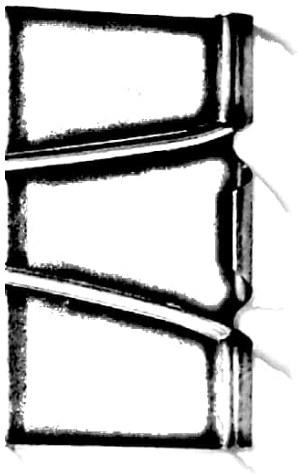
36. Mi taller

Me da pena ver mi taller
sin ninguna actividad
hoy ya no es como ayer:
¡todas las herramientas guardá's!

Tanto que quiero mis herramientas
todas limpias y quietas están
tanto trabajé con ellas
me ayudaron a ganar el pan.

Abro el cajón y las contemplo
parece que todas me miraran
encerradas tan largo tiempo
que todas unidas me acusaran.

De tenerlas ahí en cesantía
todas quieren trabajar
la larga espera las tiene aburrí'as
quieren su actividad desarrollar.



Yo quiesiera darles trabajo
con mi propia mano empuñar
mi amor al trabajo es tanto
y no quisiera abandonar.

Es mi mano la que falló
sin que tenga reemplazante
ya más no puedo trabajar yo
en mecánica en adelante.

Mis bancos y mis tornillos
están todos abandonados
los trabajos suspendidos
como si estuvieron botados.

Los martillos se me oxidan
al no tener movimiento
igual que llaves y limas
están todos descontentos.

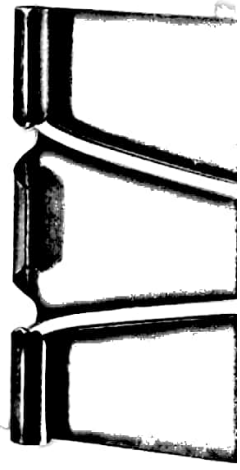
No hay ninguna esperanza
de poner en acción mi taller
la esperanza se me alarga
llega a su fin al parecer.

(Santiago, 21 de octubre de 1967)

La población Villa Ríos
es de gran imponencia:
es tan alta que da miedo
soberbias sus dependencias.

Sus bloques están fuera de control
vueltos para todos lados
no se ve ningún frontón
no parecen diseñados.

Parecen árboles plantados
con taza a su alrededor
donde tengan agua y estén mojados
cuando llueva en lo mejor.



El ingeniero perdió la razón
en trabajo tan extravagante
no tiene ningún parangón
en la vida civilizante.

Sus puertas están bajo nivel
sus ventanas por el estilo
cosa que no se puede entender
edificios tan hundidos.

Con las fuertes lluvias de invierno
cuando la lluvia es inmensa
no podrán estar contentos
si se les anegan las piezas.

Si el desagüe se tapa un día
en la noche a medio sueño
cuando todos duermen a porfía
despiertan con el agua al cuello.

Es un hecho desconcertante
sin calles y sin veredas
escalas intemperantes
que se llueven de todas maneras.

Otros son estilo callampa
hechas sobre un solo pie
sujetas por escalas altas
como un ser sujeto a otro ser.

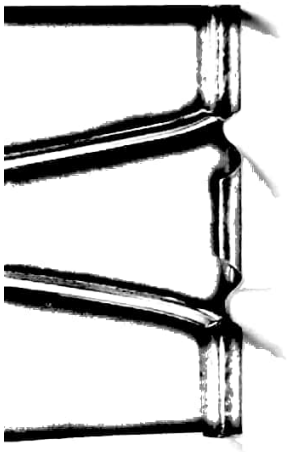
Todos lucen trapos colgados
son conventillo en altura
madres que secan sus lavados
y la ropa de sus criaturas.

Otros están sobre dos pies
y que forman varias casas
nos preguntamos por qué
hicieron casas de dos patas.

Habiendo terreno de sobra
para hacer casa en el suelo
será capricho la obra
o locura de ingeniero.

(Santiago, 26 de mayo de 1968)

38. El loco de la población



El loco de la población
se pasea diariamente
esparciendo su furor
por entre toda la gente.

Todos huyen al momento
en cuanto él aparece
nadie escucha su cuento
porque su mente entorpece.

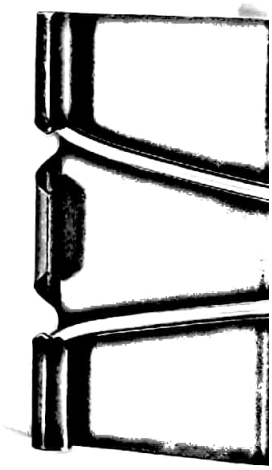
Y cuando toma trago
su genio se descompone
se convierte en hombre amargo
y ofrece de bofetones.

Con todos quiere pelear
con el que esté por delante
sus puños sabe emplear
con certeza y al instante.

En sus tiempos fue boxeador
nadie sabe de sus triunfos
también fue un luchador
y ahora anda dando tumbos.

Dicen que fue carabinero
que ahora está jubilado
no pudo llegar a primero
por haberse descontrolado.

Ahora se tranquilizó solo
sin que moleste en nada
sí que no cambia su modo
por estar su cabeza embromada.



Ya no se le compondrá más
terminará así su vida
su edad está pasada ya
y su razón confundida.

Dicen que es buen placero
maneja la plaza aseada
cuida las plantas con esmero
para que todos den su mirada.

Vive al frente de la plaza
en los pisos altos del bloque
allá arriba tiene su casa
desde su puerta vigila entonces.

A veces hace de payaso
se pasea por la baranda
con peligro de darse un porrazo
toda la gente se alarma.

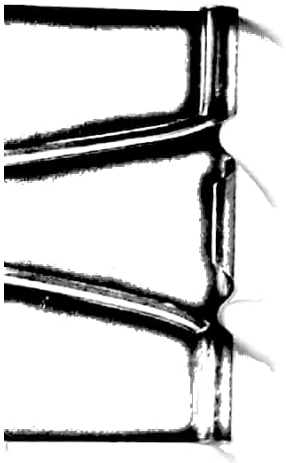
Viste de todas formas
se pone un abrigo blanco
otras veces va de chomba
pasa con vacilante tranco.

(Santiago, 28 de junio de 1968)

Los micreros se sosegaron
después de su sublevación
desde el incendio empezaron
a invadir la población.

Del incendio de su garita
yo también fui espectador
mucha gente tiraba agüita
pero el fuego no admitió control.

Arrasó hasta los cimientos
quedando el suelo eriazo
ningún chofer quedó contento
por considerarlo un golpazo.



Rehuían las micros la garita quemada
se movían por todas las calles
no se les encontraba estacionadas
el paradero no lo sabía nadie.

Suerte era encontrar una
había que pillarlas al vuelo
lo dejaban en la puerta, por fortuna
enredadas en la calle de este suelo.

Lo dejaban a uno por todas partes
donde al chofer se le antojara
llegaban por donde no andaban antes
por donde nadie imaginara.

Corrían en sentido contrario
como jugando al pillarse
no hacían caso de horarios
ni acataban la hora de marcharse.

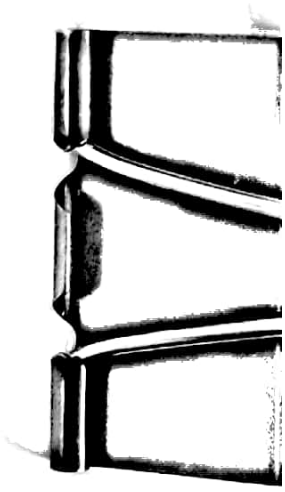
Después de varios días de revolución
volvieron a la calma
pusieron garita nueva en posición
y se acabó la gran alarma.

Todos volvieron al viejo paradero
la falta de garita los enloqueció
la hicieron de nuevo con esmero
reemplazando a la que se quemó.

Ahora todo gira muy ordenado
como se vio desde el principio
lo pasado quedó olvidado
y no queda el menor indicio.

(Santiago, 25 de diciembre de 1968)

40. Nombres extranjeros



Teniendo mucho que ver
de lo que está pasando
y que nos cuesta entender
aunque pasemos mirando.

Los artículos cambian de nombre
con idiomas extranjeros
en piezas de vestir de hombre
del calcetín al sombrero.

El que no sabe el idioma
no sabe qué cosa pedir
esto parece una broma
que hasta nos hace reír.

El calcetín tiene apellido raro
según del material del que esté hecho
y también lo venden más caro
sea más delgado o más grueso.

El pantalón tiene varios nombres
todos en lengua desconocida
pero no bajan ni un cobre
cobran precios sin medida.

Hacen listas de nombres de prendas
con palabras que no se entienden

lo que hacen todas las tiendas
todo lo muestran y lo venden.

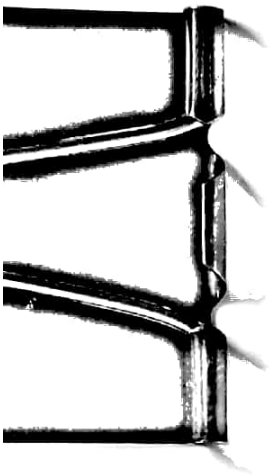
Poco a poco se cambia el idioma
pero en varias lenguas diferentes
los emplean en la venta de ropa
que adquieren todos los clientes.

Hay que estudiar el idioma
para saber hacer el pedido
como esto ya no es una broma
hay que darse pues de entendido.

A las camisas, chombas y otros
se les agrega otros nombres
que debemos comprar nosotros
y además quedar conformes.

Esto ayuda al desconcierto
que sufrimos en estos días
todos están descontentos
de que todo está patas arriba.

(Santiago, 16 de enero de 1969)



41. Pobres y ricos

Yo hace tiempo empecé
hacer versos instructivos
varios temas abarqué
que me eran conocidos.

Mirando la actitud de los tiempos
en que el mundo se debate
el pobre no está contento:
sufre miseria constante.

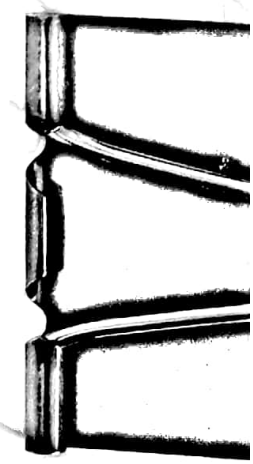
El rico por el contrario
tiene abundancia de todo
sus riquezas maneja el bancario
y aumentan de todos modos.

Nunca baja su cantidad
sino aumenta cada año
mientras el pobre pasa ansiedad
él vive como un extraño.

Sólo habla con sus iguales
planea negocios, su bienestar
tiene fundos y animales
buenos caballos que montar.

Su auto moderno lo espera
para trasladarlo de lugar
y no ponga el pie en la vereda
y hunda la suela en el lodazal.

Vive con mucho lujo y holgura
rodeado de servidumbres
sin contrariedad ninguna
ésa es su vieja costumbre.



Goza de todo bien terrenal
viaja para donde quiere
nada le resulta fatal
vive feliz hasta que muere.

Se dice que el rico no irá al cielo
porque ya gozó de este mundo
no irá con el Padre Eterno
su trabajo será todo nulo.

Sólo cuidó de su persona
dándose un gran bienestar
viviendo en su gran casona
donde le gusta mandar.

(Santiago, 16 de octubre de 1969)

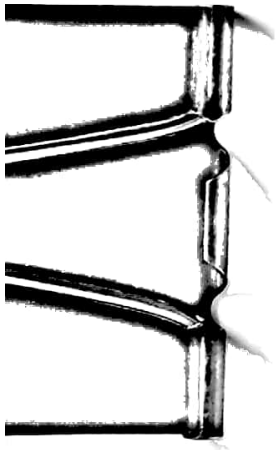
42. *Inflación galopante*

Ya son las seis de la tarde
vengo llegando del centro
como no tengo quien me mande
dejé todo y me di mi tiempo.

Traje sustento para mi persona
pagué tanto dinero por ello
esto ya dejó de ser broma
ya nos va llegando al cuello.

Antes las alzas eran anual
por la justicia y la ley
ahora se hacen mensual
vaya uno a comprender.

Esto se ha hecho costumbre
del comerciante moderno
suben los precios a las cumbres
y nunca se quedan contentos.



Provocan alzas de sueldos
y de toda cosa en general
ellos creen esto muy bueno
pero otros no pueden disfrutar.

Todo sube sin control
que ya nadie puede soportar
es un vicio que se hace atroz
que uno se siente desvalijar.

Hay que llevar bolsillo lleno
para comprar un objeto
no se debe llevar menos
para no volver descontento.

Llevar la plata en maleta
y traer la compra en el bolsillo
ésta sería la meta
cuando no se use el sencillo.

Billetes de 100 mil para arriba
será el molido de esos tiempos
pagar las cuentas pasivas
sin pérdida de momento.

El billete valdrá tan poco
que dejará de valer

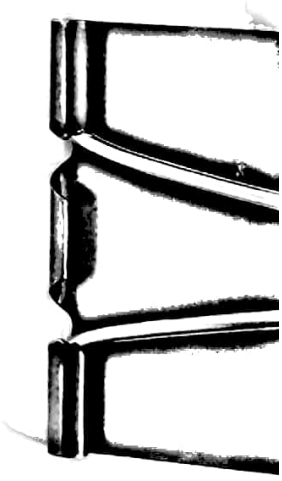
no nos servirá a nosotros
por no saber qué hacer con él.

Ese tiempo se verá llegar
a pasos agigantados
el pobre no podrá pagar
ni un objeto del mercado.

(Santiago, 1 de diciembre de 1969)

43. Modernismo agrario

El modernismo reinante
causante de la inflación
desde un tiempo a esta parte
todo sube sin control.



Cada invento moderno
es comodidad del hombre
sólo teniéndolo está contento
aunque su precio sea enorme.

Antes de la era moderna
los precios y sueldos eran bajos
no teníamos problemas
los productos abundaban harto.

Llegó la máquina al campo
y a reemplazar al buey el tractor
creyeron que iba a rendir tanto
cambiando la carreta por el camión.

Todo ha sido contraproducente
el modernismo aplastó la sencillez
con sus precios contundentes
época que no volverá otra vez.

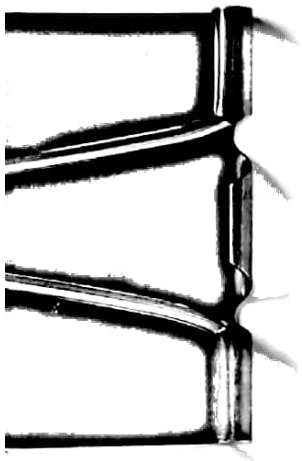
Un camión cuesta millones
un tractor por el estilo
suman pesos por montones
que pagarán el poroto y el trigo.

Más el costo de su mantención
sueldos subidos a sus choferes
la carreta no necesitaba atención
del fundo salían todos los enseres.

El buey no necesita combustible
la tierra se lo propociona gratis
su alimento de lo más humilde
y para ellos sumamente fácil.

El dueño del fundo tiene que subir
los precios de su producción
para poder pagar y cumplir
el pago de tanto millón.

Que en concreto pagamos nosotros
antes nada de eso pagaba el patrón
no tenía por qué subir los porotos
además sobraba la producción.



Con la máquina quisieron aumentar
pero se ve que han disminuido
ahora se tiene que importar
y se ha perdido el buen sentido.

Largo sería enumerar
todos los puntos vitales
que abarca nuestro mirar
que son los puntos cabales.

Mucha culpa del campesinado
por sus revueltas constantes
que el marxismo ha adoctrinado
y que es lo denigrante.

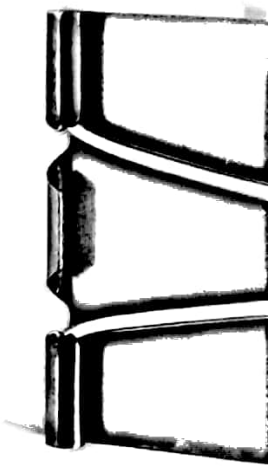
Antes que la política llegara al campo
el campo producía mucho fruto
el hombre trabajaba entonando cantos
terminando alegre sus turnos.

(Santiago, 18 de agosto de 1970)

Los temas que he abarcado
en todos mis versos y poemas
todos son de hechos consumados
o de hechos o noticias amenas.

El desarrollo de un tema
tiene su estudio profundo
para encontrar bien el lema
que coincida punto con punto.

Copiando palabras volantes
que puedan calzar con certeza
o que sean palabras sonantes
que se puedan leer sin torpeza.



Todas son palabras escogidas
del diccionario moderno
para escribirlas enseguida
con alegría y contento.

Para escribir versos buenos
conviene estar de buen humor
que sean precisos y amenos
para que los cante el cantor.

Tener su grado de picardía
que alegre la concurrencia
para que no se quede dormida
y despierte con impaciencia.

Es bueno y alegre saber cantar
que entusiasme a los demás
que todos empiecen a entonar
y que formen el coro sin más.

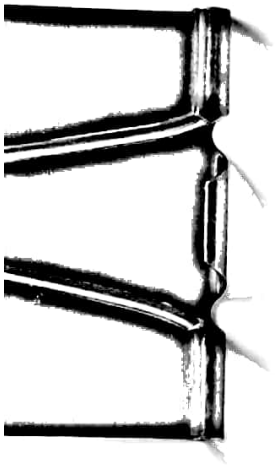
En reuniones de familia
cuando la ocasión se presente
que canten hasta los niños
estando sus padres al frente.

Sin versos no se puede cantar
sólo con versos improvisados
pero se puede entonar
con instrumento encordado.

Cuando se canta con ganas
se canta con armonía
el canto indica vida sana
se usa la voz sin economía.

(Santiago, 16 de mayo de 1972)

45. No más fiestas



En los tiempos en que vivimos
todo se va terminando
por la calamidad que sentimos
todo se va olvidando.

Por causa de la carestía
fiestas ya no se hacen
a todos nos sobra valentía
pero se teme que el capital no alcance.

Pasó el día de mi santo
sin que se hiciera nada
antes se hacía fiesta por encanto
hoy no se hace ni la "entrada".

Ya nadie celebra su día
ya no hay plata para ello
antes se celebraba a porfía
cuando corría la plata con sello.

Esos tiempos ya se fueron
cuando celebrábamos fiestas
todas se hacían con esmero
y toda la gente quedaba contenta.

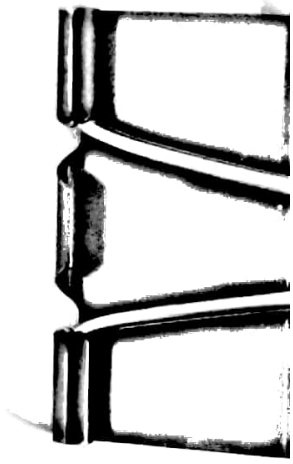
Todo se va terminando
la carestía lo aplasta todo

mientras vamos caminando
caducamos de todos modos.

Por allá por el año veinte
cuando todo era barato
rendía la plata al presente
de todo se compraba... ¡tanto!

Ahora sólo quedan recuerdos
de nuestras alegres fiestas
estando todos de acuerdo
de juntarnos aquí en ésta.

Como se hacían en antaño
con tanto gusto y esmero
pasamos por alto este año
sin hacer ningún empeño.



Porque quedaríamos cortos
más la falta de un familiar
que no asistirá por lo pronto
su ausencia debemos respetar.

Yo ya no estoy para fiestas
ya no puedo bailar cueca
como hacíamos siempre en ésta
mis piernas están ya chuecas.

Ya no me guardan resistencia
por lo tanto temo un costalazo
en medio de la concurrencia
y me quede sin dar abrazos.

(Santiago, 5 de abril de 1976)

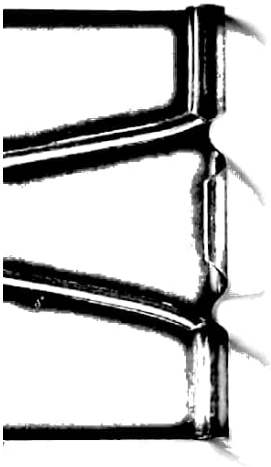
46. A Gabito

Salud, fuerza y trabajo
son los deseos de un semejante
esté arriba o esté abajo
debe ir siempre adelante.

No mirar ya lo pasado
que son cosas de esta vida
todo lo pasado... ¡olvidado!
todo se arregló en seguida.

Basta un poco de experiencia
para guiar nuestra barca
por el mar de la buena conciencia
y no encallar en cualquier barranca.

Somos responsables de la tripulación
que llevamos en nuestro seno
daremos cuenta al Hacedor
él nos acogerá, que es tan bueno.



Yo paso regularmente bien
soportando 30 grados de calor
quisiera viajar lejos en tren
y apartar este clima de vapor.

Echo de menos los paseítos
que hacíamos a todas partes
corríamos veloces en su autito
ya no gozaré como antes.

Pero me basta con lo que fui
ahora voy en dirección al ocaso
toda mi juventud yo la viví
ahora espero llegar al descanso.

Si Dios me concede la gracia
después del camino recorrido
quiero llegar a Él sin mancha
y poder así ser admitido.

A la patria de los elegidos
donde llegaremos todos sin falta
no esperemos ser contenidos
las gracias de Dios son tantas.

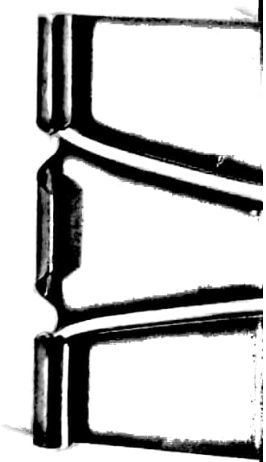
Pasando a punto diferente
el cuarto está casi terminado
con excelente vista de frente
su piso parece enlozado.

Con luz de tubo fluorescente
una ventana de primera
puerta con chapa excelente
es trabajo hecho en primavera.

Ya pronto lo llenaremos
con los objetos presentes
todos los rincones ocuparemos
no quedando ninguno ausente.

Nada más. Salud, trabajo y bienestar en el Señor son los deseos de su padre Benito. Chao. Santiago, 31 de diciembre de 1976[19].

47. El huaso



Cuando vivía en el campo
vestía a lo puro huaso
tenía mi buen chamanto
sin faltarme tampoco el lazo.

Espuelas bien sonoras
que usaba al cabalgar
me las ponía a toda hora
cuando salía a galopar.

Montando caballo de buena clase
que obedecía a su jinete
corriendo fuerte o ¡descanse!
y cumplir necesidad urgente.

Para correr terneros y vacas
en potreros de pastizales

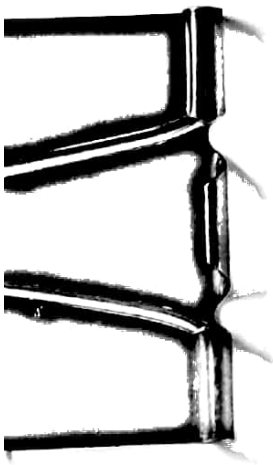
[19] Carta en verso enviada a Inglaterra en la fecha indicada, algunos meses después de que su hijo Gabriel saliera libre de las prisiones políticas de Villa Grimaldi y Tres Álamos. El "cuarto" y los "objetos presentes" a los que alude era un "cuarto-biblioteca" que él hizo construir en su casa de Los Ángeles 2810 para guardar los "libros" de su hijo recién liberado, a la espera de su retorno a Chile (N. del E.).

para amarrarlas a la estaca
debajo de grandes perales.

Ahí estarán hasta mañana
cuando llegue la ordeñadora
en hora más que temprana
a cumplir su faena en forma.

La mejor manera de operar
para no perder ni gota
como se debe sacar
que no falte ni una jota.

Con la cual se hacen quesillos
que son frescos y agradables
gustan mucho a los chiquillos
y son de lo más deseables.



La leche tiene varios usos
en chocolate, café y té
en ponches que gustan mucho
y cola de mono que le gusta a usted.

Mantequilla de ley primera
que come gente golosa
que usan de cualquier manera
por ser también menos costosa.

Yo prefiero leche en tarrito
que se llama condensada
la que me da más apetito
y la mejor conservada.

Leche en botella no consumo
por no hacerme muy bien
mi madre nos componía
con harina de trigo y miel.

Un plato delicioso para nosotros
que nos daba por la tarde
después del trabajo costoso
y así reparar nuestra hambre.

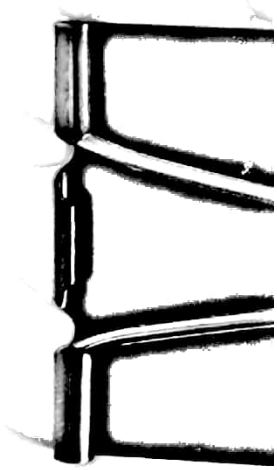
También con mote de trigo
que quedaba muy deliciosa
nosotros convidábamos a un amigo
que se llamaba Rosamel de la Rosa.

No digo más por el momento
porque ya lo he dicho todo
porque pareciera un cuento
y son versos de todos modos.

(Santiago, 7 de abril de 1977)

48. Al hijo en exilio

Los gringos que tienen reina
están bien asegurados
no tienen que tener pena
estando bien conservados.



En eso estamos de acuerdo
por cuanto nos alegramos
nos guardamos el recuerdo
hasta cuando nos veamos.

Les cantamos esta letra
de gran cariño a distancia
lleva nuestra voz neta
que empujamos con constancia.

Es nuestra unión sin frontera
no se corte su contacto
cantemos con voz entera
que se oiga nuestro canto.

A pesar de la distancia
que nos dejó el temporal
que provocó la pitanza
de la Unión Popular.

Pero ya estamos a flote
batallando por la vida

que siempre nos queda un lote
que asegura nuestra comida.

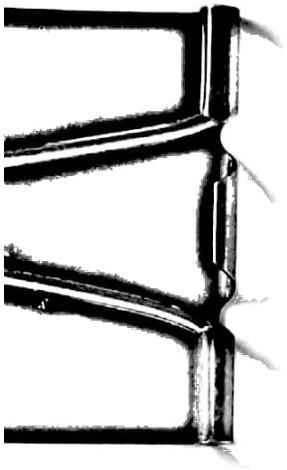
Esto tendrá que pasar
después de pasarlo bien
aquí tendrán que llegar
después de su luna de miel.

Tal vez traigan otro ser
que aumente su comparsa
estamos en espera de ver
sin perder las esperanzas.

Aquí hay gente en buen estado
viviendo nuestro sendero
todos estamos encantados
por noticias del compañero.

Con esto nos despedimos
con mucho gusto y empeño
mucho cariño sentimos
cantando con voz en cuello...

(Santiago, 21 de mayo de 1977)



49. Frío

Está pasando el invierno
con fríos de tres bajo cero
no podemos decir que es bueno
yo debo encasquetar mi sombrero.

El frío desciende de arriba
de la alta cordillera
tengo la estufa prendida
para así hacerle collera.

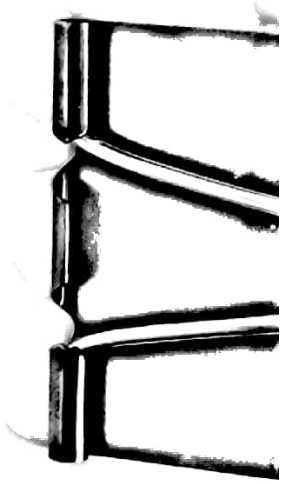
Por suerte ya va pasando
en dirección a primavera
de nosotros se va alejando
después de darnos rociadera.

Llega tiempo de alegría
sacar chicha del barril
haciéndole una sangría
que la hace más varonil.

Celebrar la fiesta dieciochera
que la tenemos a la puerta
con cueca, tango y ranchera
tomar chicha y de la buena.

Yo no tomo parte en nada
sólo hago de espectador
soy bueno para las empanadas
en esto no tengo competidor.

Pero menos podré este año
tengo que abrirme la guatita
ya no soy lo que fui antaño
en que batía fuerte mis patitas.



Mis pies ya no me acompañan
pero me quedan mis manos
en las que me puedo amparar
para tocar guitarra y piano.

Ellos son mis compañeros
que me corretean las penas
por delante de mi sendero
haciéndome la vida amena.

El doctor me quitará este mal
usando de toda su experiencia
lo que no me podrá quitar
ni edad ni achaques con su ciencia.

Yo estoy dispuesto a todo
confiando sólo en mi Dios
me operaré de todos modos
si paso, bien, o una de dos...

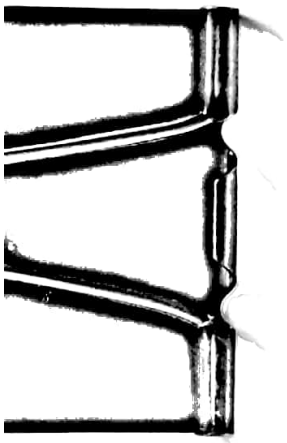
Ahora deseo un televisor
para ver la parada militar
y admirarla con fervor
sentándome para mirar.

Me hace falta Gabrielito
para ver su televisor
él me llevaba en su autito
porque él tenía uno mejor.

No sé si lo volveré a ver
si algún día llegue a ésta
lo recibiré y estaré con él
y le haremos una fiesta[20].

(Santiago, 20 de septiembre de 1977)

50. A Gabito



Quisiera contarte mi pasado
quisiera contarte todito
aunque no soy muy letrado
como mi hijo Gabrielito.

Usted disculpará la letra
que ya me cuesta pararla
pero siempre la hago neta
que se pueda deletrearla.

Las peripecias que sufrí bien
en el año que ya se fue
yo pensaba irme con él
como no tenía pasaje, me quedé.

Ahora estoy de vuelta en casa
en estado de recuperación
con mis fuerzas muy escasas
lentamente vuelvo a mi posición.

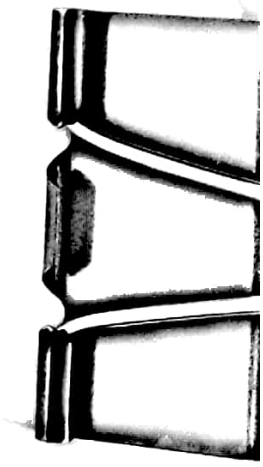
[20] En octubre de 1977, a los 85 años de edad, Benito fue operado de la próstata, por un tumor benigno. La operación resultó exitosa.

Hay un "dice" muy antiguo
"quien no se arriesga no pasa el río"
fue lo que yo hice conmigo
sin tener el menor frío.

Ahora sigo en brecha navegando
eso sí con pocos bríos
hasta la meta llegaré avanzando
cuando me atrape el último frío.

Por el momento no siento hielo
porque estamos en pleno calor
es la época de paseos buenos
en compaña de algún amor.

Amor: ya se diluyó para mí
aunque la llame no volverá
ya hace tiempo lo comprendí:
en esta vida todo se borrará.



De nada valen los lamentos
sólo nos contesta el silencio
lo mejor es vivir contento
dejando todo en suspenso.

Volviendo de nuevo a la brecha
para elaborar junto a ellos
aunque la senda sea estrecha
seremos útiles con empeño.

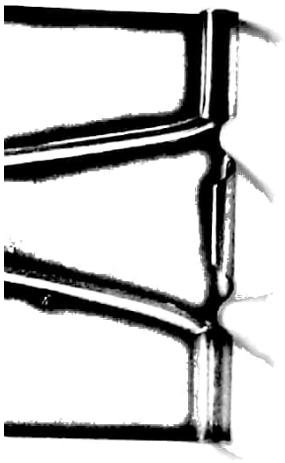
Aunque sea sólo para mirar
ya que no hay capacidad
sólo servirá para aprobar
la obra y su calidad.

Usando sus plenos conocimientos
y también haciendo compañía
haciendo vivir el contento
sin perder la armonía.

Hacer amena la vida
a pesar de tantas penurias
usando de buena tenida
sin tomar en cuenta minucias.

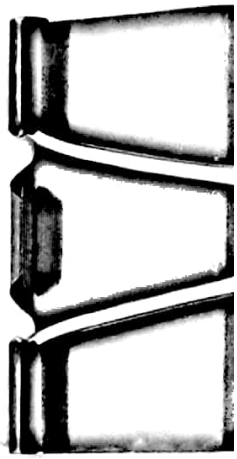
Hay que vivir muy alerta
esta vida es muy breve
muy poco estaremos en ésta
luego nos pedirán que la entregue.

(Santiago, 27 de enero de 1978)[21]



[21] Estos versos fueron los últimos que Benito escribió. Tenía 85 años y cinco meses. Murió en agosto de 1984, a los 93 años de edad.

c) Presupuesto familiar



Evolución del presupuesto familiar de Benito Salazar Orellana (1918-1953)

Fuentes

Como se indicó en el Postfacio del editor, Benito Salazar llevó un registro regular y sistemático de sus ingresos y gastos desde 1918 hasta –con interrupciones– el año 1977. Tal información la anotó en nueve cuadernos de distinto formato, tamaño y grosor (salvo dos de ellos, ninguno estaba diseñado para llevar un registro de contabilidad). Y utilizó también todas las hojas de papel en blanco que halló disponibles, las que él mismo cosió a máquina para darle forma de cuadernillo.

No anotó siempre, sin embargo, todos sus ingresos ni todos sus gastos. Desde 1918 hasta 1923, por ejemplo, solo anotó los ingresos que provenían del arriendo de su garage por sitios de aparcamiento (llamados *boxes*, muy escasos en esa época), sin incluir lo que ganaba en sus autos de arriendo y con su trabajo en el taller mecánico. Solo a partir de 1924, y en cuadernos distintos, incluyó esos ítemes. Tampoco registró, en las páginas del Debe, las compras que él realizaba a crédito (casa, automóviles, radiorreceptores, neumáticos y repuestos), los pagos de impuestos (contribución de bienes raíces), el pago de la patente municipal, la pavimentación, etc. Sin embargo, tuvo el meticuloso

cuidado de guardar bajo llave todas las letras que pagó y todos los recibos y documentos que atestiguaban los pagos realizados, hábito que permitió a este editor redondear sus cifras e incluir el total anual en los Cuadros I y II de este Apéndice. El mismo cuidado tuvo en anotar lo que le daban mensualmente sus hijos para ayudarlo, después de 1940, en los gastos de la casa.

No se hallaron registros para el período 1926-1928, para 1930, 1933-1934 y para el quinquenio 1939-1943, salvo información dispersa (entregas del chofer que manejaba el último taxi, documentos de crédito y recibos de pago, principalmente), ni para el período 1954-1972. Ignoramos si no anotó sus cuentas durante esos años o si los cuadernos respectivos se perdieron. De hecho, entre el año de su muerte (1984) y el año en que se inició la recopilación y preparación de sus escritos para la publicación (2005) transcurrió un tiempo largo, en el que, es posible, esos cuadernos se hayan perdido.

Con todo, las fuentes disponibles permiten tener información completa, confiable y continua para el bienio 1924-1925, el año 1929, el bienio 1931-1932, el período 1935-1938 y la importante fase 1944-1953 (etapa crucial en la historia de su familia y de él mismo). Se conservan también, en hojas cosidas a máquina, sus presupuestos para el período 1972-1977, con lagunas, que corresponde a la fase terminal de su taller (él mismo tenía entonces entre 80 y 85 años de edad), cuando lo que ganaba solo le servía para sus gastos personales, pues el costo de su salud y alimentación lo financiaban sus hijas Ester y Aída, respectivamente.

En los Cuadros I y II de este Apéndice se ha tabulado y ponderado su Ingreso Total Anual entre 1918 y 1953, diferenciando el ingreso producido por el "trabajo en el taller" de los "otros ingresos" (incluyendo en estos últimos el arriendo de "boxes", lo ganado por sus automóviles de arriendo y las contribuciones de sus hijos), y su Gasto Total Anual, diferenciando el "gasto diario" de "otros gastos" (en éstos se incluyó el pago de la casa, y la cancelación de letras e impuestos, etc.). Para especificar las cifras del Gasto Diario se registró, en líneas separadas, el gasto anual en Alimentación, Vestuario, Salud, Educación y Casa, ítemes que él juzgó importantes como para detallarlos diariamente (se incluyó en el rubro "Casa" el pago de la luz, el agua y las inversiones realizadas para mejorar la infraestructura del taller y/o de la casa). Otros ítemes del Gasto Diario, como el pago del almacén, las cuotas canceladas a don Julio (el "turco" que vendía a domicilio), los aportes periódicos a la Iglesia, los

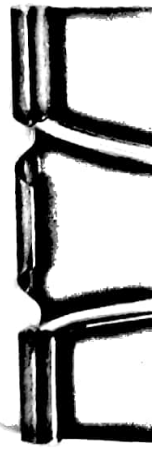
"extras" (vino, asados) y los "paseos" de los dueños de casa, no se tabularon en líneas separadas, sino en el Gasto Total mensual y anual.

Evolución del presupuesto familiar y condiciones de vida (1918-1953)

Las series construidas en torno a su presupuesto familiar permiten distinguir, al menos, cinco etapas, que se examinarán, cada una, en su particularidad.

Etapa 1: 1918-1923

La información disponible para esta etapa es dispersa, pero existen indicios confiables que son significativos. Corresponde a su juventud (26 años en 1918, 31 en 1923). Es el período en que decidió dejar de trabajar como taxista para montar un taller mecánico destinado, al comienzo, a reparar los automóviles cuya compra habían iniciado en sociedad con su hermano Carmelo. Los ingresos que le proporcionó el alquiler de los *boxes* del garage que arrendaba en la calle Eyzaguirre –que registró mes a mes y año a año– sumaron, en promedio, sobre $3.000 anuales, cifra superior en más de 30 % al jornal medio de la clase obrera de entonces[22]. Si se agrega a esa cantidad el ingreso que le producía su trabajo como mecánico y el arriendo de los automóviles comprados con Carmelo, puede suponerse que sus ingresos medios, por lo menos, triplicaban el salario mínimo de la clase trabajadora. La información cualitativa que entrega en sus memorias revela por su lado que, en general, ambos hermanos tuvieron con sus familias un buen pasar, propio, tal vez, de los rangos medios de la población.



Benito vivía entonces en la casa-taller ubicada en Eyzaguirre 636, junto a otros familiares (totalizaban 15 personas), quienes compartían algunos deberes y gastos (uno de sus cuñados operaba, por ejemplo, de portero). Sus hijos, en 1923, totalizaban cuatro: Benito José, o "Pepe" (7 años), Elena (6), Aída (3) y Fernando (1). Se sabe que Laura cosía la ropa que usaban los niños, de modo que el gasto en Vestuario y Educación era mínimo o nulo. Y el gasto en Alimentación del conjunto de los habitantes de esa casa era, al parecer, compartido.

---

22 Fuente: *Sinopsis Estadística de Chile* (Santiago, 1924 y 1925. Oficina Central de Estadísticas).

Todo indica, por tanto, que en esta etapa Benito pudo operar con un excedente monetario que él ahorró –era extremadamente ahorrativo– y que le permitiría, en la etapa siguiente, realizar varias inversiones significativas.

Etapa 2: 1924-1929

Esta fase, correspondiente a una juventud madura (tenía 32 en 1924 y 37 en 1929), puede considerarse como la de máxima expansión de su presupuesto familiar. Su ingreso anual, para el bienio 1924-1925, era, cuando menos, cuatro o cinco veces superior al salario promedio de la clase obrera (ver Cuadro II). Tal situación le permitió acumular excedentes e invertir en la compra de tres automóviles de arriendo (en 1925, 1926 y 1928) e iniciar, en este último año, la compra de la casa de Los Ángeles 2810. De acuerdo a los datos disponibles para el bienio 1929-1930, el ítem Alimentación no superó el 25 % del Gasto Total, lo que revela la holgura relativa en que se halló la familia en ese período[23]. Fue un período de baja inflación (3 % anual), en el que el país realizó una relativamente importante importación de automóviles, todo lo cual facilitó las actividades productivas de Benito, tanto en el taller mecánico, en el trabajo al arriendo, como en el alquiler de *boxes*[24].

Hacia el final de esta etapa, Benito se desprendió de parte de la familia extensa (las familias de sus hermanas Petronila y Jesús) al comprar la casa de Los Ángeles. Al mismo tiempo, sus hijos, aunque crecidos, no estaban aún en esa fase en que el gasto en Vestuario y Educación aumenta necesariamente, pues sus edades eran, en 1929, de 13, 12, 9, 7 y 4. Laura continuaba cosiéndoles la mayor parte de las prendas de vestir. Sin embargo, el garage de Los Ángeles era de menor capacidad que el de Eyzaguirre (éste tenía capacidad para 32 vehículos, mientras que aquél solo para 4 ó 5), lo que reducía y casi eliminaba la posibilidad de arrendar *boxes*. De este modo, si bien el presupuesto anual presentó, para los años 1924-25 y 1929 un cierto déficit, éste no superó, en promedio, el 4,5 %, lo que se debía, fundamentalmente, a las inversiones realizadas.

---

23 Se estima que el gasto en Alimentación de una familia normal (Quintil 3), no debería superar el 27,9 % de su presupuesto anual. Ver *Encuesta de Presupuesto Familiar de 2007* (Santiago, 2008. Instituto Nacional de Estadísticas). Ver también informe de *El Mercurio*, del 27/05/2008, B9.

24 El parque automotriz aumentó en Chile desde 1.828 vehículos en 1916 a 26.575 en 1930. Ver "Circulación de vehículos durante los últimos 30 años", en *Estadística Chilena* 18:12 (Santiago, 1945. Dirección General de Estadísticas), p. 639.

Sin duda, en esta etapa, apoyándose en los excedentes que generaba su trabajo, Benito jugó todas sus cartas a la expansión económica de su microempresa, a objeto de lograr constituir lo que él definía como "familia bien honorable".

Etapa 3: 1931-1938

Fue un período marcado por la crisis económica mundial de 1929–1930, cuyo impacto en Chile, como se sabe, fue catastrófico, al provocar una brutal caída no solo de las exportaciones, sino también de las importaciones[25]. Eso implicó que, durante todos esos años –y hasta 1945– la importación de automóviles sufrió una drástica reducción[26]. Al mismo tiempo, se desencadenó un encarecimiento de los repuestos y un descontrolado proceso inflacionario general, sobre todo después de 1932, cuando la tasa anual de inflación saltó de – 0,7 % en 1931 a un promedio de 7,4 % entre 1932 y 1938 (ver Cuadro II). En paralelo, el peso chileno sufrió alteraciones y una drástica devaluación[27].

Por lo anterior, el contexto económico de las actividades laborales de Benito cambió radicalmente, en un sentido que, para él –sin formación alguna en ese plano– resultaba, en muchos sentidos, incomprensible. Por eso, en plena crisis, continuó invirtiendo, de modo que, en 1932 y 1933 compró otros dos automóviles. Al parecer, esa opción surgió del hecho de que él, personalmente, mantenía todavía ahorros suficientes –y confianza en sí mismo– como para hacer eso. Pero la agudización de la crisis en 1934 (la inflación alcanzó 24,1 % ese año, una cifra absolutamente inédita) comenzó a revertir sus proyectos y a socavar profundamente su base de operaciones.

Por eso, desde 1935 –tenía para entonces 43 años de edad– su presupuesto comenzó a presentar, con frecuencia, déficit superiores al 7 % anual, mientras su gasto en Alimentación se disparaba a cifras por encima del 42 %, revelando la dramática reducción de su margen de excedentes. Al mismo tiempo, sus hijos entraban en esa edad crucial en

---

25 Las importaciones cayeron en un 90 %. Ver de P. T. Ellsworth: *Chile, an Economy in Transition* (New York, 1945), chapter II.

26 El número absoluto de automóviles en Chile disminuyó de 27.843 en 1929 a 21.551 en 1933. Solo después de 1935 el número aumentó de nuevo, para estancarse en 1942. En "Circulación de vehículos...", loc. cit.

27 Correspondió a las reformas monetarias introducidas por la Misión de E. Kemmerer en 1926–27, cuando el peso fue estabilizado a un valor de cambio de 6 peniques. Ver de P. T. Ellsworth, op. cit.

que, de un lado, debían vestirse como personas adultas (sus edades eran, en 1935 de: 19, 18, 15, 13, 10 y 4) y, de otra, decidir si continuaban estudiando más allá de la Educación Primaria y Secundaria, o no. Los datos revelan que el gasto en Vestuario aumentó de 4,7 % en 1931 a 8,7 % en 1935. El Ingreso Total Anual, al mismo tiempo, decreció, primero hasta nivelarse con el salario mínimo de los obreros en 1935, para luego caer, en 1938, a 40 % menos de ese mínimo (ver Cuadro II). Sin lugar a dudas, la familia de Benito (que era aun una familia extensa, compuesta de al menos 12 personas) se vio envuelta en una situación crítica, casi de indigencia, que puso el proyecto paterno de "familia bien honorable" en un paredón terminal. Indicios de la memoria familiar señalan que, en ese período, fue necesario tomar algunas decisiones drásticas (su madre, Griselda, debió irse a vivir en la casa de Petronila, hermana de Benito, mientras las sobrinas Luisa y Ema, lo mismo que su hermano Ramón y su cuñado Julio, debieron asilarse en otros lares). Con todo, la determinación más dura (y autoritaria) fue la de obligar a los hijos mayores a interrumpir sus estudios y salir a trabajar, para ayudar a la subsistencia de la familia. Es que no solo los ingresos eran casi la mitad del salario mínimo, sino que el deterioro presupuestario, con respecto al nivel alcanzado en 1929, llegaba en 1935 al 38,8 %. Si la situación no llegó a ser catastrófica, fue porque Benito fue vendiendo uno a uno sus automóviles de alquiler y vigilando estrechamente las entregas diarias de José Jorquera, el último chofer del último auto de arriendo que había logrado conservar (un Ford 1929).

Fue una etapa, por tanto, en la que se produjo una grave fractura en la base económica del proyecto familiar que Benito había concebido desde su infancia. Una situación crítica que se complicó aun más cuando obligó a sus hijos mayores a abandonar sus respectivos colegios o institutos para salir a trabajar, en un momento en que no podían hacerlo sino en oficios proletarios de segundo orden (repartidores de insumos, costureras, ayudantes de laboratorio, etc). Si bien Benito, pese a todo, no llegó a quebrarse como persona –era un hombre de una inquebrantable fe religiosa y, en esa época, de un indesafiable autoritarismo–, toda la memoria familiar indica, en cambio, que para sus primogénitos esa etapa fue de frustración y quiebre. De hecho, la armonía interior de la familia se trizó, ya que los dos hermanos mayores –"Pepe" y Fernando– tendieron a refugiarse en el alcohol, mientras las dos hermanas mayores –Elena y Aída– se involucraron en apresuradas y poco felices relaciones afectivas y matrimoniales.

Durante este período, Benito (que tenía 47 años en 1939 y 51 en 1943) debió enfrentar las aristas peores de la crisis. De una parte, el trabajo en su taller decayó de modo notorio, pese a la ayuda de su hijo Fernando, quien, desde 1938 hasta 1945, trabajó para él como oficial de confianza, razón por la que debió abandonar los estudios después de haber cursado el 8° Año Básico de entonces. De otro, forzado por la situación (se decretó racionamiento de bencina), tuvo que vender en 1943 el automóvil Ford que durante 10 años varios choferes habían trabajado "al arriendo" para él. Como efecto de todo ello, su ingreso medio siguió descendiendo bajo el Salario Mínimo, mientras su gasto en Alimentación ascendía en 1944 al asfixiante nivel de 75,1 %, en tanto el de Vestuario lo hacía hasta 11,9 % (ver Cuadros I y II). Estos porcentajes, unidos al de Salud y Casa, agotaron todo recurso para otras actividades que no fuera la mera subsistencia. Nótese que, aun en este período, cuando los hijos tenían, en 1943, 27 años ("Pepe"), 26 (Elena), 23 (Aída), 21 (Fernando), 18 (Juana), 12 (Ester) y 7 (Gabriel), el gasto en Educación y Cultura era sostenidamente cero. Lo mismo en Entretención y Veraneo. Reducida a la mera subsistencia física, la familia de Benito parece haber alcanzado, entre 1943 y 1944, el fondo de su crisis. Las tensiones internas, por lo mismo, estaban también en su máximo.

La situación fue paliada en parte por la ayuda que comenzaron a dar, entre 1938 y 1943, Benito José ("Pepe"), Elena, Aída y, desde el taller, Fernando, ayuda que, principalmente, hicieron llegar a Laura –que disponía del gasto diario–, razón por la que no apareció registrada en la contabilidad del dueño de casa. El ingreso devengado por el Ford y el producto de su venta indujeron a Benito –que era muy amante de la música– a invertir en la compra de una radio RCA Víctor, en 1938 (que pagó en doce cuotas, según revelan las letras respectivas), y de un hermoso piano inglés, en 1943, por el que desembolsó al contado la suma de $500 (que tomó del dinero obtenido por la venta del Ford). La compra del piano tenía por fin –según él– que su hija Juana pudiese llegar a ser una intérprete, e incluso, tal vez, una concertista. Estas compras, sin embargo, molestaron a Laura, quien, viendo las necesidades generales, era de opinión contraria a tales inversiones. Preciso es decir en este punto que Benito tenía tal control de los gastos y tal propensión al ahorro que, normalmente, mantenía excedentes en efectivo en su cajón de velador, los cuales, poco o mucho, destinaba, cuando lo juzgaba prudente, a dar

a la familia gustos "de honorabilidad". No es extraño que, consecuente con ello, en plena crisis, decidiera contratar un profesor de piano para su hija Juana.

Etapa 5: 1944-1953

Es la fase culminante de la familia de Benito Salazar y de su propia vida, que coincidió con ser también su fase de madurez (tenía 52 años en 1944 y 61 en 1953). Sus hijos ya eran todos prácticamente adultos, pues, en 1953, sus edades marcaban: 37, 36, 33, 31, 28, 22 y 17, siendo dependientes del presupuesto familiar solo los dos últimos (Ester y Gabriel). El aporte de los hijos mayores en este período fue, por lo mismo, importante (esta vez fue registrado por el dueño de casa, ya que lo recibió él), aporte que promedió, año a año, un porcentaje cercano al 25 % del ingreso total –según las anotaciones de Benito– a pesar de que las aportaciones informales que no se anotaron en el registro paterno fueron también significativas (Fernando, por ejemplo, daba una "mesada" semanal a sus tres hermanos menores, aparte de comprar "extras" para la comida o artefactos para la cocina; Elena ayudaba eventualmente con vestuario y Aída con costuras y trabajo de cocina). Tales aportes le permitieron a Benito desahogar su presupuesto, lo cual se reflejó en el peso relativo de su gasto en Alimentación, que bajó de 75,1 % en 1944 a 28,2 % en 1953; lo mismo en Vestuario, que cayó de 11,9 % en 1944 a 4,3 % en 1950. Tal desahogo permitió a su vez que ítemes hasta allí muertos, como Educación, Entretención y Veraneo, aparecieran por primera vez como rubros significativos, lo que implicaba la aparición de algunos indicadores centrales de la "vida muy honorable" a que aspiraba Benito[28].

Al mismo tiempo, después de 1945, en Chile aumentó de modo sustantivo la importación de automóviles y la disponibilidad de bencina, cambio que trajo consigo un aumento proporcional de los choferes y propietarios que llevaban sus automóviles al taller de reparación[29]. Los ingresos por este concepto, en consecuencia, aumentaron también

---

[28] En los Cuadros I y II, los ítems de Entretención y Veraneo se sumaron a Educación.

[29] A partir de 1943 aumentó de nuevo el parque automovilístico, pero, sobre todo, el de Micros y Buses (subieron de 1.709 en 1938 a 2.543 en 1945). El aumento de estos últimos le significó a Benito incluir el tapizado y la reparación de "cojines de micro", importante rubro en su recuperación económica durante este período. Ver "Circulación de vehículos...", loc. cit.

de manera sustantiva, al punto que el Ingreso Total de Benito duplicó el monto del Sueldo Vital de Santiago (período 1945-1950), a pesar de que no llegó a igualar el nivel de sueldos que el Estado pagaba a los empleados públicos, mientras era apenas un tercio de lo que ganaban entonces como promedio los profesionales (ver Cuadro II). Todo indica que, en este ciclo, Benito aprendió a manejar (a medias) la espiral inflacionaria que tan de lleno lo afectaba. Pero en ningún caso lo suficiente para sortear con éxito la hiperinflación que se desató después de 1951 (que, en poco tiempo, saltó desde 37,5 % a 74,5 % anual). Eso se tradujo para él en un nuevo retroceso, de modo que no logró recuperar el nivel logrado por él mismo en 1929 (mantuvo, durante este período, un deterioro superior al 30 % respecto de ese año).

La relativa holgura con que se halló después de 1945 le permitió –como se dijo– aumentar el gasto anual en rubros como Educación, Salud, Vestuario y Casa. Fue especialmente significativa su disposición a financiar en toda su extensión los estudios de Juana (que se recibió como Profesora Normalista en 1948), lo que hizo subir el gasto familiar en Educación desde 0,7 % en 1945 a un promedio de 10 % entre 1946 y 1949[30]. Igual disposición mostró respecto a los estudios de Ester (quien se formó, más bien, en establecimientos privados: Liceo Manuel Bulnes, Universidad Popular San Pancracio, Instituto Chileno Norteamericano, Universidad Católica), razón por la que el gasto en Educación se mantuvo sobre 4 % después de 1948 (año en que Juana recibió su título). Idéntico beneficio percibió el hijo menor, Gabriel; aunque éste, por el hecho de haber estudiado en establecimientos gratuitos (Escuela Miguel Rafael Prado, Liceo de Aplicación, Universidad de Chile) no generó un aumento significativo en el presupuesto educacional de Benito, además de que, en 1958 (a los 22 años de edad), se independizó, estando en Tercer Año de Universidad[31]. El gasto en Salud también se incrementó, sobre todo

---

30 Aparte de financiar sus estudios y pupilaje en la Escuela Normal de Talca (dos años), Benito contrató, para su hija Juana, profesores de guitarra y piano.

31 Ver la *Encuesta de Presupuesto Familiar*, loc. cit. En los gastos de Educación solventados por Benito se incluyeron, para algunos casos, los costos de ciertos "veraneos" (como el de Laura y Juana, que fueron enviadas a Cartagena por quince días, y como los frecuentes viajes "de placer" a la casa de Juana en Viña del Mar que la familia inició en este período) y los de Entretención Cultural (radiorreceptor, libros, cine, espectáculos deportivos, etc.). Es significativo que el ítem "Transporte" no llegó a figurar antes de 1955 como un gasto relevante para Benito. El ítem se formalizó solo cuando Gabriel debió viajar diariamente al Liceo de Aplicación (entre 1950 y 1955) y luego al Instituto Pedagógico (entre 1956 y 1959), pero no llegó a pesar en el presupuesto familiar, dado su bajo precio.

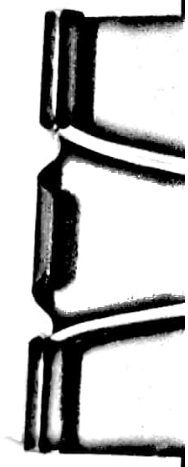
por las enfermedades de Laura (que murió en 1950), desde un promedio de 3,5 % antes de 1940, a cerca de 7 % entre 1946 y 1950. El gasto en Vestuario se mantuvo relativamente alto hasta 1953 (hubo que vestir adecuadamente a los hermanos que siguieron estudios superiores, razón por la que el propio Benito consideró que él mismo debía "cacharpearse" mejor, como él decía). La holgura relativa lo indujo a realizar importantes inversiones en el galpón de su garage (entre 1945 y 1947) y en la fachada de la casa (1953).

Con todo, los casamientos de Elena, Pepe y Juana (entre 1946 y 1949), la muerte de Laura en 1950 y la de Fernando en 1954, impidieron disfrutar más en familia la bonanza relativa en que se halló el hogar de Los Ángeles. El período 1954-1960 –para el que no hay registros presupuestarios de Benito– fue, de nuevo, de contracción económica, en un contexto familiar en que pesaba fuertemente una memoria apesadumbrada por las ausencias producidas. De hecho, los ingresos generados por el taller comenzaron de nuevo a decaer, razón por la que el grupo familiar que permaneció en Los Ángeles –Benito, Aída y el hijo de Aída– tuvo que depender, en buena medida, del trabajo de Aída y de la ayuda frecuente pero intermitente de los otros hermanos.

Era la señal de que el gran proyecto familiar de Benito, habiendo llegado a su culminación entre 1945 y 1950, iniciaba ahora su ciclo de decadencia y desintegración. Es lo que él, dramática y a veces muy elocuentemente, expresó en sus memorias, en sus versos y, sobre todo, en sus últimas cartas.

La Reina, mayo de 2008.

d) Presupuesto familiar



Cuadro 1
Presupuesto familiar de Benito Salazar Orellana
(1918-1953)
Cuadro general
(En moneda corriente)

a) período 1918-1923

		1918	1919	1920	1921	1922	1923
I Ítemes Generales	Ingreso Taller						
	Otros Ingresos[32]	5.257	2.969	3.000	3.453	3.451	3.233
	Gasto General[33]						
	Otros Gastos[34]						
II Ítemes Específicos	Alimentos						
	Vestuario						
	Salud						
	Educación						
	Casa						
III Balance	Ingreso Total						
	Gasto Total						
	Superávit						
	Déficit						

[32] Incluye ingresos por arriendo de *boxes* y entregas diarias de los autos de arriendo.

[33] Incluye los gastos diarios registrados en los cuadernos respectivos.

[34] Incluye los pagos –no registrados en los cuadernos– que se documentan con letras y recibos.

b) período 1924-1929

		1924	1925	1926	1927	1928	1929
I Ítemes Generales	Ingreso Taller	12.096	10.776				10.539
	Otros Ingresos	2.521	3.271	3.014	1.986		2.200
	Gasto General	12.860	12.658				10.927
	Otros Gastos	2.000	2.600	3.500	2.398	7.950	2.233
II Ítemes Específicos	Alimentos						(75,6%) 9.960
	Vestuario						
	Salud						
	Educación						
	Casa						
III Balance	Ingreso Total	14.617	14.047				12.739
	Gasto Total	14.860	15.258				13.160
	Déficit	(0,9%) -143	(10,5%) -1.611				(2,9%) -331
	Superávit						

c) período 1931-1944

		1931	1932	1935	1936	1937	1938	1939	1944
I Ítemes Generales	Ingreso Taller	5.845	4.927	6.155	7.960	8.364	9.638		12.811
	Otros Ingresos	3.808	2.902	4.175	4.029	4.764	4.129	4.750	2.280
	Gasto General	7.164	5.848	8.709	10.472	12.499	12.447		14.850
	Otros Gastos	1.116	1.596	2.381	1.388	1.002	3.103	2.031	1.364
II Ítemes Específicos	Alimentos	(48,9%) 4.068	(50,7%) 3.780	(48,6%) 5.400	(45,5%) 5.400	(45,3%) 6.120	(41,6%) 6.480		(75,1%) 12.179
	Vestuario	(4,7%) 392	(5,0%) 373	(8,7%) 968	(7,6%) 911	(14,1%) 1.906	(6,9%) 1.078		(11,9%) 1.945
	Salud	(4,7%) 395	(3,7%) 278	(6,6%) 735	(5,6%) 667	(1,5%) 212	(0,8%) 138		(5,2%) 852
	Educación	(0,2%) 23	(0,0%)	(0,06%) 7	(0,7%) 92	(0,2%) 43	(0,0%)		(0,04%) 8
	Casa	(3,9%) 330	(0,0%)	(1,0%) 115	(1,0%) 128	(3,2%) 438	(1,0%) 168		(2,3%) 387
III Balance	Ingreso Total	9.653	7.829	10.290	11.969	13.128	13.767		15.091
	Gasto Total	8.310	7.444	11.090	11.860	13.501	15.550		16.214
	Déficit			(7,2%) -800		(2,7%) -373	(11,4%) -1.783		(6,9%) -1.123
	Superávit	(16,1%) 1.343	(5,1%) 385		(0,9%) 109				

d) período 1945-1953

		1945	1946	1947	1948	1949	1950	1951	1952	1953
I Ítemes Generales	Ingreso Taller	23.372	37.394	43.256	47.892	62.076	71.707	77.657	84.879	123.297
	Otros Ingresos	6.060	7.350	9.570	9.175	8.690	12.578	2.078		
	Gasto General	30.596	39.581	52.567	54.490	67.662	72.526	68.000	76.463	123.858
	Otros Gastos	1.630	1.984	1.984	1.983	2.345	2.349	2.329	2.860	3.875
II Ítemes Específicos	Alimentación	(44,6%) 14.400	(38,1%) 15.840	(43,5%) 23.760	(48,4%) 27.360	(44,7%) 31.320	(40,3%) 30.240	(39,9%) 28.080	(40,8%) 32.400	(28,2%) 36.102
	Vestuario	(8,4%) 2.726	(7,8%) 3.282	(4,1%) 2.241	(4,2%) 2.405	(7,9%) 5.583	(4,3%) 3.254	(5,6%) 4.007	(10,5%) 8.372	(7,0%) 8.943
	Salud	(6,7%) 2.181	(7,1%) 2.990	(5,2%) 2.844	(7,8%) 4.432	(7,0%) 4.931	(4,1%) 3.124	(2,9%) 2.090	(3,8%) 3.084	(0,7%) 900
	Educación	(0,7%) 247	(7,2%) 32	(16,5%) 9.016	(6,4%) 3.658	(9,2%) 6.446	(3,5%) 2.629	(3,1%) 2.232	(7,9%) 5.613	(4,5%) 5.820
	Casa	(3,2%) 1.053	(0,07%) 3.034	(2,1%) 1.165	(1,7%) 983	(1,2%) 852	(1,0%) 773	(1,0%) 772	(1,0%) 812	(21,4%) 27.392
III Balance	Ingreso Total	29.432	44.744	52.826	57.067	70.766	84.285	79.735	84.879	123.297
	Gasto Total	32.226	41.565	54.551	56.473	70.007	74.875	70.329	79.323	127.733
	Déficit	(8,6%) -2.794		(3,1%) - 1.725						(3,4%) - 4.436
	Superávit		(7,6%) 3.179		(1,0%) 594	(1,0%) 759	(12,5%) 9.410	(13,3%) 9.406	(7%) 5.556	

Cuadro II
Deterioro del poder adquisitivo
(1924-1953)
(en moneda corriente)

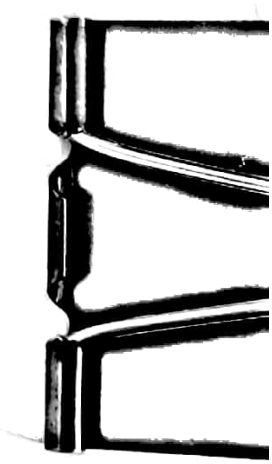
	Ingreso anual $	Inflación anual %	Ingreso potencial	Deterioro %	Sueldo vital[35]	Sueldos fiscales	Sueldos profesionales
1924	14.617	3	–		2.243		
1925	14.047	3	15.055		4.200		
1926			15.506				
1927			–				
1928			–				
1929	12.734	1,8	–		10.816		
1930		–1,1	12.963				
1931	9.653	–0,7	12.820	24,7	7.661		
1932	7.829	6,3	12.730	38,5	6.965		
1933		24,1	13.531				
1934		0,1	16.792				
1935	10.290	2,0	16.809	38,8	10.816		
1936	11.989	8,4	17.145	30,1	15.919		
1937	13.128	12,6	18.585	29,4	19.177		
1938	13.767	4,4	20.927	34,2	21.916		
1939		1,4	21.848				
1940		12,6	22.154				40.700
1941		15,2	24.945				
1942		25,6	28.737				
1943		16,3	36.094			24.314	57.600
1944	15.091	11,7	41.977	64,1	14.220		
1945	29.432	8,8	46.888	37,2	15.840		
1946	44.744	15,9	51.014	12,3	17.640		
1947	52.826	33,6	59.125	10,7	23.940		
1948	57.067	18	78.991	27,8	28.800		
1949	70.766	18,8	93.209	24,1	36.480	66.804	
1950	84.285	15,2	110.732	23,9	45.600	98.952	
1951	79.735	22,3	127.563	37,5	56.040	105.108	
1952	84.879	22,2	156.010	45,6	72.840	135.708	
1953	123.297	25,3	190.644	35,3	90.600	183.168	

Fuentes: Cuadernos y papeles de Benito Salazar Orellana; Joseph Grunwald (Ed.): *Desarrollo económico de Chile, 1940-1956* (Santiago; 1956. Instituto de Economía de la Universidad de Chile), Cuadros 5, 6 y A-3; Carlos Massad (Ed.): *La Economía de Chile en el Período 1950-1963* (Santiago, 1963, Instituto de Economía de la Universidad de Chile), Tomo II, cuadros 58 y 60.

---

35 Hasta 1938 las cifras corresponden al Salario Obrero Anual promedio, según la Sinopsis Estadística Anual, y desde 1944, al Sueldo Vital de Santiago.

Anexo fotográfico



Benito, 33 años (1925)

Griselda Orellana (ca. 1926)

Benito y su padre Pedro Salazar (ca. 1927)

Carmelo Salazar Orellana y familia (ca. 1925)

Laura Vergara, 20 años (ca. 1913)

Aída y Elena Salazar Vergara,
de 14 y 18 años respectivamente (1935)

Laura y Benito (ca. 1926)

Benito, 45 años (ca. 1937)

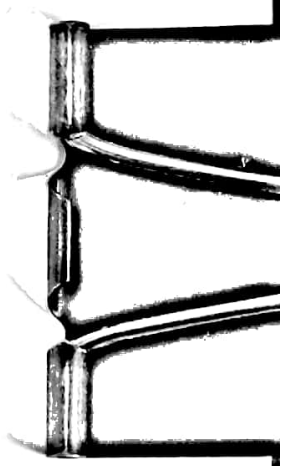
Benito y Laura (1941)

La familia de Benito y Laura (1941)

Benito, 60 años (1952)

Benito e hijos, 74 años (1966)

Benito, 86 años (1978)



Índice

La última carta 5

Parte I
Vida de Benito Salazar Orellana (1892-1984) 9

I. Nacimiento - primer peligro de muerte - nacimiento de la Luisa - segundo peligro de muerte - la vaca - el pato - el pan 11

II. Pesca de bagres - mocos en la olla - la culebra - música de boca 13

III. Correr ternero - el silabario - las pilas - primera comunión 16

IV. Las carretitas - palabra fea - pajarero - otro fundo - vacunación 19

V. Adicción por la pesca - terremoto de 1906 - temblor en el camino - con mi hermano Ramón - solo en las chacras 21

VI. Trabajos de fundo - jardinero - fogonero - arreglos en casa - ayuda a mi madre - mi padre 24

VII. Fiestas Patrias - el mingaco - mal baño en el río - confesión - caballo muerto - mala cosecha 28

VIII. Traslado a Santiago - mis hermanos en Santiago - trabajé de mozo 33

IX. Me llevaron a Viña - de ascensorista - de copero 36

X. Casa Alemana - con el doctor - escuela de choferes - entré auto a la cochera 39

XI. Llevar auto deshecho - patrones en vacaciones - traje auto listo - arreglo auto - sexto peligro de muerte 45

XII. Me persiguió mujer - llegó día de vacaciones solo en la casa - era Laura 48

XIII. Me retiré del doctor - otro auto - clases en Ford - paseo a Quinta Normal - mujer tandera 52

XIV. Tentación de mujer - mujer casada - pobre marido - mi casamiento - nuevo patrón 55

XV. Cambio de casa - interviene el patrón - el inspector - el señor galeno - casa avenida Macul - caída al foso - patrona enferma 59

XVI. Sociedad de hermanos - compra de autos - padre de familia - padrinaje - otro padrinaje - sociedad con cuñado - dar vuelta el chasis 64

XVII. Probando auto a Valparaíso - chicha de Curacaví - tiro al blanco - paseo frustrado con mi hermano 68

XVIII. Paseo a Nancagua - saludos a los turistas - pegados en el río en Chépica - carreras en Chépica 71

XIX. El mismo domingo - vuelta a las tías - don Isidoro con nosotros - pérdida de aceite en el río - 1ª panne - 2ª panne - llegada a Santiago 76

XX. garage Eyzaguirre - pintura cambiada - foto de mi padre - garaje Aldunate 81

XXI. Me hice sacramentino - mi último padrino - me hice franciscano - San Judas Tadeo - tomé casa propia - regalos de Dios - mi compañera 85

XXII. Las músicas - don Benjamín Ulloa - fracasó sociedad - viaje a Molina - en Chimbarongo - en el fundo - lo mataron 89

XXIII. Don Alfredo Ulloa - cuesta de Lima - don Máximo Ulloa - viaje a Santiago - noche sobre las aguas - triste y solo - las alegrías se van 93

Parte II
Vida y muerte de Laura Vergara Ugarte (1892-1950) 99

Pequeño prólogo 101

I. Su nacimiento - su infancia - muerte de su padre - trabajo de su madre - en las monjas 102

II. Sus empleos - sus peligros - lo dejó esperando - un pretendiente falso 103

III. Su mala patrona - su evasión - yo la vi por primera vez 105

IV. Conocerla y enamorarme de ella - sus negativas - petición a Dios - nuestro destino - la siembra - su promesa 106

V. Contrato matrimonial - consejo de mi patrón - petición de Laura - tiempo de zozobras - fijación plazo de bodas 109

VI. Bendición del matrimonio - soledad - pobreza - humildad - imitación de Sara 110

VII. Despertar angustioso - primer almuerzo - inteligencia y saber de ella 112

VIII. Presentación - la patrona - ejemplo de natalidad - mi hermana - su voluntad de oro-muy señora 114

IX. Oficial de mecánica - compra de menaje - el reino de Dios - nuestro progreso 116

X. Predilección por los pobres - tiempo para todo - casamientos entre pobres - su sobrino - no tenía igualdad - ejemplo para todos - tres tesorerías - Dios la ensalzó 117

XI. Caridad al pobre - recogía el kilo - flores a la Virgen - el rosario - útil a su prójimo 120

XII. El ladrón - no se dormía jamás - como víctima - levantarse de la mesa - tanta hambre 121

XIII. Sus sufrimientos - sentencia de Dios - profeta en su patria - su muerte 124

XIV. Amor a su madre - caridad de niña - Dios la llamó - su enfermedad - mente clara - su operación 125

XV. Derrame del suero - sin consideración - helada - negativa de la monja 127

XVI. Instrumento - su deceso - golpe terrible - su cadáver - linda misa - el cortejo 129

XVII. Discurso de los pobres en el cementerio - carta pésame de los pobres 131

XVIII. Cruz pesada - último parto - doce años enferma del hígado deseaba morirse - yo no me voy de aquí 133

XIX. No ha muerto - el denario - vista en sueños - ayuda evidente - su nieto 134

XX. A la esposa que se fue 135

XXI. A mis hijos 136

Parte III
Vida de Carmelo Salazar Orellana (1887-1957) 137

I. Nacimiento - el estero - las canchas - juegos de infancia 139

II. Trabajos de campo - la pulmonía - la música de boca - a Santiago 143

III. La familia en Santiago - la pieza de calle San Diego - los primeros empleos 146

IV. Vida de solteros - cocheros - la Morandé - el Club Hípico - choferes 147

V. Negocios - los novios - casamiento 152

VI. Compras y regalos - la comisaría - curaíto - los niños - pintura equivocada 154

VII. La Población Manuel Montt - otra vez juntos - otra comisaría - viaje a San Vicente 158

VIII. Ayuda mutua - hermandad - los viajes a Colina 161

IX. El cuartito - casa de pájaros - suerte en la vida - su muerte 165

Apéndices 169

a) Postfacio del editor 171

b) Versos 185

c) Presupuesto familiar 251

Evolución del presupuesto familiar de Benito Salazar Orellana (1918-1953) 251

Evolución del presupuesto familiar y condiciones de vida (1918-1953) 253

d) Presupuesto familiar 261

Anexo fotográfico 265

ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE POR EL TRABAJO DE

COMITÉ EDITORIAL Silvia Aguilera, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Naín Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek, Ximena Valdés, Santiago Santa Cruz **EN LA EDICIÓN** Florencia Velasco, Candelaria Cortés-Monroy **PRODUCCIÓN EDITORIAL** Guillermo Bustamante **PROYECTOS** Ignacio Aguilera **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN EDITORIAL** Alejandro Millapan, Leonardo Flores **CORRECCIÓN DE PRUEBAS** Raúl Cáceres **DISTRIBUCIÓN** Nikos Matsiordas **COMUNIDAD DE LECTORES** Francisco Miranda, Marcelo Reyes **VENTAS** Elba Blamey, Luis Fre, Marcelo Melo, Olga Herrera **BODEGA** Francisco Cerda, Pedro Morales, María Loreto Baquedano, Carlos Villarroel **LIBRERÍAS** Nora Carreño, Ernesto Córdova **COMERCIAL GRÁFICA LOM** Juan Aguilera, Danilo Ramírez, Inés Altamirano, Eduardo Yáñez **SERVICIO AL CLIENTE** Elizardo Aguilera, José Lizana, Ingrid Rivas **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN COMPUTACIONAL** Nacor Quiñones, Luis Ugalde, Jessica Ibaceta **SECRETARIA COMERCIAL** Elioska Molina **PRODUCCIÓN IMPRENTA** Carlos Aguilera, Gabriel Muñoz **SECRETARIA IMPRENTA** Jasmín Alfaro **IMPRESIÓN DIGITAL** William Tobar, Carolay Saldías **PREPRENSA DIGITAL** Daniel Véjar **IMPRESIÓN OFFSET** Rodrigo Véliz **ENCUADERNACIÓN** Ana Escudero, Andrés Rivera, Edith Zapata, Juan Ovalle, Pedro Villagra, Eduardo Tobar **DESPACHO** Nora Grau, Cristóbal Ferrada, Matías Sepúlveda **MANTENCIÓN** Jaime Arel **ADMINISTRACIÓN** Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Andrea Veas, César Delgado.

LOM EDICIONES

PUBLICACIONES
LOM EDICIONES

COLECCIÓN MEMORIAS

- VÍCTOR, UN CANTO INCONCLUSO
  Joan Jara
- ¿Y QUÉ HICISTE CON TU HERMANO?
  Carlos González Cruchaga
- MI HIJO RAÚL PELLEGRIN
  Judith Friedmann

COLECCIÓN NARRATIVA

- LA CIUDAD ESTÁ TRISTE
  Ramón Díaz Eterovic
- ÁNGELES Y SOLITARIOS
  Ramón Díaz Eterovic
- QUERIDO DIEGO, TE ABRAZA QUIELA
  Elena Poniatowska
- MATAR A LOS VIEJOS
  Carlos Droguett
- LA SERPIENTE
  César Aira
- EL OJO DEL ALMA
  Ramón Díaz Eterovic
- EL HIMNO NACIONAL
  Fernando Jerez
- EL RAMO DE ORTIGAS
  Y OTROS CUENTOS
  Luis Merino Reyes
- LAS JAULAS INVISIBLES
  Ana Vásquez Bronfman
- LOS ANIMALES BLANCOS
  Y OTROS CUENTOS
  Josefina Plá
- UN EPISODIO EN LA VIDA
  DEL PINTOR VIAJERO
  César Aira
- TIERRA DE NADIE
  Eduardo Antonio Parra
- NADIE SABE MÁS QUE LOS
  MUERTOS
  Ramón Díaz Eterovic
- PEDRO, SU MAJESTAD, EMPERADOR
  Boris Pilniak
- CAHUÍN + PORÁI
  José Miguel Varas
- EL HOMBRE QUE PREGUNTA
  Ramón Díaz Eterovic
- CARTA ABIERTA A AGUSTÍN EDWARDS
  Armando Uribe
- EL HUEVO DE DIOS Y OTRAS HISTORIAS
  Hernán Castellano Girón
- LA MUERTE DE LA TIERRA
  J. H. Rosny Aîné
- NUNCA ENAMORES A UN FORASTERO
  Ramón Díaz Eterovic
- JÉRÔME LINDON
  Jean Echenoz
- COBRO REVERTIDO
  José Leandro Urbina
- ZAQUIZAMÍ
  Carlos Peters
- MEJOR QUE EL VINO
  Manuel Rojas
- LA OSCURA VIDA RADIANTE
  Manuel Rojas
- EL MAQUILLADOR DE CADÁVERES
  Jaime Casas
- MILICO
  José Miguel Varas
- LA OSCURA MEMORIA DE LAS ARMAS
  Ramón Díaz Eterovic
- UNA LOICA EN LA VENTANA
  Guillermo Blanco

Memorias

La historia de Benito Salazar no deja de ser impresionante para el lector de nuestros días.

Sin estudios y solo con las cuatro letras enseñadas por su madre en un silabario, este peón-gañán se arroja a escribir su vida, llevando una bitácora detallada de los días y sus desafíos, en los cuales sortea varios "peligros de muerte" y transita por diversos oficios. Como el hombre de familia que estaba destinado a ser, Benito nos transparenta, desde la mirada personal y con un lenguaje auténtico y sencillo, las experiencias sociales de principios del siglo pasado, tales como la migración campo-ciudad, la forja de un oficio y la configuración latifundista de la tierra, entre otros temas, construyendo a partir de la experiencia de lo cotidiano y desde la mirada de un hombre como muchos, un valioso registro de nuestra historia nacional.

LOM EDICIONES

PELIGRO
LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO

9 789560 000026